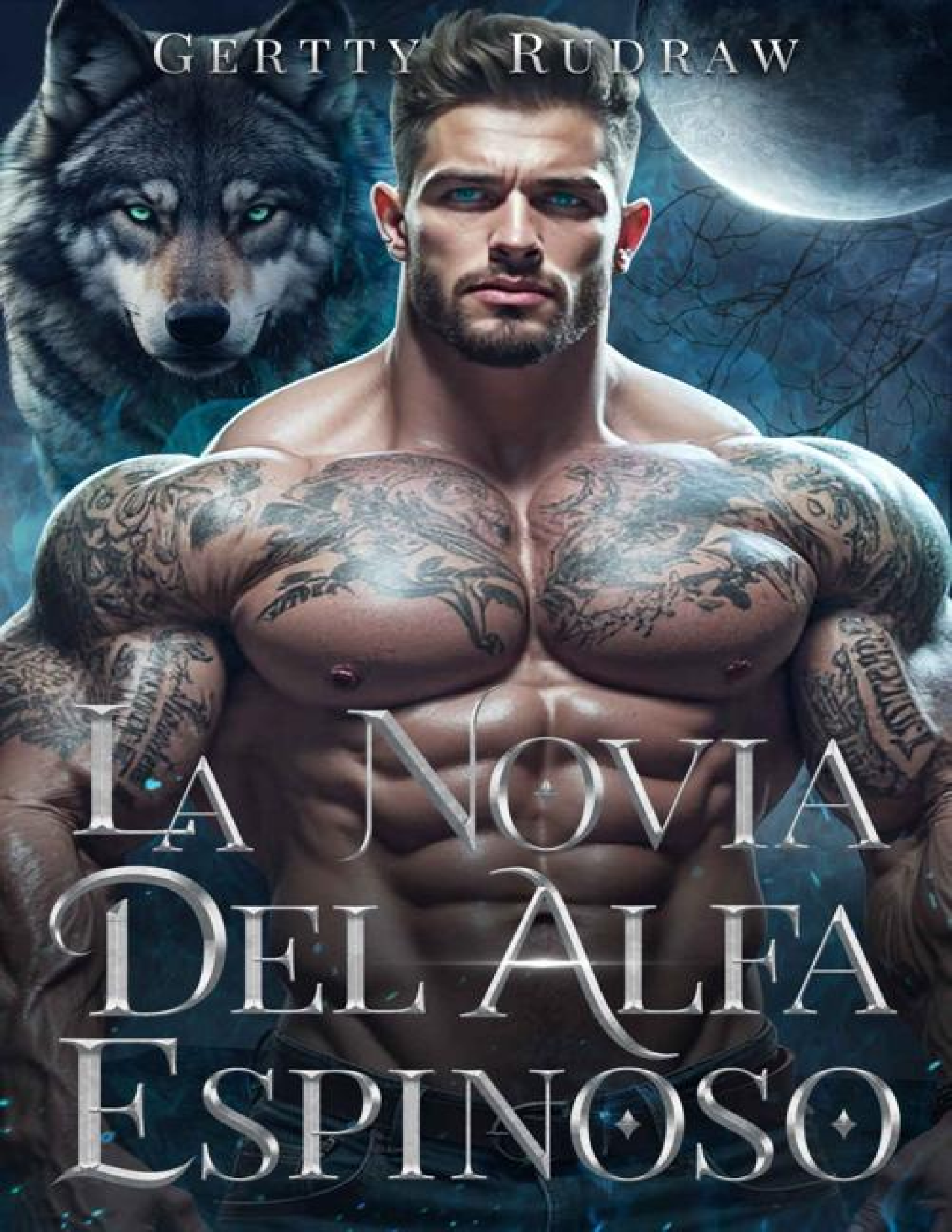

Gertty Rudraw
La Novia Del Alfa Espinoso

LA NOVIA DEL ALFA ESPINOSO



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2025 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

CAPÍTULO 1



RAVEN

La sala de espera que servía como punto para tomar el té estaba inusualmente silenciosa mientras yo organizaba y reorganizaba las lujosas teteras y tazas con bordes dorados por enésima vez. Gloria, una de mis empleadas que se especializaba en masajes faciales y también bruja como yo, entró apresuradamente, con su cabello castaño fluyendo por su espalda.

—¿Has oído lo que ha pasado? —preguntó, seguida por el aroma de salvia quemada. Llevaba una pequeña vasija de cerámica con manos firmes y el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunté, pasando a reorganizar los estantes de tés encantados. Cada lata estaba perfectamente alineada, con sus etiquetas hacia adelante. Las etiquetas tenían nombres de estilo hippie como Rubor de Menta, Sueño de Manzanilla y Sorpresa de Oolong. Pero nada de eso importaba —ni la sala de espera brillantemente iluminada con su meticuloso arreglo floral ni las latas perfectamente alineadas— ya que había pasado más de una hora desde que abrimos, y ni un solo cliente había cruzado la puerta.

Y era sábado por la mañana, ni más ni menos.

Ann, otra terapeuta de masajes bruja residente, entró apresuradamente en la sala de espera. Sus pasos ligeros y llenos de energía hicieron que el atrapasueños colgado en el enorme ventanal francés se balanceara y tintineara.

—¿Qué está pasando? ¿Qué me he perdido?

Gloria colocó el incienso en el mostrador, con los labios fruncidos.

—Han encontrado un cuerpo. Una bruja. Cerca del Bosque Dark Hollow otra vez.

Mis manos se congelaron a medio camino de alcanzar un frasco de hojas de eucalipto.

—¿Otra?

Asintió sombríamente.

—¿Otra? Es la misma de hace unos días. Acaba de publicarse en la Gaceta de Moonshade de hoy. Página dos.

Ann jadeó, agarrándose al mostrador. Era bastante dramática. Mientras que Gloria era testaruda y de opiniones firmes, siempre sosteniendo la última esencia como si fuera una armadura, Ann era suave y con ojos de cervatillo, absorbiendo cada palabra que Gloria decía. Hacían que tener un salón de masajes en el corazón de un pueblo plagado de sobrenaturales fuera divertido.

—¿Una bruja? ¿No un hombre lobo esta vez?

—Exactamente —dijo Gloria, con voz baja—. Así que quizás esto no es lo que todos pensamos. Esto solo demuestra que no son solo brujas de otros aquelarres atacando a los lobos y vampiros.

Me volví hacia los estantes, con la mente dando vueltas. Dolía escuchar que una de los nuestros estaba muerta. No, escocía. Durante semanas, el pueblo había estado zumbando con rumores. Un hombre lobo encontrado muerto cerca del bayou. Un vampiro desangrado en un callejón del centro. Las tensiones entre las especies estaban más altas que nunca, y todos señalaban con el dedo a las brujas.

—Esto es malo —dije en voz baja—. Si la gente no deja de sacar conclusiones precipitadas, esto se saldrá de control rápidamente. Ya

hay rumores de represalias.

La cara de Ann palideció.

—¿Represalias? ¿Contra quién?

—Contra quien parezca conveniente —dije con un suspiro—. No importa quién lo haya hecho realmente. Es suficiente que la gente esté asustada y buscando a alguien a quien culpar.

—El negocio no ha sido el mismo —dijo Gloria, cruzando los brazos y apoyándose contra el mostrador, con los labios fruncidos—. No desde que comenzaron los asesinatos. La gente ya no viene aquí a relajarse. Están demasiado ocupados gastando su dinero al otro lado de la calle.

No necesitaba mirar por la ventana para saber a qué se refería. *All-Time Defense*, con su llamativo cartel de neón y sus desiguales escaparates, estaba bullendo incluso ahora. La tienda estaba dirigida por Agatha Broomfield, una bruja de unos cuarenta y cinco años con un ceño permanente y una risa que podría cuajar la leche. Tenía un talento para olfatear los miedos de la gente y un talento aún mejor para explotarlos.

—Probablemente se le están acabando los "amuletos contra el mal de ojo", las "bombas de sal" y esos ridículos colgantes "antihechizos" —murmuró Ann, imitando las comillas en el aire—. ¿Recuerdas cuando alguien trajo uno aquí? Se hizo añicos en el momento en que lo soltaron.

Resoplé.

—Eso es porque aplica sus hechizos en capas demasiado finas. Sus baratijas apenas eran más potentes que joyas de fantasía.

—Pero eso no impide que la gente las compre —señaló Gloria—. Es inteligente. Aprovecha el miedo, le dice a todo el mundo que tiene las mejores protecciones del pueblo.

—Y nosotras estamos atascadas aquí, sin que nadie venga por un buen masaje o té porque están demasiado ocupados protegiéndose —añadió Ann con un suspiro.

Era cierto. Heaven's Touch no era solo un salón de masajes; era un refugio. Un lugar donde los humanos podían encontrar paz y los sobrenaturales consuelo. Los estantes estaban alineados con remedios mágicos: tés infusionados con hechizos calmantes, aceites de baño mezclados con hierbas para aliviar la tensión, y nuestras cestas de masaje más vendidas. Cada cesta venía con una varita de golpeo encantada que, cuando se sumergía en una mezcla específica de hierbas, masajeaba por sí sola los músculos doloridos. Era la favorita entre los hombres lobo después de las lunas llenas, cuando sus cuerpos estaban adoloridos por la transformación. Ahora, empezaban a acumular polvo.

—Este lugar no se trata solo de vender baratijas, como ya-sabes-quién —dije, colocando mis manos en las caderas—. En realidad, estamos haciendo un impacto real en las vidas de todos los que entran. ¡Literalmente los sanamos! Solo tenemos que esperar a que este lío se calme un poco para poder volver a encaminarnos.

Ann arqueó una ceja.

—¿Y cuándo será eso? La gente dice que la reunión del Consejo arreglará todo, pero no contengo la respiración.

—Tienen que hacer algo —respondí, tratando de sonar más confiada de lo que me sentía. El Consejo era lo único que evitaba que Moonshade Hollow se convirtiera en un campo de batalla. Brujas, hombres lobo, vampiros y todas las demás especies los miraban en busca de respuestas. Si no podían arreglar esto... bueno, no quería pensar en eso.

El suave tintineo de la campanilla de la puerta nos hizo congelarnos a todas. Por un segundo, pensé que tal vez, solo tal vez, un cliente finalmente había entrado.

En cambio, era Valric, mi padrastro, irrumpiendo por la puerta como un torbellino. Sus rasgos afilados estaban enrojecidos, y su camisa estaba desaliñada como si hubiera corrido todo el camino hasta aquí.

—Raven —dijo, con voz urgente—. ¡Has sido elegida!

Parpadeé, dando un paso atrás.

—¿Elegida para qué?

—¡Para la tregua! —Hizo una pausa, recuperando el aliento, y luego soltó la bomba—. Has sido elegida para casarte con el Alfa de la Manada Luna Obsidiana.

El mundo giró por un momento, las palabras de Valric flotando en el aire como una broma cruel.

—¿Casarme con el Alfa? —repetí, esperando haber oído mal—. No puedes hablar en serio.

—Ojalá no lo estuviera —dijo, pasando una mano por su cabello canoso—. Pero es la voluntad del Orbe, Raven. Esta decisión vino directamente del Salón del Consejo.

—¿El Orbe? —Mi voz se elevó—. ¿Desde cuándo una antigua bola brillante decide con quién me caso?

—Desde siempre —respondió, con tono grave—. Sabes que el juicio del Orbe es absoluto. Nadie puede desafiarlo. Ni siquiera tú.

—Obsérvarme —respondí bruscamente, quitándome el delantal y lanzándolo sobre el mostrador. Sin decir otra palabra, pasé junto a él y salí por la puerta, mis botas resonando en la calle adoquinada mientras me dirigía hacia mi pequeño Toyota Camry, lista para conducir hasta el Salón del Consejo, conteniendo mi furia para desatarla en la reunión.

* * *

El Salón del Consejo se alzaba frente a mí. Una antigua iglesia católica de piedra donada por la primera generación de humanos, que voluntariamente se unieron al consejo para unir todas las facciones de sobrenaturales y no dejar atrás a los humanos. Era un edificio glorioso con vidrieras y una cruz gigante que se elevaba en la cima del edificio. Como un santuario. Ahora, mientras salía de mi coche y me dirigía hacia allí con paso firme, se sentía como una jaula.

Dentro, el salón zumbaba de tensión. Los líderes de varias facciones se alineaban en la larga mesa del centro, sus rostros sombríos. Apenas los registré, mi atención atraída hacia la figura que se encontraba en el extremo más alejado de la habitación. Por su forma de estar de pie, tenía una idea bastante clara de quién podría ser.

Estaba parado con los brazos cruzados, sus anchos hombros cubiertos por un abrigo negro a medida que le quedaba como una segunda piel. Su cabello castaño oscuro estaba peinado hacia atrás, resaltando los ángulos afilados de su rostro: pómulos que podrían cortar el cristal, una mandíbula fuerte y labios fijados en una línea firme e ilegible. Pero fueron sus ojos los que me mantuvieron cautiva. Grises y penetrantes, como una tormenta amenazando con desatarse. Se dirigieron hacia mí cuando entré, fríos y evaluadores.

Por un segundo, la habitación pareció desvanecerse, dejando solo a él y el peso de su mirada. Mi estómago se tensó, pero aparté el sentimiento, recordándome por qué estaba allí.

Concéntrate, Raven.

Aparté mis ojos de él y me dirigí al Consejo, mi voz más alta de lo que pretendía.

—¡Esto es una locura! No pueden obligarme a casarme con nadie. ¡Ni siquiera conozco a este Alfa con el que afirman que debo casarme!

La sala quedó en silencio.

La líder de las brujas, Naomi Thorne, se puso de pie, su presencia imponente. Sus túnicas brillaban como medianoche líquida, y su cabello sal y pimienta resplandecía bajo la luz de la araña.

—Qué forma tan encantadora de anunciar su presencia, señorita Arkwright —el sarcasmo goteaba de sus palabras—. Esto no se trata de usted, Raven. Se trata de la seguridad de Moonshade Hollow. El Orbe ha hablado.

—¡El Orbe no decide mi vida! —protesté, con voz temblorosa—. ¿Cómo puede un matrimonio arreglar algo? ¡Ni siquiera sabemos quién está realmente detrás de los asesinatos!

La expresión de Naomi se suavizó, lo suficiente para recordarme que no estaba completamente desprovista de simpatía.

—El Orbe no toma decisiones a la ligera. Ha visto algo que nosotros no podemos ver. Esta unión es necesaria.

Valric irrumpió por la puerta y vino a pararse a mi lado. Colocó una mano en mi hombro, su agarre firme pero no cruel.

—Raven, sabes lo que representa el Orbe. Es el equilibrio entre todos nosotros. Si dice que este matrimonio traerá paz, tenemos que confiar en él.

Abrí la boca para seguir discutiendo, pero otra voz me detuvo. Una voz que podría reconocer incluso en mis sueños.

—Suficiente —dijo mi madre, poniéndose de pie desde su asiento entre los otros líderes del aquelarre, haciendo que todos los ojos se volvieran hacia ella. Su presencia siempre parecía exigir atención, incluso en una sala llena de líderes. Sus ojos esmeralda se encontraron con los míos, firmes e inquebrantables. Era radiante y serena. Decidida pero equilibrada. No como yo—. Esto no está en discusión, Raven. Has sido elegida y honrarás la decisión.

La traición dolió más que cualquier cuchilla.

—Mamá...

Su expresión no flaqueó.

—Esto es más grande que tú, Raven. Más grande que todos nosotros.

Mi pecho se tensó, y miré a mi alrededor, desesperada por encontrar alguna grieta en su resolución. Mi mirada cayó sobre él nuevamente.

No había dicho ni una palabra.

Estaba de pie en silencio, su rostro una máscara de fría indiferencia. Pero su mandíbula estaba tensa y sus manos apretadas a los costados. No podía decir si estaba enojado, resignado o tan atrapado como yo.

Nuestros ojos se encontraron. Aspiré profundamente. Sus ojos eran de un tono gris tormentoso. Turbulentos. Intensos. Y por un momento fugaz, algo pasó entre nosotros, una comprensión tácita de la injusticia en la que ambos estábamos siendo arrastrados. No pude apartar la mirada hasta que él rompió la conexión, girando sobre sus talones y saliendo del salón sin decir una sola palabra.

El sonido de la puerta cerrándose detrás de él resonó por la cámara, final e implacable.

CAPÍTULO 2



JULIUS

El Orbe estaba actuando de forma extraña.

Su habitual resplandor suave y constante se había convertido en algo completamente distinto: un pulso de energía que parecía irradiar por toda la sala, haciendo que el aire se volviera denso y cargado. De vez en cuando, parpadeaba, su luz aumentaba y disminuía como un latido del corazón. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, habría pensado que alguien había puesto algo en mi bebida. Y vaya, había bebido un poco demasiado vino esta mañana antes de la reunión.

Me recliné en mi asiento, con los dedos tamborileando sobre la pulida mesa de roble, y resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Esta reunión era una pérdida de tiempo.

La Sala del Consejo, con toda su grandeza, parecía más un circo hoy. Líderes de todas las facciones estaban reunidos alrededor de la larga mesa, sus voces superponiéndose en acaloradas discusiones. Las brujas culpaban a los lobos. Los lobos culpaban a las brujas. Los vampiros y otras facciones añadían sus opiniones, principalmente para avivar las llamas.

—Tres lobos muertos en tres semanas —espetó el Alfa Rylan, el Alfa del pack vecino, el pack Luna de Terciopelo. Era el actual líder Alfa, representando a todos los hombres lobo. Su voz era lo suficientemente afilada como para cortar a través del ruido. Su

cabello con mechas plateadas y su imponente constitución le daban un aire de autoridad, pero su temperamento a menudo le dominaba —. ¿Y ahora una bruja también está muerta? Esto parece una amenaza para la paz en nuestra ciudad. ¿Cuándo vamos a actuar al respecto?

—¿*Actuar*? —replicó Naomi Thorne. Ella era la líder de las brujas. Una mujer imponente y fuerte—. ¿Cómo sugiere exactamente que actuemos, Alfa Rylan? ¿Deberíamos reunir a cada bruja que vive en Moonshade Hollow para interrogarla? ¿O quizás podríamos empezar con los suyos, dada la tendencia de su manada a... cómo lo diría... respuestas impulsivas?

Apreté la mandíbula, clavando mis uñas en el reposabrazos de mi silla. Esto no iba a ninguna parte. Nunca lo hacía. Tres lobos muertos, dos brujas y un vampiro. Ese era el recuento hasta ahora. ¿Y lo peor? Nadie tenía idea de quién estaba detrás de todo. Los asesinatos eran brutales, calculados y diseñados para avivar las tensiones que ya estaban ardiendo en esta ciudad.

—¡Basta! —gruñó un líder vampiro desde el otro lado de la mesa, sus ojos carmesí brillando tenuemente. Era uno de los pocos vampiros que vivían en la ciudad—. Mientras todos discuten, se están cobrando vidas. Quien sea responsable de esto se está riendo de nosotros. ¿No lo ven? Necesitamos actuar antes de que empiecen a matar humanos también y nos echen la culpa.

Pude oír al jefe de la facción humana comenzar a protestar ante la última frase. Era un hombre corpulento con una responsabilidad mucho mayor que su tamaño. Durante generaciones, su familia ha trabajado como representante de la facción humana, defendiendo los derechos de los humanos que viven en esta ciudad.

En medio de todo el caos, permanecí en silencio, con la mirada fija en el Orbe en el centro de la mesa. Pulsó de nuevo. La maldita cosa parecía estar escupiendo energía, esperando causar un caos aún mayor, con todo el poder que le otorgaron para tomar nuestras decisiones.

Mi teléfono vibró y lo miré, tomándolo para ver que había perdido algunas llamadas. Antes de que pudiera deslizar hacia arriba para abrirlo, hubo un cambio en la atmósfera. Todo quedó en silencio. Entonces mi nombre resonó como un gong.

—Julius Nightshade.

Levanté la cabeza de golpe, enderezando la columna. Naomi Thorne, la líder de las brujas, estaba de pie ahora, su voz llevando esa calma segura de sí misma que siempre me irritaba los nervios. Señaló hacia el Orbe, y seguí su mirada de vuelta a él, olvidando instantáneamente mi teléfono y las llamadas perdidas.

La luz dentro de la esfera había cambiado. Donde había sido pálida y neutra, ahora ardía en un rosa profundo, arremolinándose y cambiando como si estuviera viva.

Dos nombres flotaban en su centro, brillando tenuemente.

Julius Nightshade.

Raven Arkwright.

—¿Qué demonios es esto? —murmuré, inclinándome hacia adelante, con el ceño fruncido.

Los ojos plateados de Naomi brillaron en la tenue luz—. El Orbe ha hablado. Ha elegido la solución a nuestra actual... discordia.

Me burlé, el sonido cortante en el tenso aire—. ¿Y qué sugiere exactamente una bola brillante que hagamos?

Naomi no se inmutó, pero hubo un destello de diversión en la comisura de sus labios—. Un matrimonio.

La sala quedó mortalmente silenciosa.

Supongo que no la escuché bien. No podría haberla escuchado bien. Estaba jugando conmigo, esta líder bruja.

—¿Un matrimonio? —repetí, mi voz plana por la incredulidad—. ¿Entre yo y qué, Raven Arkwright? Tienes que estar bromeando.

Naomi inclinó la cabeza—. ¿Bromeando? ¿Alguna vez he bromeado contigo antes? ¿El Orbe ha dado su veredicto y llamas a esto una broma?

No pude contener la risa que se me escapó, baja y amarga—. ¿Así es como las brujas resuelven sus problemas? ¿Jugando a ser casamenteras con una glorificada bola de cristal?

El rostro de Naomi se tornó en una expresión sombría—. Esto no es una broma, Julius. Un matrimonio es un vínculo fuerte, uno que puede unir a nuestra gente cuando nada más lo hará. La decisión del Orbe no debe tomarse a la ligera.

—No puedes hablar en serio —dije, mi voz baja pero acalorada—. ¿Realmente estás sugiriendo que yo, el Alfa del Pack Luna Obsidiana, me case con una *bruja*?

—No es una sugerencia. El Orbe no sugiere. Decreta.

—¿Y qué pasa si me niego? ¿Qué entonces, Naomi?

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa conocedora—. No puedes negarte, Alfa Nightshade. Las decisiones del Orbe son vinculantes. Sabes esto tan bien como cualquiera aquí.

Mis puños se cerraron a mis costados, el impulso de gruñir ascendiendo por mi garganta. Esto era absurdo. ¿Una bruja como mi compañera?

El Alfa Rylan caminó hacia mí y colocó una mano sobre mi hombro, su agarre firme—. Julius, comprendo tu frustración. Pero piensa en el panorama más amplio. Hasta ahora, el Orbe nunca se ha equivocado, por eso seguimos escuchándolo, incluso como hombres lobo. Nuestra gente necesita estabilidad, y esta unión podría ser la única forma de lograrla.

Antes de que pudiera replicar, un brujo mayor se puso de pie. Cruzó la sala rápidamente, susurrando algo al oído de Naomi. Ella asintió una vez, y sin otra palabra, el hombre se volvió y se fue.

La mirada de Naomi recorrió la sala—. Raven Arkwright está siendo convocada. Finalizaremos los detalles una vez que llegue.

Me quedé allí, rígido y furioso, mientras la sala zumbaba con murmullos. Un matrimonio. Con una bruja.

Este día no podía empeorar.

La Sala del Consejo de repente se sintió claustrofóbica, las pesadas paredes de piedra presionando mientras los minutos se arrastraban. Mi dolor de cabeza, ya un latido sordo al comienzo de esta ridícula reunión, era ahora un palpitar agudo e insistente en mis sienes.

No conocía a esta Raven Arkwright. No *quería* conocerla.

Lo que quería era concentrarme en las cosas que importaban, como encontrar a quien estaba detrás de la reciente muerte de uno de los miembros de mi manada. No era solo una pérdida; era un insulto. Una herida para la manada, y para mí como su Alfa. Y aquí estaba, perdiendo el tiempo debatiendo un decreto matrimonial de una maldita bola brillante de gas.

Un matrimonio.

La palabra sabía amarga, incluso en mis pensamientos.

Las voces alrededor de la sala se mezclaron mientras mi paciencia se agotaba. Mis garras pugnaban por salir, y mi mandíbula dolía de tanto apretarla. Presioné dos dedos contra mi sien, cerrando los ojos para bloquear los susurros y las miradas de reojo de los líderes del Consejo.

Entonces lo sentí.

No fue el golpe de las puertas de la cámara o el cambio de energía lo que me dijo que había llegado; fue algo completamente diferente.

Una presencia.

En el momento en que Raven entró en la sala, mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo.

Mi dolor de cabeza se alivió como si su mera presencia lo ahuyentara. Una extraña calidez se extendió por mi pecho, no deseada e inoportuna, como un fuego prendiendo yesca seca. Levanté la mirada, y allí estaba ella.

Raven Arkwright.

No era lo que esperaba.

La bruja que se presentó ante el consejo era una criatura pequeña y bonita. Tenía el cabello plateado que enmarcaba su rostro con forma de almendra, cayendo sobre sus hombros en ondas suaves. Sus ojos esmeralda eran penetrantes, brillantes con desafío mientras recorrían la sala. Tenía un innegable aire de confianza, compensando la vibra intimidante que le faltaba debido a su naturaleza pequeña.

Y ese aroma.

Era sutil pero inconfundible: terroso, con un toque de algo dulce, como lluvia sobre flores silvestres. Me golpeó como un puñetazo en el estómago, primitivo y abrumador. Mi lobo se agitó, desenrollándose en mi pecho como si hubiera estado esperando este momento.

¿Qué demonios es esto?

Era solo una bruja, me recordé a mí mismo. Una extraña. Pero mi cuerpo se negaba a escuchar a la razón.

Su mirada se dirigió hacia mí, y por un breve momento, nuestros ojos se encontraron. No había forma de pasar por alto el fuego detrás de su mirada, ni la ligera tensión en su postura, como si ya hubiera decidido que no le agradaba.

El sentimiento era mutuo.

No presté mucha atención a lo que estaba diciendo, pero por la forma en que su ira ardía en el aire, sabía que no estaba de acuerdo. Por un momento, mientras la observaba, casi admiré su fuego. Casi.

Los otros líderes se mantuvieron firmes, sus palabras resonando alrededor de sus protestas, dejando dolorosamente claro que esto no era una sugerencia. Era un decreto.

¿Y yo? Estaba harto.

Sin decir palabra, me di la vuelta y salí a zancadas de la sala, las pesadas puertas cerrándose con fuerza detrás de mí.

No podía quedarme allí. No con el peso de la decisión del Consejo cayendo sobre mí, no con la forma en que mi lobo se agitaba con solo verla.

Fuera lo que fuera esto, fuera lo que fuera que el Orbe pensaba que había visto, no importaba. No estaba dispuesto a renunciar a conocer a mi pareja de forma orgánica para casarme con una completa desconocida.

* * *

El viaje de regreso a la Casa del Pack Luna Obsidiana fue un borrón. Mis manos agarraban el volante, mis nudillos blanqueándose. El sonido de los neumáticos crujiendo sobre la grava y la tierra debería haber sido reconfortante, pero solo aumentaba mi frustración. Seguía repitiendo la escena en la Sala del Consejo: el Orbe, los líderes y ella.

Raven Arkwright.

Su nombre hacía eco en mi mente, como un disco rayado, involuntario y persistente. Todavía podía verla allí de pie, con los ojos ardiendo como fuego esmeralda. Y ese cabello... plateado y

suave, captando la tenue luz de la sala como si tuviera su propio brillo.

—*Maldita sea.*

Maldije por lo bajo y ajusté mi agarre, obligándome a concentrarme en el camino por delante. Pero por más que lo intentara, no podía dejar de pensar en ella. En la forma en que se había mantenido firme, negándose a ceder incluso cuando estaba claro que la decisión ya estaba tomada.

Cuando la casa de la manada apareció a la vista, aparté esos pensamientos, archivándolos en algún lugar donde no tendría que lidiar con ellos. Por ahora.

La casa de la manada era una estructura extensa, sus sólidos troncos y muros de piedra resistentes contra el telón de fondo del denso bosque. Pero incluso desde la distancia, podía notar que algo no iba bien.

Henri, mi Beta, estaba de pie cerca de los escalones de la entrada, con los brazos cruzados y su expresión tensa. A su lado, Lyra, mi fogosa hermana menor con igualmente fogosos, obstinados rizos castaño oscuro y salvajes, caminaba en círculos agitados, su cabello volando detrás de ella. Dos ancianos flanqueaban a Henri, sus rostros arrugados por la irritación.

Suspiré profundamente, frotándome la nuca mientras entraba en el camino de acceso. Genial. Otro lío con el que lidiar.

Apenas había salido de la camioneta cuando Lyra se acercó a mí, sus palabras saliendo a toda velocidad.

—Antes de que digas algo, Jules, no hice nada malo —comenzó, gesticulando salvajemente con las manos—. Es decir, está bien, debería haber avisado a alguien, pero no es como si hubiera roto la ley ni nada.

—Lyra —dije, levantando una mano—. Empieza desde el principio.

Ella resopló, poniendo las manos en las caderas—. Invité a un amigo. Gran cosa, ¿verdad? Excepto que estos dos —señaló con el pulgar por encima del hombro a los ancianos— piensan que es el fin del mundo porque es humano.

El anciano de la izquierda, un hombre enjuto con cabello grisáceo y una expresión perpetuamente agria, dio un paso adelante—. Alfa, su hermana permitió que un forastero, un humano *no verificado*, entrara en terrenos de la manada. Esto es un incumplimiento de la seguridad, por no mencionar la tradición.

—¿Y qué sugieres? —pregunté, con un tono tranquilo pero firme—. ¿Que ella rompa la amistad?

—Precisamente —espetó el anciano—. Los forasteros, especialmente los humanos, no tienen lugar aquí. Es peligroso.

Lyra se erizó—. ¡No es peligroso! ¡No es como si le hubiera dado un recorrido por el lugar o le hubiera dicho que somos hombres lobo!

Me pellizqué el puente de la nariz, el agotamiento filtrándose en mis huesos. Mi hermana tenía un don para encontrar problemas, pero no era imprudente. Al menos, no usualmente.

—Suficiente —dije, cortando la tensión. Miré entre los ancianos y Lyra—. La amistad no terminará. No podemos cortar lazos completamente con el mundo humano, no si estamos tratando de coexistir. Pero —me volví hacia Lyra—, deberías haber venido a mí primero. No más sorpresas. ¿Entendido?

Ella asintió, aunque sus brazos permanecieron cruzados.

Me volví hacia los ancianos—. Denme tiempo para resolver esto. Me aseguraré de que esto no vuelva a ocurrir, pero no nos aislaremos por miedo.

Intercambiaron una mirada antes de que el anciano enjuto hablara de nuevo, con voz reacia—. Muy bien, Alfa. Confiaremos en su juicio.

Mientras se alejaban, Lyra murmuró entre dientes—. Cualquiera pensaría que lo dejé entrar en la bóveda o algo así.

—Lyra —le advertí, lanzándole una mirada.

Ella levantó las manos en señal de rendición—. Bien, bien. Lo mantendré discreto. ¿Feliz?

—Extasiado —murmuré, observando cómo se dirigía a la casa. Henri se quedó atrás, con los brazos aún cruzados mientras me estudiaba.

—¿Día largo? —preguntó, su voz teñida de humor seco.

—No tienes idea —respondí, mis pensamientos derivando una vez más hacia la bruja del cabello plateado.

—Bueno, tenemos mucho trabajo que hacer en la cabaña. Hemos echado de menos a nuestro líder en el sitio.

Me reí y puse los ojos en blanco—. Claro que sí.

Para cuando llegué al borde del bosque donde se estaban construyendo las cabañas, mi humor se había agriado aún más.

El aire era fresco, llevando el tenue aroma de pino y tierra húmeda, y el sonido distante de martillos y sierras rompía la quietud. Las cabañas eran un proyecto nuevo: viviendas para algunos de los Faes a la antigua usanza que finalmente habían decidido venir a la ciudad. Por mucho tiempo se habían estado escondiendo en el bosque, pero después de que el número de muertes siguió aumentando, se llenaron de terror y querían vivir más cerca de nosotros, en hogares acogedores, ni más ni menos.

Recogí una tabla de madera, colocándola contra el armazón de la cabaña más cercana. La acción repetitiva de clavar clavos en su lugar normalmente despejaba mi mente, pero hoy, mis pensamientos se negaban a asentarse.

—¡Eh, Julius!

Miré por encima del hombro para ver a Mark y Drew, dos miembros de la manada que se habían unido a mí para la construcción. Estaban holgazaneando cerca de una pila de madera, viéndose demasiado relajados para hombres que decían estar trabajando. Mi familia había gobernado la manada Obsidiana durante generaciones, pero aparte de eso, también teníamos una empresa de construcción. Teníamos trabajadores humanos, pero también empleábamos principalmente a hombres lobo. Era mi manera de dar trabajo a los miembros de la manada que encontraban difícil conseguir empleos regulares en la ciudad.

—Pensé que habías vuelto a enfurruñarte —dijo Mark, sonriendo con suficiencia.

Puse los ojos en blanco—. Yo no me enfurruño.

Drew sonrió, apoyándose en una viga—. Podrías habernos engañado. Escuché que te metieron en algo grande en la Sala del Consejo.

No respondí, clavando otro clavo en la tabla con más fuerza de la necesaria.

—De todos modos —continuó Drew, imperturbable—, estábamos hablando de ir a ese lugar de masajes en la ciudad mañana. ¿Cómo se llama? ¿El Toque del Cielo?

Mark se rió—. Sí, el de las brujas. Escuché que tienen manos mágicas.

—No me interesa. Suena erótico —murmuré, limpiándome el sudor de la frente.

Mark resopló—. ¿Erótico? No es ese tipo de lugar de masajes, hombre. Solo cosas normales. Ya sabes, para humanos y sobrenaturales por igual.

La sonrisa de Drew se ensanchó—. ¿Estás seguro de eso? ¿No crees que tienen alguna habitación secreta para el verdadero alivio del

estrés?

Le lancé una mirada fulminante, pero él solo se rió.

—Deberías venir con nosotros, Alfa —dijo Mark, cruzando los brazos —. Has estado tenso como el infierno últimamente.

—Estoy bien —dije secamente, volviendo a mi trabajo.

—No estás bien —contradijo Drew, recogiendo un clavo y girándolo entre sus dedos—. Estás más tenso que un resorte, y está empezando a notarse. Si no vas a llevar a una chica a la cama para relajarte, al menos deja que alguna bruja te lo quite con un masaje.

Mark soltó una carcajada—. Drew tiene razón. Podrías usar un poco de algo. Tal vez incluso algo de ese té elegante que venden.

—El té no va a arreglar lo que me pasa —dije con sequedad.

—¿Entonces qué lo hará? —presionó Drew, todavía sonriendo como el idiota que era.

No tenía una respuesta para él. No una que estuviera dispuesto a compartir, de todos modos. Porque si fuera honesto, lo que había estado en mi mente toda la noche no era el Consejo, el Orbe, ni siquiera los interminables líos en la manada.

Era una bruja con cabello plateado y ojos como fuego esmeralda.

CAPÍTULO 3



RAVEN

Era una mañana tranquila en Heaven's Touch. Pero tranquila no siempre significaba pacífica. Aunque teníamos pocos clientes, seguía siendo un poco abrumador hacer casi todo sola. Gloria había llamado para decir que estaba enferma y Ann estaba con un cliente. Eso me dejó haciendo malabarismos entre la recepción, la estación de té y las salas de tratamiento.

No me importaba, en realidad. Heaven's Touch era mi orgullo y alegría. Cada centímetro del lugar reflejaba mi magia, mi visión. La cálida iluminación dorada. El aroma herbáceo de lavanda seca y salvia que impregnaba el aire. Los tés encantados perfectamente alineados detrás del mostrador, cada uno preparado con solo un toque de magia. Incluso las piedras de masaje autotérmicas que usábamos estaban hechizadas para mantener su temperatura perfecta.

Aun así, cuando la puerta de entrada sonó, ya estaba medio esperando que algún tipo de caos entrara.

Lo que no esperaba era *él*.

Julius Nightshade cruzó la puerta, su presencia llenando inmediatamente el espacio como una tormenta aproximándose. Un hombre rubio lo seguía, pero mi atención se centró solo en él. No vestía el intimidante cuero y abrigo oscuro del Salón del Consejo. Hoy llevaba una simple camiseta negra que se ajustaba a su fuerte

torso y unos vaqueros. Sus ojos gris tormenta recorrieron la habitación antes de posarse en mí, y por un momento, el aire se sintió más pesado. Tuve que controlar mi respiración antes de esbozar una sonrisa.

—Bienvenido a Heaven's Touch —dije, con voz perfectamente calmada a pesar de cómo se aceleró mi pulso—. ¿En qué puedo ayudarle hoy?

Realmente espero que no haya venido a causar problemas. O peor, a hablar de la boda. El hecho de que fuera atractivo no significaba que me casaría con él.

El hombre detrás de él, armado con una sonrisa traviesa, le dio un codazo a Julius y dijo:

—Te dije que no era erótico.

Julius lo ignoró, manteniendo su mirada fija en mí.

—Venimos por un masaje. Escuché que eres la mejor de la ciudad —hubo una pausa después de esa declaración, como si se estuviera conteniendo de decir muchas cosas.

—Por supuesto. Póngase cómodo. Hay té de autoservicio que puede tomar. Déjeme consultar con mi personal para ver quién está disponible.

Me retiré al pasillo trasero, sabiendo que solo estábamos Ann y yo. Normalmente, con Gloria, éramos capaces de atender a todos. Incluso solíamos tener dos empleados humanos más que atendían a los clientes con té sofisticado y macarons de colores pastel mientras esperaban. Pero con el negocio en declive, les había dicho que se tomaran un descanso.

Ann ya estaba en sesión en una de las salas de tratamiento, así que, por supuesto, solo quedaba yo.

Suspiré, arremangándome. Normalmente ya no hacía tratamientos, prefiriendo supervisar la tienda y dejar que mi personal se encargara

del toque mágico. Pero los tiempos desesperados requerían medidas desesperadas.

Cuando regresé a la sala de espera, Julius y su amigo se habían acomodado en los mullidos sillones cerca de la ventana. El tipo rubio ya estaba bebiendo una taza de Sueño de Manzanilla de autoservicio y hacía ruidos de apreciación.

—Buen té —dijo, levantando su taza hacia mí—. Incluso podría hacerme creyente.

Julius, por otro lado, parecía tan fuera de lugar como un lobo en un gallinero. Su mandíbula estaba tensa, sus hombros rígidos, y su mirada recorría la habitación como si estuviera buscando amenazas.

Aclaré mi garganta.

—Parece que yo me encargaré de su sesión hoy. ¿Quién quiere ir primero?

Sus ojos se clavaron en los míos, un destello de sorpresa cruzó su rostro antes de ocultarlo con una mirada indiferente.

—Usted es la jefa, ¿verdad?

—Lo soy. Supongo que le gustaría ir primero entonces.

Asintió.

—Sígame —le dije a Julius, luego me volví hacia el otro chico—. Y...

—Drew —ofreció.

—Drew, por favor póngase lo más cómodo posible. La otra terapeuta le atenderá cuando termine.

Asintió.

Con eso, me di la vuelta y llevé a Julius a una de las salas de tratamiento vacías. Dentro, vaciló por un momento antes de

finalmente relajarse un poco. La tensión en sus hombros era casi palpable, y no pude evitar sentir una pequeña punzada de simpatía.

—Quítese la camisa.

Me miró, arqueando una ceja.

Mi cara se calentó al darme cuenta de cómo había sonado eso. Aclaré mi garganta y dije:

—Quiero decir, necesita quitarse la camisa para que pueda trabajar.

Obedeció en silencio, quitándose la camisa lentamente, como si estuviera haciendo un espectáculo para mí. Mientras despegaba la tela, mis ojos *y mente* no pudieron evitar vagar por los contornos de su cuerpo. Era innegablemente sexy, con músculos que parecían ondular bajo su piel. Traté de no mirar muy abiertamente, pero era tan difícil no hacerlo. *Maldición.*

Cuando terminó, me miró directamente a los ojos, como si supiera que me atraparía mirando, y dijo:

—¿No va a empezar?

Aclaré mi garganta y me hice a un lado, alcanzando las piedras de masaje encantadas.

—Acuéstese boca abajo, esto no dolerá —dije suavemente, tratando de adoptar mi aura profesional—. De hecho, incluso podría disfrutarlo.

Levantó una ceja pero no dijo nada.

Mientras trabajaba, el aire entre nosotros se cargó. Había algo en estar tan cerca de él, en el calor de su piel y la forma en que su presencia parecía llenar cada rincón de la habitación. Estaba callado, pero su silencio no era incómodo. Era... intenso.

—No eres lo que esperaba —dijo de repente, rompiendo el silencio.

Hice una pausa, con mis manos suspendidas sobre sus hombros.

—¿Qué quieres decir?

No respondió de inmediato.

—La forma en que te comportas. No eres como las otras brujas.

No supe cómo responder a eso, así que no lo hice. En cambio, dejé que mis manos se movieran, el brillo de las piedras encantadas proyectando una suave luz contra las paredes.

—Esto no significa que suscriba a la absurda idea de que necesitamos casarnos.

Y ahí estaba: la idea que pensé que habíamos evitado con éxito. Por supuesto, el gran y malo hombre lobo tenía que mencionarlo.

Continuó:

—No puedo y no me casaré contigo. Ni siquiera en mis sueños.

Mis manos se detuvieron. Sus palabras golpearon en un lugar que no pensé que pudieran alcanzar.

Ni siquiera en mis sueños... ¿Ni siquiera en sus sueños? ¿Qué demonios significaba eso?

—Bueno, yo tampoco voy a unirme a un hombre lobo. No en esta vida —escupí.

Se movió bajo mis dedos, tensándose.

—Sé que sonó duro, pero es la verdad.

—Yo también dije mi verdad —respondí—. Me viste en el salón del consejo. ¿Tengo aspecto de querer esto?

Volvió a ser una figura silenciosa. Y si lamentaba lo que había dicho, no lo mencionó. Continué trabajando, pero esta vez había una ira dentro de mí que dejaba mis dedos, canalizando energía y entrando en su cuerpo. Pero, con las piedras de masaje, cualquier energía no

le afectaba negativamente; en cambio, hacía que las piedras funcionaran aún mejor.

Solo sus anchos hombros ocupaban la mitad de la mesa de masajes, y cada vez que presionaba los músculos de su espalda, era como amasar piedra. No se inmutó, sin embargo. Ni una sola vez. Solo se quedó allí en un estoico silencio. Qué conveniente por su parte. Después de pronunciar palabras que dolían.

Mientras trabajaba, traté de no notar lo *guapo* que era. Cuán perfectamente imperfecta era su piel. Las cicatrices parecían pinturas, o grabados de un artista maestro. Pero era imposible no notarlo. El calor de su piel bajo mis manos, la pura fuerza de su cuerpo. Incluso el leve aroma a cedro y tierra parecía aferrarse a él, sin importar cuánto aceite de lavanda aplicara. Este hombre lobo era embriagador. Quizás estaba hambrienta de sexo, pero el zumbido de electricidad que pasaba por mi piel mientras mis dedos se deslizaban por su esculpida espalda y brazos me hacía sentir como si yo fuera quien estaba recibiendo el masaje en lugar de al revés. Un pensamiento apareció en mi cabeza durante unos segundos, y por primera vez desde todo el alboroto, sentí: tal vez no sería tan malo casarme con un hombre lobo tan atractivo.

Pero, tan rápido como apareció el pensamiento, lo eliminé de mi mente.

Después de unos minutos, habló, con voz baja y retumbante.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—*Eso*.

Incliné la cabeza, escuchando. Desde la habitación de al lado, podía oír la voz amortiguada de un cliente agradeciendo a uno de mis trabajadores.

—¡Muchas gracias! —dijo la voz—. Me siento increíble. Definitivamente dejaré una brillante reseña de cinco estrellas en línea.

Sonreí levemente. Siempre era agradable escuchar que los clientes estaban contentos, especialmente en un día como este. Pero la reacción de Julius fue todo menos la esperada.

Giró ligeramente la cabeza, captando mi mirada, y sonrió de una manera que hizo que la habitación se sintiera diez grados más cálida. No era una sonrisa educada. Era maliciosa, el tipo que insinuaba problemas. Y luego, solo para empeorar las cosas, me guiñó un ojo.

—Apuesto a que un lugar como este depende de buenas reseñas...

Mi estómago dio un vuelco, pero lo ignoré. Apenas.

—Ni lo pienses —dije, entrecerrando los ojos hacia él.

—¿Pensar en qué? —Podía escuchar la presunción en su voz.

—Sabes exactamente qué —respondí—. Si siquiera consideras dejar una mala reseña solo para fastidiarme, yo...

—¿Tú qué? —arrastró las palabras, con voz profunda y burlona.

—Deja de hablar —exclamé, presionando mis dedos con más fuerza en sus hombros—. Y déjame trabajar.

Para mi sorpresa, realmente lo hizo. Por un tiempo, de todos modos. La habitación volvió a quedar en silencio, la tensión disminuyendo ligeramente.

Para cuando terminé, su respiración se había ralentizado, profunda y uniforme. Di un paso atrás, limpiándome las manos con una toalla, y me di cuenta con un sobresalto de que se había quedado dormido.

Me quedé allí por un momento, sin saber si estar molesta o... complacida de que hubiera logrado dormirlo. Ahora que estaba dormido, podía admirar abiertamente su aspecto. Su físico era

impresionante: hombros anchos que se estrechaban hacia una cintura estrecha, músculos esculpidos como una obra de arte, cada hundimiento, cada cicatriz. El hombre era insoportable, pero verlo así hacía difícil seguir enojada. ¿Tensión sexual y un poco de ira? Una combinación ardiente que podría freír un bistec. Esperaba que no me quemara.

Con un suspiro, le puse una manta encima y salí de la habitación, permitiéndole descansar un rato.

* * *

La luz de un nuevo día apenas tocaba mi piel cuando mi teléfono vibró, arrastrándome del sueño. Gemí, frotándome los ojos, y lo alcancé. Medio ciega, desbloqueé la pantalla, mi cerebro aún envuelto en niebla.

Lo primero que llamó mi atención fue una reseña de cinco estrellas.

¡Tuve la experiencia más increíble en Heaven's Touch! Tan relajado que en realidad me quedé dormido durante mi sesión. ¡Definitivamente volveré!

Parpadeé, tratando de enfocarme en el nombre. M. Wolfe.

Espera.

Me incliné más cerca, entrecerrando los ojos hacia la pantalla mientras trataba de entenderlo. Mi pulso se saltó un latido cuando las palabras se registraron. Tenía que ser él. Era el único que se había quedado dormido durante una sesión en las últimas dos semanas. ¿Pero M. Wolfe? Inteligente. Sabía cómo mantener su identidad oculta.

Una sonrisa tiró de la comisura de mis labios, y sacudí la cabeza. Este hombre lobo era *algo*.

Consideré dejar una respuesta ingeniosa, pero pensé mejor. Su reseña no era mala, y parte de mí no le importaba que hubiera reconocido lo relajado que se había puesto, aunque no estaba segura de que quedarse dormido era exactamente lo que tenía en mente al darle un masaje.

Antes de que pudiera decidir qué hacer a continuación, la puerta de mi habitación se abrió de golpe.

—¡Raven! —la voz de Finn cortó el aire, llena de esa urgencia habitual que siempre me dejaba sintiéndome al borde.

Me senté con un gemido, frotándome las sienes. Hermanos menores: no puedes vivir con ellos, no puedes vivir sin ellos. Finn era el epítome de un típico hermano menor travieso. Y algunos días, me hacía reconsiderar toda esta idea de seguir viviendo con mi familia a los veintiocho años.

—Finn, por amor a todo lo que es sagrado, ¿puedes llamar?

Me ignoró, con los ojos abiertos y frenéticos.

—No vas a creer esto.

Puse los ojos en blanco, balanceando mis piernas fuera de la cama.

—Dime que no es otra de tus alertas de drama "urgente".

—Esto es serio, Raven —dijo, apenas recuperando el aliento—. Una bruja de uno de los aquelarres más pequeños fue encontrada muerta anoche. Simplemente muerta. Aún no saben quién lo hizo.

Eso me hizo congelar. Lo miré, con el estómago apretándose.

—¿Qué? ¿Qué aquelarre?

—Ella era parte del Aquelarre Espino Negro. Encontraron su cuerpo cerca del río, cerca del Bosque Oscuro. Sin signos de lucha. Nada.

Fruncí el ceño. El Aquelarre Espino Negro era pequeño, tranquilo y alejado de las facciones más grandes, pero esto seguía siendo malo.

Demasiado malo.

—No me gusta esto, Finn. Estos asesinatos no se tratan solo de una especie atacando a otra. Hay algo más sucediendo aquí —me levanté, el sueño instantáneamente expulsado de mi cuerpo—. Vamos, toma tus cosas. Te llevaré a la escuela.

Finn me lanzó una mirada.

—¿Qué? ¡Raven! Puedo ir a la escuela solo.

—No me importa —dije, ya agarrando mi abrigo—. Te llevaré hoy. No irás a ningún lado solo en este momento. No con todo esto pasando.

—No necesito que me cuides. Lo tengo controlado.

Le di una mirada penetrante.

—No, no lo tienes. Toma tus cosas.

Murmuró algo entre dientes pero sabía que era mejor no discutir conmigo.

Se unió a mí en mi auto unos minutos después.

El viaje a su escuela fue inusualmente silencioso. Mantuvo su mirada por la ventana, con el ceño fruncido tirando de sus labios, pero podía sentir su inquietud a mi lado. La conversación sobre la bruja muerta me estaba haciendo sentir incómoda. También podía sentir la inquietud en mis padres, pero si hablaba con ellos al respecto ahora, solo me recordarían el hecho de que se suponía que debía casarme con un hombre lobo por el bien del pueblo.

—¿Alguna vez te preguntas por qué la gente no puede simplemente mantenerse alejada de ese maldito bosque? —pregunté, rompiendo el silencio.

Finn estuvo callado por un largo momento antes de volverse a mirarme.

—Supongo que solo son curiosos.

Bueno, la curiosidad mató al maldito gato.

—Hmm.

Esa fue una respuesta tan desalentadora.

Entramos al estacionamiento de la escuela, y lo miré, observando la forma en que se colgaba la mochila al hombro.

—Mantente a salvo. No vayas cerca de ese bosque, Finn. Ni hoy, ni mañana, nunca.

Me lanzó una sonrisa, pero fue a medias, como si estuviera fingiendo que no le importaba.

—Suenas como mamá —luego me guiñó un ojo y añadió—: Sé que me extrañarás hoy, pero no hagas algo tonto como aceptar casarte con un hombre lobo.

El aire literalmente se quedó atrapado en mi garganta, y tosí.

¿Qué?

Sonrió con suficiencia.

—Sé todo lo que está pasando en este pueblo, Raven. En serio, no te cases con el tipo Alfa hombre lobo. Y tampoco pienses que es guapo.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Luego, me recompuse y le lancé una mirada severa.

—Buena manera de desviar mi atención.

—Funcionó —dijo, con aire de suficiencia.

Suspiré.

—Solo quédate con tus amigos, ¿de acuerdo? Mantén la cabeza baja y nada de ir a vagabundear.

Puso los ojos en blanco, pero había un destello de respeto detrás de ellos.

—Sí, sí. Estaré bien.

No respondí. Solo lo observé caminar hacia la escuela. En el momento en que desapareció de vista, murmuré un hechizo en voz baja.

—Escudos de tierra, raíces de piedra, protege a quien amo, mantenlo a salvo y completo.

Las palabras fluyeron fácilmente, la magia elevándose en mí como una corriente de energía. Un suave resplandor blanco parpadeó alrededor de mis dedos, curvándose y desvaneciéndose mientras salía disparado de las puntas de mis dedos y envolvía a un Finn inconsciente, que estaba a unos pasos de distancia. El hechizo era un escudo invisible que desviaría cualquier magia ofensiva lanzada contra él. Aunque no tenía idea de qué o *quién* estaba causando todas las muertes repentinas, esto era solo una precaución.

Una leve sensación de calma se extendió a través de mí, y por un momento, me permití relajarme. Pero, mientras salía de las instalaciones de su escuela, mi mente volvió a las muertes. Había algo en ellas, algo siniestro sobre el bosque, que simplemente no me parecía correcto. Y sentía que tenía que hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 4



JULIUS

El saco de boxeo crujió en su cadena, balanceándose por la fuerza de mi último golpe. El aire fresco no impidió que el sudor rodara por mi espalda, humedeciendo el cuello de mi camisa mientras sacudía los puños. La tensión en mi pecho se negaba a ceder.

Golpeé de nuevo, más fuerte esta vez, y el satisfactorio impacto reverberó por todo el pequeño gimnasio. No era suficiente.

Raven.

El maldito nombre de la bruja había estado rebotando en mi cabeza como una canción pegajosa desde la reunión del Consejo. Y ahora que me había acostado en su mesa de masajes como un sacrificio voluntario, mi cuerpo anhelaba su tacto nuevamente. Una locura. Definitivamente me estaba volviendo loco. O quizás, me había hechizado.

Cada puñetazo que lanzaba pretendía desprenderla de mi mente, arrancar el recuerdo de sus penetrantes ojos verdes y voz cortante de mi cráneo. Pero cuanto más intentaba olvidarla, más vívida se volvía, parada allí en mi imaginación con su impresionante cabello plateado y ojos esmeralda, distintos a cualquier cosa que hubiera visto en mis treinta y dos años de existencia.

¿Y el decreto del Orbe? ¿Un matrimonio? Gruñí por lo bajo, dando un golpe final que envió el saco a balancearse violentamente en su cadena.

No había forma de que pudiera dejarla entrar en mi manada. Era hermosa, eso se lo concedía. Incluso tenía una manera de atraerme, hasta el punto de que había sucumbido y le había escrito una maldita buena reseña. Pero había demasiadas cosas sucediendo en mi vida. Demasiados secretos para compartir con una bruja. No con todo lo que tenía que proteger. No con Elara.

El pensamiento de mi hija apretó el nudo en mi pecho. Estaba segura donde se encontraba, oculta de la manada y de todos los demás que podrían usarla como moneda de cambio contra mí. Pero traer a una bruja al grupo solo añadiría otra capa de riesgo. No podía permitirme eso.

La puerta del gimnasio se abrió con un chirrido, y miré por encima del hombro para ver a mi siempre problemática hermana menor, Lyra, apoyada en el marco. Sus rizos eran un desastre, y llevaba puesta una de mis viejas sudaderas sobre unas mallas, pero tenía esa típica sonrisa burlona en su rostro, la que me decía que no iba a gustarme lo que estuviera a punto de decir. Tenía dieciséis años y de repente, me pregunté adónde iría una vez que se graduara del instituto humano del pueblo. ¿Querría mudarse a miles de kilómetros de nuestra manada, o quedarse a mi lado? Alejé el pensamiento, sin querer empezar a echarla de menos. Estaba aquí conmigo en este momento y por ahora, eso era lo único que importaba.

—¿Intentando sacar a golpes a la bruja de tu sistema? —bromeó, con sus oscuros ojos brillando de picardía.

Gruñí, agarrando una toalla del banco. —¿No tienes algo mejor que hacer que molestarme? —Era bastante vergonzoso que todos en mi manada y más allá parecieran saber sobre Raven y yo.

—No realmente —dijo, entrando—. No hay clases hoy, ¿recuerdas? Estás atrapado conmigo.

—Qué suerte la mía —murmuré, secándome el sudor de la cara.

Se posó en el borde del banco, observándome con una sonrisa astuta. —¿Adónde vas a escabullirte hoy? Déjame adivinar... ¿a cavilar en el bosque? ¿O tal vez por fin vas a encontrarte con esa novia secreta que has estado ocultándonos?

No pude evitar la risa que se me escapó, corta y amarga. —Claro. Novia secreta. Ahí es *exactamente* adonde voy.

Lyra jadeó dramáticamente, apretándose el pecho. —¡Jules! ¡Por fin lo admites! ¡Nunca pensé que viviría para ver este día!

—Vete, Lyra —dije, lanzándole la toalla.

La atrapó con facilidad, todavía sonriendo. Sus reflejos de hombre lobo estaban desarrollándose desde que se transformó por primera vez el año pasado, cuando tenía quince. Sus compañeros se habían transformado entre los once y los catorce años. A veces, me preguntaba si usaba su naturaleza afilada y testaruda para compensar el ser una *transformadora tardía*.

—Bien, bien —dijo—. No me lo digas. Pero en serio, ¿cuál es tu plan? Has estado raro desde esa reunión del Consejo. Y no digas "nada". Te conozco.

Exhalé bruscamente, pasándome una mano por el pelo. —No hay ningún plan, Lyra. Solo necesito despejar mi mente.

Su expresión burlona se suavizó, y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. —Mira, lo entiendo. ¿El decreto del Orbe? Es mucho para asimilar. Pero no alejes a todos, ¿vale? No estás enfrentando esto solo.

No respondí, agarrando mi chaqueta del gancho cerca de la puerta. Por mucho que odiara admitirlo, Lyra no se equivocaba.

—Simplemente no hagas nada estúpido —me gritó mientras salía.

—Lo tendré en cuenta —murmuré, dirigiéndome hacia mi camioneta.

Iba a hacer lo contrario de algo estúpido. Iba a cumplir con mi ritual semanal. Lo único que me ha mantenido cuerdo todos estos años.

Mientras subía al asiento del conductor, solté un largo suspiro, agarrando firmemente el volante. El gimnasio de la cabaña, la casa de la manada, la Sala del Consejo... todo me resultaba asfixiante. Necesitaba sentir un poco de ternura, una que no proviniera de los hábiles movimientos de las manos de la mismísima bruja con quien debía casarme.

Y sin embargo, mientras la camioneta cobraba vida y salía al camino de tierra que llevaba fuera del territorio de la manada, todavía no conseguía sacar a Raven completamente de mi cabeza.

A mi lado, un brillante juguete de unicornio rosa con un cuerno de colores del arcoíris se deslizó un poco cuando la camioneta pasó por un bache. Lo miré, sacudiendo la cabeza. Esa cosa ridícula parecía completamente fuera de lugar en mi camioneta, como si hubiera entrado desde algún sueño de color caramelo. Pero la visión de ese estúpido juguete me hizo sonreír a pesar de todo.

Rayito de sol.

Así era como la llamaba: mi pequeño rayo de luz en un mundo que podía ser tan condenadamente oscuro.

El camino se estrechó, llevando a un área más aislada donde los árboles crecían más densos, sus ramas arqueándose sobre nosotros como un dosel protector. Al final del sendero, apareció una pequeña cabaña. Sus paredes de piedra, cubiertas de enredaderas, estaban desgastadas pero firmes, el techo inclinado y cubierto de musgo. Un columpio de madera se balanceaba suavemente con la brisa, crujiendo levemente.

Antes de que apagara el motor, la puerta principal se abrió de golpe.

Una pequeña figura, vestida con un vestido floral azul con cuello Peter Pan blanco, salió corriendo, su brillante cabello rubio volando detrás de ella. Su risa resonó en el aire como la melodía más pura.

Sus ojos gris tormenta, tan parecidos a los míos, brillaban de emoción.

—¡Papá! —chilló, sus pequeñas piernas corriendo mientras se dirigía hacia la camioneta.

Apenas tuve tiempo de bajarme antes de que se lanzara hacia mí. La atrapé fácilmente, recogiéndola en mis brazos y haciéndola girar.

—Aquí está mi Rayito de sol —dije, dándole un beso en su regordeta mejilla. Ella se rió, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello.

—Mira, te he traído algo —dije, extendiendo la mano hacia la camioneta y agarrando el unicornio rosa.

Sus ojos se iluminaron, sus pequeñas manos tomando el juguete como si fuera lo más precioso del mundo. —¡Bonito!

—No tan bonito como tú —dije, apartando sus rizos rubios de su cara. Me sonrió, y en ese momento, lo único que importaba era que ella fuera feliz.

Llevándola en un brazo, me dirigí hacia la cabaña. El aroma de pan recién horneado salió cuando la puerta se abrió, y allí estaba mi madre, Tala, con una cálida sonrisa en su rostro.

—Julius —dijo, su tono suave y acogedor—. Lo has conseguido.

—Siempre lo hago —respondí, entrando y bajando a mi Rayito de sol. Inmediatamente corrió, con el unicornio bajo el brazo mientras se dirigía directamente a su pequeño montón de juguetes en la esquina de la sala de estar.

Mi madre cerró la puerta detrás de mí, sus ojos grises —una versión más suave y cálida de los míos— estudiándome cuidadosamente. Llevaba su habitual expresión serena, pero podía decir que había estado esperando para decir algo.

—Te ves cansado —dijo finalmente, apartando un cabello suelto de mi frente como solía hacer cuando era niño.

—Un par de días largos —dije, quitándome la chaqueta y colocándola sobre el respaldo de una silla.

Me dio una mirada de complicidad. —¿La reunión del Consejo?

Asentí, hundiéndome en el sillón cerca de la chimenea. Ella se sentó frente a mí, juntando sus manos en su regazo.

—¿Y la bruja? —preguntó suavemente.

Me pasé una mano por el pelo, inclinándome hacia adelante con los codos sobre las rodillas. —La decisión del Orbe... no tiene ningún sentido, mamá. ¿Una bruja? ¿Como Luna? Es peligroso. Es imprudente. Y no puedo...

Me detuve, mirando hacia la esquina de la habitación donde Rayito de sol jugaba felizmente.

—No puedo arriesgarla. No con lo que ella es —terminé en voz baja.

Había una palabra no pronunciada entre nosotros, una que nunca decíamos en voz alta pero que estaba en la cima de mis preocupaciones. Era la razón por la que había ocultado a Elara durante tanto tiempo. Era una híbrida.

La mirada de mi madre se suavizó. Estiró la mano por encima de la pequeña mesa redonda que había entre nosotros y colocó su mano sobre la mía. —Siempre has sido un buen padre, Julius. Pero el Orbe no habría elegido este camino a la ligera. Hay más en juego aquí de lo que cualquiera de nosotros puede ver. Especialmente considerando lo diferente que es esto. Cómo están dispuestos a emparejar a un lobo y una bruja, algo que hace tiempo que no se escucha.

—No me importa lo que el Orbe vea —dije, con voz baja pero firme —. No voy a permitir que nadie, ni siquiera el Consejo, ponga a mi manada, mi familia o mi hija en una situación extraña.

Mi madre no discutió, pero la mirada en sus ojos me dijo que no estaba completamente convencida. Se puso de pie y dijo: —Voy a

preparar té.

—¡Papá, mira! —La voz de Rayito de sol rompió la tensión. Sostenía en alto el unicornio, su cuerno brillante captando la luz—. ¡Mágico!

Sonreí, levantándome y revolviéndole el pelo. —Tú eres mágica, Rayito de sol.

Se rió, sosteniendo el juguete cerca de su pecho. Estaba empezando a hablar más, y me dolía no haber estado ahí para sus primeras palabras. Habíamos hecho un acuerdo con una de las familias de humanos de confianza en nuestro pueblo. Jessie y Luke, una pareja mayor con una hija que se había ido a la universidad, la habían adoptado. Pero siempre nos la dejaban tener los fines de semana y siempre se aseguraban de que supiera quién era su verdadero padre. Por supuesto, cuando creciera, tendría preguntas, pero estaría allí para responderlas todas cuando llegara el momento.

Por ahora, estaba segura con este arreglo.

La observé mientras se levantaba y se movía, haciendo volar el juguete unicornio en círculos por la habitación. La miraba jugar con una opresión en el pecho que no podía sacudirme. Estaba tan llena de vida, tan inocente.

—Tienes miedo —dijo mi madre en voz baja, sin embargo, atrayendo mi atención hacia ella, mientras regresaba a la sala de estar. Me entregó una taza de té y sostuvo la suya en sus manos mientras me miraba directamente a los ojos—. Miedo de lo que esta bruja podría significar para ti, para la identidad oculta de Elara, para nuestra manada. Y sé que hemos tenido que mantener esto en secreto —hizo una pausa—, incluso de tu hermana. Es difícil añadir una persona más a la mezcla.

Negué con la cabeza, la frustración hirviendo repentinamente dentro de mí. —No es solo miedo, madre. Es lógica. ¿Crees que es seguro traer a una bruja, una completa extraña, a este lío? Ella ni siquiera sabe si puede manejar la responsabilidad de ser Luna. Podría

volverse contra nosotros en el momento en que las cosas se pongan difíciles.

—Julius —dijo, con voz firme pero suave—. No solo estás tratando de proteger a Elara, ¿verdad? Te estás protegiendo a ti mismo. Mantienes a todos a distancia porque tienes miedo de confiar en alguien más después de lo que pasó con Mira.

Mira.

Me estremecí. Por mucho que amara a Elara, su madre era un tema doloroso en el que prefería no pensar. Hacía tiempo que había apartado a Mira y su traición, guardando los pensamientos sobre ella a salvo en el fondo de mi mente, bajo llave. Con la llave tirada.

—No sé si puedo confiar en ella —murmuré, pasándome una mano por el pelo—. Pero la decisión del consejo parece que no me da opción. Aun así, la combatiré. Sé que lo haré. Tengo que hacerlo.

Mi madre se rió entre dientes. —Nunca te ha gustado que te digan qué hacer. Pero esto es diferente.

—¿Lo es? —dije, con una risa amarga escapándose de mí—. Porque desde mi punto de vista, parece que el mundo está forzando mi mano, y no tengo más remedio que seguir el juego.

—Eso no es cierto. Siempre hay una elección. Solo tienes que decidir si estás dispuesto a tomar una que no ate tu corazón en nudos.

La verdad era que no solo estaba preocupado por Raven. Estaba aterrorizado por lo que dejarla entrar podría significar. ¿Podría confiar en ella? ¿Podría confiar en una bruja para que estuviera a mi lado, protegiera a mi hija, aceptara todo sobre mi vida, mi manada y el lío en el que estábamos?

—Está creciendo tan rápido —murmuré, mi voz tranquila pero llena de una especie de melancolía.

Asentí, viendo a Elara correr de vuelta a sus juguetes. —Es un regalo. Y no dejaré que nadie, nada, me la quite.

La voz de mi madre se suavizó. —Sé que te sientes así. Pero no tienes que hacerlo todo solo, Julius. Nunca tienes que hacerlo.

—No estoy solo, te tengo a ti.

Ella me dio una mirada de complicidad y luego suspiré. —No sé si puedo dejar entrar a alguien más. No otra vez.

Mi madre me dio una mirada de entendimiento, su expresión suavizándose. —No tienes que decidirlo todo de una vez. Pero quiero que sepas que no estás solo, y Elara no está sola. La tenemos, Julius. Lo resolveremos.

—Ojalá fuera tan simple.

—La vida nunca lo es. Pero seguimos avanzando, un paso a la vez.

Me acerqué a Elara y besé su mejilla otra vez, luego me volví hacia mi madre. —Tengo que irme.

Asintió, aunque no pasó desapercibida la tristeza en sus ojos. —Ten cuidado. Y no olvides lo que dije. Siempre hay una opción.

Cuando me dirigía hacia la puerta, sentí las pequeñas manos de Elara rodear mis piernas. —Quédate más tiempo, papi.

Su voz suave, como de pajarito, atravesó mi pecho mientras me inclinaba hacia ella. —Lo siento, cariño. Prometo quedarme más tiempo la próxima vez.

Otra promesa.

Besé su frente dos veces, salí por la puerta principal y luego subí a mi camioneta. Puse la camioneta en marcha, lanzando una mirada a Elara y mi madre que estaban frente a la cabaña despidiéndose. Quería quedarme con ellas, pero había cosas que tenía que resolver en la manada, y si estaba ausente durante demasiado tiempo, suscitaría sospechas.

Había un zumbido que provenía del tablero. Era mi teléfono. Henri estaba llamando. Deslicé para responder, mi voz ya casi al borde. —

Estoy regresando a la manada.

—Alfa —comenzó, con voz áspera—. Ha pasado algo.

Frené tan bruscamente. Que Henri me dijera eso por teléfono significaba que era grave.

—Habla, ¿qué ocurre?

Supe qué era incluso antes de que lo dijera. —Uno de los nuestros ha muerto.

Mi estómago se hundió cuando sus palabras lo confirmaron. Acabábamos de enterrar a uno de nuestros hombres lobo hace unos días, ¿y ahora otro?

—¿Quién? —presioné el teléfono más cerca, con el corazón martilleando en mi pecho.

—Mark. Lo encontraron en el límite del pueblo.

Sentí que la camioneta se sacudía mientras mi mano se tensaba sobre el volante. Mark había estado con la manada durante años, un luchador leal, una mano de confianza. Lo había enviado a más misiones de las que podía contar, siempre con la certeza de que haría el trabajo.

—¿Estás seguro? —casi gruñí, elevando mi voz. Parecía que fue apenas ayer cuando estábamos en el sitio de construcción de la cabaña y estaba bromeando conmigo y Drew.

—Sí, estoy seguro —respondió Henri. Hubo un momento de silencio antes de que añadiera—: Había marcas de quemadura alrededor del cuerpo y en el suelo.

Las palabras me golpearon como una bofetada. Di un volantazo, la camioneta desviándose demasiado cerca del borde de la carretera. Mi pulso se disparó, la adrenalina inundando mi sistema. Marcas de quemadura. Igual que antes.

—¿Dónde exactamente? —pregunté con voz ronca, deteniendo la camioneta al costado de la carretera. Mis manos temblaban mientras agarraba el volante, pero mi concentración permanecía afilada como una navaja.

—Cerca del límite oriental —respondió Henri—. Junto al río. Es... es grave, Alfa. Demasiado parecido a lo que ha estado sucediendo.

Mi respiración se entrecortó, y me limpié la palma por la frente, sintiendo el sudor frío. —Voy para allá. Prepara a la manada. Asegura el área. No quiero más sorpresas.

—Entendido —dijo Henri—. Ten cuidado. Hay más, pero te informaré cuando llegues.

Más.

Colgué, con la inquietud instalándose en mi pecho. Esto no era solo una muerte al azar. No era un simple ataque. Esto era parte de algo más grande. Algo peor.

Alguien estaba jugando con fuego.

CAPÍTULO 5



RAVEN

Me apoyé en el mostrador, mientras el aroma del té de lavanda llenaba el aire y limpiaba distraídamente la superficie. Ann y Gloria habían salido juntas a hacer algunos recados para la tienda. Estaban encargadas de buscar hierbas, y como era peligrosamente cerca del bosque, nunca dejaba que alguien fuera solo. Tenían que ir en parejas, considerando las locuras que estaban ocurriendo en este pueblo. Se suponía que volverían pronto, así que pasaba el tiempo esperando a que llegara un cliente para mantenerme ocupada o a que ellas regresaran, lo que ocurriera primero.

Como si fuera una señal, la puerta de la tienda sonó. Me enderecé, lista para plasmar una sonrisa falsa en mi rostro y afrontar lo que viniera. Pero cuando vi la figura que entraba, sentí que mi estómago se hundía. Podía reconocer ese casco de rizos rojos horribles en cualquier parte: *Agatha Broomfield.* La dueña de All-Time Defense al otro lado de la calle.

Entró, trayendo consigo una nube de colonia penetrante, como si fuera la dueña del lugar, con la habitual sonrisa burlona en sus labios. *Bruja engreída.* —Vaya, vaya, Raven Arkwright. La novia elegida en persona. ¿Cómo está la futura Luna? —arrastró las palabras, dejándolas flotar en el aire como un regusto amargo.

Apreté la mandíbula, sin querer dejarle ver cuánto sus palabras estaban empezando a calarme. —¿Qué quieres, Agatha?

—Oh, nada importante. —Caminó lentamente hacia el mostrador, pasando su dedo por la superficie como si estuviera comprobando si había polvo. Miró alrededor de la tienda con aire sarcástico—. Solo pensé en venir a ver a la Luna en persona. Para asegurarme de que los rumores son ciertos. Una bruja casándose con un Alfa lobo... Eso tiene que ser un espectáculo de circo, ¿no crees?

Podía sentir la tensión acumulándose, mis dedos agarrando el borde del mostrador mientras intentaba mantener la calma, pensando en todos los animales en los que desearía convertirla. Hasta ahora, una rana viscosa que coincidiera con su personalidad viscosa era mi favorita.

—Estás perdiendo el tiempo. Lo que pienses de mí no importa. No soy un espectáculo para que te quedes mirando.

Agatha se inclinó, entrecerrando los ojos de esa manera típicamente arrogante. —Tal vez no. Pero no puedes negar que este es el evento del que todo el mundo está hablando. Quiero decir, ¿una bruja casándose con un Alfa? Será todo un espectáculo. Incluso podrías conseguir algunos clientes nuevos. Estoy segura de que los lobos querrán conocer el negocio de su futura Luna.

Respiré hondo, tratando de calmarme. —Deja de bromear, Agatha.

Soltó una risita, claramente disfrutando de la incomodidad que estaba causando. —¿Parezco que estoy bromeando? Oh, lo siento. Es que no podía quitarme de la cabeza la idea de que te convertirías en Luna. Tenía que venir a verte yo misma. Después de todo, ¿para qué están los vecinos?

Antes de que pudiera responder, cruzó los brazos, inclinándose más cerca. —Pero, oye, ¿qué sé yo? Quizás estás deseando formar parte de la manada. He oído que dirigen las cosas con bastante rigidez.

Con cuidado puse mi cara de amabilidad-con-los-clientes y dije: —Tienes mucho que decir para ser alguien que se esconde detrás de baratijas y miedo. Quizás deberías centrarte más en tu negocio y menos en el mío.

Los ojos de Agatha brillaron con algo —satisfacción, tal vez, o simplemente el placer de ponerme nerviosa—. —Bien, bien. Te dejaré volver a tu trabajo de sanación mientras yo regreso a mi muy importante negocio —dijo, su voz goteando dulzura fingida—. Pero recuerda mis palabras, Raven. No sabes lo que te espera. Cuando estés lista, podría tener uno o dos dispositivos de protección para ti, *Luna*.

No respondí, sin querer darle la satisfacción de una réplica. En cambio, la observé marcharse, sus tacones resonando en el suelo mientras se dirigía hacia la puerta. La campanilla sonó de nuevo, y me quedé sola en la tienda una vez más.

Justo cuando alcanzaba la servilleta, lista para continuar ocupándome, la puerta de la tienda se abrió una vez más. Levanté la vista, esperando ver a un cliente o las caras de Gloria y Ann, pero en cambio, me recibió la figura ensombrecida de un mensajero del Consejo, con un sobre sellado en su mano. Era uno de los pocos mensajeros que enviaban recados a las personas, recados del Consejo, porque a veces, en asuntos de grave importancia, al Consejo le gustaba el efecto dramático de un sobre con un brillante sello de cera roja y dorada.

—¿Raven Arkwright? —preguntó, con voz áspera.

—Soy yo.

Caminó hacia el mostrador y me entregó el sobre. El sello del Consejo era un audaz diseño rojo de un orbe redondo con intrincadas plumas doradas tejidas en él. Esto era *oficial*. Mi estómago se retorció. Esto no era solo una carta. Era una orden. Nunca antes había recibido una como esta, pero había visto a mi madre, la líder de nuestro aquelarre, recibir varias.

—Gracias —solté, pero él ya se estaba dando la vuelta y saliendo por la puerta.

Con una brusca inhalación, abrí el sobre y desdoblé la carta.

Raven Arkwright,

Por la presente se le notifica que el matrimonio con el Alfa Julius Nightshade, según lo decretado por el Orbe de la Verdad, debe formalizarse en un plazo de tres semanas. La fecha de la boda coincidirá con el próximo ciclo lunar, el último sábado del mes.

El incumplimiento del decreto del Orbe resultará en graves consecuencias tanto para usted como para su aquelarre. Se le aconseja hacer los preparativos correspondientes. El Consejo espera su cooperación y cumplimiento.

Con autoridad,

El Consejo Moonshade.

Me quedé mirando la carta, con los dedos temblorosos.

La fecha caía en el cumpleaños de Finn. A él no le gustaría, fue lo primero que se me vino a la mente. Pero, por supuesto, también estaba ese enorme hecho de que literalmente me estaban obligando a casarme con este hombre lobo alfa y con una fecha, además. Una locura.

Tenía la mitad de la mente puesta en arrugar la maldita carta y quemarla hasta convertirla en cenizas, pero sabía que era mejor no hacerlo. Sabía que el Consejo no era solo una organización sombría que podía ignorar. Tenían todo el poder —el poder para controlar mi vida y este pueblo entero. Y hasta ahora, habían estado haciendo un buen trabajo. Bueno, al menos, hasta ahora.

Aparté la carta y me dirigí furiosa a la parte trasera de la tienda, cerrando los puños. La ira surgió dentro de mí como una ola de marea, y ya no podía contenerla por más tiempo.

—Maldita sea —murmuré, golpeando con la palma el mostrador.

Necesitaba ver a mis padres.

Necesitaba hablar con ellos porque eso era precisamente lo que habíamos estado evitando durante toda la semana pasada y esta semana.

Unas cuantas llamadas después, la puerta de la tienda sonó de nuevo, y ni siquiera levanté la vista. Podía oler a mi madre a kilómetros de distancia. Como rosas silvestres. Valric estaba justo detrás de ella.

—Raven —la voz de mi madre resonó, firme, pero había una suavidad en su tono cuando vio mi cara. A veces, me preguntaba si alguna vez le resultaba difícil equilibrar el ser mi madre mientras simultáneamente era la líder del aquelarre.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—He recibido un ultimátum del Consejo —dije sin rodeos, sin molestarme en ocultar la frustración en mi voz—. Para casarme con Julius.

La cara de mi madre permaneció ilegible, pero los ojos de Valric se suavizaron con simpatía. Ahora estábamos sentados uno frente al otro en el área de té, con tazas de Oolong Surprise enfriándose con cada minuto que pasaba.

Ella suspiró. —Lo sabemos, Raven. Intentamos retrasarlo, y sé que debes haber sentido que no nos importaba por la forma en que parecíamos callados al respecto, pero la decisión del Orbe...

—¿La decisión del Orbe? —casi grité, mi paciencia finalmente rompiéndose—. ¿No crees que lo sé? ¿No crees que he estado intentando razonar esa decisión?

—Raven, cálmate.

—¿Calmarme? —me reí amargamente—. ¿Quieres que me calme cuando siento que todos me están obligando a un matrimonio que no pedí? Me estáis haciendo casar con un hombre que apenas conozco, ¿y para qué? ¿Para mantener la paz entre las manadas?

Valric intercambió una mirada con mi madre, pero no habló de inmediato. En cambio, mi madre respiró hondo y continuó. —Raven, sabemos que esto no es ideal. Pero así son las cosas. El Orbe ha hablado, y poco podemos hacer para cambiar eso.

—No —respondí bruscamente—. No lo entiendes. No quiero esta vida. No quiero ser parte de un matrimonio político. No quiero ser una Luna. No quiero servir a la agenda del Consejo.

Las palabras se sentían como fuego en mi boca, pero eran ciertas. Cada una de ellas.

—No tienes muchas opciones —dijo Calista suavemente, pero su voz llevaba el peso de una madre que había vivido esto antes—. No estás protegiendo solo a ti misma, Raven. Estás protegiendo a todos nosotros. Este pueblo, necesitamos unidad. Necesitamos volver a como era antes cuando estábamos todos juntos. Y, con noticias de que el escudo se está desvaneciendo...

Eso captó mi atención. —¿El escudo se está desvaneciendo?

—Bueno, la gente ha estado reportando ataques y viendo cosas extrañas, especialmente en los límites del pueblo.

Especialmente en los límites del pueblo...

Había enviado a Ann y Gloria a buscar esas hierbas. ¿Era esta la razón por la que aún no habían regresado? Tenía que llamarlas si no volvían en la próxima hora.

Mi madre continuó: —Eso es aparte del punto ahora, Raven. Quiero que veas lo bueno en esta situación.

Volví al presente y la miré. La miré *realmente*. Había amor en sus ojos, pero también había algo más, algo que no podía identificar

exactamente. —Crees que esta es la única manera, ¿verdad? —dije, más suavemente ahora—. Crees que debería simplemente aceptar esto, y todo estará bien. Pero, ¿qué hay de mí? ¿Qué hay de lo que yo quiero?

—Quiero que seas feliz —dijo, con voz temblorosa—. Pero a veces tenemos que hacer sacrificios por el bien común. Mírame a mí, me casé con Valric en un emparejamiento hecho por los aquelarres y nos ha ido bien. —Lo miró y sonrió. Él le apretó la mano y le devolvió la sonrisa.

Valric habló, con voz firme y calmada, pero pude oír el cansancio detrás de ella. —Entiendo tu frustración, Raven. Esto no es fácil para ninguno de nosotros. Pero no podemos cambiar esta decisión. Y tú tampoco.

Me levanté de repente, caminando por la habitación. Tenía una idea. —Lo cambiaré. Hablaré con Julius. Lo resolveremos juntos.

—Raven —la voz de mi madre era suave pero firme—, estás pidiendo ir en contra de algo mucho más grande de lo que te das cuenta.

—No me importa —respondí bruscamente, con los puños apretados a los lados—. Si significa que tengo que vivir el resto de mi vida con alguien que apenas conozco, entonces me importará.

—No hagas esto más difícil de lo que debe ser —dijo Valric, con un tono sorprendentemente suave—. Estamos haciendo esto para proteger al aquelarre, Raven. No eres la única que ha sido puesta en una posición difícil. Pero este matrimonio nos mantendrá a salvo.

Negué con la cabeza, con la frustración ardiendo detrás de mis ojos. —No necesito este matrimonio para protegerme a mí o al aquelarre. Necesito que dejéis de tomar decisiones por mí. Sois mis padres. Yo debería ser quien decide qué pasa con mi vida.

El silencio que siguió se cernió pesadamente en la habitación. Mi madre miró sus manos, y Valric se movió incómodamente en su

asiento.

—No lo entiendes, Raven —dijo Valric, con voz suave—. Estamos haciendo lo que podemos para mantener la paz, pero no podemos luchar contra el consejo. Es el destino.

Podía sentir el calor subiendo por mis mejillas, con los puños apretados a los lados. —No quiero el destino. Quiero mi propia vida.

Respiré profundamente, calmándome antes de hablar de nuevo, con la voz temblando de frustración. —Necesito el número de Julius. Voy a resolver esto yo misma.

La mirada de mi madre se suavizó, pero pude ver la renuencia en sus ojos. —Raven...

—No —dije, con voz cortante—. No voy a esperar a que alguien tome esta decisión por mí. Lo haré yo misma.

No discutió. Simplemente sacó su bolso, sacó su teléfono y me lo entregó.

Mientras tomaba el teléfono y escribía su nombre en el icono de búsqueda, Gloria entró corriendo por la puerta. —¡Raven! ¡Ann está enferma!

CAPÍTULO 6



JULIUS

Acabábamos de celebrar el funeral de Mark la noche anterior y dos noches antes de eso, me había reunido con el líder Alfa. La reunión había transcurrido exactamente como esperaba y, aun así, el peso de todo ello me oprimía mientras me sentaba en mi oficina, con el pesado escritorio de madera frente a mí, que parecía un ancla que no podía mover.

Me recliné en mi silla, mirando por la ventana la vasta extensión del territorio de mi manada, tratando de darle sentido a todo. Había pasado los últimos días luchando por un resultado diferente, cualquier otro resultado. Pero parecía que no había escapatoria al hecho de que tenía que casarme con Raven Arkwright.

Las manadas, las brujas, el Consejo... todos veían este matrimonio como un símbolo de poder. No se trataba solo de una unión. Era mucho más que eso. Cooperación. Negocios. Defensa. Cosas que iban más allá de los sentimientos personales. Y eso, para el Rey Alfa, era ir demasiado lejos. Él lo quería... no, lo necesitaba. Gracioso, porque no era él quien tenía que casarse.

Durante mi reunión con él, incluso intenté ofrecer un gesto diferente, una forma más aceptable de cooperación. Sugerí —más de una vez— que estaría dispuesto a reservar una porción del territorio de mi manada para servir como reserva especial de hierbas para las brujas. El tipo de hierbas que constantemente buscaban

para usar en sus rituales y pociones. Habría sido un trato beneficioso para ambas partes, uno del que tanto las manadas como las brujas podrían beneficiarse.

Pensé que sería un compromiso razonable. Era negocio. Era defensa. Y pensé que tal vez, solo tal vez, podría suavizar algunas de las tensiones.

Pero el Consejo lo rechazó rotundamente.

Otra vez.

Maldije en voz baja, pasándome una mano por el pelo. Mi teléfono vibró sobre el escritorio, interrumpiendo mis pensamientos. Lo alcancé, mirando la pantalla. El mensaje era de Henri, mi Beta, su nombre parpadeaba en texto negrita.

Carta oficial del Consejo. Con el sello y todo eso.

Fecha fijada para la boda.

Las palabras golpearon como una bofetada en la cara. La decisión había sido tomada. Ya no era una sugerencia. Era una orden.

Era como si me estuvieran dando un veredicto final: no tenía más remedio que cumplir.

Me levanté de repente, la silla raspando ruidosamente el suelo. Mis manos se cerraron en puños, la ira subiendo de nuevo, rápida y ardiente. Mis pensamientos volvieron a la conversación con Raven. Todavía podía sentir el mordisco de sus palabras, la forma en que dejó claro que ella tampoco quería esto. No era solo una herramienta para la paz. Era una persona, atrapada en el mismo lío que yo, reacia a doblegarse ante el peso de las expectativas del Consejo.

Y sin embargo, aquí estábamos, siendo empujados a un matrimonio que ninguno de los dos había elegido.

Empecé a caminar por la habitación.

Otro mensaje apareció en mi teléfono. Me detuve para mirarlo. Era de Henri de nuevo.

La fecha está fijada para el último sábado del mes.

Cerré los ojos con fuerza. Maldición.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos, y rápidamente me limpié las manos en los pantalones antes de responder.

Henri entró, su rostro serio como siempre. Me miró una vez y pudo notar lo enojado que estaba.

—Así que realmente te vas a casar, ¿eh? Pensé que yo me casaría antes que tú, con toda tu actitud engreída y cero encanto para las damas después de que la última te hizo daño —dejó caer el sobre con el sello roto en mi escritorio.

—Eso parece —dije, apretando los dientes. Ni siquiera pude hacer el esfuerzo de reírme.

Henri asintió lentamente, su expresión comprensiva. —Lo siento, Jules. Sé que no querías esto.

—Claro que no lo quería. Ni lo quiero ahora.

—El Rey Alfa dijo que deberíamos pensarlo como una forma de solidaridad. Para honrar a los lobos que hemos perdido.

¿Solidaridad? ¿Honrar a los lobos que hemos perdido? El Rey Alfa está inventando cosas sobre la marcha a estas alturas.

Sentía como si simplemente me estuviera lanzando cosas, intentando ver cuál pegaba y me convencía de casarme con Raven.

Dejé de caminar y lo miré a los ojos, con la mandíbula apretada. —Solo quiero que esto termine. Y espero que no pase sin hacer ninguna diferencia.

Henri me dio un golpe en el hombro. —Sabes, cuando empieces a disfrutar de la vida de casado, te voy a tomar el pelo sin piedad. Es

una lástima que Mark no esté aquí para verlo.

Maldición. Mark y Drew eran los peores bromistas, pero mi mejor dúo. Desde que Mark murió, Drew se había tomado un tiempo libre y había perdido todo su encanto y humor. Su rostro estaba ahora en un ceño fruncido perpetuo, los ojos apagados. El dolor tenía una forma curiosa de absorber todos los colores que la vida tenía para ofrecer.

Mi teléfono vibró sobre el escritorio, y un número desconocido apareció en la pantalla.

Henri lo señaló. —Deberías revisar eso. Me iré ahora.

Miré mi teléfono por un momento, con el pulgar suspendido sobre el botón de aceptar. No esperaba ninguna llamada, especialmente no ahora, después de todo lo que había pasado con el Consejo. Aun así, algo en mis entrañas me dijo que tenía que contestar.

—¿Hola? —Mi voz sonaba áspera, así que aclaré mi garganta e intenté de nuevo—. ¿Hola?

Una pausa. Luego, *su* voz. Juro que podría reconocerla incluso en mis sueños. Era ridículo lo mucho que estaba en contra de este matrimonio cuando su voz tenía este tipo de poder sobre mí.

—Julius.

Dijo mi nombre y de repente me encontré queriendo correr hacia ella y derretirme en su tacto. Era etérea.

Sacudí la cabeza. Tal vez era cosa de brujas, pero sin duda se estaba metiendo bajo mi piel.

—Raven —logré decir.

Ella no perdió tiempo con cortesías. —El Consejo me ha dado un ultimátum. La fecha de la boda ha sido fijada.

Me senté y me recliné en mi silla, con los dedos presionando los reposabrazos como si de alguna manera eso pudiera mantenerme

anclado. Ya podía sentir hacia dónde se dirigía esto, y no quería ir allí.

—Sí —murmuré, mis palabras espesas en mi boca—. Es oficial. Yo también recibí la solicitud. —Miré el sobre que Henri dejó. Efectivamente, era oficial.

Hubo un momento de silencio. Una pausa significativa. Casi podía oír su respiración, su frustración presionando a través de la línea.

Y entonces... —¿Hay alguna manera en que puedas cancelar esta boda?

La pregunta me golpeó. Fuerte. Afilada. Tan repentina, que fue impactante. Quería decir que sí. Quería decir que podía arreglarlo, que todavía había tiempo para cambiar las cosas, que podía hacer esto bien. Pero no lo había. Sabía que no lo había.

Exhalé lentamente, pasándome una mano por la cara. —Lo siento, Raven, pero ser el Alfa de la manada Nightshade no significa nada en esta situación. Literalmente no tengo poder sobre esto. —Las palabras salieron roncas, y odiaba lo débiles que sonaban. Pero era todo lo que podía ofrecerle.

El silencio se extendió entre nosotros, denso. Y luego, su voz, más tranquila esta vez, pero todavía atravesándome. —Supongo que no tenemos opción, entonces.

Escuché la resignación en sus palabras, la aceptación de algo que ninguno de los dos quería. El teléfono quedó en silencio, y lo dejé caer sobre el escritorio, reclinándome en mi silla. Maldita sea. No se suponía que fuera así.

Pero no podía cambiarlo. Y tenía que casarme con ella.

* * *

El peso del martillo se sentía bien en mi mano. El movimiento repetitivo contra la madera era algo que podía silenciar temporalmente el ruido en mi cabeza. Estaba de vuelta en la obra de construcción y, aunque bullía de actividad, no prestaba atención a la charla de mis trabajadores. No escuchaba sus bromas mientras derribaban paredes y reforzaban vigas. Realmente no estaba prestando atención a nada más que al movimiento de mis propias manos, tratando de concentrarme en el trabajo físico, algo tangible y real, un descanso del lío de política y matrimonios forzados.

Pero la tensión nunca se fue.

Todavía estábamos renovando la cabaña para los faes, dando los toques finales.

Me limpié el sudor de la frente, con la camisa pegada a la espalda mientras me alejaba del lugar, esperando refrescarme un momento. El viento había cambiado, pero no era suficiente para aplacar la inquietud que crecía en mis entrañas. Me encontré caminando, mis botas crujiendo contra la tierra mientras me dirigía hacia el borde de la ciudad. Los árboles se hacían más densos aquí, el aire más cargado con olor a pino y musgo. El límite estaba cerca, demasiado cerca. Había oído hablar de esta barrera que protegía nuestra ciudad del mal. Era de lo único que hablaban las brujas. Pero nunca me había molestado en acercarme.

Sentí la atracción de seguir caminando, como si algo me estuviera llamando.

No tenía idea de qué me atraía allí. Tal vez solo necesitaba pensar. Tal vez necesitaba poner algo de espacio entre yo y todo lo demás. Estaba tan malditamente cansado de pensar.

Pero lo que vi cuando llegué a la frontera fue suficiente para congelar la sangre en mis venas.

Al principio, no lo noté. Los árboles eran demasiado densos, las sombras demasiado profundas. Pero entonces la barrera brilló,

revelando grietas como telarañas, y luego lo vi... a él.

Una figura, una silueta de pie justo más allá del borde del límite, mirándome con ojos que brillaban de manera antinatural en la luz azul del atardecer. Parpadeé, tratando de enfocar. Mi corazón comenzó a acelerarse a medida que la forma se volvía más nítida.

La figura permanecía increíblemente quieta, su forma envuelta en oscuridad, pero algo en ella estaba mal. No era solo una sombra. Estaba viva, y tenía un rostro.

No.

Di un paso adelante, entrecerrando los ojos, negándome a creer lo que estaba viendo. El rostro.

El rostro estaba mal.

No era cualquier rostro. Era el rostro del hombre lobo que acabábamos de enterrar: Mark. Pero estaba retorcido, deformado de una manera repugnante. Los ojos estaban huecos, la piel pálida y estirada como algo que ya no era del todo humano, y una niebla plateada parecía flotar alrededor de la figura.

La sombra —la criatura— me miró directamente, sin parpadear. Mi respiración se entrecortó, y di un paso atrás, sin saber con qué me estaba enfrentando.

Esto no era solo alguna criatura renegada del bosque.

Era algo más. Algo más oscuro.

Retrocedí tambaleándome, con el corazón martilleando en mi pecho. El aire a mi alrededor se sentía extraño, denso y cargado. Mis instintos me gritaban que me retirara.

Me di la vuelta y corrí. Mis piernas se movieron más rápido de lo que podía pensar, mi mente corriendo para dar sentido a lo que acababa de ver. Pero no tenía sentido. No podía tener sentido.

No me detuve hasta que llegué al sitio, mi respiración saliendo en jadeos ásperos. Mis trabajadores todavía estaban ocupados con sus tareas, pero necesitaba a Henri. Necesitaba a alguien que entendiera.

No dudé, encontrándolo al otro lado del trabajo de construcción. Estaba inspeccionando la base de una de las cabañas, sus ojos enfocados en los planos. Era tanto mi Beta como uno de mis gerentes de confianza en mi negocio de construcción.

Cuando vio la expresión en mi rostro, su semblante cambió.

—¿Qué pasó? —preguntó, su voz seria.

—Algo está mal —dije, con un tono tenso—. Necesito hablar contigo. Ahora.

Henri no discutió. Dejó los planos a un lado y me siguió, su ceño frunciéndose con preocupación mientras lo llevaba a un lugar más tranquilo, lejos del ruido del sitio.

—¿Qué está pasando, Jules?

—Fui a la frontera —comencé, todavía luchando por encontrar las palabras correctas—. Vi algo.

La mirada de Henri se agudizó. —¿Qué viste?

—Una criatura —dije, las palabras saliendo de golpe—. Estaba en el borde, mirándome. Pero no era cualquier criatura... tenía el rostro de Mark. Estaba... mal. Retorcido.

Los ojos de Henri se entrecerraron mientras procesaba la información. No parecía sorprendido, pero definitivamente se veía preocupado.

—¿Crees que la gran barrera se está rompiendo? —preguntó, su voz baja.

—No lo creo —respondí, con voz tensa—. Lo sé. Algo está terriblemente mal. No hay manera de que esa criatura pudiera haber

estado tan cerca si no hubiera algo mal con la barrera. Además, vi lo que parecían... grietas.

El rostro de Henri palideció. —Necesitamos llevar esto al Consejo. Tendrán que reforzar la barrera, o...

No le dejé terminar. —*Yo* voy a llevarlo al Consejo. Necesito verlos pronto. Hay cosas mucho más serias que una maldita boda.

Henri asintió de nuevo, su rostro serio. —Iré contigo.

¿Cómo demonios puede una barrera que ha existido durante siglos estar comprometida de repente? ¿Qué diablos está pasando?

CAPÍTULO 7



RAVEN

La casa de Ann siempre olía a pan recién horneado y ropa recién lavada, una calidez que normalmente resultaba acogedora. Pero esta noche, al entrar, estaba impregnada de inquietud. El aire se sentía pesado mientras ingresaba, los murmullos de su familia mezclándose con el suave crepitar de la chimenea.

Sus hermanos pequeños estaban dispersos por la sala de estar, su habitual charla alegre ahora apagada. Ann yacía en el sofá, pálida y silenciosa, sus rizos oscuros húmedos de sudor. Su madre rondaba cerca, retorciendo un paño de cocina como si fuera lo único que la mantenía con los pies en la tierra. Gloria estaba junto a la ventana, con el rostro tenso por la preocupación.

—Raven —me saludó su madre, la señora Peretti, con voz temblorosa por un pánico apenas disimulado—. Gracias por venir. No ha sido la misma desde que Gloria la trajo a casa.

Asentí y me acerqué a Ann, arrodillándome junto al sofá. Se veía frágil, con respiración superficial. Esta no era la Ann que yo conocía, la mujer fuerte y alegre que siempre tenía palabras amables para todos.

—Ann —dije suavemente, tomando su mano húmeda—. Soy yo. ¿Puedes contarme qué pasó?

Sus párpados temblaron y, tras un momento, sus ojos vidriosos, que se deslizaban en sus órbitas como aceite, se enfocaron en los míos. —Raven —murmuró, con voz débil pero llena de reconocimiento.

—Estoy aquí —dije, apretando su mano suavemente—. Gloria me dijo que te desmayaste. ¿Qué viste?

Sus labios temblaron mientras susurraba: —Era él. El abuelo Joe.

La habitación quedó en silencio. Incluso sus hermanos pequeños dejaron lo que estaban haciendo, sus ojos muy abiertos alternando entre nosotras.

—¿El abuelo Joe? —preguntó la señora Peretti, con la voz quebrada —. Cariño, sabes que se fue hace más de un año.

Ann asintió débilmente. —Lo sé, mamá. Pero era él. Simplemente estaba allí, junto a la valla. Al principio, pensé que lo estaba imaginando, pero entonces me miró. —Se estremeció, con voz temblorosa—. Y su cara... no estaba bien.

Mi estómago se retorció, pero mantuve mi voz calmada. —¿Qué quieres decir?

—Estaba borrosa —dijo, con los ojos llenándose de lágrimas—. Como si alguien la hubiera emborronado. Y sus ojos... no eran los suyos. Eran oscuros. Huecos. Como si no fuera... él mismo.

La habitación estaba tan silenciosa que podía escuchar el crepitar del fuego en el hogar.

Ann apretó mi mano con fuerza, bajando su voz a un susurro. — Levantó su mano como si intentara alcanzarme. Fue entonces cuando todo se volvió negro.

Gloria se acercó, con la cara pálida. —La encontré tirada en la hierba. No dejaba de temblar.

La señora Peretti negó con la cabeza, sus manos temblorosas. — Tiene que ser estrés. O... o duelo. Ella quería mucho a Joe. Tal vez

es su mente jugándole una mala pasada.

Quería creer eso. Pero varios clientes me habían contado historias similares en los últimos días mientras les daba masajes. Rostros que no deberían ver. Sombras donde no correspondían. Esto no era duelo. Era algo mucho más oscuro.

—No creo que sea estrés —dije suavemente, aunque sabía que no podía explicar sin asustarlos—. Pero por si acaso, mantengan a los niños dentro por un tiempo. Cerca de la casa. No dejen que vaguen cerca del borde del jardín.

La señora Peretti me miró con desesperación en sus ojos. —Raven, ¿qué está pasando? ¿Qué significa esto?

Dudé. No podía decirle la verdad, no todavía. —No lo sé —dije finalmente—. Pero lo averiguaré. Solo confíen en mí.

Su mirada volvió a Ann, quien había caído en un sueño inquieto. —Solo arréglalo —susurró.

* * *

Cuando salí después de despedirme, el aire nocturno mordió mi piel, pero no pudo cortar la tormenta que se gestaba en mi mente. Deseaba que hubiera alguna forma de ayudarla, pero una poción calmante probablemente no serviría de nada, especialmente porque el origen de su ataque era oscuro. La historia de Ann, su miedo, era la última de una larga serie de señales de que el escudo estaba fallando. La barrera que había protegido a Moonshade Hollow durante generaciones se estaba debilitando, y si caía por completo, no habría forma de detener lo que atravesara.

¿Y entonces qué?

Aunque mi aquelarre era fuerte, esto no era algo a lo que pudiéramos enfrentarnos solas. Las brujas no confiaban en los hombres lobo, y los hombres lobo no confiaban en nosotras. La

alianza era frágil en el mejor de los casos, y si el escudo caía, esa alianza se destrozaría.

Pensé en el decreto del Consejo. El matrimonio.

Casarme con Julius se sentía como una traición a todo lo que había luchado por construir para mí misma. Pero por mucho que lo odiara, no podía negar lo que se estaba volviendo evidente: este pueblo necesitaba unidad. Necesitábamos mantenernos unidos, o nos desmoronaríamos.

Si casarme con Julius podía mantener la paz, si podía fortalecer el vínculo entre las brujas y los hombres lobo... tal vez era un sacrificio que tendría que hacer.

Dejé escapar un suspiro tembloroso, mis dedos cerrándose en puños a mis costados.

No quería esto. Pero no podía permitir que Moonshade Hollow cayera.

* * *

Cuando regresé a casa, ya era hora de cenar. La mesa estaba más silenciosa de lo habitual. Mantuve mis ojos en la comida frente a mí, tratando de ignorar la incomodidad que se instalaba en mi pecho. No tenía hambre, en realidad no, no con todo lo que había sucedido hoy. Incluso cuando di unos cuantos bocados, el pastel de patata que madre había horneado sabía a goma. Y normalmente era uno de mis favoritos.

Finn, siempre el hermano menor testarudo, ya iba por la mitad de su comida, apenas dirigiéndome una mirada. Sabía que no se tomaba en serio mis advertencias. Pero tenía que intentarlo.

—Finn —dije, tratando de mantener mi voz firme—. Recuerda quedarte cerca de las zonas seguras. No vagabundees cerca de la frontera.

Finn hizo una pausa, su tenedor suspendido sobre su plato. Me miró, claramente sin tomarme en serio. —¿En serio, Raven? —dijo, con una sonrisa burlona—. ¿Todavía sigues con eso de la frontera? Estoy bien.

Apreté la mandíbula, empujando las palabras entre dientes apretados. —¿Asuntos de *frontera*

? La gente ha estado viendo cosas extrañas: figuras, sombras, rostros que no pertenecen. —Mi estómago se revolvió al recordar las historias de los clientes—. Esto no es una broma, Finn. Quédate dentro de los límites seguros.

Él se burló, claramente poco impresionado. —¿De verdad crees que me asustan unas cuantas sombras? —Su tono era despectivo, su orgullo tan fuerte como siempre—. Ahora tengo magia. Ya no soy un niño pequeño, Raven. No necesito protección.

Sentí la punzada de sus palabras, pero no iba a dejar que se desentendiera de esto. —No se trata de ser un niño —dije, con voz más firme—. Se trata de ser cuidadoso. Algo está pasando en este pueblo, y no es solo en mi cabeza. Si tener magia fuera suficiente para mantenernos protegidos, entonces esa bruja no habría muerto. No estaríamos contando nuestras pérdidas.

Él cruzó los brazos, su expresión endureciéndose. —Siempre me tratas como si necesitara que me cuiden. No soy un bebé indefenso.

Respiré profundamente, tratando de calmar la frustración que crecía dentro de mí. Quería a Finn, pero su imprudencia era algo que nunca había podido controlar. —No eres un bebé. Pero sigues siendo mi hermano pequeño. Y no voy a quedarme sentada y ver cómo te pones en peligro.

Antes de que pudiera decir más, la voz de madre interrumpió, su calma autoridad disipando la tensión entre nosotros. —Finn —dijo suavemente pero con firmeza—. Basta. No necesitamos otra discusión sobre esto.

Él no discutió más, pero pude ver la frustración en sus ojos. —Bien —murmuró, arrojando su tenedor con estrépito—. Pero no necesito que nadie me haga de niñera.

La mirada de ella se suavizó y me dirigió una sonrisa cansada.

Finn rompió el silencio. —¿Qué hay de Julius? —preguntó, su voz inesperadamente tranquila—. ¿Aún te casas con el Alfa?

Lo miré, sorprendida. —¿Por qué preguntas?

—No sé —murmuró, moviendo la comida en su plato—. Es de lo único que hablan todos en la escuela últimamente.

—No es como si tuviera mucha elección en el asunto —dije, casi demasiado rápido.

El pensamiento del mensaje de Julius de antes volvió a mí: "Haré que sea más fácil, de alguna manera". Pero ¿cómo? ¿Cómo podría ser fácil algo de esto? Literalmente ahora éramos amigos por mensajes, y me parecía atractivo, pero eso era todo. Nunca me había inclinado a casarme, especialmente no con él. No así. Pero, por el camino que iban las cosas, estaría eligiendo mi vestido de novia para el fin de semana.

Mis dedos se enrollaron alrededor de mi vaso de agua, y tomé un largo trago, tratando de alejar la pregunta de mi mente. —El Consejo ya ha decidido. Ambos tenemos que vivir con ello.

Podía sentir la mirada de Finn sobre mí. —Entonces, ¿ahora qué? ¿Simplemente... sigues adelante? ¿Sin hacer preguntas?

—Sí —recordé un pequeño detalle que me hizo gracia—. La ceremonia de boda es en tu cumpleaños.

—¿Qué? —Se levantó y nos miró a todos como si lo hubiéramos traicionado o algo así.

—No me mires así —dijo madre, absolviendo rápidamente a sí misma de todo—. Es decisión del Consejo.

Me encogí de hombros. —Bueno, vosotros formáis parte del consejo, ¿no?

Ella me lanzó una mirada fingidamente dolida. —Raven Arkwright, sabes cómo funcionan estas cosas.

Me reí, y de alguna manera, eso dejó fluir la frustración. Me gustaba que me llamara por mi nombre completo. —Aun así, madre. Ustedes me harán robarle el protagonismo a Finn.

Finn levantó las manos en el aire, con toda la pompa, y declaró: —¡O estropearé la boda o pareceré el más apuesto hermano de la novia ese día! Sin importar qué, sigue siendo mi cumpleaños y encontraré la manera de celebrarlo. Puede que termine robándome el espectáculo con lo que tengo planeado.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. —No puedes estropear una boda a la que ya estás invitado, idiota. ¿Y qué tienes planeado de todos modos?

Finn me guiñó un ojo. —Es una sorpresa, hermana.

Entrecerré los ojos mirándolo. —Bueno, tengo una sorpresa para ti también, *hermano*. Eres mi Dama de Honor y ya te estoy imaginando con un vestido de tul rosa muy bonito.

Los ojos de Finn casi se salieron de sus órbitas. Incluso Valric, el hombre tranquilo y callado entre nosotros, farfulló y soltó una sonora carcajada. Pronto, todos estábamos riendo. Como en los viejos tiempos. Ojalá pudiéramos permanecer así para siempre. Solo nosotros cuatro.

CAPÍTULO 8



JULIUS

La Sala del Consejo se alzaba con su habitual solemnidad, sus techos altos y ventanas arqueadas proyectaban una luz tenue sobre la larga mesa de roble. Entré con Henri a mi lado, su presencia era una fuerza tranquilizadora mientras nos acercábamos a la reunión. Era una pequeña congregación, menor que las habituales con todos presentes. Después de todo, esta era una reunión de emergencia. Muchos no pudieron presentarse con tan poco aviso.

Sentado a la cabecera de la mesa estaba el líder Alfa. A su lado estaba Naomi. Sus penetrantes ojos azules seguían cada uno de mis movimientos, su expresión era indescifrable, sus labios color melocotón apretados en una fina línea.

—Alfa Julius —me saludó el líder Alfa, su voz un profundo retumbar que parecía vibrar en el aire—. Hemos estado esperando tu decisión.

Cuadré los hombros, enfrentando su mirada. —Me casaré con Raven —dije, las palabras dejándome un sabor ligeramente amargo en la boca, directo al punto. No quería andarme con rodeos—. Si es lo que el Consejo cree que ayudará, lo haré. Cederé.

Naomi se inclinó ligeramente hacia adelante, con los dedos entrelazados. —Una sabia elección —dijo.

Contuve el impulso de poner los ojos en blanco.

Como si realmente tuviera opción.

—Eso espero —respondí con tono afilado—. Porque el escudo está fallando.

La frente del líder Alfa se arrugó. —¿Qué has visto?

—Sombras en la frontera —dije sin rodeos—. Criaturas poniendo a prueba los límites. Si no actuamos pronto, la atravesarán e infiltrarán el pueblo.

Los ojos de Naomi se estrecharon, y intercambió una mirada con el líder Alfa. —El escudo está ligado al equilibrio de este pueblo —dijo ella—. La unidad lo fortalece. El matrimonio ayudará a crear el vínculo que necesitamos para reforzarlo.

Henri dio un paso adelante, con voz firme. —¿Y si no lo hace?

La mandíbula del líder Alfa se tensó, su voz cargada de convicción. —Este... vínculo es la mejor apuesta hasta ahora.

Resistí el impulso de discutir. Su fe en el vínculo matrimonial parecía frágil, como si estuvieran aferrándose a un clavo ardiendo. Pero sabía que era mejor no presionar demasiado.

—Estaremos preparados —dije con voz cortante—. Pero no piensen que esto lo arreglará todo. El escudo no está esperando a que nos pongamos al día.

Naomi inclinó la cabeza, su mirada penetrante. —Entendemos la urgencia, Alfa Julius. Pero este es el camino que hemos elegido. Y tú has estado de acuerdo con él.

Mantuve su mirada por un momento antes de volverme hacia el líder Alfa. —Preparémonos todos para lo peor. Y esperemos que no lleguemos a eso.

Él asintió, con un destello de aprobación en sus ojos. —No sucederá.

La reunión terminó rápidamente después de eso, y me quedé con sentimientos encontrados. Así que realmente iba a seguir adelante

con esto. Esta boda. Con Raven.

Henri y yo salimos al aire fresco.

—¿Crees que realmente saben lo que están haciendo? —preguntó Henri mientras nos dirigíamos hacia mi camioneta.

—No —dije rotundamente, deslizándome en el asiento del conductor —. Seremos nosotros quienes tendremos que limpiar el desastre si se equivocan. Pero, sin duda, les haré rendir cuentas cuando todo se venga abajo. Y tengo la sensación de que así será.

Henri soltó una risa baja, aunque sin humor. —Entonces supongo que será mejor que estemos preparados.

No respondí. La verdad era que no estaba seguro de que alguien pudiera estar preparado para lo que venía. Las brujas deberían saberlo mejor, pero Naomi, su líder, parecía demasiado confiada. Como si supiera algo que ninguno de nosotros sabía. Había una razón por la que se había puesto un escudo en primer lugar. Tenía poco o ningún conocimiento sobre magia, pero conocía los mitos, las historias sobre las cosas que se escondían en ese espeluznante bosque. Conocía los horrores, había experimentado los horrores de la guerra, contra compañeros lobos, pero ¿contra criaturas que podían transformarse en seres y mimicarnos? Eso estaba más allá de lo que podía comprender. Pero, si llegaba el momento de luchar, siempre, siempre lucharía.

Dejé a Henri en la manada y conduje solo en mi camioneta a un lugar que no había visitado en mucho tiempo. Estaba en el bosque, cerca de la cabaña donde solía reunirme con mi madre y Elara.

Estacioné mi camioneta un poco antes y caminé el resto del camino.

Pronto, el claro apareció ante mí, las dos lápidas de mármol gris destacándose como sombras contra la luz menguante. Simples y sin marcas, solo la luna creciente grabada en la parte superior de cada piedra. No estaban destinadas a ser visitadas y no necesitaba grabados y diseños excesivos para atraer atención no deseada.

Pero vine.

Me acerqué, el crujido de las hojas bajo mis pies rompiendo el silencio. La piedra de Mira estaba a la izquierda. La de Elara a la derecha.

Me agaché frente a ellas, con las manos apoyadas en las rodillas, y dejé que el peso se asentara sobre mí.

—No mereces esto —murmuré, con los ojos en la piedra de Mira—. Pero aquí estoy. Como un idiota.

Las palabras sonaban amargas. Eran amargas. Pero eso no las hacía menos verdaderas.

Dejé escapar un lento suspiro, pasándome una mano por el pelo mientras los recuerdos se abrían paso hacia la superficie. Mira. Audaz, aventurera Mira. La forma en que solía reír, fuerte y libre, como si nada pudiera contenerla jamás. Un torbellino. Como si ya estuviera medio camino hacia la puerta.

—Siempre tuviste un pie fuera, ¿no es así? —dije con voz áspera—. Incluso cuando teníamos algo bueno. Algo real.

Pero ella no se había quedado. Había huido, dejando solo preguntas a su paso.

Me moví, dirigiendo mi mirada a la segunda piedra. De alguna manera, se sentía incorrecto tener una lápida erigida para una niña que aún estaba viva, pero era la mejor manera de protegerla.

Elara.

El nudo en mi pecho se apretó, un dolor familiar que no podía alejar. Ella había dejado a Elara en mi puerta sin nada más que una nota arrugada y mentiras manchadas de sangre.

Me estoy muriendo. Por favor, cuida de ella.

La nota aún ardía en mi memoria, sus palabras grabadas en mi mente como una cicatriz. Ella no había querido luchar por Elara. No

nos había querido.

—Ella merecía algo mejor que alguien como tú como madre —dije en voz baja, mis manos cerrándose en puños—. Todavía lo merece.

Mi garganta se tensó al pensar en Elara, sus ojos brillantes, su energía sin límites, la forma en que me llamaba Papi con tanta confianza que me hacía doler el pecho.

Mira no la había querido. El aquelarre no la había querido. La habían tirado como si no importara. Tal como habían arrojado a Mira al río, negándose a darle siquiera una pizca de dignidad incluso después de su muerte.

Todos tenían secretos, pero ¿los míos? Mis secretos eran más de lo que podía soportar. Habían llenado un maldito barril, pero yo había sellado la tapa, negándome a dejar que rebosara. Había cosas que preferiría llevarme a la tumba antes que confiarlas a alguien. Como el hecho de que la mujer que amé me rompió el corazón, huyó, casi mata a nuestra bebé, y aun así murió, dejándome lo que sentía como el mejor regalo.

Tres años después, mirando su lápida, todo seguía sintiéndose como una herida fresca.

Me pasé una mano por la cara, obligándome a seguir respirando, a mantenerme firme. —Eras egoísta, Mira. Siempre lo fuiste. Pero no puedo odiarte. Porque me la diste a ella. Mi Sol. Mi Elara.

Las palabras se sintieron pesadas, como si estuvieran sacando algo de mí que no me había dado cuenta que aún estaba reteniendo. Exhalé bruscamente, sacudiendo la cabeza.

—Espero que lo que sea que estabas persiguiendo valiera la pena —dije, con la voz más baja ahora—. Porque ciertamente no éramos nosotros.

El viento se agitó a mi alrededor, haciendo crujir las hojas sobre mi cabeza. Me levanté, sacudiéndome la tierra de las manos mientras

miraba las piedras una última vez.

—Protegeré a Elara —dije, la promesa tranquila pero decidida—. Pase lo que pase.

El claro estaba quieto cuando me di la vuelta y me alejé, dejando las piedras atrás.

Mira había tomado sus decisiones. Y ahora, yo tenía que vivir con las mías.

* * *

Cuando regresé a la manada, el sol ya había bajado, proyectando largas sombras sobre el terreno. El familiar zumbido de actividad me recibió: lobos entrenando en el patio, el olor de la cena emanando de la cocina general del Alfa... pero todo se sentía distante, como si me moviera a través de ello sin estar realmente allí.

Me dirigí al interior —mis pies sintiéndose como si estuviera vadeando por gelatina— y asentí distraídamente a quienes me saludaban. Mis pensamientos estaban cargados con la reunión del día y la visita a la lápida. El peso de todo presionaba mis hombros como una carga invisible.

Para cuando la noche se asentó, la manada se volvió más silenciosa, la bulliciosa energía cediendo a una calma más apacible. Familiar. Hogar.

Encontré a mi madre en la sala de estar de la residencia familiar del Alfa más grande, su silueta enmarcada por el cálido resplandor del fuego. Estaba doblando algo cuidadosamente, sus dedos alisando la tela con una precisión que solo ella poseía.

—Julius —dijo sin levantar la mirada—. Ven a sentarte conmigo.

Dudé, luego crucé la habitación y me dejé caer en el sillón frente a ella. —¿Qué es eso? —pregunté, señalando con la cabeza la tela en

sus manos.

Ella lo sostuvo, revelando un traje oscuro, perfectamente a medida pero un poco gastado. Aunque las solapas, hechas de seda, aún brillaban. —De tu padre. Lo usó cuando nos emparejamos. Pensé que podría traerte suerte —continuó, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Padre.

Casi nunca hablábamos de él. Habían pasado diez años desde que murió cuando un grupo de malditos lobos renegados nos atacó en nuestro estado más vulnerable: durante el festival lunar, cuando todos cantábamos y bailábamos. Desde entonces, dejamos de participar en él.

—¿Suerte? ¿Para qué?

—Para tu boda, hijo. Raven podría traernos buena fortuna, después de todo.

Dejé escapar una risa tranquila, sacudiendo la cabeza. —¿Podría traernos buena fortuna? ¿Qué nos falta?

Su sonrisa se ensanchó, pero había una suavidad en su mirada que me mantuvo inmóvil. —¿Sabes algo? Tu padre y yo no éramos perfectos, Julius. Lo sabes. Discutíamos. Luchábamos. Pero lo hicimos funcionar porque teníamos que hacerlo. Porque la manada nos necesitaba. Y al final... éramos los tórtolos perfectos.

Miré hacia abajo, al traje en sus manos. No se equivocaba. El vínculo de mis padres se había forjado en el deber, no en el amor. Pero se había mantenido fuerte.

Ella se inclinó hacia adelante, colocando suavemente el traje en mi regazo. —Usarás esto para la ceremonia. Es hora de que dejes de luchar contra lo que ya ha sido decidido.

Asentí lentamente, el traje de repente sintiéndose pesado con el peso de lo que estaba por venir, incapaz de encontrar las palabras

para discutir.

—Ahora —dijo, sentándose de nuevo y juntando las manos en su regazo—. Necesitamos repasar los ritos.

Los ritos. Eran una mezcla de tradición y ritual, transmitidos a través de generaciones. Mi madre los explicó con su tono medido y constante, sus palabras tanto una lección como una orden.

—Hay tres pasos en la ceremonia de emparejamiento —comenzó—. Primero, la Ofrenda. Le presentarás un regalo, una muestra de vuestro vínculo. Debe ser algo significativo, algo que refleje tu compromiso.

Levanté una ceja. —¿Y qué se supone que debe darme ella?

Ella sonrió con suficiencia. —Así no es como funciona, Julius. Esto se trata de que tú te pruebes como su compañero. No al revés.

—A continuación —continuó—, está el Enlace. Intercambiaréis votos bajo la luz de la luna, con la manada como testigos. Aquí es donde se sella la conexión entre vosotros.

—¿Sellada cómo? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Ella dudó por un momento, luego dijo: —La forma antigua es a través de la sangre. Un corte en tu palma, un apretón de manos. El intercambio simboliza la unidad, la fuerza a través del sacrificio compartido.

Hice una mueca. —Suena encantador.

Ella ignoró mi sarcasmo y continuó. —Y finalmente, el Reclamo. Esto es privado, entre vosotros dos. Solidifica el vínculo, tanto física como espiritualmente. Es la parte más importante de la ceremonia.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de significado. No necesitaba que ella elaborara. El Reclamo no era solo una tradición. Se trataba de asegurar que el vínculo fuera completo e irrompible. Y, implicaría asuntos de cama.

—Te irá bien —dijo ella, con voz más suave ahora—. La flexibilidad en nuestra cultura, especialmente dada la naturaleza de la boda, significa que puedes hacerlo a tu propio ritmo. Nadie te obliga.

—¿Puedo no hacerlo con nadie?

Ella extendió las manos y tomó las mías. —Tienes que seguir adelante con esto, hijo. Por el bien del pueblo.

—Prométeme —dije, mirándola con una seriedad que estaba seguro que podía ver—, que solo realizaré la Ofrenda. El resto se hará tan pronto como nos sintamos cómodos.

—No será fácil convencer a los ancianos.

—Encontraremos la forma de solucionarlo.

Esa noche, mientras yacía en la cama, las palabras de mi madre resonaban en mi mente. Cuando finalmente llegó el sueño, no fue el alivio que había esperado. Soñé por primera vez en muchísimo tiempo.

En mi sueño, estaba de pie en la sala del consejo donde tendría lugar la ceremonia. La luna colgaba baja en el cielo, su luz proyectando un resplandor inquietante sobre la manada reunida. Raven estaba frente a mí, su cabello plateado brillando bajo la luz de la luna. Su expresión era indescifrable, sus ojos esmeralda fijos en los míos.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ningún sonido. Y entonces ella se movió. Lenta, deliberadamente, alcanzó mi mano. Pero cuando nuestras palmas se tocaron, la conexión era errónea: fría, afilada, como hielo contra mi piel.

La manada comenzó a cambiar a nuestro alrededor, sus formas desdibujándose y retorciéndose en sombras. La luna se volvió roja, su luz manchando el suelo como sangre derramada.

Intenté alejarme, pero su agarre se apretó, sus uñas clavándose en mi piel. Sus ojos ardían con más intensidad, el verde superado por

un resplandor antinatural.

—No puedes detener esto —susurró, su voz resonando como un coro de voces—. Ya ha comenzado.

CAPÍTULO 9



RAVEN

La campanilla sonó cuando entramos en la boutique, y el chillido de emoción de Gloria casi la ahogó. —Raven, ¡mira este lugar! —dijo, girando para observarlo todo—. Es perfecto. Vas a encontrar algo impresionante, puedo sentirlo.

Mientras tanto, todo lo que yo sentía era indigestión.

Levanté una ceja hacia ella, sin compartir su entusiasmo, deseando que pudiéramos intercambiar lugares. —Es solo un vestido, Gloria. No un billete de lotería.

Me ignoró, ya revoloteando hacia un perchero de vestidos como un urracas atraída por objetos brillantes. La boutique de vestidos de novia era pequeña pero elegante, con percheros de vestidos blancos y marfil que brillaban y se extendían hacia el fondo. El aire olía ligeramente a lavanda y algo dulce, como azúcar glas, y la suave iluminación hacía que todo pareciera increíblemente delicado.

Mi madre esperaba cerca de los probadores, su presencia tan imponente como siempre. Incluso en un lugar como este, se veía perfectamente compuesta, con el cabello recogido en un moño impecable y su postura imposiblemente erguida.

—Llegas tarde —dijo, con un tono tranquilo pero incisivo.

—Gloria insistió en tomar café —respondí, levantando el vaso de papel en mi mano como si fuera una excusa válida.

Los labios de mi madre se curvaron ligeramente. —Por supuesto que sí.

Gloria apareció a mi lado, ya con tres vestidos colgados sobre sus brazos. —Muy bien, Raven, primera ronda. ¡Vamos!

Suspiré. Mejor terminar con esto rápido. La niña de siete años que fui estaría muy decepcionada de lo poco emocionada que estaba por encontrar un vestido de novia. En ese entonces, pensaba que era una princesa que se casaría con un príncipe hechicero encantador y viviría feliz para siempre. Pero la vida me había dado una mano cruel.

El primer vestido fue una pesadilla: capas de tul y abalorios que me hacían parecer como si hubiera sido tragada por una tormenta de nieve. El segundo no era mucho mejor, con el escote de encaje picándome la piel. Para cuando me puse el tercero, un elegante vestido de satén con un corpiño ajustado, un modesto escote corazón y un suave vuelo en el dobladillo, estaba lista para rendirme.

Salí del probador, alisando la tela sobre mis caderas. El jadeo de Gloria fue inmediato, sus manos juntándose dramáticamente. —Dios mío, Raven. Ese es. Ese es el indicado.

—Está... bien —dije, girándome hacia el espejo.

Pero no estaba solo bien. Era hermoso. El vestido abrazaba mi figura sin ser demasiado ajustado, la tela capturaba la luz de una manera que la hacía brillar tenuemente. Era simple, elegante y, lo más importante, no abrumador. Probablemente era lo único que levantaba mi ánimo.

Mi madre se acercó, su mirada aguda suavizándose mientras lo observaba. —Te queda bien —dijo simplemente, pero el calor en su voz era inconfundible.

Encontré su mirada en el espejo, algo retorciéndose en mi pecho. —¿Tú crees?

Asintió, estirando la mano para ajustar el tirante sobre mi hombro. —Es fuerte. Discreto. Como tú.

Gloria prácticamente vibraba de emoción. —Raven, esto es perfecto. El alfa va a...

—No —la interrumpí, levantando una mano—. No lo metamos en esto.

Puso los ojos en blanco pero no discutió, su sonrisa aún firmemente en su lugar. Había estado cotilleando un poco y encontró una foto rara de él en las redes sociales de su hermana, y ahora me emparejaba con él con mucha fuerza.

Mientras me volvía hacia el espejo, mis dedos rozaron distraídamente la tela en mi cintura. Por un momento, mis pensamientos se deslizaron hacia Julius: sus anchos hombros, la fuerza de sus brazos cuando le di el masaje. La forma en que sus músculos se tensaban bajo mi tacto, como si solo estuvieran esperando ser liberados.

El vestido era delicado. Fino. No tendría ninguna oportunidad contra él.

El calor subió a mis mejillas, y aparté ese pensamiento, concentrándome en cambio en el reflejo frente a mí.

—De acuerdo —dije, exhalando lentamente—. Me llevaré este.

Gloria soltó otro chillido, e incluso los labios de mi madre se curvaron en una pequeña sonrisa satisfecha.

El resto de la tarde pasó en un borrón de medidas, muestras de telas y la charla interminable de Gloria sobre detalles de la boda. Ann estaba en la lista de invitados, me recordó, y me alivió saber que se sentía mejor. Se veía más fuerte la última vez que la vi, aunque las sombras bajo sus ojos no se habían desvanecido por

completo. Había dejado la mayor parte de la planificación a mi madre y a Gloria. Eran las únicas en las que sabía que podía confiar realmente.

Para cuando salimos de la boutique, el sol estaba cayendo bajo, arrojando un cálido resplandor sobre la ciudad. Gloria llevaba la bolsa de la prenda con un cuidado exagerado, como si contuviera algún tesoro antiguo, mientras mi madre caminaba a mi lado, su expresión más suave de lo habitual.

—Hiciste una buena elección hoy —dijo cuando llegamos al coche.

—Es solo un vestido —respondí, aunque el peso del mismo en los brazos de Gloria me decía que no era solo eso.

La mirada de mi madre se detuvo en mí por un momento, sus ojos mostrando algo que no podía descifrar del todo. —Siempre has sido más fuerte de lo que crees, Raven. Has tenido que serlo.

—Oh, mamá —susurré, inclinándome de repente para abrazarla. Había pasado tanto tiempo desde que había hecho eso. Ella suspiró contra mí y me abrazó fuerte.

La boda era en dos días y Gloria se fue para ayudarme a conseguir algunas cosas más mientras mi madre y yo fuimos a elegir nuevos elementos esenciales de maquillaje.

La pequeña tienda de maquillaje y cuidado de la piel que encontramos estaba encajada entre una panadería y una tienda de antigüedades, con sus ventanas pintadas con enredaderas serpenteantes y delicadas letras que decían Glow & Grace. El cálido aroma de agua de rosas y vainilla nos recibió al entrar, la suave campana sobre la puerta anunciando nuestra llegada.

Mi madre se dirigió inmediatamente hacia una exhibición de aceites esenciales, su aguda mirada escaneando las etiquetas con propósito. Mientras tanto, yo me dirigí hacia un estante lleno de pequeños frascos y cremas, escuchando a medias mientras ella murmuraba algo sobre matices florales y mezclas calmantes.

Acababa de coger una crema hidratante con infusión de lavanda cuando una voz detrás de mí rompió mi concentración.

—¿Raven? ¿Eres tú?

Me giré, con el frasco aún en mi mano, y me encontré cara a cara con Leah y Trina. Caras familiares. Voces familiares.

El pelo cobrizo de Leah estaba recogido en una elegante coleta, y lucía la misma sonrisa brillante y abierta que tenía cuando todavía estábamos en la Academia Moonshade. Trina, por otro lado, se veía exactamente como la recordaba: ojos afilados, cejas ligeramente levantadas y una expresión que siempre parecía oscilar entre diversión y juicio.

—¡Ha pasado una eternidad! —dijo Leah, su sonrisa ensanchándose —. No puedo creer que realmente seas tú.

Forcé una sonrisa educada, agarrando el frasco un poco más fuerte. —Hola, Leah. Trina. Ha pasado... un tiempo.

—No es como si no te hubiéramos visto por la ciudad —dijo Trina, su mirada recorriéndome—. Pero siempre estás ocupada. ¿Todavía diriges esa pequeña tienda tuya?

—Sí —dije simplemente, mi sonrisa tensándose—. Me mantiene ocupada.

Leah le dio un leve codazo, su tono más alegre. —Ignórala. Solo está celosa de que estés haciendo algo interesante. No todo el mundo puede convertir una pasión en un negocio.

—Sí —dijo Trina con una leve sonrisa burlona—. Supongo que te has arreglado bastante bien.

No pasé por alto el ligero tono condescendiente, y mi agarre sobre el frasco se apretó ligeramente. —Gracias —dije, manteniendo mi voz neutral.

Leah se acercó, su expresión suavizándose. —¿Estás aquí para los preparativos de la boda? Oímos el anuncio... ¡qué emocionante! ¡Felicidades!

Abrí la boca para responder, pero mi madre apareció a mi lado, su presencia tan firme y dominante como siempre. —Raven —dijo, colocando una mano en mi brazo, su tono tranquilo pero deliberado —. Tenemos que terminar.

Los ojos de Leah se iluminaron al verla, su postura enderezándose. —¡Señora Arkwright! Ha pasado tanto tiempo.

Mi madre asintió educadamente. —Leah. Trina.

—Es genial verla —continuó Leah, claramente ansiosa por mantener la conversación—. Y Raven, te veremos en la boda, ¿verdad? Todo el mundo está hablando de ello.

—Por supuesto —dije rápidamente, moviéndome hacia la caja registradora—. Un gusto verlas.

Una vez que terminamos y estábamos de vuelta en el coche, dejé escapar un lento suspiro, recostándome contra el asiento. —Olvidé lo agotador que puede ser la charla trivial.

Mi madre me miró, sus labios curvándose en una leve sonrisa. —Siempre te ha parecido tediosa. Incluso cuando eras niña.

—Leah no estaba tan mal —dije, mirando por la ventana—. Pero Trina... ella no ha cambiado.

—La gente rara vez lo hace —dijo mi madre pensativamente—. Pero tú has crecido, Raven. Eso es lo que importa.

La miré, sorprendida por el calor en su voz. —Gracias por intervenir.

Su sonrisa se ensanchó ligeramente. —¿Para qué más estoy aquí?

El resto de los recados pasaron sin incidentes, el encuentro con las antiguas chicas populares de la Academia Moonshade persistiendo

en mi mente. Para cuando regresamos a casa, el vestido ya había llegado en una prístina bolsa para prendas.

* * *

La luz de la mañana se derramaba por la ventana de mi dormitorio, dorada y cálida, burlándose de mí con su alegría.

Era el día de mi boda.

Un día que había imaginado tantas veces mientras crecía, antes de entender lo que era o la carga que conllevaba. En aquel entonces, pensaba que sería algo mágico, algo que elegiría, con alguien que realmente me amara.

En cambio, estaba aquí, mirando mi reflejo en el espejo, sintiendo como si me hubieran vestido para un papel que nunca quise interpretar. El vestido, simple y elegante, se aferraba a mí como una segunda piel, su satén marfil capturando la luz de una manera que me hacía parecer más suave, más delicada de lo que me sentía.

—Raven. —La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

Me volví para verla de pie en la puerta, una pequeña taza de té en su mano. Se veía compuesta, como siempre, su vestido de un elegante verde oscuro que combinaba con el linaje Arkwright. Pero había algo más suave en su expresión, algo casi apologético.

—Esto ayudará —dijo, ofreciéndome la taza.

La tomé agradecida, el tenue aroma herbal calmándome incluso antes de llevármela a los labios. La poción funcionó rápidamente, la tensión en mi pecho aliviándose mientras exhalaba.

—Gracias —dije en voz baja, dejando la taza en el tocador.

Se acercó, sus manos alisando la tela de mi vestido. —Te ves hermosa, Raven.

Intenté sonreír, pero no llegó a mis ojos. —No es así como lo imaginé.

—Lo sé —dijo suavemente, colocando un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja—. Pero a veces, las cosas que no elegimos nos llevan a donde necesitamos estar.

No respondí, mi garganta demasiado apretada para hablar. Entonces noté que cogía una pequeña bolsa de papel blanco junto a mi tocador y brevemente me pregunté cómo había logrado colarla en mi habitación sin que yo lo supiera.

—Es una tradición de boda humana, pero aún creo que es encantadora —dijo mientras metía la mano dentro de la bolsa y sacaba una caja rectangular negra.

Dejé escapar un suave jadeo cuando abrió la caja y dentro yacía una pequeña pulsera de plata que tenía una gema de aguamarina igualmente pequeña cortada en forma de marquesa.

—Algo azul —dijo mamá mientras deslizaba la pulsera en mi muñeca.

Luego repitió el proceso, metiendo las manos en la bolsa y sacando joyas. Un elegante alfiler para el cabello en forma de pluma de pavo real simbolizaba algo nuevo, luego un hermoso abanico de papel con pájaros rosados pintados llenó la categoría de algo prestado y algo viejo. Recuerdo que el abanico había pertenecido a mi abuela; era ingrávido en mis brazos.

Tocó mi mejilla. —Ahora tienes toda la suerte que necesitas.

Envolví mis brazos alrededor de ella y le di un suave apretón. —Gracias, mamá. —Luego respiré hondo y la miré directamente a los ojos—. Estoy lista.

La ceremonia se estaba llevando a cabo en el Salón del Consejo, un espacio neutral elegido para acomodar a ambos lados. Los invitados ya estaban sentados cuando llegué, el zumbido de la conversación

llenando el aire. Del lado de Julius, los hombres lobo se erguían altos y orgullosos, los miembros de su manada vestidos con tonos terrosos afilados que contrastaban con las túnicas fluidas y la intrincada joyería de las brujas.

Finn estaba cerca del frente, moviéndose nerviosamente mientras ajustaba sus túnicas formales. Sus ojos se encontraron con los míos cuando entré en su campo de visión, y vi el brillo de las lágrimas que estaba tratando de ocultar.

Mi madre entrelazó su brazo con el mío, su tacto estabilizándome mientras comenzábamos a caminar por el pasillo. Era una tradición de brujas que la madre acompañara a su hija, un símbolo de guía. Sus brazos me sostenían firme mientras avanzaba hacia un futuro que no había elegido.

El pasillo estaba flanqueado por linternas que brillaban tenuemente, su luz palpitando rítmicamente. A un lado, los hombres lobo observaban con expresiones solemnes, sus miradas intensas. Al otro, las brujas susurraban encantamientos bajo su aliento, su magia tejiendo el aire como algo vivo.

Y al final de todo estaba Julius.

Se veía elegante en su traje, la tela oscura ajustándose perfectamente, pero su expresión era ilegible. Sus ojos grises se encontraron con los míos mientras me acercaba, y por un momento, el resto del mundo pareció desvanecerse.

Pero entonces una voz cortó el aire, afilada y tranquila, como un cuchillo cortando la seda.

—Él no merece la felicidad.

¿Qué demonios...?

Me quedé inmóvil, mi agarre apretándose en el brazo de mi madre mientras todos se giraban hacia la fuente de la voz.

Una mujer vieja y sarcástica estaba de pie al borde de la multitud, sus oscuras túnicas ondeando ligeramente con la brisa. Sus ojos ardían con una intensidad tranquila mientras avanzaba, su mirada fija en Julius.

—Me quitaste a mi hija —dijo, su voz pareja pero entrelazada con una extraña calma perturbadora—. ¿Crees que esta unión te salvará? No lo hará. Nunca tendrás paz. Nunca.

La multitud murmuró confundida, las brujas moviéndose inquietas mientras los hombres lobo se erizaban, sus manos temblando a sus costados.

Julius no se movió, su rostro como piedra.

—Basta —dijo mi madre con firmeza, dando un paso adelante para protegerme de la penetrante mirada de la mujer—. Este no es ni el momento ni el lugar.

La mujer no respondió, sus labios curvándose en una leve sonrisa inquietante antes de girarse y desaparecer fuera del salón.

El silencio que siguió fue sofocante, y sentí el peso de cada mirada sobre mí mientras me obligaba a dar otro paso adelante hasta que, finalmente, estaba de pie junto a un inquieto Julius, lista para sellar nuestro matrimonio.

El resto de la ceremonia pasó en un borrón. Las brujas entonaron sus bendiciones, sus voces entrelazándose en una armonía que me enviaba escalofríos por la columna. Julius y yo intercambiamos votos bajo el arco de piedra lunar, nuestras voces tranquilas pero firmes. Él me dio un pequeño mortero y mazo, que el sacerdote llamó 'La Ofrenda'.

Cuando terminó, me volví hacia mi familia, mi corazón apretándose al encontrar sus miradas. Esto era: el momento que más había temido.

La despedida habitual era una tradición de brujas, una forma de marcar la transición de un capítulo de la vida al siguiente. Mi madre me entregó un pequeño vial de agua lunar, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas mientras besaba mi frente. Finn dio un paso adelante después, su fanfarronería desmoronándose mientras me envolvía en un fuerte abrazo.

—Te extrañaré —susurró, su voz quebrándose.

Tragué con dificultad, parpadeando para contener mis propias lágrimas mientras me alejaba. —Yo también te extrañaré. Pero, ya sabes, no me voy muy lejos. Todavía los veré a todos.

El resto del aquelarre se paró en círculo, sus voces elevándose en un suave cántico mientras yo entraba al centro. Miré alrededor y vi a Gloria y Ann, junto con su familia. La magia me lavó como una ola, fresca y reconfortante, pero solo hizo que el dolor en mi pecho empeorara.

Cuando terminó, me volví hacia Julius, mi corazón pesado mientras lo seguía hacia la multitud que esperaba.

Esta era mi vida ahora.

Y no podía quitarme la sensación de que todo estaba a punto de desmoronarse.

El cántico se desvaneció mientras la voz del oficiante se elevaba por encima de los murmullos de la multitud.

—Pueden sellar esta unión con un beso.

Me giré hacia Julius, mi estómago retorciéndose. Su expresión era ilegible, sus ojos grises firmes e impasibles. Por un momento, pensé que podría dudar, pero entonces se inclinó.

Sus labios rozaron contra los míos, no tiernos, no apasionados, solo una breve presión de piel contra piel. Lo suficiente para traerme a la vida. Temblé ante su contacto.

La multitud vitoreó, el sonido hinchándose a nuestro alrededor, pero todo lo que podía sentir era el frío desapego en su toque. Odiaba que se sintiera tan frío mientras yo temblaba con un deseo que era similar al día en que le di el masaje.

Y entonces terminó.

Los vítores nos siguieron mientras hacíamos la habitual carrera por el pasillo hacia un coche abierto. Fue divertido, pero liberador, poder huir del sofocante salón. Julius sostenía mis manos mientras subíamos al elegante coche negro que nos esperaba. El conductor no dijo nada mientras Julius se acomodaba en su asiento, su rostro vuelto hacia la ventana.

Mantuve mi mirada en mi regazo, mis manos retorciéndose en la tela de mi vestido. El aire entre nosotros era pesado, pero no con anticipación. Con algo más.

Condujimos en silencio durante un largo tramo, el zumbido del motor el único sonido. Finalmente, Julius habló, su voz aguda y cortante.

—Puedes hacer lo que quieras, Raven.

Lo miré, sorprendida. —¿Qué?

No me miró a los ojos, su mirada fija en los árboles que pasaban. —Una vez que lleguemos a la cabaña. No me importa lo que hagas. Decora. Medita. Demonios, prepara tus tés, me da igual.

Parpadeé, las palabras cayendo como piedras en mi pecho. —No tienes que ser grosero. Pensé que teníamos una buena relación con los mensajes y todo eso.

Se rió amargamente, finalmente volteándose para mirarme. —¿Grosero? ¿Crees que esto se trata de ser educado? Este no es un matrimonio real, Raven. Ambos lo sabemos.

Sus palabras cortaron más profundo de lo que esperaba, pero me obligué a mantener la calma. —Yo tampoco pedí esto, ¿sabes?

—Aceptaste.

—Tú también —respondí bruscamente, mi voz alzándose a pesar de mí misma.

No contestó, su mandíbula apretándose mientras volvía a mirar por la ventana.

* * *

La cabaña del Alfa era grande pero aislada, escondida lejos de los terrenos principales de la manada. Era más moderna de lo que esperaba: líneas limpias y madera oscura, con grandes ventanas que daban al bosque.

Julius no me esperó mientras entraba a grandes zancadas, sus pasos resonando contra los suelos pulidos.

Lo seguí lentamente, mi corazón latiendo con fuerza mientras observaba el espacio. Se sentía frío e impersonal, como si estuviera diseñado para mantener a la gente fuera en lugar de invitarlos a entrar.

—Esta es tu habitación —dijo, deteniéndose en una puerta en el segundo piso. Su tono era brusco y distante, como si me estuviera mostrando una suite de invitados en lugar de un lugar que se suponía que debía llamar hogar.

Abrió la puerta y entró, el aire entre nosotros volviéndose más pesado con cada segundo que pasaba.

—Esto no se trata de nosotros —dijo finalmente, su voz baja pero firme—. Esto se trata del tratado. De mantener la paz. Eso es todo.

Lo miré fijamente, las palabras zumbando en mis oídos pero sin hundirse completamente. —¿Por qué me odias tanto? —susurré.

Su expresión se endureció, y por un momento, pensé que podría responder realmente. Pero entonces sacudió la cabeza, su boca

apretándose en una línea delgada.

—No te odio. Simplemente no me gusta mucho este arreglo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Así que es mejor si nos mantenemos fuera del camino del otro.

La puerta se cerró detrás de él, y me quedé de pie en medio de la habitación, el silencio presionándome como un peso.

Mis rodillas cedieron, y me hundí en el borde de la cama, mi respiración volviéndose superficial. Sus palabras se repetían en mi mente, afiladas y frías, cada una cortando más profundo que la anterior.

Alcancé el amuleto alrededor de mi cuello, mis dedos rozando su superficie mientras trataba de calmarme. Pero la magia que siempre me había brindado consuelo se sentía distante ahora, silenciada por el caos que giraba en mi pecho.

¿En qué me he metido?

Yo era tanto un peón en esto como él.

La habitación giraba a mi alrededor, los bordes de mi visión oscureciéndose mientras el agotamiento y la frustración me superaban. Me tomó unos minutos cambiarme a un atuendo casual. Habían enviado una bolsa por adelantado, y me sentí tímida ante la idea de que él la hubiera recibido. ¿Y si la hubiera revisado y visto mi ropa interior? Pero, dada la forma en que estaba actuando, lo más probable es que no la hubiera revisado.

Salí de la cabaña. El aire de la noche era fresco, el tipo de frío que se filtra en tu piel y te hace apretar tu abrigo un poco más. La quietud del claro era reconfortante, pero no era suficiente para calmar mis pensamientos.

La ceremonia, el beso frente a mi familia, las cortantes palabras de Julius, la anciana que nos había interrumpido: todo giraba en mi mente, afilado y dentado. Mi madre había tratado de consolarme,

Finn había derramado una lágrima durante nuestra despedida, y sin embargo aquí estaba yo, sola, tratando de entender todo.

Caminaba lentamente por el borde de los árboles, la luz de la luna filtrándose a través de las ramas, cuando una voz rompió la quietud.

—Raven, ¿verdad?

Me giré, sobresaltada, para ver a una joven apoyada contra un árbol, sus brazos cruzados y una sonrisa torcida en su rostro. No parecía tener más de diecisiete años.

Tenía los ojos grises agudos de Julius y cabello castaño oscuro, pero su expresión era más ligera, menos agobiada. Ni siquiera podía decir si la había visto en la boda o no. Solo podía distinguir algunas caras familiares entre la multitud.

—¿Lyra? —adiviné, y ella asintió, alejándose del árbol y caminando hacia mí.

—Así que tú eres la nueva señora Nightshade —dijo, su tono burlón pero no cruel—. ¿Cómo te está yendo con eso?

Dejé escapar una risa seca, sacudiendo mi cabeza. —Es... complicado.

—Esa es una forma de decirlo. —Sonrió, pero su mirada se detuvo en mí, curiosa y pensativa.

—¿Por qué actúa así? —pregunté de repente, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas—. ¿Por qué actúa como... como si fuera el único que odia esto? ¿Como si fuera el único que está sufriendo?

La sonrisa de Lyra vaciló, y por un momento, pareció insegura. —Realmente no sabes mucho sobre él, ¿no?

—No —admití, envolviendo mis brazos alrededor de mí contra el frío.

¿Y cómo podría? Estoy mareada tratando de mantener el ritmo de sus cambios de humor.

Ella suspiró, mirando hacia los árboles oscurecidos. —Julius no exactamente facilita que la gente lo entienda. Pero... ha pasado por mucho.

Esperé, observándola mientras parecía luchar con qué decir.

—Nuestro padre murió hace diez años —comenzó, su voz más tranquila ahora—. Nos atacaron lobos solitarios, y él no lo logró. Julius todavía era joven, pero tuvo que crecer rápido. Tuvo que ser fuerte para todos, incluso cuando no estaba listo.

Su mirada se oscureció mientras continuaba. —Y luego estuvo Mira. Fue su primer amor. Una bruja, como tú. Tuvieron esta cosa intensa y vertiginosa... demasiado, demasiado rápido, si me preguntas. Pero él la amaba. Podía verlo.

Tragué con dificultad, mis dedos rozando el amuleto alrededor de mi cuello. —¿Qué pasó?

Lyra dudó, sus brazos apretándose a su alrededor. —Ella lo dejó. Sin explicación, sin advertencia. Simplemente desapareció. Cuando regresó, fue para dejar un bebé en su puerta. Su hija.

La conmoción me atravesó. —¿Tiene una hija?

—Tenía —corrigió suavemente—. Ella no lo logró. Julius nunca habla de ello, pero sé que lo destruyó. Perder a Mira, perder a su hija... lo cambió. Se volvió... más duro.

El aire entre nosotras se volvió pesado.

—Julius no habla de ello, ni conmigo ni con nadie. Pero he juntado lo suficiente para saber algunas cosas. Mira era real. La bebé era real. Y el dolor que carga, ¿ese también es real?

No sabía qué decir. La ira que había sentido hacia Julius, la frustración por cómo me trataba, de repente se sintió más pequeña.

—Él no te odia, Raven —dijo Lyra, su voz más suave ahora—. Simplemente no sabe cómo dejar entrar a nadie. No después de

todo.

Asentí lentamente, sus palabras girando en mi mente. —Gracias por contármelo.

Ella me dio una pequeña sonrisa triste. —Pareces estar bien, Raven. Quizás lo descifres. Bienvenida a la familia, por cierto. —Inclinó la cabeza hacia un lado y me examinó—. Creo que encajarás perfectamente.

Mientras caminaba de regreso hacia los terrenos de la manada, me quedé allí, mirando la luz de la luna filtrándose a través de los árboles.

Julius no era solo frío. Estaba herido, llevando cicatrices que no sabía cómo sanar.

Y no estaba segura de lo que eso significaba para nosotros.

CAPÍTULO 10



JULIUS

El rítmico repiqueteo de las pesas contra el soporte metálico retumbaba por la habitación, un sonido constante y reconfortante en medio del caos de mi mente. La sala de entrenamiento en la cabaña del Alfa estaba tenuemente iluminada, con el olor a sudor y hierro flotando densamente en el aire.

Coloqué otro juego de discos en la barra, agarrando el frío acero como si pudiera drenar la tensión que se enroscaba dentro de mí. Con una respiración profunda, la levanté del soporte, sintiendo el esfuerzo en mis músculos como una distracción bienvenida.

Pero sin importar cuánto me exigiera, los recuerdos del día se negaban a desvanecerse.

Las palabras de la madre de Mira resonaban en mi cabeza, frías y serenas, pero empapadas de veneno.

—No merece la felicidad.

Su voz había atravesado la multitud, dejando a todos petrificados. Su mera presencia había sido una bofetada, pero la acusación —su intento deliberado de desenterrar un pasado que yo había sepultado con tanto cuidado— fue aún peor.

Hubo un tiempo, cuando Mira y yo seguíamos juntos, en que su madre me adoraba. A sus ojos, yo no podía hacer nada mal. ¿Pero

ahora? Probablemente yo era el demonio para ella.

Qué gracioso cómo cambia la gente con solo apretar un interruptor. ¿Y eso de interrumpir la boda así?

Apreté los dientes, con la barra temblando ligeramente en mis manos.

Se suponía que esto sería un simple intercambio. Un tratado. Un matrimonio por la paz. Pero los fantasmas de mi pasado no lo permitirían.

Coloqué la barra en el soporte con un sonoro golpe y caminé de un lado a otro a lo largo de la habitación, con la opresión en el pecho negándose a ceder.

Había pensado en ello, en consumar el vínculo con Raven. Había estado en mi mente durante los últimos días después de que Madre me explicara los ritos.

¿Pero después de hoy?

No.

El beso en el altar ya había sido bastante difícil, sabiendo que cada invitado observaba, analizando cada movimiento. Además, la ofrenda había sido bastante fácil de elegir. El mortero y la mano del almirez eran para sus pequeñas hierbas. Por lo que había visto cuando fui a su salón de masajes, tenía demasiadas teteras, así que decidí conseguirle un elegante mortero con su mano.

Aun así, estaba más claro que el agua que el vínculo entre Raven y yo ya era inestable. Lo último que necesitaba era hacerlo más complicado.

Le había dado al pueblo una ceremonia de la que hablar, pero no estaba tan seguro sobre los otros dos ritos.

Me lancé a la barra de dominadas, mis manos envolviendo el frío metal mientras me elevaba repetidamente, el ardor en mis brazos

era la distracción que desesperadamente necesitaba.

Una parte de mí se sentía mal por cómo la había dejado. Sola, confundida y probablemente herida. Pero no podía arriesgarme a bajar la guardia.

No cuando la seguridad de Elara estaba en juego.

Me dejé caer de la barra, con la respiración entrecortada mientras me apoyaba contra la pared. El pensamiento de Elara era suficiente para centrarme, incluso ahora. Ella era mi prioridad. Mi razón para cada palabra fría, cada decisión dura.

No podía permitirme que nadie se acercara demasiado —ni Raven, ni nadie. Si descubrían que ella estaba viva...

Cerré los puños, el familiar peso de la culpa asentándose en mi pecho. No estaba orgulloso de cómo había manejado las cosas. Pero mantener a Elara a salvo significaba hacer sacrificios, incluso si eso significaba alejar a Raven.

Exhalé bruscamente, secándome el sudor de la frente mientras miraba el reloj en la pared. Era tarde, y la casa había quedado en silencio.

Raven probablemente ya estaría dormida, y una parte de mí esperaba que estuviera soñando con cualquier lugar menos aquí.

* * *

Cuando salí del gimnasio privado, la casa estaba demasiado silenciosa, y ese silencio era demasiado ensordecedor.

Había pasado horas castigando mi cuerpo en la sala de ejercicios, pero no era suficiente para alejar los pensamientos que acechaban en los bordes de mi mente. El recuerdo de los suaves labios de Raven durante la ceremonia apareció sin ser invitado, su aroma permaneciendo levemente en la cabaña.

Su presencia era sofocante, incluso detrás de puertas cerradas. Saber que estaba a solo unos pasos, en una habitación a la que podría entrar fácilmente, me estaba volviendo un poco loco. Y, por Dios, era enloquecedoramente tentador.

La atracción que sentía hacia ella no era algo que pudiera ignorar, por mucho que lo intentara. Era un lento ardor en el fondo de mi mente, un zumbido bajo mi piel. Después de todo ese duro trabajo para librarla de mi mente en el gimnasio, seguía siendo difícil. Tenía que recordarme que esto era un acuerdo político, una necesidad para la paz.

Pero a mi lobo no parecía importarle esa distinción.

Salí de la casa, dejando que el fresco aire nocturno golpeara mi piel acalorada mientras caminaba por los terrenos de la manada. La luna colgaba alta en el cielo, proyectando una luz plateada sobre el campo de entrenamiento.

Seguí caminando, tratando de concentrarme en las vistas familiares del territorio en lugar del intenso verde de los ojos de Raven. Pero cuanto más lejos iba, más enredados se volvían mis pensamientos.

¿Cómo podía alguien que no quería hacerme sentir así?

—Julius.

Me giré bruscamente para ver a mi madre de pie cerca del borde del campo, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable. Su vestido brillaba tenuemente bajo la luz de la luna, su cabello recogido con su habitual precisión.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó, acercándose.

—Pensando —murmuré, metiendo las manos en los bolsillos.

Sus ojos penetrantes me examinaron, como si pudiera ver directamente el caos en mi cabeza—. La estás evitando.

—No la estoy evitando —dije con rigidez, aunque ambos sabíamos que no era cierto.

Arqueó una ceja, sus labios curvándose en una leve sonrisa burlona —. Puedes mentirte a ti mismo, pero no me mientas a mí, Julius.

Aparté la mirada, tensando la mandíbula—. ¿Qué quieres, Madre?

Ella suspiró, suavizando su tono—. Vine a advertirte. Hay una cláusula en el acuerdo que quizás no conozcas.

—¿Qué cláusula? —pregunté, frunciendo el ceño.

Su mirada sostuvo la mía, firme e inflexible—. Debes completar los rituales y marcarla como tu pareja. Sin la marca, el matrimonio queda anulado.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago—. ¿Qué?

Asintió, su voz tranquila pero firme—. Solo accedieron a dejarte libre por hoy, pero es innegociable. Si no la marcas, el tratado se rompe.

Solté una risa áspera, sacudiendo la cabeza—. Es demasiado tarde. Ya la he rechazado. Dos veces.

Se acercó más, entrecerrando ligeramente los ojos—. No la has rechazado, Julius. No de la manera que importa. El vínculo sigue ahí, te guste o no. Y si no actúas sobre él, las consecuencias podrían ser desastrosas: para la manada, para el pueblo y para ti.

La miré fijamente, con el pecho oprimido. La idea de marcar a Raven —de hundir mis dientes en su suave piel, de reclamarla como mía— envió una onda de choque a través de mí para la que no estaba preparado. Mi lobo se agitó, su presencia surgiendo a la superficie con una fuerza que me hizo contener la respiración. La idea de marcarla no solo era tentadora, era embriagadora.

Apreté los puños, el calor que subía por mi pecho hacía imposible pensar con claridad—. Esto no se trata de la manada —dije, con la

voz más baja ahora—. Se trata de control.

Inclinó la cabeza, su expresión indescifrable—. Si eso es lo que necesitas decirte a ti mismo, está bien. Pero el tiempo corre, Julius. No tienes tanto tiempo como crees. Me voy a la cama. He tenido un día largo. Tú también deberías dormir.

Con eso, se dio la vuelta y se marchó, dejándome solo bajo la luz de la luna. La bomba que había soltado unos segundos antes temblaba peligrosamente en mi mente, desordenando mis pensamientos.

No quería marcar a Raven. No quería atarme a ella de una manera que no pudiera deshacerse. Pero la imagen de ella en ese vestido, la forma en que sus labios se habían sentido contra los míos, el pensamiento de su piel desnuda bajo mis dientes...

Maldije en voz baja, el calor en mi pecho convirtiéndose en algo que no podía ignorar.

No estaba seguro de cuánto tiempo más podría resistir.

CAPÍTULO 11



RAVEN

Desperté con la débil luz del amanecer filtrándose por la ventana, mientras el frío del aire matutino se colaba por las grietas de las paredes de la cabaña. La habitación era pequeña e impersonal, sin nada más que lo esencial: una cama, una cómoda y una silla solitaria junto a la ventana. No estaba destinada a ser mía, no realmente.

Sentía el pecho pesado. La ceremonia. El beso. La frialdad de Julius.

Apreté los puños, intentando alejar los recuerdos. Pero luego estaba esa otra cosa: el dolor profundo en mi interior, los sutiles movimientos de algo que había estado reprimiendo durante años.

Mi loba.

Levanté la mano y mis dedos rozaron el amuleto alrededor de mi cuello. Se sentía cálido al tacto, pulsando levemente, como si la magia en su interior estuviera luchando por mantenerse.

¿Por qué ahora?

Los rituales de la boda se repetían en mi mente: los cánticos, los hechizos de unión, la sutil atracción de la magia antigua vinculándonos. Debían haber debilitado el amuleto, atravesando las capas de protección de las que había dependido durante tanto tiempo.

Balanceé las piernas sobre el borde de la cama, mis pies descalzos presionando contra el frío suelo de madera. Me palpitaba la cabeza, mis pensamientos daban vueltas mientras intentaba concentrarme en algo, cualquier cosa, que no fuera la inquieta energía arañando mi interior.

La verdad que había enterrado durante tanto tiempo afloró a la superficie, no deseada e inoportuna.

Era una híbrida.

Mitad bruja, mitad hombre lobo. Una contradicción. Una anomalía. Una abominación (esa era mi favorita). Algo que no pertenecía completamente a ninguno de los dos mundos.

Durante años lo había ocultado, llevando el amuleto para mantener a raya mi lado lobo, para parecer algo más cercano a lo normal. Pero ahora...

Apreté el borde de la cama, mis uñas clavándose en la madera. No podía permitirme perder el control. No aquí. No ahora.

La cabaña estaba en silencio cuando salí al pasillo, con el leve aroma de la presencia de Julius permaneciendo en el aire. No lo había visto desde anoche, y dudaba que lo viera esta mañana. Probablemente había dormido en otra habitación, igual que yo.

Ese pensamiento hizo que mi pecho se tensara. Esto no era un matrimonio. Era una farsa, una actuación por el bien de la paz.

Lo odiaba. Pero odiaba aún más cómo me hacía sentir.

Deambulé por las escaleras, el crujido de los peldaños de madera rompiendo el silencio. La casa era grande pero vacía, sus líneas limpias y tonos oscuros la hacían parecer más una fortaleza que un hogar.

La cocina era simple, funcional pero carente de calidez. Me serví un vaso de agua, su frescura calmando mi garganta pero sin hacer nada por el calor que se acumulaba bajo mi piel.

Mi loba se agitó de nuevo, inquieta e insistente.

Cerré los ojos, respirando lenta y profundamente, tratando de empujarla hacia atrás. Pero el dolor en mi pecho permanecía, un recordatorio constante de lo que estaba tratando de suprimir.

Era una presencia nueva y dura que no entendía, ni quería entender.

* * *

El día se alargó, cada hora parecía más larga que la anterior, la inquietud devorando mis huesos.

Una parte de mí quería irse, volver a mi tienda, donde conocía el ritmo del trabajo que podría distraerme. Pero era costumbre tomar un descanso después de una boda, una semana o dos para adaptarse a tu nueva vida.

Si regresaba ahora, sería obvio que esto no era más que una farsa.

Suspiré, paseando por la habitación que había reclamado como mía. La idea de estar encerrada aquí durante días, con Julius en algún lugar de la casa, evitándome, era insoportable.

Mis manos se cerraron en puños a mis costados, mis uñas presionando contra mis palmas. No podía dejar que esto me rompiera. No lo permitiría.

Un día a la vez, Raven.

Pero incluso mientras me repetía estas palabras, la energía inquieta dentro de mí se negaba a desvanecerse.

En la segunda noche después de la boda, la luna llena brillaba.

Durante años, nunca había pensado realmente en ello. Pero hoy, podía sentir la conexión, el pulso. Me revolví en la cama, la habitación parecía cada vez más pequeña con cada segundo que pasaba, como si las paredes se cerraran sobre mí. Mi respiración se

aceleró, y una sensación extraña, casi dolorosa, surgió desde lo más profundo de mi ser. Antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, lo sentí: la inconfundible y aguda presión en mis encías. Colmillos. Jadeé, alcanzándolos con mi mano, pero era demasiado tarde. Ya estaban ahí, extendidos y afilados, y solo eran el principio.

Luego fueron mis manos. Mis dedos —no, garras— crecieron más largos, más duros. Intenté cerrarlos en puños, pero no obedecían. El dolor era abrumador, agudo como si todo mi cuerpo me gritara que me detuviera, que no dejara que esto sucediera.

Salí tambaleándome de la cama, mi cuerpo temblando incontrolablemente, la visión borrosa. Esto no debería estar pasando. No ahora. No después de todos estos años. No podía pensar. No podía respirar. Era como si un interruptor se hubiera activado dentro de mí.

Logré salir a tropezones de mi habitación y bajar las escaleras. Fuera de la cabaña, el aire fresco golpeó mi rostro. Podía escuchar a los lobos aullando en la distancia.

Mi cuerpo gritaba pidiendo liberación, y no podía quedarme quieta.

Quería correr. Escapar del monstruo que estaba dentro de mí. Este era el mismo monstruo que casi había matado a una chica cuando yo era más joven, lo que llevó a mi madre a mandar hacer el amuleto para mí.

Me agarré el pecho, mi cabeza dando vueltas. Mi visión se nubló, y el mundo a mi alrededor se deslizó hacia la oscuridad. Me desplomé en el suelo frente a la cabaña, mi cuerpo demasiado débil para seguir luchando.

El último pensamiento antes de que todo se volviera completamente negro fue: ¿Así es como muero?

CAPÍTULO 12



JULIUS

Crac.

Snap.

Apreté los dientes, con los colmillos mordiendo la suave carne de mis labios mientras mis huesos volvían a su lugar. Las garras negras y afiladas se retrajeron en mis dedos que cambiaban de forma mientras me ponía de pie, ligeramente inestable. Con un suave suspiro, giré el cuello de un lado a otro, aliviando la pequeña contractura que se había formado y luego pasé la lengua por mi labio inferior, saboreando la sangre cobriza, donde mis colmillos me habían herido levemente. No me preocupaba eso: sanaría en cuestión de segundos. Alcancé mi montón de ropa, me la puse y me estiré, sintiendo cómo mis músculos esbeltos se ondulaban en mi espalda.

El aire nocturno estaba fresco contra mi piel mientras salía del borde sombrío del bosque, con las extremidades doloridas por la transformación. La energía cruda del cambio vibraba débilmente en mis venas, un agudo recordatorio de la delgada línea entre hombre y lobo. Las lunas llenas nos tensaban a mí y a mi manada, recordándonos lo que éramos. Criaturas atadas a la maldición de la luna.

Necesitaba un momento para aclarar mi mente, para dejar que la descarga de adrenalina se desvaneciera en algo más tranquilo. Mi

refugio seguro, el lugar al que podía correr fácilmente y descansar del estrés de la transformación era mi cabaña privada. Así que, naturalmente, fui allí. Y no fue hasta que el porche estuvo a la vista que recordé que ya no vivía solo en mi cabaña. Ahora tenía una esposa. Y estaba justo frente a mí.

Raven estaba de pie en el porche de mi cabaña privada —nuestra cabaña privada— agarrando la barandilla de madera como si fuera lo único que la mantenía en pie. Lo primero que pensé fue: *no es seguro para alguien que no sea hombre lobo estar fuera durante una luna llena*, incluso si, por matrimonio, ahora formaba parte de la manada.

Mientras estaba allí, observándola, el resplandor plateado de la luz de la luna captaba los mechones de su cabello. *Por la diosa de la luna, tenía un cabello precioso.*

Pero no era solo eso. Se veía diferente esta noche. Había un débil brillo a su alrededor que me hizo detenerme en seco.

Su aroma me golpeó después: salvaje, agudo y cargado de algo primitivo. Algo que no pertenecía allí. Algo que nunca había notado en ella.

Estaba temblando, su cuerpo tenso como si estuviera conteniendo algo con el último hilo de su ser.

—Raven —dije, mi voz más cortante de lo que pretendía.

Ella volvió su cabeza hacia mí, sus movimientos entrecortados, como si estuviera luchando contra *sí misma*. Sus brillantes ojos esmeralda se fijaron en los míos, y mi estómago se retorció.

Sus rasgos estaban cambiando. Sus pupilas estaban dilatadas, y lo que parecían garras se alargaban desde donde una vez tuvo dedos delicados mientras se clavaban en la barandilla de madera. Y unos colmillos sobresalían de su boca, lo suficiente como para reflejar la luz de la luna.

¿Qué demonios?

Esto no podía ser. Estaba viendo cosas, seguramente. Mantenerme alejado de ella, rechazándola. Me estaba volviendo loco.

Mi lobo se agitó inquieto, gruñendo bajo en el fondo de mi mente.

Estaba cerca de ella ahora. Lo suficientemente cerca para que me oyera. —¿Qué te está pasando? —exigí, dando un cauteloso paso más cerca.

Me miró y sus ojos. Oh, sus ojos. Estaban atormentados. Miedo, confusión y algo más nadaban en las profundidades verdes. Abrió la boca, pero las palabras no salieron. En cambio, un sonido ahogado escapó de su garganta, crudo y desesperado. Su cuerpo se estremeció violentamente, y me di cuenta. Mi nueva esposa, una bruja, estaba luchando contra una transformación.

—Raven —dije de nuevo, más suavemente esta vez, pero mi voz todavía transmitía autoridad—. ¿Qué eres? ¿Cómo?

—No... no puedo... —Jadeó, su voz quebrándose mientras sus garras se clavaban más profundamente en la barandilla, astillando la madera—. No puedo controlarlo.

La realización me golpeó como un puñetazo en el estómago. Dije, las palabras lentas y deliberadas. —Eres una *híbrida*.

Sus ojos se ensancharon, brillando más intensamente por un momento antes de que los cerrara con fuerza, su cabeza sacudiéndose en negación, mientras un largo sonido lastimero escapaba de sus labios temblorosos.

—Por favor —susurró, su voz temblando—. No lo digas. No...

Me acerqué más, mi corazón latiendo con fuerza mientras las piezas comenzaban a encajar.

Los ojos brillantes. Las garras. El aroma salvaje e indómito que se aferraba a ella. No era solo una bruja luchando con su magia. Era

una híbrida mitad bruja, mitad hombre lobo.

Una anomalía.

Las historias con las que había crecido surgieron vívidas y brutales. Cuentos de híbridos que no podían controlar su fuerza o sus transformaciones, su magia abrumando todo a su alrededor.

Una historia destacaba: un híbrido nacido décadas atrás, una criatura tan poderosa que casi había destruido a su manada. Su lobo había sido indomable, matando a todo ser vivo a su paso una vez que se enfurecía, su magia volátil y errática. Había tomado el esfuerzo combinado de múltiples manadas y aquelarres para someterlo.

No habían sabido qué hacer con él: matarlo, encarcelarlo o exiliarlo. Al final, habían elegido el exilio, desterrando a la criatura a la naturaleza salvaje donde presumiblemente había encontrado su fin.

Los híbridos eran temidos por una razón.

Y sin embargo, aquí estaba ella. Justo en medio de los terrenos de nuestra manada.

—¿Cómo lograron esconderte? —pregunté, mi voz más cortante de lo que pretendía—. ¿Tu aquelarre... no les importa la pureza de sangre? ¿Mantener limpios sus linajes?

Por lo que había sucedido con la participación de Mira conmigo y la *abominación* que habían llamado a nuestro hijo, parecía que las brujas eran peores en su visión de los híbridos.

Sus hombros temblaron, sus garras retrayéndose ligeramente como si estuviera tratando de obligarse a estar quieta. —Nadie sabe lo que soy —dijo, su voz apenas audible—. Mi madre me protegió. Me dio esto. —Sus dedos rozaron el amuleto alrededor de su cuello, el débil resplandor de su magia apenas visible ahora.

La miré fijamente, mi mente acelerada. Una híbrida. Aquí. En mi manada. *Mi esposa.* Todavía no podía asimilarlo.

Ella jadeó, sus rodillas cediendo mientras otro estremecimiento sacudía su cuerpo.

Sin pensarlo, cerré la distancia entre nosotros, atrapándola antes de que pudiera caer. Su piel estaba febril, sus respiraciones saliendo en ráfagas cortas y dolorosas.

—Raven —dije con firmeza, agarrando sus hombros—. Escúchame. No vas a perder el control. ¿Me oyes?

No sabía a qué me refería, pero si ella estaba luchando contra una transformación con tanta fuerza, Dios sabe qué pasaría si se convirtiera completamente en lobo.

Ella negó con la cabeza, sus ojos brillantes llenos de miedo. —Ya me he desmayado por el dolor hace unos... minutos. Estaba... tan segura de que estaba cerca de la muerte. Pero... no puedo detenerlo ahora. *No puedo*...

—*Sí puedes* —dije, mi voz baja pero firme—. Eres más fuerte que esto. Lo has mantenido oculto todos estos años, ¿no?

Su temblor disminuyó ligeramente, pero todavía podía sentir la tensión en su cuerpo, la energía cruda ardiendo justo debajo de la superficie.

Apreté mi agarre en sus hombros, obligándola a mirarme. —Respira —dije—. Concéntrate en mí. Solo respira.

Sus ojos se fijaron en los míos, y por un momento, pensé que podría colapsar por completo. Pero entonces su respiración comenzó a normalizarse, el brillo salvaje en sus ojos disminuyendo ligeramente.

No la solté hasta que sus garras se habían retraído por completo y la tensión en su cuerpo se alivió.

Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. El único sonido era el suave crujido de los árboles a nuestro alrededor y el ocasional aullido de un lobo en la distancia.

—Lo siento —susurró finalmente, su voz apenas audible.

Negué con la cabeza, mi agarre en sus hombros firme. —No te disculpes.

Ella me miró, sus ojos abiertos e inquisitivos. Por un breve momento, parecía una niña pequeña. —¿No estás... asustado?

La gente a menudo teme lo que no entiende. Aunque no entendía a los híbridos, entendía cómo se sentía ser un hombre lobo, y ella *era* parte lobo después de todo. Era un comienzo.

—No —dije finalmente, mi voz firme—. No te tengo miedo, Raven.

Su mirada vaciló, pero vi el leve destello de alivio en su expresión.

Pero mientras la miraba, otro pensamiento se deslizó en mi mente.

Elara.

Si Raven era una híbrida, entonces Elara también podría serlo. Podría crecer enfrentando el mismo miedo, el mismo estigma.

Y si eso sucediera, necesitaría a alguien que la entendiera. Alguien que no se apartara.

—Vamos —dije finalmente, mi voz suavizándose—. Necesitas descansar.

Ella asintió. Tan pronto como toqué su piel para guiarla dentro de la cabaña, ella tembló. Sus respiraciones salían entrecortadas, sus ojos brillando débilmente como si el lobo dentro de ella todavía estuviera arañando por liberarse. Y, en un instante, algo tiró de mí en mi interior. No podía apartar la mirada de sus ojos, el calor que emanaba de ella envolviéndome, enterrándose bajo mi piel.

Su aroma era espeso ahora, ya no salvaje y agudo sino rico y cálido, encendiendo cada instinto que alguna vez había aprendido a reprimir. Mi lobo se agitó violentamente, gruñendo bajo y profundo, y apreté los puños, tratando de empujarlo hacia atrás.

¡Contrólate!

Acababa de lograr sacarla del borde. ¿Cómo se vería si *yo* terminara perdiendo el control?

Su mirada encontró la mía, y lo vi: incertidumbre, miedo y algo más. Algo crudo. Algo... tan jodidamente *caliente*.

—Raven —dije, mi voz tensa—. ¿Qué te está pasando?

—Yo... no lo sé —susurró, su voz temblando—. Me siento... me siento como si estuviera ardiendo.

La forma en que me miraba —vulnerable, como si no supiera qué estaba pasando con su propio cuerpo— desencadenó algo dentro de mí.

Su aroma era embriagador, atrayéndome más cerca a pesar de que cada pensamiento racional me gritaba que me alejara. Mi lobo surgió hacia adelante, empujando contra la delgada pared de restricción que apenas estaba manteniendo.

Sabía lo que era esto, pero era tan intenso, tan repentino que me tomó un tiempo darme cuenta.

Estaba en celo.

—Julius —murmuró, su voz entrecortada y suave, y eso fue todo. Eso fue todo lo que se necesitó.

Cerré el espacio entre nosotros en un rápido movimiento, presionándola suavemente contra la barandilla. Su jadeo fue suave, sus manos volando a mi pecho como para empujarme lejos. Pero no lo hizo.

Todo el sentido voló fuera del porche de la cabaña. Esta era la primera vez que mi lobo experimentaba a una compañera en celo. Parecía que incluso un solo paso en el ritual y los otros ritos maritales eran suficientes para unirnos de tal manera que me sentía embriagado.

Mis dedos se curvaron alrededor de sus brazos, estabilizándola mientras me inclinaba. —¿Tienes alguna idea de lo que me estás haciendo en este momento? —gruñí, mi voz baja y áspera.

Sus mejillas se sonrojaron, y negó con la cabeza, su cabello plateado captando la luz de la luna como si hubiera sido sumergido en luz de estrellas.

No debería haberla deseado. Esto era un tratado, nada más: un contrato para mantener la paz. Pero con su aroma nublando mis sentidos y su cuerpo tan cerca del mío, cada instinto que tenía me decía que ella era *mía*.

Y no luché contra ello.

La besé.

No fue suave ni tierno: fue salvaje, hambriento, como si hubiera estado hambriento durante años y no lo supiera hasta ahora.

Su jadeo se derritió en un suave gemido mientras profundizaba el beso, mis manos deslizándose por sus brazos para enredarse en su cabello. Sabía como los tés que preparaba: dulce y penetrante, con un toque de algo terroso. Igual que en nuestro día de boda. Entonces, no me había permitido saborearlo. Ahora, mis labios y mi lengua recorrían los suyos como una bestia salvaje lista para tomar.

Sus manos agarraron mi camisa, sus uñas raspando ligeramente contra mi piel mientras la atraía más cerca, nuestros cuerpos presionados tan estrechamente que no podía distinguir dónde terminaba el mío y comenzaba el suyo. Mi lobo estaba paseando, gruñendo, instándome a seguir, y por una vez, no traté de contenerlo. Sus labios se separaron bajo los míos, y gruñí suavemente, mis dedos apretándose en su cabello mientras la besaba con más fuerza.

Ella era fuego y suavidad a la vez, derritiéndose contra mí mientras la levantaba en mis brazos. Sus piernas se envolvieron alrededor de

mi cintura instintivamente, su calor abrasando a través de la delgada barrera de ropa entre nosotros.

La llevé dentro de la cabaña, la puerta cerrándose de golpe detrás de nosotros.

* * *

La habitación estaba oscura, la luz de la luna filtrándose por las ventanas proyectando tenues sombras en las paredes.

La deposité en el borde de la cama, mis manos enmarcando su rostro mientras escudriñaba sus ojos. Estaba sonrojada, sus labios hinchados, su respiración irregular.

Estaba demasiado atrapado en el momento para darme cuenta de que la había llevado a mi habitación, no a la otra habitación donde dormía. Sus ojos recorrieron mi habitación. La observé.

—Dime que pare —dije, mi voz baja y áspera—. Si no quieres esto, dímelo ahora.

Ella me miró, sus ojos brillantes suavizándose ligeramente, pero aún llenos de un deseo primario, y negó con la cabeza. —No quiero que pares.

Sus palabras fueron un susurro, pero rugieron a través de mí como un fuego. Tomé eso como una señal para desatar cada sentimiento reprimido que había mantenido a raya. Hay un dicho que dice que hay una línea delgada entre el amor y el odio, y podría estar de acuerdo con eso después de esto. Recorrí su cuerpo con besos, en cada centímetro de carne expuesta. Cuando no pude soportar la barrera de ropa que separaba nuestra piel, la desgarré. Era un vestido de algún tipo, y me hice una nota mental de arreglarlo o conseguirle uno nuevo. Quería besar cada centímetro de su cuerpo desnudo. Quería adorar su cuerpo como si fuera una diosa. No, *necesitaba* hacer esto. La pura fuerza de la necesidad era grande.

Mientras yacía desnuda ante mí, la admiré. Era impecable. Cada centímetro de su piel se veía tan suave. También era sorprendentemente audaz, sin hacer ningún movimiento para esconderse. En cambio, me observaba observarla, con los labios curvados. Me recordaba a la forma en que había trabajado en mi cuerpo, masajeando todos los nudos. Cuando nos sintiéramos cómodos, en el futuro, esperaba que me diera un masaje profundamente sensual.

Me incliné y atrapé su pezón con mi boca, aumentando la presión. Ella suspiró y gimió, sus manos recorriendo mi espalda. Eso fue suficiente para ponerme duro.

—Tengo que tomarlo con calma —murmuré contra su piel—. No quiero lastimarte montándote cuando no estás lista.

Me moví al otro pecho y la provocué hasta que ella estaba gruñendo y suplicándome que entrara dentro de ella.

Estaba dolorosamente duro, pero quería que disfrutara cada momento, así que tenía que tomarlo con calma. Era nuestra primera vez, y quería que fuera tan perfecta como pudiera hacerla. Cuando me quité la ropa y me paré ante ella, todo mi grosor a la vista, ella suspiró e hizo un sonido de ronroneo en el fondo de su garganta.

Entré en su calor, nuestros ojos fijos. Quería ver cada emoción parpadear a través de esos ojos verdes mientras la tomaba.

Luego me incliné y la besé.

Fue salvaje y sin restricciones mientras embestía dentro de ella, movimientos medidos al principio, sus manos moviéndose sobre mi cuerpo, su toque encendiendo mi piel.

La besé como si fuera aire y yo me estuviera asfixiando, mis labios recorriendo su cuello, su hombro, saboreando cada centímetro de ella.

Sus jadeos llenaron la habitación, suaves y desesperados, mientras sus uñas recorrían ligeramente mi espalda. Mi lobo gruñó bajo en aprobación, empujándome a reclamarla, a marcarla como mía.

Y por primera vez, quería hacerlo.

No por el tratado. No por el vínculo. Sino porque era ella.

Raven.

Ella era todo lo que no me había permitido querer, todo lo que no me di cuenta que necesitaba hasta ahora.

Pero, me contuve en esta cosa. Cuando el momento fuera adecuado, y ella no estuviera en celo, la marcaría. Por ahora, le daría placer y liberación.

—¡Julius, no pares, me estoy viniendo! —gritó mientras se retorcía y se arqueaba debajo de mí.

Cuando todo terminó, ella yacía contra mí, su cuerpo cálido y suave mientras descansaba su cabeza en mi pecho, su cabello plateado extendido sobre las almohadas como un halo resplandeciente.

La habitación estaba tranquila, el único sonido era su respiración constante y el débil crepitar del fuego que había estado ardiendo antes de que me fuera a los bosques.

Pasé mis dedos por su cabello, mi mente acelerada con todo lo que acababa de suceder.

Esto no debía pasar. Ella no debía importarme. Pero mientras la sostenía en mis brazos, su aroma aún persistente en el aire, sabía que no podía negarlo. No eran solo nuestros cuerpos los que se excitaban juntos. Eran nuestros lobos.

No solo la deseaba.

Me estaba enamorando de ella.

Y me aterrorizaba.

CAPÍTULO 13



RAVEN

Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue a *él.*

Julius.

Su rostro flotaba sobre el mío, sus ojos gris tormentoso oscurecidos por algo que no podía identificar bien: preocupación, frustración, quizás incluso miedo. Las líneas marcadas de su mandíbula y la tenue sombra de su barba incipiente captaban la luz que se filtraba a través de las cortinas, haciéndolo parecer rudo e imposiblemente atractivo a la vez.

Parpadeé lentamente, intentando situarme en el momento, pero mi cuerpo se sentía pesado, agobiado por el agotamiento y algo más.

—Raven —dijo, con voz baja y áspera, como grava rodando sobre seda.

Me provocó un escalofrío por la columna vertebral.

Sin pensarlo, extendí la mano, mis dedos rozando su rostro, como si intentara extraer fuerza de él. Su barba incipiente era áspera bajo mi tacto, y el calor de su piel se sentía demasiado real, demasiado cercano.

Sus ojos se agrandaron brevemente ante el contacto, pero no se apartó. En cambio, se inclinó hacia mi toque, tensando la mandíbula como si estuviera conteniendo algo.

Abrí la boca para hablar, pero tenía la garganta seca y las palabras no salían.

—Me asustaste anoche —dijo, con voz apenas por encima de un susurro, el peso de sus palabras presionando contra mi pecho.

Intenté sonreír, pero se sintió débil, fugaz. Mis dedos permanecieron en su mandíbula un momento más antes de que el agotamiento me arrastrara de nuevo, llevándome al cálido oscuro del sueño.

* * *

Esto no era sueño.

Era algo más profundo, algo primario.

Primero sentí sus manos sobre mí —fuertes, cálidas y firmes, explorando cada centímetro de mi piel como si fuera algo precioso. El aire a nuestro alrededor estaba cargado, eléctrico, cada toque enviaba una descarga de calor recorriendo mi cuerpo.

Sus labios siguieron, rozando mi cuello y mi clavícula, cada beso dejando un rastro de fuego a su paso.

—Raven —murmuró contra mi piel, su voz áspera y cruda, llena de algo que hizo que mi corazón se acelerara.

Lo alcancé, mis dedos enredándose en su cabello mientras lo atraía hacia mí. La forma en que susurraba mi nombre... no era solo un sonido. Era una afirmación, una promesa, una súplica.

Mi loba se agitó, su presencia envolviéndome como una segunda piel, empujándome más cerca de él, instándome a dejarme llevar.

—Julius —respiré, mi voz temblorosa pero segura.

Él respondió con otro beso, este más profundo, más hambriento, sus manos aferrando mi cintura como si temiera soltarme.

El calor entre nosotros creció, intenso y abrumador, arrastrándome hacia algo de lo que no podía escapar... y no quería hacerlo.

Sentí su cuerpo contra el mío, sólido e inflexible, y cada parte de mí anhelaba estar más cerca, cerrar la distancia entre nosotros. Su toque no era solo físico, era consumidor, vinculante, como si estuviera alcanzando algo mucho más profundo que la carne.

Le dejé consumirme mientras yo lo consumía a él.

Era como un sueño febril, excepto que sabía que era un recuerdo de horas antes en la noche.

* * *

Desperté sobresaltada, con la respiración entrecortada, mi cuerpo temblando mientras los restos del recuerdo se aferraban a mí.

La habitación estaba en silencio, la suave luz matutina derramándose por las ventanas, pero el calor del sueño aún ardía bajo mi piel. Fue cuando abrí más los ojos que me di cuenta de que no estaba en mi habitación, sino en una que se parecía.

Presioné mi mano contra mi pecho, sintiendo el rápido latido de mi corazón, y luego mis dedos rozaron el amuleto alrededor de mi cuello. Estaba tibio, casi caliente, y por un momento, juré sentirlo pulsar bajo mi tacto.

Mi loba se agitó débilmente, un zumbido bajo en el fondo de mi mente, y supe entonces que algo había cambiado.

Anoche...

Todavía podía sentirlo a *él*, sus manos, sus labios, la forma en que había susurrado mi nombre como si significara todo.

Tragué con dificultad, tratando de estabilizar mi respiración, pero mi cuerpo me traicionó, el calor acumulándose en la parte baja de mi

vientre, un recordatorio de la intimidad que habíamos compartido anoche.

Mis mejillas ardieron ante el pensamiento, y volteé la cabeza para encontrar a Julius a mi lado. Y estaba despierto.

Sus ojos grises estaban fijos en mí, agudos e implacables, como si pudiera ver cada pensamiento corriendo por mi mente.

¡Dios, este hombre es tan condenadamente hermoso!

—Hablabas dormida —dijo tranquilamente, su voz baja pero firme.

Me tensé, mi respiración entrecortándose. —¿Qué dije?

Su mirada se oscureció, sus labios curvándose en algo ilegible. —Mi nombre.

Mi estómago dio un vuelco, y por un momento, olvidé cómo respirar. No podía decir si el calor en sus ojos era por frustración o por algo más, pero hizo que mi pulso se acelerara de todos modos.

—¿Con qué soñabas, Raven? —preguntó, su tono suave pero impregnado de algo que me provocó un escalofrío por la espalda.

Negué con la cabeza, mis mejillas ardiendo mientras apartaba la mirada. —No importa.

Pero sí importaba.

Importaba más de lo que quería admitir.

Porque en el fondo, conocía la verdad.

El vínculo entre nosotros no era solo algo forzado por el tratado. Era algo real, algo crudo e innegable. Y por primera vez, no estaba segura de si eso me asustaba o me emocionaba más. Todo lo que sabía en ese momento era que me gustaba la sensación de despertar junto a Julius, con el cabello alborotado por mis dedos durante la noche. Se sentía como amor juvenil. Amor de cachorros.

Como un sueño del que nunca quería despertar. Él se acercó y me acarició el cabello, y volví a dormirme.

La segunda vez que desperté, la habitación estaba fría y vacía. El espacio a mi lado donde había estado Julius estaba intacto, las sábanas alisadas como si nunca hubiera estado allí. Lo miré por un momento, sorprendida por el dolor en mi pecho.

Negué con la cabeza, sentándome lentamente mientras intentaba alejar esos pensamientos. La luz matutina se derramaba por las ventanas, suave y dorada, pero hizo poco para levantar el peso que me oprimía.

Se había ido.

Y no podía culparlo.

Necesitaba alejarme de la manada para aclarar mi mente. Necesitaba una distracción.

* * *

La ciudad era ruidosa y bulliciosa, un marcado contraste con el aislamiento tranquilo de los terrenos de la manada.

Había salido de la cabaña sin decírselo a nadie. Julius no estaba en la cabaña, pero me había dejado una nota y la llave de una camioneta estacionada enfrente.

Por si quieres aclarar tu mente. No eres una prisionera aquí, Raven.

Y así, me vestí y tomé la camioneta hacia la parte concurrida de la ciudad, llena de cafeterías, cines, parques y demás. Nuestro periodo obligatorio de luna de miel no había terminado, así que me aseguré de ir a las partes de la ciudad donde mayormente vivían humanos.

Estacioné la camioneta en la acera y entré en la cafetería más cercana, *Cups of Love*, un edificio blanco brillante con techo verde y

puertas corredizas de cristal. El aroma de granos de café tostados y pasteles recién horneados me envolvió como un cálido abrazo. El lugar era acogedor, el murmullo de la conversación mezclándose con las suaves notas de una pista de piano que sonaba en el ambiente.

Me deslicé en un asiento junto a la ventana, el cristal fresco contra mis dedos mientras apoyaba mi mano allí.

La camarera se acercó, con una sonrisa radiante en su rostro. Era una rubia menuda, cuya coleta se balanceaba con cada pequeño movimiento que hacía. Cuando se acercó más, jadeó pero mantuvo su sonrisa. Estaba acostumbrada a que los humanos reaccionaran así conmigo. El cabello plateado y los ojos esmeralda no eran características comunes en esta ciudad. Podría haber usado un hechizo para cambiar mi cabello a un color más natural para reducir el número de miradas interrogantes que recibía, pero decidí no hacerlo. Ya era un bicho raro entre los sobrenaturales con mi naturaleza híbrida, aunque eso estaba oculto. Ser extraña entre humanos no era nada.

—¿Qué puedo servirle? —preguntó, recuperándose de su mirada fija.

—Café. Negro —dije, mi voz más baja de lo que pretendía—. Y... un muffin de arándanos.

Necesitaba algo para despertarme.

Ella asintió y se alejó, dejándome observar cómo la ciudad se desarrollaba fuera de la ventana. Podía ver a una joven madre vestida con un pantalón deportivo negro y una sudadera, empujando un cochecito del que asomaba la manita regordeta de un bebé. Los diminutos dedos formaban un puño aún más pequeño. Los labios de la mujer se movían rápidamente, con elegantes auriculares blancos en sus oídos. Pronto se perdió entre la multitud de estudiantes universitarios risueños que pasaban.

Los humanos se movían con sentido de propósito, sus vidas sin complicarse por los secretos y peligros que plagaban la mía. Reían,

llevaban las compras, corrían para alcanzar autobuses, iban al trabajo, miraban pantallas de computadora todo el día y volvían a casa a descansar, a veces recibidos por un amante o una mascota. Luego lo hacían todo de nuevo al día siguiente. Un ciclo interminable.

No tenían idea de lo que acechaba en las sombras, justo más allá de su comprensión. No sabían que había humanos en el consejo, luchando por su bienestar. Muchos de ellos o creían en un Dios o no creían en ninguno. Algunos venían a mi consultorio de masajes a veces, ignorantes de que era magia real lo que practicaba, siempre tan fascinados por mis tés.

Los envidiaba. Debe ser agradable vivir sin saber lo que acecha en las sombras. Los sobrenaturales teníamos lo que yo consideraba *la maldición del conocimiento.*

Así que por un momento, fingí ser humana como ellos. Imaginé tener una fecha límite de trabajo, tecleando en mi portátil usando el WiFi de la cafetería y luego reuniéndome con mis amigas para cenar más tarde. Quizás incluso tenía un lindo gato naranja esperándome en casa. O tal vez era un golden retriever. Después, haría planes para ir al club los fines de semana, conocer a un guapo desconocido y tener una aventura de una noche. Lo había hecho antes. Perdí mi primera vez con un guapo desconocido en la universidad, en la gran ciudad. Fue el único tiempo que viví lejos de Moonshade Hollow, por un título de asociado. Los mejores y más extraños dos años de mi vida. En días como estos, deseaba haberme quedado y fingido ser humana. Pero no podía. Nunca pude.

—Aquí tiene.

Volví a la realidad sobresaltada por la voz de la camarera, mi pedido en una pequeña bandeja.

Le sonreí. —Gracias.

—De nada. —Sus labios se movieron como si quisiera decir algo, pero luego los cerró, sus ojos estudiando mi cabello en su lugar.

Aquí vamos.

—No, mi cabello no está teñido. Sí, es completamente natural. Literalmente nací con el cabello plateado —dije, respondiendo a sus preguntas no formuladas.

Vi cómo la sangre se acumulaba en sus mejillas en un rubor. —Lo siento mucho, no quise quedarme mirando.

Me encogí de hombros. —Está bien, de verdad.

Con una suave sonrisa, giró sobre sus talones y se marchó. El café estaba caliente, justo como me gustaba. Y el muffin era dulce y cálido como si acabara de salir del horno, pero hizo poco para llenar el vacío dolor dentro de mí.

Mis dedos rozaron distraídamente el amuleto alrededor de mi cuello, el tenue zumbido de su magia pulsando contra mi piel. Y mi mente divagó, sin quererlo, hacia la primera vez que me transformé.

Tenía dieciséis años, de pie en medio del bosque, con la luna llena alta sobre mí. Mi cuerpo se sentía como si estuviera en llamas, cada hueso rompiéndose y reformándose, mi loba abriéndose paso hacia la superficie.

Había perdido el control.

No recordaba mucho después de eso, solo destellos de luz, el sonido de los gritos de mi madre y el sabor metálico de la sangre en el aire.

Cuando volví en mí, estaba en el suelo, temblando, con mi madre inclinada sobre mí. Su brazo estaba envuelto en vendajes improvisados, la sangre empapando la tela.

No dijo una palabra, solo acarició mi cabello y susurró que no era mi culpa.

Pero lo era.

Casi la había matado.

El recuerdo hizo que mi pecho se tensara, mi mano aferrando el amuleto como si fuera lo único que me anclaba a la realidad.

Por esto los híbridos eran peligrosos.

Demasiado poder, demasiado conflicto, demasiado *riesgo*.

No pertenecía completamente a las brujas ni a los lobos, atrapada entre dos mundos. Había perfeccionado mis habilidades de bruja, pero mi lado lobo era un desastre. Un desastre peligroso.

Y ahora Julius lo sabía.

El pensamiento hizo que mi estómago se revolviera, una oleada de vergüenza inundándome.

¿Qué pensaría de mí?

¿Estaría asqueado? ¿Me odiaría por lo que soy?

No, no podía odiarme. Habíamos tenido sexo anoche, y por los destellos que podía recordar, él disfrutó cada momento.

Tomé un sorbo de café, la amargura centrándome mientras intentaba alejar las preguntas. Pero persistían, obstinadas y pesadas. Miré por la ventana, observando a los humanos seguir con sus vidas, ajenos a la tormenta que se agitaba dentro de mí.

Una vez más, me sumergí en la fachada de ser humana.

No una híbrida. No una bruja. No una loba.

Solo... Raven.

CAPÍTULO 14



JULIUS

La suave luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, proyectando un cálido resplandor sobre la habitación. Parpadee, con el leve tirón del sueño aún aferrándose a los bordes de mi mente mientras tomaba conciencia de dos cosas: el sonido de la respiración constante de Raven a mi lado y la sensación de su calor presionado contra mi costado.

Era un consuelo silencioso al que no estaba acostumbrado, pero no me alejé. En cambio, me dejé hundir más profundamente en él, atrayéndola más cerca sin pensarlo. Como si fuera un acto reflejo.

Su cabello era un desorden plateado sobre la almohada, con mechones que captaban la luz de una manera que la hacían parecer más suave, más tranquila. Era un marcado contraste con la tensión que llevaba durante el día, y verla así, tan vulnerable y relajada, me hacía algo.

Dejé que mi frente descansara contra la corona de su cabeza, respirando su aroma. Olía ligeramente a lavanda, con una corriente subyacente de algo salvaje, algo únicamente suyo. Mi lobo se agitó ante el aroma, calmado pero vigilante, contento de una manera que me inquietaba.

Porque esto comenzaba a sentirse demasiado natural. Demasiado fácil.

No había pretendido empezar a dormir en su habitación.

Al principio, fueron solo una o dos noches —un instinto protector, me dije a mí mismo, después de todo lo que había sucedido.

Pero ahora, era casi todas las noches.

Y ella nunca me decía que me fuera.

Se sentía como una especie de aventura. Solo que, estábamos casados.

Después de aquella noche en que habíamos tenido sexo completamente, no habíamos vuelto a llegar hasta el final. Por supuesto, yo la deseaba, mi lobo la deseaba, pero ella parecía tan contenta de solo acostarse a mi lado, y si eso era todo lo que podía obtener, diablos, lo aceptaría.

Se acercó más a mí en sueños, su mano rozando mi pecho como si me estuviera buscando, como si mi presencia la reconfortara.

Cuando nos acostábamos así en silencio, me hacía olvidar todas mis preocupaciones sobre ella. Y ahora que conocía su secreto, aunque todavía no habíamos tenido una conversación completa al respecto, la dejaba en paz. Yo también tenía mis propios secretos que no estaba listo para compartir. Elara era demasiado preciosa para mí como para exponerla todavía, especialmente cuando Raven y yo apenas estábamos conociéndonos. Aunque, sabía que ella se habría alegrado de descubrir que había otra híbrida como ella, que también estaba cerca de mi corazón. Cuando estuviera lista, hablaría. Y, cuando yo también estuviera listo, hablaría, y podríamos convertirnos en algo bueno, quizás. Incluso podríamos aprender a amarnos y protegernos de verdad.

Ella se agitó a mi lado, sus pestañas revoloteando mientras se acercaba más, su mano descansando ligeramente sobre mi pecho.

—¿Julius? —murmuró, con la voz espesa por el sueño.

Tragué con dificultad, mi pecho se tensó por la forma en que dijo mi nombre, suave y confiada, como si no tuviera ninguna razón para dudar de mí.

—Estoy aquí —dije en voz baja, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, y se acomodó contra mí, su respiración volviéndose uniforme de nuevo mientras volvía a dormirse.

Me quedé así durante mucho tiempo, abrazándola, mis pensamientos un lío enredado de culpa, miedo y algo que no estaba listo para nombrar.

Porque la verdad es que no solo quería protegerla.

La deseaba.

Y estaba aterrorizado de lo que eso *realmente* significaba.

* * *

La sala de reuniones de la manada estaba cargada de tensión desde el momento en que entré. Casi podía extender la mano y tocarla. Era una reunión urgente, así que tuve que escabullirme, básicamente, para no perturbar el sueño de Raven. Me paré cerca de la cabecera de la larga mesa de madera, con los brazos cruzados, la mandíbula tensa, mientras los ancianos de la manada intercambiaban miradas inquietas.

La sala era simple pero robusta, sus vigas de madera grabadas con las marcas de generaciones pasadas. Siempre había sentido que era un lugar de estabilidad, un lugar donde se tomaban decisiones con unidad y propósito. Pero hoy, se sentía más como un campo de batalla.

Henri, mi Beta, estaba a mi lado, su expresión cuidadosamente neutral, aunque podía sentir su inquietud. Los susurros habían crecido más fuerte en los últimos días —murmullos sobre Raven, sobre su naturaleza callada, sobre las preguntas que no respondía.

Y ahora, aquí estábamos.

El anciano principal, un hombre de mirada penetrante llamado Edgar, se aclaró la garganta, rompiendo el silencio. —Alfa —comenzó, con voz medida pero firme—, necesitamos abordar el asunto de su nueva Luna.

No me moví, no me estremecí. Había estado esperando esto.

—Continúe —dije con calma, mi mirada recorriendo el grupo.

Edgar intercambió una mirada con la anciana sentada a su lado, una mujer delgada llamada Matilda, quien frunció los labios antes de hablar. —Hay preocupaciones dentro de la manada —dijo—. Preguntas sobre su papel como Luna. ¿Es siquiera capaz? No parece darse cuenta de sus deberes.

Dejé que las palabras flotaran en el aire por un momento, mi lobo gruñendo suavemente en el fondo de mi mente. —¿*Su* papel como Luna? ¡El consejo la eligió, el maldito Orbe la eligió! Eso debería ser suficiente.

Matilda se movió en su asiento, su expresión tensándose. —No se trata solo de que sea una bruja, Alfa. Aunque, debo admitir, eso es motivo de preocupación. También, su comportamiento. Ella es... esquiva. Evita las preguntas. No es *abierta* con la manada. Debe hablar con ella para que asuma su papel.

—Ella se está adaptando —dije bruscamente—. Esta no es exactamente una situación fácil para ella. Acaba de tener que dejar a su propia familia, su aquelarre, y vivir con lobos que nunca ha conocido o con los que nunca ha vivido antes.

—Y los rituales de boda —intervino Edgar, con tono frío—. No se han completado. Eso no es solo una formalidad, Alfa. Es tradición. Sin los ritos finales, el vínculo permanece sin sellar.

La habitación quedó en silencio, el peso de sus palabras asentándose sobre nosotros como una niebla espesa.

Apreté la mandíbula, mi paciencia agotándose. —Los rituales se completarán —dije—. Cuando sea el momento adecuado.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Matilda, su tono teñido de escepticismo.

Mi lobo se erizó ante el desafío en su voz, y me forcé a tomar una respiración para calmarme.

—¿Confían en el consejo? —pregunté, con voz baja pero firme.

La pregunta los tomó por sorpresa, e intercambiaron miradas incómodas.

—Por supuesto —dijo finalmente Edgar—. La decisión del consejo nos ha guiado durante generaciones.

—¿Entonces por qué lo cuestionamos ahora? —exigí, mi mirada recorriendo a los ancianos—. Ustedes fomentaron este matrimonio. Me dijeron que era necesario para el tratado, para la supervivencia de la manada. ¿Y ahora, por unos pocos susurros, dudan de ella? ¿Dudan de *mí*?

La habitación volvió a quedar en silencio, la tensión lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo.

—No escucharé una palabra más sobre esto —dije, con voz fría—. Ella es su Luna, y la tratarán como tal. ¡Con el máximo respeto que merece! —Golpeé mi puño sobre la mesa, haciéndolos saltar.

La presencia constante de Henri a mi lado era un tranquilo respaldo mientras miraba fijamente a lo largo de la mesa, desafiando a cualquiera de ellos a contradecirme.

Edgar asintió a regañadientes, su mirada bajando a la mesa. —Sí, Alfa.

Matilda dudó un momento antes de hacer lo mismo. —Sí, Alfa.

No esperé más objeciones. Me giré sobre mis talones y salí a zancadas de la sala, con Henri siguiéndome de cerca.

* * *

Afuera, el aire fresco me golpeó como un bálsamo, aliviando parte de la tensión enrollada en mi pecho.

—No tenías que ser tan duro con ellos —dijo Henri en voz baja, su tono ligero pero teñido de preocupación.

Le lancé una mirada. —Necesitaban escucharlo.

Henri se encogió de hombros, una pequeña sonrisa tirando de la comisura de sus labios. —De acuerdo. Pero te das cuenta de que acabas de saltar a su defensa como...

—¿Como qué? —pregunté bruscamente, cortándolo.

Levantó las manos en señal de rendición burlona, su sonrisa ampliándose. —Como alguien que está empezando a preocuparse.

No respondí, mi mente ya dando vueltas con todo lo que se había dicho. Las dudas, los rituales.

Y Raven.

De repente exhausto, me dirigí solo a mi cabaña privada porque Henri tenía algunas cosas que resolver. No quería nada más que derrumbarme en mi cama y dormir durante tres días completos. No tardé mucho en pasar por un pequeño claro, donde a los miembros más jóvenes de la manada les gustaba jugar. Tenía un pequeño estanque donde nadaban patos blancos con picos amarillos brillantes, un tronco largo que servía como banco improvisado y un

pequeño columpio de neumático colgando de la rama de un árbol robusto.

Escuché el chillido agudo de la risa de un niño y capté el aroma familiar de Raven en el viento. Ahí estaban, arrodillados junto al estanque, dando de comer a los patos trozos de pan, mientras otros niños se turnaban para montar en el columpio de neumático. Me apoyé en un árbol un poco alejado de ellos, absorbiendo la hermosa escena —era un alivio para los ojos cansados.

Raven agitó sus dedos sobre el estanque y sus labios se movieron mientras susurraba palabras desconocidas. Pronto, una pequeña bola de agua se elevó del estanque y flotó sobre la cabeza del niño, antes de reventar, enviando una ligera lluvia de agua. El pequeño chilló de nuevo y se rio mientras Raven le hacía cosquillas.

Es tan buena con los niños. A Elara le encantaría.

Pronto, los otros niños se aburrieron del columpio y la rodearon mientras ella enviaba más bolas de agua volando sobre sus cabezas, reventándolas con un chasquido de sus dedos. Los niños corrían a su alrededor, riendo a carcajadas. Me encontré sonriéndole y pronto, nuestros ojos se encontraron y ella me dio una sonrisa triunfante, su cabello plateado resplandeciendo en el atardecer.

Tenía razón al haberla defendido contra los ancianos de la manada. Definitivamente tenía madera de Luna, lo pensaran ellos o no.

—Ven a unirte a nosotros —dijo, mirándome directamente.

Oh, por supuesto, me había sentido. Sonreí y negué con la cabeza, contento con simplemente observarla.

CAPÍTULO 15



RAVEN

Ser la Luna de una manada de lobos no era *un paseo por el parque.* Literalmente. Todavía no estaba preparada para desempeñar ciertas obligaciones, pero por las reuniones con la madre de Julius, Tala, sentía que quizás nunca lo estaría. Había decisiones que tendría que tomar, consejos que tendría que dar y mucho más. Era mitad loba, pero nunca había *sido* realmente una loba y la mitad del tiempo, no tenía ni idea de lo que ella estaba hablando. Era una dulce licántropo mayor y parecía que yo le caía bien, pero no podía decir lo mismo de otros miembros de la manada. Además, estaba el pensamiento constante sobre cómo reaccionaría si Julius le contara lo que yo era. No parecía haberlo hecho todavía. O, al menos, Tala no lo estaba demostrando.

Habían pasado dos semanas desde nuestra boda y estaba en la camioneta de Julius, camino a la sala de reuniones del Consejo por primera vez como lobo y esposa.

Estaba feliz de estar lejos de la manada, pero también nerviosa por enfrentarme a las personas a las que tan audazmente había desafiado, gritando que no me casaría con un lobo.

Qué incómodo.

Al llegar al edificio y entrar juntos, se sentía extraño pero extrañamente reconfortante saber que estaba entrando como Luna de la Manada Luna Obsidiana.

Y estaba entrando con *él*. Mi Julius.

Oh, qué tonta soy. Mi Julius, de verdad.

Julius caminaba a mi lado, con pasos decididos y una expresión indescifrable. Parecía en todo el Alfa que era: imponente, poderoso e intocable. Pero por mucho que su presencia exigiera atención, eran las palabras que había dicho antes de salir de la cabaña las que resonaban en mi mente.

—Te cubro las espaldas —había dicho, con voz baja pero firme—. Pase lo que pase, no estás sola.

No debería haber significado tanto, pero así fue.

Lo miré de reojo. Su mandíbula estaba tensa, la tensión irradiaba de él en oleadas.

—¿Estás bien? —susurré suavemente, mi voz apenas audible sobre el crujido de la grava bajo nuestros pies.

No me miró, pero su mano se flexionó a un lado, como si estuviera tratando de liberar parte de la tensión enrollada en sus músculos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esta reunión —admitió.

Toqué suavemente su brazo, un pequeño intento de tranquilizarlo.

—No te preocupes. Puedo cuidarme sola.

Su mirada se dirigió a la mía, aguda e indagadora, y por un momento, pensé que podría discutir. Pero luego asintió, sus hombros relajándose ligeramente.

Mientras nos acomodábamos en nuestros asientos, el aire zumbaba con tensión, la sala llena de representantes de cada facción: brujas, hombres lobo, vampiros, algunos humanos y un puñado de faes.

Uno de los mensajeros estaba dando un discurso para abrir la reunión y por mucho que intentara concentrarme, no podía ignorar el aleteo de emoción en mi pecho.

Era ridículo, en realidad. Estaba aquí como su Luna, representando a nuestra manada en una de las discusiones más críticas del año. Pero todo en lo que podía pensar era en cómo se sentía estar a su lado, tener su mano sobre mí, escucharlo decir que tenía mis espaldas.

Como una adolescente con un enamoramiento.

Sacudí ligeramente la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos.

La discusión fue tensa desde el principio, las voces subiendo y bajando mientras los líderes debatían sobre la división de poder entre las facciones. Los hombres lobo abogaban por más autonomía para gobernar sus territorios, mientras que las brujas presionaban por una mayor influencia sobre los recursos compartidos.

Los vampiros, como de costumbre, se centraban en mantener su neutralidad, mientras que los faes permanecían crípticos y evasivos, sin ofrecer más que vagas promesas de cooperación. Mientras tanto, los representantes humanos solo querían estar involucrados en cualquier decisión que se tomara, ya que la ciudad estaba mezclada con humanos y sobrenaturales.

Hice lo mejor que pude para mantenerme serena, pero la corriente subyacente de tensión en la sala era difícil de ignorar. Las facciones no solo estaban debatiendo: estaban trazando líneas, probando límites, empujándose mutuamente al borde.

Julius permaneció calmado, su voz firme y constante mientras hablaba en nombre de su propia manada. Pero podía ver la frustración en sus ojos, la forma en que sus dedos tamborileaban ligeramente contra la mesa cuando alguien rebatía sus puntos.

Y entonces, la atención se centró en mí.

—Luna Raven —dijo una de las brujas, con un tono afilado e inquisitivo—. Ha estado inusualmente callada. Seguramente tiene algo que aportar.

—Más bien *habitualmente* callada —escuché a un lobo susurrar duramente desde algún lugar detrás de mí.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí, y sentí el peso de su escrutinio como una fuerza física.

La mano de Julius se movió sutilmente debajo de la mesa, sus dedos rozando los míos en un gesto silencioso de apoyo.

Me puse de pie y enderecé la columna, enfrentando directamente la mirada de la bruja.

—Esta es mi primera reunión como Luna —dije, asegurándome de que mi voz fuera firme—. Y creo que nuestro objetivo aquí debería ser la unidad, no la división. ¿No es ese el punto de todo esto?

La sala quedó en silencio por un momento, con el significado detrás de mis palabras flotando en el aire.

Pensé que estaba yendo por buen camino, pero tan pronto como volví a sentarme, los argumentos se reanudaron, las facciones volviendo su atención unas a otras como si mi declaración no hubiera sido más que un parpadeo en el caos.

Una bruja con túnicas oscuras y un aire de arrogancia se levantó abruptamente, su voz cortando a través del ruido.

—Las brujas siempre han ocupado posiciones de poder dentro del consejo —declaró, con un tono agudo—. Es natural que conservemos más asientos. Hemos protegido estas tierras mucho más tiempo que cualquier otro.

Un gruñido bajo retumbó desde el otro lado de la sala, donde uno de los ancianos licántropos del líder Alfa se puso de pie.

—Esta unión estaba destinada a establecer *igualdad* —contrarrestó, su voz áspera con ira apenas contenida—. El matrimonio fue un símbolo de unidad. Si insisten en dominarnos al resto, entonces, ¿cuál fue el punto de todo esto?

El salón estalló en una ola de argumentos. Los vampiros intervinieron, sus voces suaves goteando desdén, mientras que los representantes de los faes murmuraban entre ellos. Incluso los pocos humanos presentes alzaron sus voces, sus palabras apenas audibles por encima del alboroto.

—¡Esta segregación es inaceptable! —gritó alguien desde la parte trasera de la sala.

Miré a Julius, con la mandíbula tensa, sus dedos tamborileando sobre la mesa con frustración apenas contenida.

—Esto se está saliendo de control —murmuré, mi voz lo suficientemente baja para que solo él me escuchara.

No respondió, pero su mano rozó brevemente la mía debajo de la mesa.

Y entonces sucedió.

Un hombre humano, audaz y descarado, marchó hasta donde estábamos sentados. Su cara estaba enrojecida, sus ojos ardiendo de frustración.

—¡Vuestro matrimonio no ha cambiado *nada*! —gritó, señalando directamente a Julius y a mí con un dedo—. Prometisteis unidad, pero, ¡mirad esto! ¡Miradnos! Nada ha cambiado. ¡Nada *va a* cambiar!

Las palabras del hombre dolieron, no porque fueran completamente erróneas, sino porque llevaban el peso de tantas dudas no expresadas que había estado tratando de enterrar.

—Este no es el lugar —dijo Julius, su voz baja y peligrosa.

El humano lo miró con furia, pero sabiamente retrocedió, alejándose en el creciente mar de caos.

—¡Todos! —alguien gritaba desde el medio, tratando de llamar la atención.

Y entonces, alguien más entre la multitud habló: una voz aguda y penetrante que cortó el alboroto como una cuchilla.

—¿Qué hay de su descendencia?

La pregunta quedó suspendida en el aire, silenciando la sala casi al instante.

El orador, un vampiro delgado con rasgos afilados y una expresión presumida, dio un paso adelante, su mirada parpadeando entre Julius y yo.

—Si esta unión supuestamente representa la unidad, entonces, ¿qué pasa si tienen hijos? ¿No serán *híbridos*?

Un murmullo ondulaba por la multitud, bajo e inquieto.

—Los híbridos son inestables —continuó el vampiro, su voz creciendo en volumen—. Demasiado poder en un solo ser es peligroso. ¿Es este el futuro hacia el que nos dirigimos? ¿Criaturas que no pueden controlarse a sí mismas, en las que no se puede confiar?

Mi respiración se detuvo en mi garganta, mi mano agarrando instintivamente el brazo de Julius. Podía sentirlo tensarse a mi lado. Hizo un movimiento para levantarse, pero la bruja Naomi levantó una mano, su voz aguda y autoritaria.

—¡Es suficiente! —gritó.

El vampiro dudó, sus labios apretándose en una fina línea antes de dar un paso atrás.

La mirada de Naomi barrió la sala, su presencia irradiando autoridad.

—Los híbridos no son de vuestra incumbencia —dijo firmemente—. El Orbe eligió esta unión, y no cuestionaremos su sabiduría. Lo que pueda o no pueda derivarse de este matrimonio es irrelevante. Estamos aquí para discutir la unidad, no para sembrar miedo y desconfianza.

Sus palabras acallaron los murmullos, pero la tensión persistió, pesada y opresiva.

Híbridos.

Solo la palabra me produjo un escalofrío por la espalda. Yo sabía lo que pensaban de criaturas como yo: inestables, peligrosas, incorrectas.

¿Qué harían si supieran que yo era una?

Miré a Julius. ¿Les diría aquí mismo quién era yo? Después de todo, aunque habíamos fingido estas últimas semanas, él me había visto. Había visto las garras, los colmillos. Me había visto en celo, algo que solo las lobas eran capaces de experimentar.

La voz de Julius rompió la bruma de mis pensamientos. Ahora estaba de pie, captando la atención de todos.

—El Orbe eligió a Raven como mi Luna —dijo, su mirada recorriendo la multitud—. Todos aquí estuvisteis de acuerdo. De hecho, incluso diría que fui obligado. Si la cuestionáis ahora, es ridículo. ¿Es en esto en lo que se ha convertido el consejo? ¿En un circo?

Nadie respondió, su silencio más revelador que las palabras.

—Bien —dijo, con un tono firme—. Entonces esta conversación ha terminado.

Tomó mi mano y nos dispusimos a irnos.

Los murmullos aumentaron. La inquietud surgió.

Había pensado que no podía empeorar. Tal vez podríamos salir. Oh, pero sí empeoró.

Sucedió tan rápido.

Alguien derribó una silla. Otro golpeó sus manos contra la mesa, y pronto todo el salón era una tormenta turbulenta de voces alzadas, acusaciones y movimiento.

Sentí que alguien me empujaba fuertemente por detrás, lanzándome hacia adelante. Mis manos golpearon la mesa mientras Julius se giraba bruscamente, su brazo envolviéndome protectoramente.

Y entonces lo sentí.

El tirón agudo en mi cuello.

Mi amuleto.

Me giré justo a tiempo para verlo caer al suelo, brillando débilmente mientras aterrizaba entre el caos. Antes de que pudiera alcanzarlo, una bota pesada descendió, haciéndolo añicos.

—*No* —susurré, mi voz temblando mientras el pánico surgía a través de mí.

Caí de rodillas, recogiendo frenéticamente los fragmentos, pero el débil resplandor de su magia había desaparecido. Estaba roto, inútil.

Julius tiró de mi brazo, tratando de levantarme.

—Déjalo.

Pero no me moví.

—Raven —dijo Julius, su voz tensa mientras se agachaba a mi lado —. ¿Por qué es esto tan importante?

No pude mirarlo, no pude responder. Mi garganta se sentía apretada, el pánico elevándose como una ola amenazando con ahogarme.

—Raven —dijo de nuevo, más insistentemente esta vez, su mano en mi hombro—. Háblame. ¿Por qué importa tanto esto?

Sacudí la cabeza, aferrando los pedazos rotos contra mi pecho.

—No puedo —susurré—. No puedo explicarlo. No ahora. Recuerda lo que te dije. Sobre que me mantiene unida.

Este no era el momento ni el lugar para hablar.

Su mandíbula se tensó, pero no insistió más. En cambio, se puso de pie, levantándome mientras el caos en la sala comenzaba a disiparse.

La voz de Naomi cortó a través del ruido, aguda y autoritaria.

—¡Suficiente!

El salón cayó en un silencio tenso, todos los ojos volviéndose hacia la poderosa líder bruja mientras estaba de pie, su presencia irradiando autoridad.

—Esto ha ido demasiado lejos —dijo, su voz firme e inflexible—. El sistema actual nos está fallando. Está claro que necesitamos una nueva estructura, una que represente a todos aquí.

Hizo una pausa, su mirada recorriendo la sala.

—El nuevo consejo consistirá en un representante de cada facción —declaró—. Brujas, hombres lobo, vampiros, faes y humanos. Ni más, ni menos. Todas las voces serán escuchadas, y todos los problemas serán abordados.

Hubo murmullos de acuerdo, aunque no todos parecían complacidos. Pero nadie se atrevió a desafiar la decisión de Naomi. Podía sentir el zumbido de la magia, también. Estaba usando magia para mantener a raya los malos pensamientos.

—Los detalles serán finalizados en los próximos días —continuó—. Hasta entonces, sugiero que todos reflexionen sobre lo que realmente significa la unidad.

Con eso, la reunión fue suspendida, la tensión persistía en el aire mientras todos comenzaban a salir.

Mientras la multitud comenzaba a dispersarse, la mano de Julius se movió hacia la parte baja de mi espalda, guiándome hacia la salida protectoramente. Mis dedos se apretaron alrededor de los pedazos rotos de mi amuleto, mi corazón latiendo en mi pecho.

Las palabras del vampiro se repetían en mi mente, una semilla de miedo echando raíces.

Porque, ¿y si tenía razón?

¿Y si este matrimonio no se trataba solo de unidad?

¿Y si era un juego?

Fuera lo que fuese, sabía esto: sin el amuleto, era solo cuestión de tiempo antes de que mi lobo se diera a conocer a toda la ciudad.

Y cuando lo hiciera, todo cambiaría. Para peor. *Tenía* que ser para peor.

CAPÍTULO 16



RAVEN

El calor del cuerpo de Julius me envolvía por completo, rodeándome como un escudo protector mientras la luz del sol matutino se filtraba en la habitación. Su brazo pesaba sobre mi cintura, con los dedos descansando justo encima de la curva de mi cadera como si no pudiera soportar soltarme, incluso mientras dormía. Nos habíamos acostado temprano ayer después de un largo día en la reunión del consejo.

Me moví ligeramente, y él se agitó, acercándome más. Su aliento era cálido contra mi cuello, y el gruñido bajo y soñoliento que retumbó en su pecho me envió un delicioso escalofrío.

—Buenos días —murmuró, con la voz áspera y sin pulir por el sueño.

—Buenos días —susurré en respuesta, con los labios curvándose en una pequeña sonrisa a pesar de mí misma.

Su mano se movió, deslizándose por mi costado con una posesividad perezosa que hizo que mi corazón se acelerara. —Estás caliente —murmuró, enterrando su rostro en la curva de mi cuello.

—Tú también —bromeé, pero mi voz salió entrecortada, revelando cuánto me estaba afectando su tacto.

No respondió, pero sus labios rozaron la piel sensible debajo de mi oreja, el más leve de los besos que envió calor acumulándose en la

parte baja de mi estómago.

Empezó lento.

Su mano se deslizó por mi muslo, su tacto firme pero cuidadoso, como si estuviera probando las aguas. Me giré entre sus brazos, y sus ojos grises se clavaron en los míos, oscuros y llenos de un hambre que hizo que mi respiración se entrecortara.

—Raven —dijo, con la voz grave y áspera, mi nombre siendo una advertencia y una pregunta al mismo tiempo.

No respondí. En su lugar, me incliné, mis labios rozando los suyos, suave y tentativamente.

Fue como una chispa prendiendo fuego.

Gimió suavemente, su mano enredándose en mi cabello mientras me acercaba más, su boca reclamando la mía en un beso que era todo menos gentil. Era profundo, consumidor, y me sentí derretirme en él, cada parte de mí respondiendo al calor de su tacto.

Sus manos estaban por todas partes: deslizándose por mi espalda, trazando la curva de mi cintura, atrayéndome contra él. Mi piel ardía bajo sus dedos, y cuando sus labios descendieron por mi cuello, mi cabeza cayó hacia atrás, escapándose un suave jadeo.

—Julius —susurré, mi voz temblorosa, pero no de miedo.

Después de nuestra primera vez, había estado ardiendo por él durante tanto tiempo, que casi se convirtió en un dolor. Un dolor que estaba conteniendo, pero que ansiaba ser liberado. Ahora.

Gruñó suavemente, sus dientes rozando mi clavícula mientras sus manos sujetaban mis caderas, manteniéndome en mi lugar. —Me estás haciendo algo, bruja —murmuró contra mi piel, su aliento caliente y entrecortado.

Oh, la forma en que me llamaba bruja era extrañamente excitante. Me arqueé hacia él, mis dedos clavándose en sus hombros mientras

mi loba se agitaba profundamente dentro de mí, su presencia un cálido zumbido en el fondo de mi mente.

—Deja que nos reclame —susurró ella, su voz suave e insistente—. Deja que nos marque. Es correcto. Es **suyo.**

Las palabras me enviaron un escalofrío, mi cuerpo respondiendo antes de que mi mente pudiera alcanzarlo.

—Julius —dije de nuevo, mi voz quebrándose mientras mis manos acunaban su rostro, obligándolo a encontrar mi mirada—. Yo...

—Dilo —gruñó, su voz baja y tensa, sus ojos fijos en los míos como si contuvieran las respuestas a todas las preguntas que jamás hubiera tenido.

—Te deseo —respiré, las palabras escapando antes de que pudiera detenerlas. Apenas podía contenerme de añadir la palabra marca, pero lo hice. Oh, lo hice.

Sus pupilas se dilataron y su agarre sobre mí se tensó mientras su pecho se agitaba. Por un momento, pensé que estaba pensando lo mismo que mi loba: hundir sus dientes en la curva de mi cuello y unirnos de una manera que ningún consejo, ningún tratado, ningún Orbe pudiera deshacer.

Pero en su lugar, se inclinó y enterró su rostro en mi cabello.

Entonces, una voz llamó: —¡Alfa Julius!

Me quedé helada, mi corazón saltando a mi garganta cuando la voz resonó, aguda y autoritaria.

—No —murmuró Julius, dejando caer su cabeza en mi hombro como si pudiera bloquear físicamente la interrupción—. Ahora no.

El sonido de pasos resonó por el pasillo, y me apresuré a tirar de la sábana de seda blanca alrededor de mí mientras Julius se sentaba, su rostro una mezcla de frustración e incredulidad.

Hubo un fuerte golpe. —¿Estáis ahí los dos? ¿Julius?

Sin darnos la oportunidad de vestirnos decentemente, la puerta se abrió de golpe y allí estaba. Tala. La madre de Julius. Nos miró una vez —yo aferrando la sábana contra mi pecho, Julius sin camisa y visiblemente excitado— y arqueó una ceja, sus labios contrayéndose como si estuviera luchando por no reírse. Luego se dio la vuelta para darnos privacidad.

Un poco tarde para eso.

—Bueno —dijo, con un tono demasiado divertido—. Esto es... incómodo.

—Mamá —gruñó Julius, con voz tensa por la exasperación—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué parece? —replicó ella—. Te estoy buscando. Aparentemente, se necesitan al Alfa y a la Luna fuera de la cama.

Quería que la tierra me tragara por completo. Enterré mi rostro en mis manos, con las mejillas ardiendo tan calientes que estaba segura de que brillaban.

Julius gimió, pasando una mano por su cabello. —¿Puedes simplemente... *irte*? Hablaremos más tarde.

—Bien, bien —dijo, agitando una mano con desdén. Pero cuando se disponía a irse, gritó por encima del hombro—: ¡Os estamos esperando! No tardéis demasiado.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Julius se dejó caer sobre la cama, cubriéndose el rostro con un brazo.

—Odio mi vida —murmuró.

No pude evitarlo: empecé a reír, el sonido brotando incontrolablemente. —Tal vez deberíamos poner un calcetín en el pomo de la puerta la próxima vez para advertir a la gente —logré decir entre risas.

Me miró de reojo desde debajo de su brazo, con los labios contrayéndose en una sonrisa reacia. —Me alegra que uno de nosotros esté disfrutando de esto.

—Lo siento —dije, todavía riendo.

Y a pesar de todo —la interrupción, la vergüenza— no podía dejar de sonreír. No sé qué hubiera pasado si ella no nos hubiera interrumpido. Podría haber salido de esta habitación completamente emparejada con Julius.

Pero, ¿era eso algo tan malo? La respuesta se volvía borrosa en mi mente cuanto más tiempo pasaba con él.

* * *

El estanque era impresionante bajo la luz temprana de la mañana, sus aguas tranquilas reflejando los suaves tonos del amanecer. El aire olía a tierra húmeda y flores silvestres, y una leve neblina flotaba sobre la superficie, dando a todo el lugar una cualidad casi etérea.

Me paré en el borde, alisando las arrugas de mi vestido y tratando de no pensar en lo rápido que había tenido que vestirme después de la muy inesperada interrupción de Tala. El recuerdo todavía hacía arder mis mejillas, especialmente cuando aún podía sentir las manos fantasma de su hijo en mi cuerpo.

—Relájate, querida —dijo Tala mientras se acercaba, su tono burlón —. Pareces a punto de enfrentarte a un pelotón de fusilamiento.

Me giré hacia ella, mis labios curvándose en una leve sonrisa a pesar de mi persistente vergüenza. —Solo... no estoy acostumbrada a esto —admití, señalando vagamente hacia el estanque—. Lecciones privadas sobre cómo ser una buena Luna. Se siente... diferente, sin duda, distinto a mi entrenamiento de bruja.

Tala se rió, sus ojos oscuros brillando con diversión. —Bueno, te casaste con el cargo, mi querida. Bien podrías abrazarlo.

Nos acomodamos en las piedras lisas cerca del borde del estanque, la luz del sol calentando mi piel mientras Tala comenzaba su lección.

Su voz era tranquila y firme mientras me explicaba lo básico: la dinámica de la manada, la importancia de mantener el equilibrio y la delicada línea entre ser líder y confidente. Pero no era solo una conferencia. Entretejía historias y anécdotas sobre su tiempo como Luna, los desafíos que enfrentó y los momentos que hicieron que todo valiera la pena. Y, para mi sorpresa, me encontré disfrutándolo.

—Sabes —dijo Tala después de un tiempo, apoyándose en sus manos—, lo estás haciendo mejor de lo que esperaba.

Levanté una ceja, girándome para mirarla. —¿Mejor de lo que esperabas? ¿Qué se supone que significa eso?

Sonrió con suficiencia, su expresión juguetona. —Digamos que no estaba segura de cómo te adaptarías a todo esto. Pero tienes una buena cabeza sobre tus hombros, Raven. Y eres más fuerte de lo que pareces.

—Vaya, gracias, mi señora —dije secamente, aunque no pude evitar sonreír.

Se rió, el sonido cálido y genuino. —No lo tomes a mal. Me caes bien, Raven. Eres buena para mi hijo.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, y me giré, fingiendo concentrarme en un guijarro que estaba rodando entre mis dedos. —No sé si eso es cierto —dije suavemente.

—Oh, por favor —dijo Tala, su tono goteando diversión—. ¿Crees que no he notado lo cerca que se han vuelto ustedes dos? La forma en que te mira, la forma en que le hablas. Y después de este, um, incidente matutino, es *obvio*.

Sentí que mis mejillas se calentaban de nuevo, y la miré de reojo. —Él solo está... siendo amable —murmuré, aunque incluso yo misma me di una palmada mental en la frente.

Julius no estaba simplemente siendo *amable*, no con la forma en que me tocaba. No con la forma en que hacíamos el amor. Amable era el eufemismo del siglo. Pero era todo lo que podía pensar en ese momento.

Tala resopló. —¿Amable? Julius no es amable a menos que le importe. Y créeme, le importas.

La conversación cambió después de eso, volviéndose más ligera y fácil. Tala me molestaba sobre el exterior áspero de Julius, compartiendo historias de su infancia que me hicieron reír más fuerte de lo que había hecho en días.

Mi favorita hasta ahora era la historia de un joven Julius, que tenía un miedo mortal a... las mariposas. Tanto que Tala y su padre no tuvieron más remedio que llevarlo a un campo lleno de un arcoíris de mariposas. Había gritado con todas sus fuerzas hasta que una se posó en su nariz y finalmente se dio cuenta de que eran criaturas inofensivas.

Pero luego su tono se volvió más serio, y se inclinó hacia adelante, su mirada intensa. —¿Has pensado en completar los ritos?

Vacilé, mis dedos apretándose alrededor del guijarro en mi mano. —No lo sé —admití—. Se siente... definitivo.

—Lo es —dijo Tala suavemente.

Tragué con dificultad, mi mirada bajando al guijarro en mi palma. —Me gusta donde estamos ahora —dije después de un momento—. Se siente... emocionante. Divertido. Como si todavía estuviéramos descubriéndonos.

Tala sonrió sabiamente. —Eso también es parte de ello. El descubrimiento, la emoción. Pero completar los ritos no quita eso. Lo

profundiza.

Asentí, aunque sus palabras no aliviaron el nudo en mi pecho. Porque en el fondo, sabía la verdadera razón por la que estaba vacilando. Mi loba se agitaba con más frecuencia ahora, su presencia más fuerte y más difícil de ignorar. El amuleto roto me había dejado vulnerable, y la idea de completar los ritos —de fusionar completamente mi vida con la de Julius— me aterrorizaba.

¿Y si pierdo todo el control de mi lado hombre lobo y soy vista como nada más que un monstruo?

—Raven —dijo Tala, su voz sacándome de mis pensamientos.

Levanté la mirada, encontrando su mirada firme.

—No tienes que decidir ahora mismo —dijo suavemente—. Tómate tu tiempo. Pero debes saber esto: no estás sola en esto. Tienes a Julius y me tienes a mí. Luego están Lyra y Henri. Lo resolveremos juntos.

Sus palabras se asentaron sobre mí como una manta cálida, y por primera vez en días, sentí un destello de esperanza.

—Gracias, Tala —dije suavemente, una pequeña sonrisa tirando de mis labios.

Ella extendió la mano y apretó la mía, su tacto cálido y reconfortante. —Cuando quieras, querida. Ahora, vamos. Veamos si puedes lanzar una piedra a través de este estanque sin avergonzarte.

Me reí, la tensión en mi pecho aliviándose un poco mientras recogía una piedra lisa.

Por ahora, eso era suficiente.

* * *

El familiar zumbido de la magia me dio la bienvenida en el momento en que entré en *mi*

Heaven's Touch. La campana encantada sobre la puerta emitió su suave y alegre tintineo, y por un momento, simplemente me quedé allí, empapándome de la energía calmante.

El olor a lavanda y manzanilla llenaba el aire, mezclándose con el leve aroma de aceites herbales y el distante murmullo de la voz de Gloria en el mostrador.

—Miren quién finalmente decidió honrarnos con su presencia. Nuestra gran jefa —llamó Gloria desde el mostrador, su tono seco pero afectuoso.

Sonreí mientras me acercaba, apoyándome casualmente contra el mostrador. —No suenes tan emocionada, Gloria. La gente podría pensar que me extrañaste.

Levantó una ceja perfectamente arqueada, sus afilados ojos verdes brillando con diversión. —¿Extrañarte? Por favor. He estado disfrutando de la paz y la tranquilidad.

Me reí suavemente, negando con la cabeza. Dio la vuelta al mostrador y me abrazó. Me apoyé en ella por un momento antes de soltarla a regañadientes.

—¿Cómo va todo?

—Sin problemas, como siempre —dijo, señalando hacia la sala de espera donde algunos clientes se sentaban, sorbiendo tés encantados mientras hojeaban revistas—. El negocio va bien. Sin contratiempos, sin desastres. Bueno, a menos que cuentes a Betty prendiendo fuego accidentalmente a uno de los manojos de hierbas ayer.

—¿Otra vez? —pregunté, tratando de suprimir una risa.

Gloria suspiró dramáticamente, negando con la cabeza. —La chica tiene entusiasmo, eso se lo concedo. ¿Precisión? No tanto.

Betty era nuestra nueva ayudante desde que yo ya no estaba disponible como antes, y era extrañamente torpe pero adorable.

—¡Raven! —la voz brillante de Betty resonó mientras aparecía desde atrás, prácticamente rebotando sobre sus talones. Sus rizos rojos estaban salvajes como siempre, y su rostro pecoso se iluminó de excitación en el momento en que me vio.

—Betty —la saludé, sonriendo a pesar de mí misma—. Gloria me dice que has estado manteniendo las cosas... animadas.

Los ojos marrones de cierva de Betty se abrieron inocentemente. —¡Fue un fuego minúsculo! Apenas chamuscó el mostrador. Gloria solo está siendo dramática.

—Escuché eso —murmuró Gloria desde detrás del mostrador, donde había vuelto, sin siquiera levantar la mirada.

Me reí, negando con la cabeza. —Bueno, me alegra ver que todo sigue en una pieza.

—¡Oh, y Ann está en la parte de atrás! —dijo Betty, bajando ligeramente la voz—. Dijo que quería hablar contigo.

Me dirigí a la sala trasera, empujando la puerta para encontrar a Ann organizando meticulosamente frascos de hierbas en los estantes. Se veía mejor que la última vez que la vi, que fue en mi boda—su tez más brillante, sus movimientos más firmes—pero todavía había una sombra persistente en sus ojos, una pesadez que no se había levantado por completo.

—Hola, Ann —dije suavemente, no queriendo sobresaltarla.

Se giró, una pequeña sonrisa tirando de sus labios. —Raven. Es bueno verte.

Me apoyé en el marco de la puerta, cruzando los brazos mientras la estudiaba. —¿Cómo te sientes?

Vaciló, sus dedos rozando el borde de un frasco antes de dejarlo. —Mejor —dijo finalmente—. Estar de vuelta aquí ayuda. Evita que mi mente... divague.

Asentí, entendiendo el peso tácito detrás de sus palabras. —Lo estás haciendo genial, Ann. Y si necesitas más tiempo...

—No lo necesito —me interrumpió suave pero firmemente—. Necesito esto, Raven. Estar aquí, trabajar con las hierbas, dar masajes a la gente... me hace sentir normal otra vez.

Mi pecho se tensó ante sus palabras, una mezcla de orgullo y simpatía brotando dentro de mí. —Si hay algo que necesites, me lo dirás, ¿verdad?

Sonrió, su expresión suavizándose. —Lo haré. Lo prometo.

Hubo una pausa, un silencio cómodo estableciéndose entre nosotras antes de que hablara de nuevo. —Por cierto, he estado trabajando en una nueva mezcla para los paquetes de relajación y tiene algo que ver con pétalos de rosa. Creo que te gustará.

—No puedo esperar para probarla —dije, sonriendo—. Eres increíble, Ann.

Sus mejillas se sonrojaron ligeramente, y se volvió hacia los frascos, sus movimientos más seguros que antes.

Cuando volví al área principal, Gloria estaba apoyada contra el mostrador, brazos cruzados, observándome con una ceja levantada.

—Se ve mejor —dije, parándome a su lado.

—Lo está —concordó Gloria—. Pero no la dejes esforzarse demasiado. Sabes lo terca que puede ser.

Sonreí con suficiencia. —Suena familiar.

Gloria puso los ojos en blanco pero no discutió. —Entonces, ¿qué sigue para nuestra intrépida líder? ¿Volver a jugar a la casita con el Alfa?

Le lancé una mirada, pero el brillo burlón en sus ojos hizo imposible estar molesta. —Algo así.

—Bueno, no dejes que te mande —dijo, con un tono fingidamente serio—. Tienes un negocio que dirigir y empleadas que podrían accidentalmente incendiar el lugar si no estás por aquí durante demasiado tiempo.

Me reí, negando con la cabeza. —No vas a dejar pasar eso, ¿verdad?

—Ni de broma.

Con una rápida despedida, me dirigí hacia afuera.

Al salir, con la luz del sol calentando mi rostro, saqué mi teléfono y marqué el número de Finn. Sonó dos veces antes de que su familiar voz respondiera.

—¿Qué pasa, Raven? —preguntó, y prácticamente podía oírlo masticando algo.

—Solo estoy verificando —dije, apoyándome contra el marco de la puerta—. Voy para allá a almorzar.

—¿Almuerzo? ¿Qué, de repente te aburriste de tu manada? —bromeó, pero había un toque de calidez en su tono.

—Por favor —respondí con una sonrisa—. Solo dile a mamá y a Valric que llegaré pronto.

—Bien, bien —dijo, y pude escuchar la sonrisa en su voz.

En el momento en que volví a guardar mi teléfono en el bolsillo, me giré, y casi choqué con una figura en un vestido color ciruela oscuro, con una expresión demasiado familiar de suficiencia que gritaba auto-importancia.

—Raven —pronunció Agatha con desdén, su tono tan dulce como siempre—. Qué casualidad verte aquí.

Aquí vamos.

—Agatha —respondí, forzando una sonrisa educada—. Siempre un placer.

Sus ojos me recorrieron, afilados y evaluativos, antes de encogerse de hombros delicadamente. —Solo estaba admirando lo... pintoresco que es tu pequeño negocio. Es bueno ver que todavía estás en el mercado.

—Gracias —dije, con tono ligero—. Ha sido un buen día.

Su sonrisa se ensanchó, aunque no llegó a sus ojos. —He notado que has estado... ausente últimamente. Debe ser difícil, malabarear tu nuevo rol y este lugar. Aunque, supongo que eso es lo que pasa cuando te casas con algo más grande que tú misma.

Sentí la tensión en mi mandíbula, pero mantuve mi expresión tranquila. —Es un ajuste —dije uniformemente—. Pero lo estoy manejando. —Necesitaba complacerla, después de todo. Ella vino aquí por drama. Bien podría darle un poco.

—Estoy segura de que sí —dijo dulcemente—. Aunque me pregunto cuánto durará.

Sus palabras eran una estocada velada, pero me negué a morder el anzuelo. En cambio, le di una sonrisa decidida. —Te sorprendería de lo que soy capaz, Agatha.

Su sonrisa vaciló ligeramente, y tomé eso como mi señal para irme, pasando junto a ella sin otra palabra, y deslizándome en mi camioneta.

El viaje a mi casa familiar fue rápido. La camioneta que Julius me había dado la llave era sorprendentemente veloz. Para cuando llegué a la vista familiar de nuestra pintoresca casa, sentí que un poco de la tensión de la mañana se disipaba.

Finn estaba desparramado en el porche delantero cuando llegué, un libro en una mano y un sándwich en la otra. Típico.

—¿Decidiste honrarnos con tu presencia de verdad, eh? —gritó, sonriendo mientras salía del coche.

—No empieces —respondí, poniendo los ojos en blanco pero sonriendo igualmente—. ¿Dónde está mamá?

—Dentro —dijo, despidiéndome con un gesto—. Pero oye, ¿trajiste postre?

Levanté una ceja. —No. ¿Debería haberlo hecho?

Se encogió de hombros, mordiendo su sándwich. —Estás perdiendo facultades, Raven.

Puse los ojos en blanco y entré. Tan pronto como mis pies cruzaron el umbral, el aroma de pan de ajo recién horneado y hierbas llenó el aire, envolviéndome como un cálido abrazo. Mi madre estaba en la cocina de gas, sus movimientos tan elegantes como siempre, mientras el leve zumbido de un hechizo de protección resonaba suavemente en el fondo.

—Raven, cariño —dijo, mirando por encima de su hombro con una sonrisa—. Llegaste a tiempo para el almuerzo.

—Por supuesto —dije, cruzando la habitación para besar su mejilla.

Nos sentamos para el almuerzo poco después, la mesa cargada con vegetales asados, un guiso sabroso y rebanadas de pan de ajo dorado y crujiente. Finn, como de costumbre, tomó más de su parte, ganándose un golpecito juguetón de nuestra madre.

Entre bocados, Finn se reclinó en su silla, su expresión volviéndose más seria. —Sabes —comenzó—, la gente sigue viendo cosas. Es escalofriante.

Me congelé por un momento, mi tenedor suspendido en el aire. —Pero nadie ha salido herido, ¿verdad?

Negó con la cabeza. —No desde la boda. Así que... tal vez tu pequeño "proyecto de unidad" realmente funcionó.

—¿Proyecto de unidad? —repetí, estrechando los ojos.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo con una sonrisa—. Tú y el gran lobo feroz. Tal vez ha enviado una señal a cualquier criatura oscura que esté por ahí para que retroceda.

No respondí, concentrándome en cambio en mi plato. Finn no sabía lo que yo era, o lo que realmente significaba la ruptura de mi amuleto. Y por ahora, necesitaba seguir así.

Después del almuerzo, llevé a mi madre aparte, encontrándola en la tranquilidad de la sala de estar mientras Finn desaparecía escaleras arriba.

—Mamá —comencé suavemente, mi voz tensa de inquietud—. Necesito hablar contigo sobre algo.

Se volvió hacia mí, sus ojos verdes agudos e inquisitivos. —¿Qué pasa, cariño?

Dudé, mis dedos rozando la piel desnuda de mi cuello donde solía descansar el amuleto. —Está empezando a pasar.

Su expresión cambió instantáneamente, la calidez en sus ojos reemplazada por una seriedad fría. —¿Qué está empezando?

—Mi loba —admití, mi voz apenas por encima de un susurro—. Puedo sentirla más ahora. Más fuerte. Y desde que perdí el amuleto...

Sus labios se apretaron en una línea delgada mientras se acercaba, sus manos agarrando mis hombros. —Raven, esto es serio.

—Lo sé —dije, mi voz temblando—. Por eso necesito que me digas. ¿Para qué era realmente el amuleto?

Dejó salir un lento suspiro, sus dedos apretándose ligeramente. —No era solo para suprimir tu loba —dijo finalmente—. Era para equilibrar la magia en ti. Para evitar que tus lados de bruja y loba... chocaran.

La miré fijamente, mi corazón latiendo con fuerza. —¿Chocaran? ¿Qué quieres decir?

Su expresión estaba cargada de preocupación. —Los híbridos son raros, Raven, porque son peligrosos. La magia de una bruja y el poder primordial de una loba, no están destinados a coexistir. El amuleto ayudaba a tender un puente entre ellos, evitaba que tu magia se volviera contra ti misma y te... desenredara.

—¿Desenredara? —repetí, la palabra atascándose en mi garganta.

Asintió, su mirada firme. —Sin él, la magia podría empezar a salirse de control. Tus lados de loba y bruja podrían desgarrarse mutuamente, luchando por la dominación. Y si eso sucede...

No terminó, pero no necesitaba hacerlo. El peso de sus palabras se asentó sobre mí como un manto pesado. Me imaginé las dos mitades luchando y luego mi cuerpo explotando en cientos de pequeños pedazos cuando ninguna ganaba.

—¿Qué hago? —susurré, mi voz quebrándose.

—Por ahora, necesitas mantener la calma —dijo firmemente—. Me pondré en contacto con la líder de las brujas, Naomi, para ver si hay otra forma de ayudarte. Pero Raven... necesitas tener cuidado. Si alguien más se entera...

—Lo sé —dije, con la garganta apretada.

Me atrajo hacia un abrazo, su tacto cálido y reconfortante. —Resolveremos esto, cariño. Te lo prometo.

Cerré los ojos, apoyándome en su abrazo, pero sus palabras persistieron.

El amuleto no era solo una herramienta. Era un salvavidas. Y sin él, no solo estaba vulnerable, era una bomba de tiempo.

Boom.

CAPÍTULO 17



RAVEN

El aire de la noche era fresco, transportando el leve aroma de pino y tierra mientras Julius y yo paseábamos por los terrenos de la manada. El sol poniente proyectaba una luz dorada sobre los árboles, y por un momento, todo parecía pacífico, casi normal.

Pero mi mente estaba lejos de la calma.

Miré a Julius por el rabillo del ojo, observando su expresión estoica y la forma en que su mano ocasionalmente se tensaba a su costado, como si estuviera conteniendo algo.

Algo era diferente en él últimamente.

Desaparecía durante horas, siempre con explicaciones vagas que dejaban más preguntas que respuestas. Tala siempre tenía asuntos que requerían su atención. Quería ignorarlo, atribuirlo a las presiones de ser Alfa, pero la semilla de la duda ya había sido plantada.

Un demonio en mi hombro me susurraba que probablemente estaba teniendo una aventura y que lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros era una farsa, pero seguía apartando ese zumbido inseguro. Fuera lo que fuese lo que le ocurría, definitivamente era algo más que un tonto romance pasajero.

—Estás callada —dijo, su voz profunda interrumpiendo mis pensamientos.

Dudé antes de responder, forzando una pequeña sonrisa. —Solo... pensando.

—¿En qué? —preguntó, su mirada aguda pero curiosa mientras me observaba.

Negué con la cabeza. —Nada importante.

No insistió, pero podía sentir su mirada persistente, como si no me creyera del todo.

Nos detuvimos cerca de un pequeño claro, con la hierba suave bajo nuestros pies y los árboles formando un dosel natural sobre nosotros. El sonido de un arroyo cercano llenaba el aire, su suave murmullo resultaba reconfortante.

—Esto es hermoso —murmuré, pasando mis dedos por la corteza de un árbol.

—Es uno de mis lugares favoritos —admitió Julius, su voz más suave de lo habitual.

Me volví hacia él, sorprendida por la vulnerabilidad en su tono. Había algo diferente en su expresión, una pesadez en sus ojos que hizo que mi pecho se tensara.

Se apoyó contra un árbol, sus anchos hombros tensos, sus brazos cruzados sobre el pecho. Parecía estar conteniendo algo, su mandíbula apretada y su mirada distante. Lo observé por un momento, sin saber cómo romper el silencio. El calor del sol vespertino hacía poco por aliviar el nudo frío en mi pecho.

—¿En qué piensas? —pregunté suavemente, acercándome más.

Me miró, sus ojos grises agudos e inquisitivos, antes de volver a bajar la mirada al suelo. —En muchas cosas —admitió, con voz baja.

Esperé, sintiendo que estaba preparándose para algo.

—Has estado diferente —dijo finalmente, su mirada fijándose en la mía.

Mi pecho se tensó, y me forcé a mantener mi expresión neutral. —¿Diferente en qué sentido?

—La forma en que has estado actuando desde que se rompió el amuleto —dijo, con tono cauteloso pero firme—. La manera en que entraste en pánico cuando sucedió. —Hizo una pausa, entrecerrando ligeramente los ojos—. No era solo un adorno, ¿verdad?

Me tensé, mis dedos rozando la piel desnuda de mi cuello donde una vez había descansado el amuleto. —No —admití en voz baja.

—¿Qué era exactamente? —insistió, acercándose más.

Dudé, mis pensamientos girando rápidamente. Mis secretos habían sido míos para cargar durante tanto tiempo, y la idea de compartirlos se sentía como saltar al vacío.

—Me mantenía equilibrada —dije finalmente, con voz temblorosa—. Evitaba que las partes de mí que no deberían existir juntas... me destrozaran.

Sus cejas se fruncieron, la confusión brilló en su rostro. —¿Qué significa eso?

Tragué con dificultad, mis manos cerrándose en puños a mis costados. —Tú *sabes* que soy una híbrida, Julius —dije, con voz apenas por encima de un susurro—. Mitad bruja, mitad hombre lobo. Me viste aquella noche de luna llena, en el porche. Viste lo que era. Lo que soy. ¡Soy una anomalía, un monstruo! —grité a medias.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas y condenatorias. Esta era la primera vez que lo decía en voz alta, desnudando mi verdad frente a otra persona que no fuera mi madre. Y era tan difícil, pero, de nuevo, quería ser escuchada. Quería vivir mi verdad, incluso si era solo frente a Julius.

No dijo nada durante un largo momento, su expresión indescifrable.

—Sí, sé lo que eres —dijo finalmente, con voz baja—. Los híbridos son literalmente inexistentes en nuestros tiempos actuales. Sin embargo, aquí estás. No eres un monstruo. Sé que no lo eres. La mujer frente a mí no es un monstruo sino un ser raro. Algo digno de adoración. Eres única, Raven.

Dejó que las palabras se asentaran antes de continuar: —Entonces, el amuleto...

—Es básicamente mi línea de vida. O lo era. Mantenía en equilibrio mi magia y mi lobo e impedía que chocaran. Sin él... —No pude terminar el pensamiento.

Boom.

La explosión resonó en mi cabeza.

—¿Sin él, qué? —preguntó, acercándose más.

Aparté la mirada, mi garganta se tensaba. No podía desnudarlo todo ante él. Podía intentarlo, pero todavía necesitaba mantener ciertos detalles para mí misma. —Sin él, me siento expuesta. Vulnerable. Como si estuviera a un paso en falso de perder el control.

No se movió por un momento, luego extendió la mano, rozando la mía. —Eres más fuerte de lo que piensas, Raven —dijo en voz baja.

Negué con la cabeza, una risa temblorosa se me escapó. —No sabes eso.

—Sí lo sé —dijo con firmeza—. Has estado cargando este secreto sola durante años. Te has mantenido entera sin nadie en quien apoyarte. Eso requiere fuerza.

Sentí que algo dentro de mí se quebraba.

—No quería esconderme durante tanto tiempo —admití, con la voz entrecortada—. Pero no tuve elección.

—No pedí esto —continué, con voz temblorosa—. Este matrimonio, esta vida... no lo quería. Pero ahora... —dudé, mi pecho se tensó

mientras encontraba su mirada—. Ahora, no sé qué haría sin ti.

La vulnerabilidad en mis palabras hizo que mi corazón se acelerara, pero no podía detenerme.

—Me has calado hondo, Julius —continué, con una sonrisa temblorosa tirando de mis labios—. Más de lo que jamás pensé que lo harías.

No respondió, sus ojos grises fijos en los míos, indescifrables.

—Me importas —dije, con voz apenas audible—. Más de lo que debería. Y eso me asusta.

Antes de pensarlo demasiado, me puse de puntillas y lo besé.

El beso fue suave al principio, tentativo, pero rápidamente se profundizó. Sus manos acunaron mi rostro, acercándome más mientras sus labios se movían contra los míos con una intensidad silenciosa que me hizo sentir débil de rodillas. Su calor me envolvió, su tacto firme pero cuidadoso como si temiera que pudiera romperme.

Cuando finalmente nos separamos, nuestras respiraciones mezclándose en el aire fresco, no pude evitar la sonrisa que tiró de mis labios.

—¿Sabes qué? Creo que eres peligrosa —murmuró, su voz ronca y baja.

—Se necesita conocer a uno para reconocer a otro —susurré en respuesta, mis dedos rozando su mandíbula, y una sonrisa extendiéndose por mis labios.

El fuerte timbre de mi teléfono destrozó el momento, y gemí, buscando torpemente para agarrarlo.

¿Qué pasaba con la gente y su manía de interrumpir nuestros momentos íntimos?

Julius suspiró, retrocediendo ligeramente, aunque su mano persistió en mi cintura.

—¿Quién es? —preguntó, su tono teñido de irritación.

Miré la pantalla.

—Mi madre —dije, encontrando su mirada.

La inquietud en mi pecho me dijo que esto no era solo una llamada casual.

El teléfono vibraba insistentemente en mi mano, el nombre "Mamá" parpadeando en la pantalla. Dudé, mirándolo como si pudiera quemarme, antes de dirigir la mirada a Julius. Sus cejas se fruncieron ligeramente, su preocupación era obvia.

—¿Vas a contestar?

Con un suspiro pesado, asentí. —Sí. Tengo que hacerlo.

A regañadientes, deslicé para aceptar la llamada y me acerqué el teléfono al oído. —Hola, Madre.

—Raven —su voz llegó, tranquila pero con un toque de urgencia que inmediatamente me puso en alerta—. ¿Estás en un lugar privado?

Miré a Julius, que se alejó para darme espacio, aunque su mirada permaneció en mí. —Sí —dije, caminando unos pasos hacia el arroyo para tener una apariencia de privacidad—. ¿Qué pasa?

Hubo una breve pausa en la línea, seguida de un suspiro profundo. —Ha habido una muerte —dijo finalmente.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, me quedé sin aliento. —¿Quién?

—La Anciana Rose —dijo, su tono cargado de dolor.

La Anciana Rose. La dulce y amable bruja que siempre tenía una cálida sonrisa y un frasco de caramelos para cada niño del aquelarre.

La que había tejido el hechizo protector alrededor de mi casa de infancia, asegurando que permaneciera a salvo de fuerzas externas. La que, según me contó mi madre, había accedido a elaborar el amuleto con ella y tomar una poción de olvido para proteger mi identidad.

—No —susurré—. Eso... eso no es posible. Era fuerte. Sana. Todavía le quedaban años de vida. ¡No, le quedaban décadas!

Le quedaban.

Me sorprendí a mí misma hablando todavía de ella en presente.

—Era fuerte —coincidió mi madre, con la voz tensa—. Por eso esto no tiene sentido. Falleció mientras dormía, o eso parece. Pero su familia está convencida de que hay algo más.

Mi corazón se hundió aún más. —¿Qué quieres decir?

—Creen que fue un encubrimiento —dijo, con tono sombrío—. Sabes cuánto vive su linaje, Raven. Ochenta años es demasiado joven para alguien con su sangre. Su familia afirma que no había señales de enfermedad o debilidad. Un día estaba bien, y al siguiente... *desapareció*.

Cerré los ojos, mi pecho se tensaba. La Anciana Rose había sido una piedra angular del aquelarre, un símbolo de estabilidad y sabiduría. Su muerte no solo se sentía como una pérdida, se sentía como una fractura en los cimientos de todo lo que creía seguro.

—¿Saben algo más? —pregunté, con la voz temblorosa.

—Todavía no —dijo mi madre—. El consejo ya ha comenzado a investigar, pero ya sabes cómo son estas cosas. Si fue un juego sucio, se hizo con cuidado.

Asentí, aunque ella no pudiera verme. —Pensé... pensé que las cosas estaban mejorando —murmuré.

—Yo también —dijo suavemente—. Pero esto nos recuerda que seguimos siendo vulnerables, incluso con la tregua.

—Raven... —continuó, su tono impregnado de amor y preocupación que hizo que mi pecho doliera—. Por favor, no dejes que esto te consuma. Siempre has sido fuerte, pero incluso los más fuertes necesitan ayuda.

Asentí de nuevo, aunque ella no pudiera verlo. —Estaré bien —dije, forzando las palabras.

Después de un momento de silencio, habló de nuevo, su voz suave. —Te mantendré informada sobre Rose. Solo... cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré —prometí.

Cuando la llamada terminó, me quedé allí por un momento. Rose estaba muerta. Mi amuleto había desaparecido. Mi lobo se agitaba, inquieto y fuerte.

Pensé que finalmente estábamos dando un giro, que lo peor había quedado atrás. Pero ahora parecía que todo se estaba desentrañando de nuevo.

La voz de Julius me sacó de mis pensamientos. —¿Raven?

Me volví para verlo observándome, su expresión una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Todo bien? —preguntó, acercándose.

—No —admití, con la voz quebrándose ligeramente—. No lo está.

Sus brazos me envolvieron sin dudarlo, su calor anclándome mientras enterraba mi rostro en su pecho. Por ahora, me permití apoyarme en él, me permití creer que tal vez, solo tal vez, podríamos enfrentar esto juntos.

El sonido de pasos apresurados rompió la quietud, llamando mi atención. Henri emergió de las sombras del bosque, sus ojos avellana escaneando el área hasta que se posaron en nosotros. Su

rostro estaba enrojecido por correr, un brillo de sudor humedecía su cabello castaño, y su comportamiento habitualmente tranquilo había sido reemplazado por algo más agudo: urgencia.

—Henri —dijo Julius, su voz cortando la tensión como una cuchilla.

Henri se detuvo mientras se acercaba, su pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas. A pesar de su apariencia desaliñada, había una firmeza en su postura que hablaba de experiencia.

—Alfa —dijo Henri, asintiendo hacia mí antes de volverse hacia Julius —. Te necesitamos en la casa de la manada. Inmediatamente.

Julius se enderezó, sus hombros cuadrándose. —¿Qué está pasando?

Henri dudó, su mirada dirigiéndose hacia mí nuevamente como si sopesara sus palabras.

—Solo ven —dijo finalmente—. Es algo que necesitas ver por ti mismo.

La manera en que la voz de Henri tembló, muy ligeramente, envió un escalofrío de inquietud a través de mí.

—Raven —dijo Julius, su tono más suave mientras se volvía hacia mí —. Quédate cerca.

Asentí, siguiéndolos mientras Henri nos guiaba.

Siempre me había caído bien Henri. Era tranquilo y mesurado. No tenía la imponente figura de Julius ni su presencia aguda y dominante, pero había una fuerza discreta en él que era igualmente admirable.

Era el tipo de persona que querías tener de tu lado.

La casa de la manada apareció a la vista, su estructura extensa imponente contra el fondo del cielo oscurecido. Al acercarnos, noté una figura que estaba cerca de la entrada.

Una mujer.

Era menuda, su cabello rubio caía en ondas sueltas alrededor de su rostro, e incluso desde la distancia, podía ver los rastros de lágrimas en sus mejillas, que no hacían nada por disminuir su impactante belleza. Sus manos jugueteaban nerviosamente, su postura tensa y expectante. Estaba vestida con unos simples vaqueros y un suéter blanco de lana.

Julius se detuvo abruptamente, sus ojos estrechándose mientras asimilaba la visión de ella.

—Quién... —comenzó, su voz baja e impregnada de sospecha.

Antes de que pudiera terminar, la cabeza de la mujer se levantó de golpe, y sus ojos se fijaron en él.

—¡Julius! —gritó, su voz quebrándose mientras se apresuraba hacia adelante.

Me quedé paralizada, conteniendo el aliento mientras ella se lanzaba a sus brazos, sus sollozos fuertes e implacables.

El mundo se inclinó a mi alrededor.

Ella se aferraba a él como si fuera su salvavidas, sus dedos agarrando su camisa mientras enterraba su rostro en su pecho. Y él... Él simplemente se *quedó* allí, rígido y silencioso, sus manos flotando torpemente a sus costados.

—Julius —sollozó, su voz amortiguada contra él—. No sabía a dónde más ir. Yo... —Se interrumpió, sus sollozos superando sus palabras.

Mi pecho se tensó dolorosamente, la ira y los celos burbujeando a la superficie mientras mi lobo se agitaba dentro de mí, su gruñido resonando débilmente en el fondo de mi mente.

—¿Quién es ella? —pregunté, mi voz más afilada de lo que pretendía.

¿Quién demonios es ella?

—Es... complicado —Henri se volvió hacia mí, su expresión tensa.

—*Complicado* —repetí, la amargura filtrándose en mi tono.

Julius finalmente se apartó, sus manos agarrando los hombros de la mujer mientras estudiaba su rostro bañado en lágrimas. Su mandíbula se tensó, y por un momento, sus ojos grises brillaron con algo que no pude ubicar... culpa, quizás, o tenía que ser amor.

—No tenía a nadie más a quien acudir —dijo ella, su voz temblorosa —. Por favor, Julius, necesito tu ayuda.

Mi corazón se desplomó. No podía quedarme. No podía estar allí y verlo abrazarla así. La ira y el dolor que hervían dentro de mí eran demasiado, amenazaban con desbordarse. Giré sobre mis talones y me alejé bruscamente, mi visión borrosa mientras luchaba por mantener mis emociones bajo control.

Mi lobo arañaba los bordes de mi control mientras me alejaba de donde estaban, su gruñido retumbando bajo y constante en el fondo de mi mente.

¿Quién era ella? ¿Por qué estaba aquí?

Las preguntas giraban en mi cabeza, cada una más afilada que la anterior.

Necesitaba respuestas, pero más que eso, necesitaba espacio. Porque si me quedaba, no estaba segura de poder mantenerme entera.

CAPÍTULO 18



JULIUS

El aire fuera de la casa de la manada se sentía pesado, cargado de tensión que presionaba contra mi pecho mientras seguía a Henri hasta la puerta. Raven caminaba cerca de mí, su silencio inquietante. No había dicho una palabra desde que mi Beta interrumpió nuestro paseo, y podía sentir su mirada sobre mí como si estuviera tratando de armar un rompecabezas que solo yo podía resolver.

No tenía las respuestas.

Un segundo esta mujer me estaba abriendo su alma, diciéndome las palabras: Sabes que soy híbrida. Por supuesto que lo sabía. Por supuesto que la había visto aquella noche. Pero escucharla decirlo se sentía diferente. Me hizo querer envolverla en mis brazos y no soltarla jamás. Era un desastre vulnerable, pero podía ver lo fuerte que era.

Raven no era ningún monstruo. No, era más bien lo mejor que tenía en mi vida ahora mismo. Y no quería echarlo a perder.

La casa de la manada se alzaba ante nosotros, su estructura familiar ahora teñida con un sentimiento de mal augurio. Mis instintos se erizaron, una advertencia que no podía identificar claramente. Algo estaba mal, y lo supe en el segundo en que doblamos la esquina.

Entonces la vi a *ella*.

Me detuve en seco, conteniéndose la respiración en mi garganta cuando la figura que estaba frente a la puerta se volvió hacia mí.

Mira.

Mi pulso retumbaba en mis oídos mientras mi mente luchaba por procesar lo que estaba viendo. Se veía exactamente como la recordaba: el día que se fue, el día que destrozó mi vida. Su cabello rubio caía en ondas sueltas, y sus impactantes ojos azules estaban abiertos y llorosos, un reflejo de la última vez que la había visto.

Pero estaba muerta. ¡¿Cómo?!

Había visto su cuerpo ensangrentado. Había enterrado su recuerdo en un rincón frío y oscuro de mi corazón. Y, sin embargo, ahí estaba, viva, de pie en los terrenos de mi manada como un fantasma hecho carne.

—Julius —susurró, con la voz quebrada, y entonces se movió, corriendo hacia mí con una urgencia que hizo que mi pecho se tensara.

No me moví. No podía. Mis pies se sentían enraizados al suelo mientras ella acortaba la distancia entre nosotros, sus brazos envolviéndome en un abrazo desesperado. Sus sollozos sacudían su cuerpo, amortiguados contra mi pecho mientras se aferraba a mí como a un salvavidas.

—No sabía adónde más ir —lloró, con la voz temblorosa—. N-necesitaba verte.

Su tacto era familiar, inquietantemente familiar, y por una fracción de segundo, sentí como si el suelo bajo mis pies se estuviera deslizando. Como si no pudiera respirar. ¿Era esto algún tipo de alucinación vívida o un sueño?

No le devolví el abrazo. Mis manos permanecieron a mis costados, mis dedos cerrándose en puños mientras mis emociones luchaban

dentro de mí: shock, ira, confusión y un destello de algo que no podía nombrar.

El gruñido de Raven era apenas audible, pero lo capté. La escuché bajo el tumulto en mi cabeza. Pero cuando me volví hacia ella, finalmente consciente de mi entorno una vez más, ya se estaba alejando. Observé su figura alejándose, mi pecho doliendo de una manera que se sentía demasiado familiar.

Aparté a Mira de mí inmediatamente, contemplando si debería correr tras ella.

—Déjala ir —dijo Henri en voz baja, con su mano en mi hombro—. Necesita espacio.

Me quedé ahí por lo que pareció una eternidad, la presencia de Mira un recordatorio sofocante del pasado que había intentado enterrar con tanto esfuerzo.

Estaba viva. Eso era suficiente para darme dolor de cabeza. Un dolor de cabeza punzante que pensé que nunca volvería a sentir.

* * *

El porche crujió suavemente bajo mi peso mientras me apoyaba contra la barandilla, el aire frío de la noche mordiendo mi piel.

Aún no había entrado. No podía.

El rostro de Raven estaba grabado en mi mente: cómo sus ojos destellaron con ira y dolor, cómo su voz se quebró cuando habló.

Me había dicho que me amaba. Hace apenas unas horas, había estado frente a mí, vulnerable y valiente, y había desnudado su corazón.

Y yo... había estado tan cerca de decirle que sentía lo mismo.

¿Pero ahora?

Ahora, mi pasado había vuelto a entrar en mi vida, su presencia arrojando todo al caos.

Apreté los puños, mi mandíbula tensándose mientras miraba hacia la oscuridad.

Mira.

Había pasado años tratando de entender lo que sucedió, intentando juntar los fragmentos de la vida que compartimos antes de que desapareciera. Y ahora estaba aquí, viva y sollozando en mis brazos como si no hubiera pisoteado mi mundo y desaparecido con tanto drama.

Pero Raven...

Raven era mía ahora. Era mi futuro, la razón por la que mis muros habían comenzado a desmoronarse. El pensamiento de que se alejara, de perderla por esto... era insoportable.

Exhalé bruscamente, pasando una mano por mi cabello.

Necesitaba arreglar esto. De alguna manera. Pero primero, necesitaba enfrentarla.

Con un profundo respiro, me separé de la barandilla y di un paso hacia la puerta, preparándome para lo que viniera después.

La sala de estar estaba cálida, un marcado contraste con el frío en mi pecho mientras entraba. El lugar se veía más vivo que nunca, gracias a Raven. Había tomado el espacio frío e impersonal y lo había llenado con pedazos de sí misma: cojines vibrantes, mantas suaves, un grupo de plantas en macetas que prosperaban cuando la luz del sol se filtraba por las ventanas. Incluso el aroma del lugar había cambiado. Donde antes olía a *nada*, ahora llevaba toques de lavanda, salvia y algo distintivamente de ella.

Estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas debajo de ella, sus brazos envueltos alrededor de uno de esos cojines disparejos

que había traído. Sus ojos verdes, enrojecidos y cautelosos, se fijaron en mí en el momento en que entré en la habitación.

—Has estado fuera un buen rato —dijo, su voz más afilada de lo habitual pero matizada por algo más suave.

Asentí, adentrándome más en la habitación. —Necesitaba aire.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sin humor. —¿Lo encontraste?

Dudé antes de sentarme frente a ella, el espacio entre nosotros se sentía como millas. —Raven...

Me interrumpió con una mano levantada, sus ojos destellando. —No empieces con alguna disculpa vaga, Julius. Estoy harta de medias verdades y secretos. Si vamos a hacer que esto funcione, sea lo que sea, necesito saberlo *todo*. No más muros, no más evasivas.

Sus palabras me golpearon con fuerza, pero no pude evitar la admiración que se arremolinaba en mi pecho. No solo estaba exigiendo respuestas, estaba exigiendo mi confianza. Y con audacia.

—Tienes razón —dije en voz baja—. Mereces la verdad.

Ella parpadeó, claramente sin esperar mi inmediato acuerdo.

—Empezaré con lo que ya sabes —dije, mi voz firme pero tensa—. Supongo que debes haber oído hablar de Mira.

Raven asintió, su agarre en el cojín apretándose. —Lyra me lo contó. Dijo que la perdiste. Que perdiste a tu hijo.

Tomé un profundo respiro, mi pecho contrayéndose. —Esa no es toda la historia —admití, bajando la mirada al suelo—. Mira sí me dejó. Ella... desapareció sin decir palabra, y durante meses, no supe dónde estaba. Cuando finalmente la encontré, ella estaba... diferente. Fría. Distante. Dejó una nota con un niño que ni siquiera sabía que existía hasta ese momento.

La respiración de Raven se entrecortó, pero se mantuvo en silencio, permitiéndome continuar.

—Escribió que no podía hacerlo —dije, con la voz áspera—. Que criar a un hijo era demasiado para ella. Dijo que se estaba muriendo, que era mejor así. Al día siguiente, encontraron su cuerpo ensangrentado.

—Enterré su recuerdo ese día —continué, forzando las palabras—. Pero Elara... mi hija, mentí sobre eso. Ella no murió. No podía dejar que nadie supiera de ella. Tenía que mantenerla a salvo.

—¿Dónde está? —susurró Raven, su voz temblando.

Dudé, el peso de mis próximas palabras presionándome. —Ella no vive aquí. Mi madre se hace cargo de ella. Cogió la gripe últimamente, y a menudo la visitaba.

El silencio entre nosotros era pesado, tensándose mientras ella procesaba lo que había dicho.

—¿Y Lyra no sabe que Elara está viva? —preguntó suavemente.

—No —dije con firmeza—. No podía arriesgarme. No porque no confíe en ella, sino porque es... impulsiva. Es joven y a veces habla demasiado. Podría dejarlo escapar sin querer, y ese es un riesgo que no puedo correr.

Raven se reclinó ligeramente, sus ojos verdes escrutando los míos. —Has estado cargando con esto solo —dijo, su voz llena de algo que no podía nombrar.

—No tuve elección —dije simplemente.

Su mano se movió a su regazo, sus dedos trazando el borde del cojín mientras miraba hacia otro lado. —No puedo imaginar lo difícil que debe haber sido —dijo finalmente—. Para ti.

—No fue fácil —admití—. Pero era la única forma de mantenerla a salvo. Y, mi madre lo hace más fácil con su ayuda, también. Al menos, tengo una persona con quien compartir mis pensamientos.

La expresión de Raven se suavizó, su voz más quieta. —Me gustaría conocerla —dijo.

Las palabras hicieron que mi pecho se tensara. —Raven, no creo que sea-

—No ahora —dijo rápidamente, interrumpiéndome—. Sé que esto es mucho, y con *Mira* de vuelta... —Dudó, su mandíbula tensándose—. Solo... me gustaría conocerla algún día. Si estás de acuerdo.

La vulnerabilidad en su voz, la manera en que se contenía tan cuidadosamente, me golpeó con más fuerza de lo que esperaba.

—Lo pensaré —dije finalmente, las palabras pesadas pero honestas.

Ella asintió, sus labios presionándose en una línea delgada. —Gracias. Por contármelo.

Me incliné ligeramente hacia adelante, mis codos apoyados en mis rodillas. —Gracias por escuchar. Y... por no huir.

—Oye, descubriste que era una híbrida y no saliste corriendo asustado. —Sus ojos se suavizaron, y por un momento, la tensión entre nosotros se alivió.

—Lo dije en serio antes —dijo de repente, su voz rompiendo el silencio.

—¿Sobre qué? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Que has crecido en mí —dijo, sus mejillas sonrojándose ligeramente—. Que me importas.

El dolor en mi pecho se profundizó, y por primera vez en mucho tiempo, me permití sonreír, algo pequeño y tentativo, pero real.

—Tú también me importas, Raven —dije, con voz baja.

Sus ojos se ensancharon, y por un momento, solo nos quedamos ahí sentados, el aire entre nosotros cargado con algo no dicho.

No era perfecto, pero era un comienzo.

* * *

Raven salió de la cabaña para tomar aire.

La vi irse, la puerta cerrándose suavemente tras ella. Necesitaba espacio, y tal vez yo también. Todo lo que acababa de contarle —la verdad sobre Elara, sobre Mira— se sentía como abrir una herida que apenas había comenzado a sanar.

Me quedé en la sala de estar, el suave zumbido de la lámpara encantada —que no funcionaba con electricidad y podía encenderse y apagarse con un simple pensamiento— y el tenue aroma de lavanda hacían poco para aliviar la presión en mi pecho.

El golpe en la puerta llegó justo cuando empezaba a preguntarme si debería ir tras ella.

—Adelante —llamé, con voz ronca.

La puerta se abrió, y Lyra entró, sus agudos ojos grises escaneando la habitación antes de posarse en mí. Su habitual sonrisa desafiante estaba ausente, reemplazada por una expresión que no veía a menudo: *preocupación*.

Justo detrás de ella estaba mi madre, su expresión tranquila pero indescifrable.

Aquí viene la Caballería.

Lyra fue la primera en hablar, sus manos en sus caderas mientras me miraba fijamente. —Esto es nosotras comprobando cómo estás porque, seamos sinceros, has estado actuando de forma extraña. Y ahora, ¿con Mira de vuelta? Sí, no voy a quedarme sentada viendo cómo lo arruinas todo.

Suspiré, pellizcando el puente de mi nariz. —Lyra, ahora no.

—No, *ahora* —espetó, acercándose más—. Tienes algo bueno con Raven, Julius. No lo arruines por... *ella*. Dios sabe cómo está siquiera viva.

Su voz era afilada, pero había un temblor debajo que me tomó por sorpresa.

—Te cae bien Raven —dije, más una afirmación que una pregunta.

—Por supuesto que sí —respondió Lyra—. Es fuerte, es inteligente, y realmente te está haciendo menos un dolor de cabeza taciturno. Pero más que eso, creo que es buena para la manada.

Sus palabras me sorprendieron, pero antes de que pudiera responder, mi madre dio un paso adelante.

—Lyra tiene razón —dijo suavemente—. Raven ha traído algo a esta manada que ha estado faltando durante mucho tiempo. Equilibrio. Esperanza. Suavidad. Y también algo que nunca ha tenido un hogar en esta manada. Magia de bruja.

Ella encontró mi mirada, sus ojos plateados penetrantes. —Me encanta, Julius. Veo cómo lo intenta, cómo se preocupa. Y veo cómo la miras, aunque seas demasiado terco para admitirlo.

—Esto no se trata de Mira —dije finalmente, con voz baja.

Tala arqueó una ceja. —¿No es así?

—Está muerta para mí —dije firmemente, las palabras afiladas y definitivas—. Cualquier sentimiento que tuviera por ella, murió el día que se fue.

Lyra cruzó los brazos, su mirada escéptica. —Y sin embargo, está aquí ahora. Llorando en tu puerta y jugando con tu cabeza.

Apreté los puños, mi mandíbula tensándose. —Mira no es *nada* para mí —dije, con voz firme—. Pero Raven...

Tanto Tala como Lyra me observaron, su silencio instándome a continuar.

—Raven es mi presente —dije, la verdad de eso asentándose profundamente en mi pecho—. Y si juego bien mis cartas... será mi futuro.

CAPÍTULO 19



RAVEN

El sol del atardecer colgaba bajo en el cielo, proyectando tonos dorados a través de los terrenos de la manada. El paisaje estaba tranquilo y engañosamente sereno, y el suave murmullo de las hojas en la brisa parecía un intento de la naturaleza por calmar el tumulto en mi pecho.

Pero ninguna cantidad de calma podía sosegar mis pensamientos.

Mira.

Su nombre por sí solo enviaba una punzada aguda a través de mi pecho, un amargo cóctel de celos, inquietud e ira. No era solo un fantasma del pasado de Julius; estaba aquí, viva, y ya causando grietas en los frágiles cimientos que habíamos estado construyendo. Aunque me había asegurado que se preocupaba por mí, todavía no estaba tan segura. Acabábamos de empezar las cosas, y ahora todo cambiaba.

Pateé una pequeña piedra en el camino, observándola mientras se deslizaba hacia adelante antes de rodar hacia la hierba. La idea de que ella hubiera regresado, de que posiblemente deshiciera todo, hacía que mi loba se agitara incómodamente dentro de mí.

¿Cuál era su propósito? ¿Por qué ahora?

Perdida en mis pensamientos, vagué más lejos de lo que había pretendido, el silencioso murmullo de voces cerca de la casa general de la manada sacándome de mi aturdimiento.

Me detuve en seco, mis sentidos agudizándose al vislumbrar una figura merodeando cerca del lateral del edificio.

Por supuesto, era la maldita Mira. Se movía lentamente, su mirada saltando de un lado a otro como si estuviera buscando algo... o a alguien.

Mi corazón latió con fuerza mientras me acercaba a ella, mis pasos decididos pero silenciosos. Cuando estuve lo suficientemente cerca, aclaré mi garganta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se giró, su expresión momentáneamente sobresaltada antes de suavizarse en algo demasiado ensayado. —Raven —dijo, su tono goteando falsa dulzura—. ¿Dando un paseo?

—Podría preguntarte lo mismo —dije, cruzando los brazos—. ¿Por qué estás husmeando alrededor de la casa de la manada?

Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta y calculada. —¿Husmeando? Oh no, querida, solo estaba... recordando. Tantos recuerdos ligados a este lugar, ¿sabes?

La forma en que lo dijo hizo que mi loba se erizara, un gruñido bajo retumbando en el fondo de mi mente.

—Recuerdos o no —dije, con voz afilada—, este no es tu hogar.

Sus ojos azul hielo se estrecharon, la calidez desapareciendo tan rápido como había aparecido. Apropiado. La frialdad combinaba con el tono de sus ojos. —¿Y de quién es el hogar? ¿*Tuyo*?

Me tensé, sus palabras golpeando demasiado cerca de las dudas con las que había estado luchando. Después de todo, acababa de

descubrir que mi marido tiene una hija con la mujer que está parada frente a mí.

—Te has puesto bastante cómoda, ¿no? —continuó, acercándose, su mirada depredadora—. Pero no nos engañemos, Raven. Tu matrimonio con Julius... es una farsa, ¿no es así?

Mi pecho se tensó, la ira burbujeando justo debajo de la superficie.

—Todo el mundo lo sabe —dijo, su tono suave pero cortante—. El Orbe te eligió, claro, pero eso no significa nada. Esta manada no te ve como su Luna. Y Julius tampoco.

—Eso no es cierto —solté, apretando los puños.

—¿Oh? —dijo, inclinando la cabeza—. ¿Entonces por qué no ha completado los ritos contigo? ¿Por qué no te ha marcado?

¿Cómo demonios sabe todo eso cuando acaba de llegar? ¿Es eso de lo que todos chismorreaban?

Tragué saliva, mi loba agitándose más violentamente ahora. —¿Cuál es tu punto?

—Mi punto —dijo, bajando la voz casi a un susurro—, es que eres solo un marcador de posición. Una pieza conveniente en este pequeño juego de unidad. Pero ahora, he vuelto. Y pronto, serás irrelevante.

Sus palabras golpearon como una bofetada, el veneno en ellas hundiendo profundamente.

Pero no podía dejar que lo notara.

Enderecé los hombros, encontrando su mirada con toda la fuerza que pude reunir. —Estás equivocada —dije con firmeza—. Esta manada es mi hogar ahora. Julius es *mi* marido. Sea lo que sea que creas que estás haciendo aquí, no funcionará.

Su sonrisa vaciló por una fracción de segundo, y capté un destello de algo en sus ojos, molestia, quizás incluso miedo.

Me acerqué, bajando la voz. —Pero déjame darte un pequeño consejo, Mira. Deja de husmear por donde no perteneces. Esta manada no necesita a alguien que cause problemas.

Ella se rió suavemente, pero sin humor, sus ojos brillando con algo oscuro. —No tienes idea de con qué estás tratando, Raven. Deberías conocer tu lugar.

Mi loba surgió hacia adelante, un gruñido escapando de mis labios antes de que pudiera detenerlo.

Por un momento, Mira pareció sobresaltada, pero rápidamente lo ocultó con una sonrisa burlona. —Tranquila, luchadora —dijo, retrocediendo ligeramente—. Todo está bien.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó, sus pasos lentos y deliberados, dejándome allí de pie con una tormenta de emociones que no podía desenredar.

Algo no estaba bien con ella. No estaba aquí solo para reclamar a su amor perdido. Tenía una agenda, podía sentirlo. Pero eso no hacía que sus palabras fueran menos convincentes.

Tenía que despejar mi mente lejos de este lugar.

* * *

Cuando regresé a la cabaña privada, estaba tan mortalmente silenciosa que tuve que escabullirme para conseguir las llaves de la camioneta, por miedo a ser escuchada. No quería que nadie me impidiera irme. Ni Julius. Ni su madre, si estaba cerca de la cabaña. Agarré mi teléfono y me puse en marcha.

La carretera se desdibujaba a mi paso mientras agarraba el volante de la camioneta, mis nudillos blancos contra el cuero. La ceremonia de velatorio de la Anciana Rose se celebraría hoy. Mi madre me había enviado un mensaje entre medias, después de la llamada. Fue una decisión de último momento ya que no sabían cuánto tiempo

continuaría la investigación. Y mantener a una bruja tanto tiempo sin ceremonia mantendría su espíritu inquieto.

Las palabras de Mira se reproducían en mi mente, cada una cortando más profundo que la anterior. *Marcador de posición. Matrimonio falso. Irrelevante.*

Se me formó un nudo en la garganta mientras giraba hacia la carretera que conducía a la casa de mi familia. Para cuando aparqué frente a la casa, los recuerdos del día se habían vuelto insoportables. Salí tambaleándome de la camioneta, apenas logrando subir los escalones antes de que la puerta se abriera, y Valric estaba allí, sus cálidos ojos marrones instantáneamente llenándose de preocupación.

—¿Raven? —dijo, dando un paso adelante—. ¿Qué pasa?

Eso fue todo lo que hizo falta. Me quebré, las lágrimas derramándose mientras me desplomaba en sus brazos.

Valric me sostuvo firmemente, sus grandes manos acunando mi espalda mientras murmuraba suaves palabras de consuelo. —Está bien, Raven. Estás a salvo aquí. Sea lo que sea, lo manejaremos.

Su abrazo era reconfortante, su presencia firme e inquebrantable. Donde mi madre lideraba con feroz determinación, Valric era la fuerza tranquila que nos mantenía a todos unidos. Ahora, entendía cómo habían crecido en amor en su matrimonio arreglado. Valric era tan dulce, me preguntaba por qué había crecido sintiendo que no pertenecía a su lado. Tal vez era porque mi madre nunca me dejó olvidar que yo era una híbrida. Tal vez era porque pasé tanto tiempo en mi adolescencia castigándome por no ser una bruja pura como ellos, que había estado demasiado ciega para ver cuánto mi padrastro me amaba como si fuera suya. Me había amado incluso antes de nacer, aceptando encubrir el dilema de mi madre de ser madre soltera de un hijo cuestionable. Y, tal vez, había pasado demasiado tiempo deseando que mi padre no hubiera muerto y que

mi madre no tuviera que mantener en secreto para siempre su relación con él.

Pero, aquí y ahora, Valric era el calor que necesitaba.

Me aferré a él, el aroma de su colonia familiar, cítrico y cedro, envolviéndome como un escudo protector.

Eventualmente, me guio al interior, acomodándome en el gastado pero cómodo sofá de la sala de estar. —Háblame —dijo, sentándose a mi lado, su mano descansando sobre la mía.

—Es todo —susurré, mi voz quebrándose—. El matrimonio, la manada, Mira... ha vuelto, Valric. Dijo cosas... cosas horribles. Y no sé si esto vale la pena.

Sus cejas se fruncieron, su mirada suavizándose mientras escuchaba. —Raven, siempre has sido más fuerte de lo que crees. Y sé que este matrimonio no es lo que soñaste, pero he visto cómo has crecido desde que te uniste a esa manada. Te estás forjando un lugar para ti, aunque aún no lo sientas.

Bajé la mirada, sus palabras tanto reconfortantes como pesadas. —¿Y si tiene razón? ¿Y si... no pertenezco allí?

—Perteneces donde tú decidas pertenecer —dijo con firmeza—. No dejes que nadie te haga cuestionar tu valor.

El sonido de pisadas rompió el momento, y me giré para ver a Finn apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa traviesa en su rostro.

—¿Ya llorando? —se burló, aunque su tono contenía preocupación—. Pensé que durarías al menos unas semanas más.

—Finn —advirtió Valric, aunque no había verdadero enojo en su tono.

—¿Qué? —dijo Finn, levantando las manos en fingida defensa—. Solo digo que, si vas a sobrevivir como Luna, necesitas piel más

gruesa, hermana.

Puse los ojos en blanco, sorbiendo, pero el atisbo de humor en su voz logró arrancarme una pequeña y reticente sonrisa.

—De todos modos —añadió Finn—, has llegado justo a tiempo para la ceremonia de velatorio de la Anciana Rose.

* * *

El claro cerca de nuestra casa estaba vivo con color y luz, el aire zumbando con magia mientras brujas de todos los rincones del aquelarre se reunían para rendir sus respetos.

El cuerpo de la Anciana Rose yacía sobre una plataforma de madera intrincadamente tallada, cubierta con una tela plateada brillante que parecía resplandecer bajo la luz de la luna. Su rostro quedaba al descubierto para que pudiéramos verla por última vez. Tenía claveles y amapolas entretejidos en su cabello blanco como la nieve. Sus labios llevaban las marcas de un tenue pintalabios rosa, las mejillas coloreadas con rubor. Excepto por su complexión anormalmente pálida, podría haber parecido que simplemente estaba dormida. Incluso en la muerte, lucía tan delicada como una flor de rosa.

Velas flotaban en el aire a su alrededor, sus llamas titilando en tonos de azul y verde, representando el equilibrio de la vida y la magia. Los miembros del aquelarre estaban reunidos con sus túnicas ceremoniales, cada una única para su linaje. El linaje Arkwright, que éramos nosotros, vestía capas verde esmeralda profundo adornadas con bordados plateados, los patrones entrelazándose en formas de hojas y enredaderas.

Mi madre, nuestra líder del aquelarre, estaba al frente, su presencia imponente mientras levantaba las manos, su voz llevándose por encima de la multitud. Habló de la vida de Rose, sus contribuciones al aquelarre y la sabiduría que había compartido durante sus 80 años.

A medida que la ceremonia avanzaba, las brujas se adelantaban, ofreciendo muestras de su gratitud: pequeños manojos de hierbas, piedras encantadas, monedas, medallones y notas manuscritas que flotaban hacia arriba para descansar en la plataforma junto a ella. Pequeños regalos para que se los llevara al más allá.

Cuando se colocó la última ofrenda, la plataforma comenzó a elevarse, transportada por fuerzas invisibles, hasta que flotó muy por encima de la reunión.

Mi madre dirigió el canto final, las voces del aquelarre elevándose al unísono. Las velas ardieron más brillantes, y una explosión de luz envolvió la plataforma, desintegrándola en una cascada de chispas plateadas y doradas que llovieron suavemente sobre la multitud.

Era impresionante, la magia tangible en el aire.

Me paré junto a Valric y Finn, mi pecho oprimido por la emoción.

—Le habría encantado esto —dijo Finn suavemente, su habitual sarcasmo ausente.

—Se lo *merecía* —murmuré, observando las chispas desvanecerse en el cielo nocturno.

Pronto, su cuerpo bajó, junto con la plataforma, y había un cierto resplandor en ella. Estaba radiante, brillando como la luna. Algunos miembros de su familia se adelantaron y cubrieron su rostro con un velo blanco puro antes de levantarla y llevársela. Mantendrían su cuerpo a salvo hasta que recibiéramos la autorización del consejo para realizar los últimos ritos funerarios.

CAPÍTULO 20



RAVEN

Un fuerte golpe me despertó de repente. Levanté la cabeza, con el pelo cayéndome sobre la cara mientras entrecerraba los ojos para ver la figura que estaba en mi puerta.

Finn.

Por supuesto, era Finn.

—¿Qué estás haciendo? —murmuré, con la voz espesa por el sueño. Me froté los ojos, tratando de ver con claridad. Todo seguía borroso, pero su silueta era inconfundible. Ese era mi hermano pequeño. Mi teléfono yacía en silencio sobre la mesita de noche, aún apagado. La paz mental tenía un precio, aparentemente. ¿Y esto era realmente paz cuando me despertaban con un fuerte golpe?

Finn, sin embargo, no parecía importarle mi obvio estado de agotamiento. Cruzó la habitación en tres zancadas, me quitó las mantas de encima y se cruzó de brazos.

—Vienes conmigo —anunció.

Lo miré fijamente, todavía adormilada. —¿A dónde?

¿De qué demonios está hablando?

—A mi escuela —dijo, como si fuera lo más obvio del mundo—. Uno de mis profesores necesita una consultora para una clase de

relajación y sanación, y tú eres perfecta para eso.

—¿Qué? —pregunté, sentándome y mirándolo con enfado. Ahora estaba completamente despierta.

—Has estado deprimida —dijo sin rodeos, entrecerrando los ojos—. Te dejé en paz ayer por el entierro de Rose, pero ya es suficiente, Raven. Necesitas levantarte de la cama y hacer algo útil.

—No estoy deprimida —repliqué, aunque las palabras carecían de convicción.

Finn puso los ojos en blanco. —Claro. Y yo soy el Gran Brujo de Moonshade regresado de entre los muertos.

—Finn...

—No discutas —me interrumpió, agarrando una de mis almohadas y lanzándomela—. Vienes conmigo. Fin de la historia.

Suspiré, arrastrándome fuera de la cama. —Te odio en este momento —murmuré.

—No, no me odias —dijo con una sonrisa presumida, ya dirigiéndose hacia la puerta—. Diez minutos. No me hagas esperar.

Sonaba como mamá cuando no quería ir a la escuela. Pero, sabiendo que volvería a molestarme hasta que hiciera lo que quería, me levanté y me preparé.

Cuando ya estaba vestida con uno de mis viejos conjuntos —unos jeans desgastados y una simple camisa a cuadros roja y blanca— agradecí que mi madre no empacara todo para que me lo llevara a la casa de la manada de Julius, ni lo regalara todo. Era como si supiera que frecuentaría mi hogar de la infancia.

Cuando bajé las escaleras, Finn me esperaba junto a la puerta, prácticamente rebotando sobre las puntas de sus pies. Mi madre estaba en la encimera de la cocina, cortando manzanas con su habitual precisión, mientras Valric se sentaba a la mesa,

desplazándose por algo en su elegante tableta. Solo un día normal en la vida de una esposa de vuelta en la casa de su familia.

—La Bella Durmiente por fin nos honra con su presencia —anunció Finn al verme bajar las escaleras, con voz excesivamente triunfante.

Mi madre se volvió, arqueando una ceja. —Apenas —comentó, aunque sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—¿Adónde la llevas? —preguntó Valric, sus cálidos ojos marrones alternando entre nosotros dos.

—A la escuela. Me va a llevar a la escuela, a la fuerza —respondió Finn despreocupadamente, cogiendo un trozo de manzana de la encimera.

Puse los ojos en blanco. —Al parecer, hoy soy la asistente involuntaria de Finn. ¿Recuerdan cuando los papeles estaban invertidos y yo lo obligaba a él a ir a la escuela?

Valric se rio, dejando a un lado su tableta. —Estarás bien —dijo, con tono tranquilizador—. Te puede hacer bien salir un rato.

—Toma —dijo mi madre, entregándome un plato con dos rebanadas de pan tostado y una manzana bien cortada—. Come esto antes de irte.

El gesto hizo que mi pecho doliera con una ola de nostalgia. Por un momento, no era una híbrida de 28 años atrapada en medio de un lío extraño; volvía a ser una adolescente, saliendo apresuradamente por la puerta para ir a la escuela mientras mi madre se preocupaba por si había comido o no.

—Gracias, mamá —dije suavemente, tomando el plato.

Mientras masticaba el pan tostado, Finn se acercó a mí y tiró con impaciencia de mi manga. —¡Vámonos!

—Tranquilo, Finn —dijo Valric, con tono sereno pero firme—. Ya va contigo.

Miré a Valric, y él me dedicó una sonrisa, de esas que decían: *Tú puedes con esto.*

Sonreí levemente, agradecida por su presencia. Valric siempre había sido la calma en el caos de nuestra familia, la fortaleza silenciosa que equilibraba el fuego de mi madre. Ahora, más que nunca, agradecía su presencia.

Para cuando terminé el pan tostado y la manzana, Finn prácticamente me estaba arrastrando hacia la puerta.

—Intenta no aterrorizarla, Finn —nos gritó mi madre, con voz teñida de diversión.

—¡No prometo nada! —respondió Finn, sonriendo mientras me llevaba hacia la camioneta.

Mientras subía al asiento del conductor, miré hacia atrás a la casa, con la más leve sonrisa tirando de mis labios. No era mucho, pero este pequeño momento se sentía como un salvavidas.

Por primera vez en días, sentí que tal vez, solo tal vez, todo podría estar bien.

* * *

El viaje a la Academia Moonshade fue tranquilo al principio. Agarraba el volante más fuerte de lo necesario, con los ojos fijos en la carretera mientras Finn jugueteaba con los botones de la radio. El zumbido de una suave música indie llenó la camioneta, pero hizo poco para aliviar la tensión en mi pecho.

—¡Esta camioneta está genial! —dijo Finn, admirando el interior de cuero—. Tu marido debe confiar mucho en ti para dejarte manejar una preciosidad como esta.

Tu marido.

Puse los ojos en blanco. Sonaba extraño pero tan bueno.

Continuó, decidido a obtener una reacción mía. —Vaya, realmente estás agarrando ese volante como si fuera a brotar alas y salir volando.

Eso no estaría tan mal.

Volar lejos y olvidar todos mis problemas era probablemente justo lo que el médico recetaría.

Lo miré, apretando mis labios en una fina línea. —Estoy bien.

—No estás bien —replicó, recostándose en su asiento y poniendo los pies sobre el tablero—. Pero está bien porque estoy aquí para arreglarlo.

Suspiré, negando con la cabeza mientras me concentraba en la sinuosa carretera que teníamos por delante. —Primero, quita tus pies sucios de mi tablero y segundo, si vas a pasar todo este viaje psicoanalizándome, daré la vuelta con esta maldita camioneta.

—Vale, vale, qué susceptible —dijo, levantando las manos en señal de rendición burlona mientras quitaba los pies—. Pero en serio, parece que no has dormido en días.

Sus palabras dieron demasiado en el clavo, y me quedé en silencio, esperando que lo dejara pasar. Pero siendo Finn, no lo hizo.

—Sabes —comenzó, su tono cambiando a algo más suave—, Julius me llamó esta mañana.

Eso captó mi atención. Le lancé una mirada, aflojando ligeramente mi agarre en el volante. —¿Qué?

—Sí —dijo Finn, sus labios curvándose en una sonrisa traviesa—. Me despertó al amanecer, también. Un auténtico *movimiento de marido preocupado*.

—¿Qué dijo y, lo más importante, *cómo* consiguió tu número? —pregunté, con la voz más baja ahora.

Se encogió de hombros. —Un hombre como el *Alfa* Julius tiene sus métodos. Quería saber cómo estabas —dijo Finn, su expresión volviéndose seria por una vez—. Quería asegurarse de que estabas... bien.

Parpadeé, mi corazón saltándose un latido. —¿Lo hizo? —No había considerado cómo le afectaría que me fuera repentinamente sin informarle. Simplemente lo hice.

Finn asintió, encogiéndose de hombros. —Sí. Dijo que estabas "callada" anoche y que estaba preocupado por ti. Bueno, tan preocupado como Julius puede estar.

No sabía qué decir. La imagen de Julius —estoico y reservado Julius — acercándose a Finn entre todas las personas envió una onda de algo a través de mí.

—Mira —continuó Finn, su tono aligerándose de nuevo—, no estoy diciendo que este Alfa no dé vibraciones de hombre lobo malhumorado y emocionalmente estreñido, pero al menos le importas.

Una pequeña y reluctante sonrisa tiró de mis labios. —Eres insoportable, ¿lo sabes?

—Y aun así soy tu hermano favorito —bromeó Finn, sonriendo.

—Mi único hermano —corregí.

Sacudí la cabeza, la tensión en mi pecho aliviándose ligeramente. Nunca pensé que vería el día en que Finn intentara animarme.

Cuando nos acercábamos a la academia, Finn se volvió hacia mí, sus ojos verdes brillando con picardía. —Sabes, si sonrieras un poco más, la gente podría realmente creer que eres una buena persona.

—Cállate, Finn —dije, aunque no pude evitar la risa que se me escapó.

—¡Ese es el espíritu! —dijo, levantando las manos en una celebración burlona.

Por primera vez en lo que parecía un largo día, sentí un destello de ligereza, un breve respiro de la pesadez que me había estado agobiando.

Estacioné la camioneta cerca de las puertas de la Academia Moonshade, encontrando un buen lugar bajo la sombra de un viejo roble. La academia se alzaba en todo su esplendor atemporal. El edificio principal se erguía ante nosotros, sus arcos puntiagudos y ventanas de vidrio de colores captando el sol del mediodía.

Por un momento, me quedé en la camioneta, agarrando el volante mientras los recuerdos me inundaban. Este había sido mi santuario una vez, un lugar donde era más que solo las expectativas de mi familia o mi naturaleza híbrida. Era donde aprendí quién podía ser, incluso si aún no sabía completamente quién era. Casi podía ver una versión más joven de mí misma, caminando a través de las enormes puertas dobles, cuadernos presionados contra mi pecho.

—¿Vas a quedarte ahí recordando, o vamos a entrar de verdad? —La voz de Finn me devolvió al presente.

Era como si hubiera leído mi mente.

Le lancé una mirada, abriendo la puerta. —Eres muy insistente, ¿lo sabes?

—Es parte de mi encanto —dijo con una sonrisa, caminando ya por delante.

—Y quizás por eso sigues soltero —bromeé.

Me dio un golpecito en el hombro juguetonamente. —¡Oye!

En el momento en que pasamos a través de las puertas de hierro forjado, el familiar zumbido de la magia me golpeó. Era débil pero omnipresente, como el pulso de la propia academia. Los estudiantes

corrían por los senderos de adoquines, sus túnicas ondeando mientras se movían entre clases.

—No ha cambiado mucho —murmuré, observando la familiar vista del salón principal cubierto de hiedra y las alas más nuevas brillando bajo el sol.

—Sí, bueno, sigue en pie, así que es una victoria —dijo Finn, sonriendo con suficiencia.

Puse los ojos en blanco, aunque su comentario me arrancó una pequeña sonrisa.

Mientras caminábamos, la presencia de Finn se volvió imposible de ignorar.

—¡Finn!

—¡Eh, Arkwright!

—¿Vendrás a la práctica más tarde?

Los estudiantes lo llamaban por todas partes, sus voces llenas de familiaridad y calidez. Él los saludaba a todos con facilidad, un rápido asentimiento aquí, un saludo allá, sin que su paso vacilara nunca.

—No tenía idea de que fueras tan popular —dije, levantando una ceja.

Me miró, su sonrisa ensanchándose. —Por supuesto que lo soy. Tengo el aspecto, el cerebro y el encanto. Es una combinación letal.

—Claramente la humildad no forma parte de ello —murmuré, aunque su confianza era extrañamente reconfortante.

Dentro del salón principal, los recuerdos golpearon con más fuerza. Podía recordar aquella vez, en este mismo pasillo, donde dos chicos se habían peleado. Fue tan malo que usaron magia el uno contra el otro, lo que estaba prohibido en los terrenos de la escuela sin supervisión adecuada. Uno de los chicos, Jack, fue lanzado contra la pared con tanta fuerza que se agrietó y acabó fracturándose la

pelvis. Jack terminó en el hospital, ya que se le negó más magia para curarlo como castigo, mientras que el otro chico acabó siendo expulsado.

Nadie sabía realmente qué había iniciado la pelea, pero corrieron rumores de que fue por una chica. Qué típico.

Mis pasos se ralentizaron mientras absorbía el entorno familiar. Los techos abovedados parecían más altos de lo que recordaba, las intrincadas tallas en las paredes de piedra más detalladas. Un leve aroma a hierbas quemadas persistía en el aire.

—Bienvenida de nuevo —dijo Finn, su voz burlona pero con un toque de sinceridad.

—No te pongas sentimental conmigo —le advertí, aunque mi pecho se tensó.

Un grupo de profesores se encontraba cerca de la sala de profesores, sus túnicas variando en tonos que denotaban sus disciplinas mágicas: amarillo para curación, rojo para defensa y así sucesivamente. La mayoría de sus rostros me eran desconocidos, más jóvenes y menos experimentados que el personal que yo había conocido. Pero algunas cabezas se giraron cuando Finn y yo pasamos, y el reconocimiento brilló en sus ojos.

—¿Raven Arkwright? —llamó una voz profunda.

Me giré para ver al profesor Thadwick, su imponente figura y barba canosa exactamente como las recordaba.

—Raven Arkwright-Nightshade ahora —añadió, sus ojos agudos suavizándose ligeramente.

—Hola, profesor —dije, ofreciendo una sonrisa educada. Intenté apartar la sensación que me producía ese nombre. Era la primera vez que alguien me llamaba por mi apellido familiar y el apellido de Julius juntos. Me daban ganas de correr de vuelta a la manada y acurrucarme en la cama con él.

—Es un placer verte de nuevo. ¿Cómo has estado?

He estado mejor.

Le di una pequeña sonrisa. —Bien, profesor.

—Veo que tu hermano heredó el don familiar para las travesuras —dijo, con tono seco pero no desagradable.

Finn sonrió. —Prefiero llamarlo innovación.

El profesor Thadwick levantó una ceja pero no dijo nada más, su atención desviándose hacia un estudiante que pasaba.

Mientras continuábamos, algunos profesores más nos detuvieron, algunos ofreciendo felicitaciones por mi matrimonio, otros simplemente curiosos sobre lo que me había traído de vuelta.

—Es extraño —admití mientras doblábamos una esquina—. Estar aquí de nuevo.

—¿Extraño bueno o extraño malo? —preguntó Finn.

—Ambos —dije honestamente.

El pasillo que conducía a la oficina del profesor estaba tranquilo, un marcado contraste con el animado parloteo de los estudiantes en las aulas por las que habíamos pasado antes. Finn caminaba por delante, sus largas zancadas obligándome a acelerar el paso.

—Más despacio —murmuré, ajustando mi bolso en el hombro.

Finn se volvió, sonriendo. —Vamos, te caerá bien. Lucien es el profesor más genial de aquí.

—¿El profesor más genial? —Levanté una ceja—. Me estás poniendo nerviosa.

Finn puso los ojos en blanco. —Relájate. Estarás bien.

Se detuvo frente a una puerta tallada con intrincadas runas que brillaban tenuemente bajo la luz fluorescente. Sin llamar, la abrió.

—¡Profesor Lucien, conozca a mi hermana! —anunció Finn, haciéndose a un lado dramáticamente para dejarme entrar.

El hombre detrás del escritorio levantó la vista, su rostro abriéndose en una amplia sonrisa. Lucien era guapo de una manera molestamente despreocupada: pelo castaño dorado que le caía justo por encima de las orejas, cálidos ojos color avellana y una mandíbula definida. Sus túnicas carmesíes estaban ligeramente desarregladas, dándole un aire casual y accesible que parecía fuera de lugar en el mundo estructurado de la Academia Moonshade. Y era más joven que el profesor promedio, nada parecido a lo que esperaba ver.

—Vaya, vaya —dijo, viniendo hacia mí y extendiendo una mano—. La famosa Raven. ¿O debería decir *infame*?

Parpadee, momentáneamente desconcertada por su brillante energía. —Depende a quién le preguntes —respondí, estrechando su mano.

Lucien se rio, su agarre firme pero no abrumador. —Respuesta justa. Soy Lucien Thorne, instructor de defensa y niñero a tiempo parcial de tu encantador hermano.

—¡Oye! —protestó Finn, pero no había mordacidad en su voz.

Lucien le guiñó un ojo antes de señalar una silla. —Toma asiento, Raven. Prometo que no muerdo.

Me senté, tratando de ubicar por qué se me hacía un poco familiar. Sus rasgos tiraban de algo en la parte posterior de mi mente, pero no podía entender exactamente qué era.

—¿Qué te trae a nuestra humilde academia? —preguntó Lucien, recostándose en su silla.

—Finn me arrastró hasta aquí —dije, lanzándole una mirada a mi hermano—. Aparentemente, tu clase necesitaba una consultora para técnicas de relajación y sanación.

—Ah, sí —dijo Lucien, asintiendo—. Finn mencionó que eres bastante hábil en esa área. ¿Te importaría ilustrarme sobre lo que haces?

Dudé, insegura de cuánto compartir, pero el comportamiento desenfadado de Lucien hacía difícil mantenerme en guardia. —Dirijo un salón de masajes en la ciudad. Es una mezcla de métodos tradicionales y mágicos: hierbas, cristales, ese tipo de cosas.

Los ojos de Lucien se iluminaron. —¿Un salón de masajes con mejoras mágicas? Eso es brillante. Podría necesitar reservar una sesión en algún momento.

—Definitivamente. Estaríamos encantados de tenerte —dije, con una pequeña sonrisa tirando de mis labios, modo de negocios instantáneamente activado.

La conversación fluyó fácilmente, con Lucien haciendo preguntas reflexivas sobre mi trabajo e incluso incluyendo algunas bromas que me hicieron reír a pesar de mí misma. Sacó una pequeña pluma encantada que flotaba sobre su escritorio, anotando mientras hablábamos.

—¿Para qué es eso? —pregunté, señalando la pluma con la cabeza.

—Solo algunos pensamientos —dijo con una sonrisa—. Siempre estoy buscando nuevas técnicas para incorporar a mis clases.

En algún momento entre conducir a la escuela y entrar, Finn se las había arreglado para encender mi teléfono sin mi conocimiento. Así que, cuando escuché el zumbido, casi salté de mi asiento. Busqué en mi bolso mi teléfono y descubrí que tenía una llamada entrante de mi madre.

—Disculpen —dije, levantando una mano.

Lucien asintió, indicándome que atendiera la llamada.

—¿Mamá? —dije, presionando el teléfono contra mi oreja.

—Raven —su voz llegó, firme pero no dura—. Ha habido una convocatoria para una reunión del consejo. Necesito que vengas inmediatamente.

—¿Una reunión del consejo? —pregunté, mirando a Lucien, quien ahora me observaba con leve curiosidad.

—Sí —continuó ella—. Es importante. No te demores.

Antes de que pudiera pedir más detalles, colgó.

Mientras guardaba mi teléfono en mi bolso, el bolsillo de Lucien vibró. Sacó su propio dispositivo, su expresión cambiando ligeramente mientras leía el mensaje.

—Parece que voy a la misma reunión —dijo, levantándose y quitándose la túnica.

Fruncí el ceño. —¿Tú vienes?

Lucien asintió, sus ojos color avellana encontrándose con los míos. —Soy el sobrino de Naomi Thorne. Los sistemas de defensa caen bajo su jurisdicción, lo que significa que me arrastran a estas cosas.

La comprensión me golpeó como un rayo. Por eso se veía familiar; su parecido con Naomi, la poderosa líder bruja, era inconfundible ahora.

—¿Eres el *sobrino* de Naomi? —pregunté, mi voz teñida de incredulidad.

Lucien sonrió con suficiencia, claramente disfrutando de mi sorpresa. —Culpable de los cargos.

—Eso explica mucho —murmuré, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, ya que ambos vamos al mismo lugar, ¿quieres compartir el viaje? —ofreció, su tono ligero pero sincero.

Dudé por un momento antes de asentir. —Claro.

Mientras salíamos de la oficina juntos, mi mente corría. El sobrino de Naomi, aquí en la escuela de Finn, encantador e ingenioso, y ahora, dirigiéndose a la reunión del consejo conmigo. Este día estaba resultando ser más interesante de lo que había anticipado.

CAPÍTULO 21



JULIUS

El sol apenas había salido, sus tenues rayos derramándose por las ventanas de mi cabaña privada. La quietud de la mañana era inquietante, el silencio demasiado pesado para ignorarlo.

Estaba sentado al borde de mi cama, teléfono en mano, mirando fijamente el nombre de Raven en la pantalla. Ya la había llamado dos veces. Sin respuesta. Le había enviado mensajes, sin respuesta.

No había regresado a la casa de la manada, y había dormido solo en esta habitación. Había sido una noche fría y larga. Me había acostumbrado a tenerla a mi lado estas últimas semanas, lo que contrastaba enormemente con nuestra primera noche.

La repentina reaparición de Mira no podía haber sido fácil para ella, sin importar lo compuesta que hubiera parecido.

Apreté los dientes, mi pulgar suspendido sobre su nombre otra vez. Llamarla por tercera vez parecía desesperado, pero necesitaba saber que estaba bien.

Entonces recordé.

El día de nuestra boda, me habían dado información de contacto de su familia inmediata—algo práctico, algo en lo que confiar en caso de emergencias. El nombre de Finn destacaba en la lista. Su hermano menor. Me desplacé hacia abajo y pulsé llamar.

El teléfono apenas sonó dos veces antes de que la voz de Finn respondiera, aguda y ya molesta.

—¿Quién es y qué quieres?

Directo al punto, sin cortesías.

—Finn. Soy el Alfa Julius —comencé, manteniendo mi voz uniforme —. Necesito saber dónde está Raven.

—Está bien —respondió secamente—. No es que sea asunto tuyo.

Apreté la mandíbula. —Es asunto mío. Es mi esposa.

Hubo una pausa, y prácticamente podía sentirlo poniendo los ojos en blanco al otro lado de la línea.

—¿Ah, sí? —dijo Finn, su tono goteando sarcasmo—. Qué forma tan curiosa de demostrarlo.

Sus palabras golpearon más fuerte de lo que deberían, pero intenté mantener la calma. —No estoy tratando de pelear contigo, Finn. Solo quiero asegurarme de que está bien.

—Está en casa —dijo, suavizando ligeramente la dureza de su tono —. Volvió ayer para el entierro de la Anciana Rose. Lo *sabrías* si realmente hablaras con ella en lugar de hacer lo que sea que hayas estado haciendo.

Mi pecho se tensó. —No lo sabía.

—Por supuesto que no —espetó Finn—. Estabas demasiado ocupado haciendo lo que sea que haces en esa cabaña tuya.

—Finn...

—No —interrumpió, elevando su voz—. ¿Te das cuenta siquiera por lo que ha pasado? ¿*Conoces* siquiera a mi hermana?

Sus palabras me dejaron momentáneamente sin habla. No se equivocaba. ¿*Realmente* conocía a Raven?

—No pretendía lastimarla —dije en voz baja, la confesión sabiendo amarga en mi lengua.

—No importa lo que pretendías —replicó Finn—. Lo que importa es lo que hiciste. O lo que no hiciste.

La línea quedó en silencio por un momento, el peso de sus palabras asentándose pesadamente en el aire.

—Probablemente solo necesita algo de espacio. Llámala más tarde, supongo. Intentaré encender su teléfono. —Luego añadió—: Puede parecer y actuar toda compuesta y tranquila, pero guarda mucho encerrado dentro. Solo porque no se esté derrumbando no significa que esté bien. Volverá cuando esté lista. Pero quizás deberías encontrar una manera de arreglar tu comportamiento para cuando lo haga.

La franqueza dolía, especialmente viniendo de alguien mucho más joven que yo, pero era difícil discutir con él.

—¿Algo más o hemos terminado? —preguntó Finn, su tono nuevamente cortante.

—No —dije, mi voz más queda de lo que pretendía—. Eso es todo.

—Bien —dijo, y la llamada terminó abruptamente.

Me quedé mirando el teléfono en mi mano. Era un chico grosero y directo. Pero esta era su hermana, y si algún tipo hubiera lastimado a Lyra, ni siquiera creo que le daría la decencia de una conversación.

Raven había ido a casa, no solo para el entierro, sino porque el regreso repentino de Mira la había afectado más de lo que dejaba ver. Finn tenía razón—debería haberlo visto.

Pero no lo vi.

Pasé una mano por mi cabello, exhalando fuertemente. La culpa me desgarraba, mezclándose con una impotencia a la que no estaba acostumbrado. Nunca había sido bueno dejando entrar a las

personas, pero con Raven era diferente. Ella merecía más de mí—más honestidad, más vulnerabilidad.

La pregunta era, ¿podría dárselo antes de que fuera demasiado tarde?

* * *

Me dirigí a mi oficina en la cabaña general y me acomodé en la silla detrás de mi escritorio, rodeado por el familiar aroma a madera y papel añejo. Odiaba el papeleo. Pero era necesario, las tareas mundanas que mantenían el negocio de construcción funcionando sin problemas, especialmente ahora con tanto que gestionar. Había estado delegando más de lo habitual, dejando la mayor parte del trabajo a mi capataz, pero aun así, las cosas se habían acumulado en la oficina. Correos electrónicos. Informes financieros. Aprobaciones. Órdenes de cambio.

El papeleo se extendía ante mí, como una montaña siempre creciente de tareas que tomaría una eternidad escalar. Intenté concentrarme, clasificando las pilas, firmando documentos, revisando presupuestos y asegurándome de que todo estuviera en orden. Pero mi mente seguía desviándose hacia la conversación que tuve con Raven, cómo su ausencia de la casa de la manada hacía que todo se sintiera inestable.

La puerta de mi oficina se abrió con poco aviso.

—Mira —dije, mi voz baja mientras levantaba la mirada de la pila de papeles.

Ella estaba allí, enmarcada por la puerta, desprevenida, pero algo sobre su presencia se sentía fuera de lugar. De hecho, su presencia estaba tan fuera de lugar que comenzaba a irritarme. Inclinó la cabeza, sus labios curvándose en una sonrisa socarrona que se sentía demasiado familiar, como un fantasma del pasado regresando para atormentarme. —Así que, ¿así es como son las cosas ahora? Me

has estado evitando, Julius. ¿Ni siquiera una charla después de todos estos años? ¿Un pequeño tête-à-tête?

¿De qué demonios podríamos hablar? Aún tenía problemas para procesar que estuviera viva y saludable. Simplemente no podía lidiar con ella. Era como otro elemento en mi lista de pendientes.

Sentí que mi pecho se tensaba, pero permanecí quieto, mi postura rígida mientras dejaba el bolígrafo, concentrándome en ella. —El momento es... malo —admití, reclinándome en mi silla—. Reapareces después de todo este tiempo, y estás empeñada en quedarte en mi manada. Entiendo que no puedes exactamente regresar a tu aquelarre, pero tenemos que encontrar otro lugar donde puedas vivir. Estoy casado ahora y tu presencia no es exactamente lo mejor en este momento.

Ella no se inmutó ante la mención del hecho de que estoy casado, pero el destello de algo que no pude identificar cruzó su rostro. Entró en la habitación, sus tacones resonando contra el suelo mientras se acercaba al escritorio. Usar tacones era lo más aleatorio que había visto jamás. —¿Casado, eh? Entonces, ¿es algo serio?

—Me alegra que estés viva, de todas formas. No merecías morir de forma tan brutal —dije, las palabras saliendo más lentamente de lo que había pretendido mientras la observaba atentamente.

Algo estaba mal. Mira no solo parecía diferente; *actuaba* diferente. Esa personalidad de torbellino había desaparecido, reemplazada por alguien astuto.

Tragué, tratando de apartar los pensamientos. —¿Qué has estado haciendo todos estos años, Mira? ¿Adónde *fuiste*?

Sus ojos parpadearon por un breve momento, un destello de algo que no *pertenecía*. Pero se recuperó rápidamente, volviendo esa sonrisa confiada. —No morí, como puedes ver, Julius —dijo, su tono casi pragmático—. Un amable samaritano—un hada, en realidad—

me encontró después de que... me desecharan. Él me curó, me devolvió a la vida.

Parpadeé, tratando de procesar sus palabras. Nada de esto tenía sentido. —¿Un hada?

Ella asintió, entrecerrando los ojos ligeramente, como si esperara que yo entendiera. —Sí. Me acogió, me cuidó hasta que me recuperé. Estoy aquí por él, y no fue fácil.

Me incliné hacia adelante, luchando por darle sentido a sus palabras. No cuadraba. Los tiempos no coincidían. Todo se sentía mal. —¿Me estás diciendo que no estabas muerta, pero todos pensaban que lo estabas? ¿Y ahora simplemente... vuelves? ¿Después de todo este tiempo?

Ella dio un encogimiento de hombros despreocupado, como si nada de eso importara realmente. —Tenía mis razones. Las cosas cambian, Julius.

—Sí, pero...

—¿Dónde está mi hija? —preguntó repentinamente, su voz aguda, la pregunta colgando en el aire como una bomba.

Me congelé. El aire en la habitación pareció espesarse.

Mi corazón comenzó a acelerarse. Podía sentir el peso de su pregunta presionándome, cada palabra suspendida entre nosotros como una nube de peligro inminente. Tenía que ser cuidadoso aquí. No podía dejarle saber todo, no aún.

El impulso de mentir surgió en mi pecho. Podría decirle que Elara había muerto, que la historia del síndrome de muerte infantil era cierta. Sería fácil. Nunca tendría que saber la verdad.

Antes de que pudiera responder, mi teléfono sonó, sacudiéndome del momento.

Miré la pantalla y vi el nombre de Henri parpadeando. El momento no podría haber sido mejor.

—Tendré que contestar esto —dije, con voz tensa. Miré de nuevo a Mira, endureciendo mi mirada—. Hablaremos de esto más tarde.

Los labios de Mira se separaron, una expresión de frustración cruzó su rostro, pero no protestó. Ni se marchó.

Atendí el teléfono.

—Henri, ¿qué pasa?

—Hay una reunión de emergencia del consejo —la voz de Henri llegó con urgencia—. Se requiere la asistencia de todos los miembros disponibles. Es por el bien del pueblo, así que no pierdas tiempo.

Miré a Mira, que seguía allí de pie, con una expresión ilegible. No quería lidiar con ella ahora, especialmente cuando las cosas eran tan complicadas. Pero la reunión no podía esperar.

—Entendido —dije, con voz más cortante de lo habitual—. Llegaré tan pronto como pueda.

Antes de que Henri pudiera decir algo más, colgué, guardando el teléfono en mi bolsillo.

Mira no se movió, su presencia una vista desagradable en la habitación. Literalmente me ponía la piel de gallina.

—Tengo que irme —murmuré, levantándome rápidamente, pero ella me agarró del brazo cuando me dirigía hacia la puerta.

—Iré contigo —dijo, su voz teñida de un desafío que no podía ignorar.

Hice una pausa, con la mano aún en el pomo de la puerta, sintiendo la irritación burbujeando en mi pecho. —Mira, este no es el momento. —Me solté de su agarre como si su toque quemara. Yo pertenecía a Raven.

Ella arqueó una ceja, una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios. —Ya no puedes decirme lo que es "apropiado". He estado muerta. Creo que me he ganado el derecho de decidir por mí misma.

Suspiré, sintiendo la presión de la situación acumulándose, pero no discutí. No podía seguir evitando lo inevitable.

—Bien —murmuré—. Pero no causes una escena.

Ella sonrió con suficiencia, sus ojos brillando con ese mismo viejo desafío que una vez admiré pero que ahora me irritaba. —Ni lo soñaría.

Cuando llegamos al Salón del Consejo, la reunión se asemejaba a una asamblea de ayuntamiento—abierta a todos los interesados, con una sensación de urgencia que no había estado presente en las últimas reuniones.

Mientras caminaba por el salón, la mezcla habitual de seres sobrenaturales—hombres lobo, brujas, hadas—llenaba el espacio, cada uno susurrando entre ellos en tonos bajos. El aire estaba cargado de tensión, y podía sentir que algo no estaba bien.

Mi mirada recorrió la multitud, buscando rostros familiares, y entonces vi a Raven.

Y con ella, un hombre que no reconocí.

Estaban parados cerca del borde de la sala, y cuando Raven se giró hacia él, sonrió—sonrió genuinamente. El tipo de sonrisa que me hacía apretar el estómago.

El hombre le hablaba, sus palabras demasiado distantes y suaves para que mi agudo oído las captara por encima de las voces parlanchinas. Pero la forma en que ella lo miraba—atenta, relajada, riendo—hizo que algo frío se enroscara en mi pecho.

Una ola de celos, cruda e inesperada, me inundó.

Raven volvió a reír por algo que el hombre había dicho, y se sintió como un puñetazo en el estómago. Ni siquiera me había notado aún.

Siempre había estado orgulloso de mi capacidad para mantener el control de mis emociones, para mantener la cabeza fría incluso en las situaciones más desafiantes. Pero ahora, ¿no estaba seguro de lo que sentía.

—Mira, ¿podemos hablar más tarde? —murmuré, sin quitar los ojos de Raven y el desconocido.

Ella arqueó una ceja, observándome por un momento antes de que su mirada se desviara hacia Raven y el hombre.

—Estaré aquí —dijo, su voz plana pero impregnada de algo que no pude descifrar del todo—. Pero no me iré hasta que obtenga algunas respuestas.

Di un paso adelante, mi mente acelerada con preguntas que no podía responder, emociones que no podía procesar. La persona junto a Raven—era alto, con cabello oscuro y una sonrisa que parecía demasiado familiar. Había algo inquietante en la forma en que Raven interactuaba con él.

No me había preparado para esto—no me había preparado para la forma en que mis emociones reaccionarían al verla con alguien más, aunque no tenía derecho a sentir celos.

Pero estaba ahí, un dolor que me corroía el pecho y que no desaparecería.

Mientras daba otro paso adelante, Raven finalmente me notó, sus ojos encontrándose con los míos a través de la habitación llena de gente. Por un momento, dudó, su sonrisa vacilando ligeramente, antes de darme un educado asentimiento.

El hombre a su lado siguió su mirada y luego se irguió, con una expresión ilegible en su rostro.

Me detuve en seco, formándose un nudo en mi garganta.

—Julius —dijo Raven, su voz firme pero con un toque de cautela—. Este es Lucien. Es profesor en la academia.

Lucien. El nombre no me sonaba familiar, pero la forma en que me miraba—tranquilo, casi conocedor—me erizó la piel.

—Lucien —dije, ofreciendo un rígido asentimiento, tratando de mantener mi voz neutral—. Un placer conocerte.

Él devolvió el asentimiento, sus labios curvándose en una sonrisa educada.

Raven se volvió hacia mí, su expresión ilegible. —¿Está todo bien?

Tragué, luchando contra la frustración que amenazaba con desbordarse. —Sí, solo... necesitaba llegar a la reunión.

Ella asintió, pero hubo un destello de algo en sus ojos—algo que no pude identificar.

No pertenecía a este momento, no con lo feliz que ella se veía sin mí.

La tensión en el aire era espesa mientras trataba de sacudirme la sensación de ser un intruso. Sentía que estaba interrumpiendo algo privado, aunque tenía todo el derecho de estar aquí. No podía seguir parado allí, observándolos. Era enloquecedor.

Necesitaba distancia.

Me alejé abruptamente, ignorando la forma en que mi pecho se tensaba con una emoción que no podía nombrar. Mis pasos eran firmes, decididos, mientras caminaba por la sala hacia el fondo donde Mira estaba parada. La mirada de Mira me siguió, y pude sentir la ligera sonrisa en sus labios mientras observaba mi retirada.

No me importaba. Estaba harto de la farsa de pretender que lo tenía todo bajo control. Los celos borboteaban dentro de mí, implacables. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para calmar la sensación roedora en mi estómago.

Me acerqué al lado de la sala donde estaba Mira, mis ojos aún deteniéndose en Raven un momento más de lo que quería admitir. El hombre a su lado—Lucien—me estaba observando. Me irritaba más de lo que debería.

—Sentémonos —le dije a Mira, tratando de mantener mi voz nivelada. No quería involucrarme en nada más allá de lo necesario.

Mira no necesitó más estímulo. Me siguió hasta los asientos, una sonrisa astuta tirando de sus labios mientras percibía el cambio en mi estado de ánimo. Nos acomodamos en los asientos en la parte trasera de la sala. Los miembros del consejo continuaron murmurando entre ellos, la conversación como un zumbido bajo en el fondo. Pero no podía concentrarme en nada de eso. Mi mente seguía volviendo a Raven, a la forma en que Lucien la miraba.

La voz de Mira interrumpió mis pensamientos. —Sabes, nunca fuiste el mejor ocultando tus sentimientos.

La miré, luchando contra el impulso de estallar. —¿A qué te refieres?

Sus labios se curvaron en una sonrisa socarrona, y pude ver el brillo de algo conocedor en sus ojos. —Es obvio. La forma en que la miraste, Julius. No engañas a nadie.

Apreté los dientes. —No estoy de humor para esto, Mira.

Sus ojos brillaron con diversión. —La verdad es extraña, ¿no es así? Realmente te gusta tu matrimonio arreglado. Incluso amas a tu esposa.

Apreté los puños, las palabras clavándose en mí como una hoja. —Basta, Mira.

Los celos eran sofocantes, y odiaba que hubiera bastado tan poco para descomponerme.

Luché por calmarme, dejando que el murmullo de voces a mi alrededor me envolviera, pero la tensión en mi pecho no disminuyó.

Tenía que concentrarme en la reunión. Tenía que superar el ruido emocional que nublaba mis pensamientos.

CAPÍTULO 22



RAVEN

El Salón del Consejo estaba más silencioso de lo habitual, pero el silencio no traía paz. Traía tensión. El tipo de tensión que se siente justo antes de una tormenta: un peso pesado y opresivo que presionaba sobre mi pecho.

No podía evitar que mis ojos vagaran hacia Julius y Mira.

El cuerpo de Mira parecía pegado al de él, cada uno de sus movimientos era un esfuerzo deliberado para mantenerse anclada a él. Se inclinaba cerca cuando hablaba, con una sonrisa coqueta y empalagosa, como si estuviera compartiendo secretos que solo él debía escuchar. Odiaba lo casual que parecía, lo fácil que ella hacía parecer reclamar su espacio junto a él.

Pero lo que más me molestaba era Julius.

No se alejaba, pero tampoco se acercaba. Su expresión era indescifrable, sus hombros rígidos. Me preguntaba si siquiera se daba cuenta de que la mano de Mira descansaba ligeramente sobre su brazo, como si estuviera marcando su territorio.

Mi loba se agitó inquieta dentro de mí, un gruñido bajo vibrando en mi pecho.

Aparté la mirada, obligándome a concentrarme en otra cosa, cualquier cosa. Henri estaba sentado a unas pocas filas de distancia,

inmerso en una conversación con uno de los miembros ancianos de la manada. Los miembros del consejo murmuraban en voz baja, sus expresiones serias, casi sombrías. Mis padres entraron después de lo que pareció una eternidad de espera. Mi padrastro, Valric, me hizo un gesto tranquilizador mientras mi madre, Calista, tomaba su lugar entre las brujas al frente. Ella no miró en mi dirección, su atención completamente centrada en la conversación que se desarrollaba entre Naomi Thorne y el líder Alfa.

Me acomodé en mi asiento, tratando de librarme de la inquietud que me atormentaba. Pero era difícil ignorar la extraña energía que persistía en el aire.

La magia en la sala se sentía... diferente. Al principio fue sutil, solo un leve cambio en el habitual zumbido de poder que nos rodeaba. Pero a medida que pasaban los minutos, la sensación se volvió más fuerte, más pesada. Era como si las protecciones que resguardaban este lugar estuvieran debilitándose, dejando que algo oscuro se filtrara por las grietas.

Me estremecí, envolviéndome con mis brazos mientras escaneaba la sala nuevamente.

Y entonces Mira giró la cabeza, su mirada encontrándose con la mía.

Su sonrisa se ensanchó, lenta y deliberada, como si supiera exactamente lo que yo estaba pensando. Había un destello travieso en sus ojos.

Apreté los dientes, negándome a apartar la mirada. Estaba jugando un juego, pero no iba a dejar que ganara. Pero incluso mientras sostenía su mirada, un extraño escalofrío recorrió mi columna vertebral. No era solo ira o celos—había sentido esas emociones antes, y esto era algo completamente distinto. ¿Se parecía a... miedo?

Había algo mal con Mira.

La sala se sentía más fría ahora, el aire cortante contra mi piel. Miré hacia los miembros superiores del consejo, esperando algún tipo de tranquilidad, pero sus expresiones solo profundizaron mi inquietud.

Naomi Thorne estaba en el centro del grupo, su presencia imponente era imposible de ignorar. Su voz era tranquila, pero había una tensión en su mandíbula que no había visto antes. Hizo un gesto hacia el líder Alfa, sus movimientos agudos y precisos, como si estuviera tratando de enfatizar un punto.

Fuera lo que fuese que estaban discutiendo, no era bueno.

Intenté concentrarme en su conversación, pero la energía opresiva en la sala era demasiado distractora. La magia se sentía viva, envolviéndome como una mano invisible.

Miré hacia las ventanas, esperando ver nubes de tormenta reuniéndose afuera, pero el cielo estaba despejado. Demasiado despejado. La luz del sol que se filtraba a través de las vidrieras se sentía antinatural, casi burlona en su brillo.

Respiré profundo, obligándome a mantener la calma. No era la primera vez que estaba en una sala llena de magia poderosa, pero algo sobre el día de hoy se sentía diferente.

El consejo estaba ocultando algo.

No sabía qué era, pero podía sentirlo. Me incliné hacia adelante en mi asiento, mis ojos volviendo a Julius. Ahora él estaba mirando a Mira, su expresión tensa, su mandíbula apretada.

Por un momento, me pregunté si él también lo sentía: la oscuridad deslizándose en la sala, la sensación de que algo estaba a punto de romperse.

No tuve tiempo de reflexionar sobre ello. La voz de Naomi resonó, clara y aguda, silenciando los murmullos alrededor de la sala. —Comencemos —dijo, con un tono que no dejaba lugar a discusión.

La sala cayó en un silencio incómodo, la tensión tan espesa que apenas podía respirar. Miré alrededor del salón, mi loba inquieta mientras la reunión comenzaba oficialmente. El recuerdo de la última reunión pesaba en mi mente: el caos, las acusaciones, la forma en que todo se había desenredado tan rápidamente. Mi amuleto se había roto en el frenesí, pisoteado en el caos de la sala, y aunque nadie había resultado herido ese día, se sentía como una advertencia.

—Estamos aquí hoy porque Valle Sombraluna se encuentra en una encrucijada —comenzó ella, con tono firme pero cargado de urgencia—. Los recientes ataques no solo han continuado, sino que han aumentado. Y se han vuelto más audaces.

Una oleada de murmullos se extendió por la sala, bajos y tensos.

Me senté más erguida, mis manos apretando el borde del banco.

Naomi continuó, su mirada recorriendo a los miembros del consejo reunidos. —Los resultados de la investigación sobre la muerte de la Anciana Rose han confirmado lo que temíamos. Fue un objetivo. Su muerte fue hecha para parecer natural, pero pudimos usar magia de rastreo y algunos otros rituales para descubrir que fue deliberada. Descubrimos que la magia oscura estuvo involucrada, debido al rastro que persistió en el lugar donde murió.

¿Magia oscura?

La sala zumbaba con voces susurradas, los miembros del consejo intercambiando miradas tensas.

Mi corazón se hundió. La muerte de la Anciana Rose me había conmocionado a mí y a mi aquelarre, pero saber que fue un ataque deliberado se sintió como otra grieta en la frágil paz a la que nos habíamos estado aferrando. Justo ayer le habíamos dado una ceremonia pacífica, solo para descubrir hoy que no había tenido una muerte pacífica.

Naomi levantó una mano, silenciando la sala una vez más. —Este no es el primer incidente. Y no será el último si no actuamos con decisión.

Se volvió hacia el líder Alfa, su expresión severa. —Hemos establecido un nuevo consejo para abordar estos problemas, un consejo que representa a todas las facciones, no solo a las brujas, hombres lobo y hadas. Los humanos tendrán voz, al igual que los grupos sobrenaturales más pequeños que han sido pasados por alto durante demasiado tiempo.

El anuncio no era nueva información; se había decidido durante la última reunión caótica. Pero escucharlo de nuevo, en esta sala, con todos presentes, lo hacía sentir real.

El líder Alfa asintió solemnemente, su voz profunda resonando por toda la sala. —Este nuevo consejo es un paso hacia la unidad. Pero la unidad por sí sola no detendrá los ataques. Necesitamos centrarnos en fortalecer la barrera. Esa es nuestra máxima prioridad.

El líder Alfa continuó, su voz volviéndose más dura. —El matrimonio apresurado tenía la intención de enviar una señal, de comenzar el proceso de reparación de la división entre facciones. Pero no ha detenido los ataques, y la barrera sigue tan frágil como siempre.

Sus palabras cayeron pesadamente, el silencio que siguió fue ensordecedor.

Desde el otro lado de la sala, Julius me miró. Por un momento, nuestros ojos se encontraron, y el nudo en mi estómago se apretó. Podía ver la tensión en su mandíbula, el destello de frustración en su mirada. Una parte de mí se sentía horrible, como si fuera *nuestra* culpa que la Anciana Rose hubiera muerto. Que Julius y yo no hubiéramos cumplido bien nuestro papel en la protección de nuestra gente. Esa era la razón principal por la que nos casamos en primer lugar.

Naomi habló de nuevo, su voz afilada. —No podemos permitir que el miedo dicte nuestras acciones. Este es un momento para la unidad, para la fuerza. El nuevo consejo comenzará su trabajo de inmediato, centrándose en identificar la fuente de estos ataques y reforzar la barrera. Es posible que tengamos que prepararnos para una guerra sobrenatural.

Sus palabras estaban destinadas a tranquilizar, pero solo aumentaron la inquietud que crecía dentro de mí. Algo de todo esto se sentía... mal.

A medida que avanzaba la reunión, las discusiones se volvieron más acaloradas. Los miembros del consejo debatían sobre el mejor curso de acción: algunos abogaban por medidas ofensivas inmediatas, otros presionaban por más investigación. Las voces se mezclaban, subiendo y bajando como olas que se estrellaban unas contra otras.

Mientras la reunión se prolongaba, mi mente retrocedió a la última vez que nos habíamos reunido aquí. El caos, los gritos, el momento en que mi amuleto se había hecho añicos bajo el pie de alguien. Ese día había sido una advertencia, un vistazo de lo rápido que todo podía desenredarse.

Ahora, sentada aquí de nuevo, no podía sacudirme la sensación de que estábamos al borde de algo mucho peor.

La sala estaba tensa, el aire denso con un peso que presionaba sobre mi pecho, haciendo difícil respirar. Naomi acababa de comenzar a delinear los próximos pasos para el nuevo consejo cuando la temperatura en el salón cayó. No fue un frío gradual, sino un frío abrupto y mordaz que recorrió el espacio, robando el calor del aire.

Me quedé paralizada.

La magia cambió a nuestro alrededor, pesada y antinatural, como si el aire mismo estuviera impregnado de malicia.

Y entonces sucedió.

Un fuerte chasquido partió el aire, como un rayo golpeando una piedra. La sala tembló, el suelo bajo mis pies se estremeció violentamente. Jadeos y gritos estallaron a mi alrededor mientras el sonido reverberaba por el salón. Mi loba gruñó, inquieta y alerta, mientras me aferraba al borde del banco para mantener el equilibrio.

La luz se atenuó aún más, las sombras reuniéndose de forma antinatural en las esquinas de la sala. Se movían como cosas vivientes, enrollándose y retorciéndose, estirándose hacia el centro del salón donde el Orbe de la Verdad descansaba sobre su pedestal.

—Mantened la calma —resonó la voz de Naomi, pero incluso ella no pudo ocultar la urgencia en su tono.

Las sombras convergieron repentinamente, formando un vórtice de oscuridad en el corazón del salón. Se retorció y agitó, la magia que irradiaba de él era tan oscura y densa que sentía que me estaba asfixiando.

Y entonces, desde el centro del vacío, emergió una figura.

Salió de las sombras como si fueran una extensión de sí mismo, alto y demacrado, su figura envuelta en túnicas rasgadas que parecían cambiar y moverse como humo. Su rostro era pálido y angular, con rasgos afilados iluminados por el tenue resplandor de las runas, y sus ojos... sus ojos ardían plateados, fríos y penetrantes, como lunas gemelas en un cielo oscuro.

El salón cayó en un silencio atónito, el peso de su presencia presionando sobre todos como una mortaja de hierro.

—Veo que he interrumpido vuestra pequeña reunión —dijo el hombre, su voz suave y baja, llevando un borde de malicia que envió un escalofrío por mi columna.

El poder que irradiaba de él era diferente a todo lo que había sentido antes: frío, opresivo y *antiguo*.

Naomi dio un paso adelante, su postura rígida, su voz firme a pesar del peligro evidente. —¿Quién eres?

Los labios del hombre se curvaron en una fría sonrisa. —Ah, Naomi Thorne. Ha pasado *mucho* tiempo.

La sala ondulaba con confusión, susurros estallando entre los miembros del consejo.

—Preguntaré de nuevo —dijo Naomi, su magia chispeando levemente en sus dedos—. ¿Quién eres?

La sonrisa del hombre se ensanchó, cruel y burlona. —¿No reconoces a tu propio hijo?

¿Qué. Demonios. Está. Pasando?

Un jadeo colectivo recorrió la sala, la revelación cayendo como un trueno. Mi respiración se atascó en mi garganta mientras miraba a Naomi, su máscara de compostura resquebrajándose por primera vez.

—Estás mintiendo —dijo ella, su voz temblando ligeramente.

El hombre inclinó la cabeza, su expresión casi compasiva. —Oh, Madre, me hieres. Después de todo lo que me hiciste, ¿todavía no puedes enfrentar la verdad?

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Dirigió su atención al Orbe, estrechando sus ojos plateados. —Esta... cosa —dijo, su voz goteando desdén—, ha sido la raíz de todas vuestras decisiones, ¿no es así? El grande y poderoso Orbe de la Verdad, decidiendo quién es digno y quién no.

Las sombras a su alrededor aumentaron, enrollándose más estrechamente mientras levantaba la mano. Magia oscura crepitaba en sus dedos, retorciéndose y serpenteando como llamas vivientes.

—Dejasteis que este artefacto dictara mi destino —continuó, su voz elevándose con ira—. Me echasteis a un lado, me abandonasteis

porque os dijo que yo era peligroso.

Antes de que alguien pudiera reaccionar, liberó la energía oscura, un estallido de magia negra y violeta disparándose desde su mano y golpeando el Orbe.

El artefacto se hizo añicos al instante, fragmentos de cristal brillante explotando hacia afuera en un cegador destello de luz. La fuerza de la explosión hizo que todos en la sala se encogieran o tropezaran hacia atrás, gritos de conmoción resonando por el salón. Las brujas lanzaron magia contra él. Los hombres lobo se levantaron, listos para atacar. Pero nadie parecía alcanzarlo. Él no estaba allí. Era una extensión de algo.

Cuando la luz se desvaneció, levanté la vista y el Orbe no era más que un montón de fragmentos rotos, su antes brillante resplandor extinguido.

El hombre estaba de pie en el centro de la destrucción, su expresión triunfante.

—Que esto sea el comienzo —dijo, su voz fría e inquebrantable—. Valle Sombraluna caerá, tal como vosotros permitisteis que *yo* cayera.

Volvió su mirada hacia Naomi, su sonrisa afilada y venenosa. —Prepárate, Madre. Porque os robaré a todos este hogar.

Con eso, desapareció, las sombras tragándolo por completo.

El silencio que siguió fue ensordecedor, el miedo de lo que acababa de suceder instalándose sobre la sala como una nube oscura, en marcado contraste con los cielos azules claros del exterior. Lentamente, la temperatura en el salón aumentó. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras miraba los restos destrozados del Orbe, la enormidad de lo que acababa de ocurrir hundiéndose en mí.

Valle Sombraluna ya no era seguro.

CAPÍTULO 23



RAVEN

El silencio en la Sala del Consejo era tan intenso que zumbaba. Era como si la habitación misma contuviera la respiración. Naomi permanecía en el centro, con la mirada fija en los restos destrozados del Orbe. El brillo que alguna vez había significado su poder ya no existía, dejando solo fragmentos irregulares y oscuras marcas de quemaduras humeantes.

Las estremecedoras palabras del hombre resonaban en mi mente: —Prepárese, Madre, porque les arrebataré este hogar a todos ustedes.

Los miembros del consejo permanecían inmóviles, aturdidos por la revelación de que nuestro enemigo no era simplemente otro practicante rebelde de magia oscura, sino el hijo de Naomi.

Naomi enderezó los hombros, su expresión era una máscara inquebrantable de autoridad. Pero ni siquiera ella podía ocultar la tensión en su mandíbula, la forma en que sus manos temblaban ligeramente antes de entrelazarlas tras su espalda.

—Este ataque —comenzó, su voz cortando el silencio—, ha confirmado lo que temíamos. El reciente aumento de ataques, las marcas de quemaduras, el debilitamiento del escudo... todo ha sido orquestado por Sliv, a quien acabamos de *ver*.

Estallaron murmullos, voces superponiéndose en incredulidad y enojo.

—¿Sliv? ¿O más bien, *su* hijo? —gruñó uno de los ancianos hombre lobo, con tono acusatorio—. ¿Y no pensó en advertirnos?

Naomi levantó la mano, y la sala volvió a quedar en silencio. —No pensé que llegaría a esto. Sliv fue desterrado hace mucho tiempo precisamente por la magia que ahora está usando contra nosotros.

Su mirada recorrió la habitación, endureciendo su tono. —Tomé esa decisión porque el Orbe de la Verdad lo declaró peligroso. Su don, si es que se le puede llamar así, es magia *Nula*.

La sala reaccionó al instante, una ola de inquietud se extendió entre la multitud. No fui la única que se estremeció al escuchar ese nombre.

Naomi continuó, su voz firme. —Para beneficio de quienes no son brujas y no saben lo que eso significa, la magia Nula no es un don con el que alguien nace naturalmente. Es una corrupción, una habilidad para absorber la magia y la fuerza vital de otros. Quienes la manejan se fortalecen consumiendo el poder de quienes los rodean, dejando destrucción a su paso.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una nube oscura, y mi lobo se agitó inquieto dentro de mí. No podía imaginar cómo se sentía ella, sabiendo que su propio hijo, *sangre de su sangre*, estaba detrás de todas esas muertes atroces. Se necesitaba mucho valor para permanecer aquí y dirigirse a nosotros, especialmente después de lo que acababa de suceder.

—Los ataques de Sliv dejan marcas de quemaduras porque son un subproducto de su magia. Cuando drena poder, deja un residuo, una huella de la energía que ha robado. Cada ataque, cada muerte ha llevado su firma.

Julius se puso de pie abruptamente, su presencia imponente mientras su voz profunda resonaba. —¿Entonces ha estado drenando el escudo? ¿Rompiéndolo pedazo a pedazo?

Naomi asintió, su mirada encontrándose con la de él. —Sí. El escudo se ha debilitado porque Sliv está absorbiendo su poder. Y ahora que el Orbe está destruido, su magia protectora ha desaparecido por completo. El escudo podría colapsar pronto si no actuamos rápidamente.

—¿Qué propone que hagamos? —preguntó un miembro del consejo fae.

Naomi levantó la barbilla, su tono resuelto. —Contraatacaremos. La magia Nula no es invencible, pero contrarrestarla requiere rituales antiguos, magia que toma tiempo y precisión preparar.

—¿Y cuánto tiempo llevará eso? —preguntó una representante humana, su voz teñida de miedo.

Naomi dudó, aunque brevemente. —No es un proceso sencillo, así que no puedo dar un plazo exacto.

Los murmullos se reanudaron, más fuertes esta vez, el miedo y la frustración ondulando por la sala.

—¡Esto es lo que sucede cuando el poder se concentra en manos de unos pocos! —gritó alguien—. ¡Si el nuevo consejo hubiera estado establecido antes, podríamos haber detectado esto antes de que escalara!

La voz de Naomi cortó el ruido como un látigo. —No es momento de señalar culpables. El nuevo consejo está en funcionamiento ahora y cumplirá su propósito. Pero en este momento, nuestra atención debe centrarse en proteger a Moonshade Hollow.

Miré a Julius, que había vuelto a su asiento. Mira seguía a su lado. No podía leer su expresión, pero sabía que estaba enfadado.

Al concluir la reunión, no pude quitarme la sensación de que esto era solo el principio. El ataque de Sliv no fue solo un mensaje: fue una declaración de guerra.

Y estábamos lamentablemente desprevenidos.

* * *

No podía apartar los ojos de Mira.

Estaba sentada cerca de Julius, pero su atención no estaba en él. Su mirada era penetrante, concentrada en Naomi y el consejo como si memorizara cada palabra. Apretaba la mandíbula y sus dedos tamborileaban ligeramente contra la mesa en un ritmo que no parecía energía nerviosa. Parecía calculado.

¿Por qué está prestando tanta atención?

No me di cuenta de que la estaba fulminando con la mirada hasta que Mira se movió en su asiento y miró en mi dirección. Captó mi mirada y arqueó una ceja, con una leve sonrisa de suficiencia en los labios.

Mi lobo se agitó, inquieto, como si percibiera que algo no estaba bien.

La reunión continuó, las voces subían y bajaban mientras los miembros del consejo debatían los siguientes pasos. Mira se inclinó hacia Julius, susurrándole algo que lo hizo fruncir el ceño. Apreté los puños, obligándome a mirar hacia otro lado.

Pero cuando volví a mirar momentos después, Mira había desaparecido.

Su silla vacía provocó una chispa de sospecha que recorrió mi interior.

Escudriñé la sala, mi lobo merodeando inquieto dentro de mí, y la vi deslizándose por la puerta lateral de la Sala del Consejo. Se movía rápidamente, sus movimientos casi demasiado suaves, como alguien acostumbrado a evadir la atención.

Sin pensar, me levanté y la seguí.

El aire exterior era fresco, pero hizo poco para enfriar el fuego que crecía en mi pecho. La alcancé cuando entraba en el borde sombreado del patio, su cabeza girando ligeramente como si sintiera que estaba detrás de ella.

—Mira —la llamé, con voz cortante.

Se detuvo pero no se dio la vuelta. —¿Qué quieres, Raven? —preguntó, su tono casual pero impregnado de algo que me puso los dientes en tensión.

—Quiero saber por qué te estás escapando de una reunión que concierne a la seguridad de todos en Moonshade Hollow —dije, cruzando los brazos mientras me detenía a unos metros de distancia.

Mira se giró lentamente, su sonrisa de suficiencia firmemente en su lugar. —¿Escapando? Solo salía a tomar un poco de aire. No todo el mundo prospera en habitaciones sofocantes llenas de paranoia y política.

—Momento conveniente —dije, entrecerrando los ojos.

Mira inclinó la cabeza, fingiendo inocencia. —¿Me estás acusando de algo, *Luna*? —Prácticamente escupió el título, profundizando su sonrisa de suficiencia.

—Solo digo que tu repentina desaparición es sospechosa —respondí.

Ella se encogió de hombros, acercándose más, con los ojos brillantes. —Bueno, ya que estás tan interesada, siéntete libre de acompañarme mientras respiro un poco de aire fresco. ¿O seguirme es tu nuevo pasatiempo?

Sus palabras dolieron, pero no retrocedí. Mi lobo gruñó bajo en mi pecho, urgiéndome a actuar.

No sabía qué estaba buscando, pero mis instintos me dijeron que no dejara pasar este momento. La magia zumbaba débilmente en mis dedos mientras murmuraba un hechizo en voz baja, el encantamiento saliendo de mi lengua con facilidad.

Una brisa sutil giró entre nosotras, rozando a Mira mientras recogía algunos mechones sueltos de su cabello. Flotaron hacia mí, sin que ella lo notara, y se posaron suavemente en mi palma.

Cerré los dedos alrededor de ellos, con el corazón acelerado.

—¿Has terminado de interrogarme? —preguntó Mira, entrecerrando ligeramente los ojos.

—No —dije, ocultando mi mano detrás de mi espalda—. Solo me pregunto cómo alguien que ha estado ausente durante años de repente tiene tanto interés en asuntos del consejo.

La sonrisa de Mira desapareció por un momento, reemplazada por algo más afilado, más frío. —Deberías concentrarte en tus propios problemas, Luna. Tu apresurado matrimonio no parece estar resolviendo mucho, ¿verdad?

Sus palabras fueron como un cuchillo, pero me negué a dejar que viera cuán profundamente me cortaron.

—¿Y qué hay de ti? —repliqué—. Has estado aquí apenas cinco minutos y, sin embargo, actúas como si pertenecieras a cada rincón de este pueblo. ¿Por qué es eso?

Mira se acercó más, bajando su voz a un susurro peligroso. —Porque yo sí pertenezco aquí, Raven. Más de lo que tú jamás lo harás.

Antes de que pudiera responder, giró sobre sus talones y se alejó a zancadas, sus movimientos suaves y deliberados.

Me quedé clavada en el sitio, con el corazón palpitando mientras observaba su figura alejándose. Mi lobo gruñó suavemente, inquieto, mientras abría la palma y miraba los mechones de cabello rubio que había tomado.

Fuera lo que fuera que Mira estuviera ocultando, iba a descubrirlo.

Y me aseguraría de que no destruyera todo lo que había luchado tanto por proteger.

Antes de que pudiera decidir qué hacer a continuación, una voz suave pero firme sonó detrás de mí.

—Raven.

Me giré para ver a mi madre, Calista, caminando hacia mí, su rostro tranquilo pero sus ojos afilados. Naomi la seguía de cerca, su presencia tan imponente como siempre. Rápidamente guardé el cabello de Mira en mi bolsillo.

—Necesitamos hablar —dijo Naomi, su tono no dejaba lugar a discusión.

Las seguí hacia un lugar tranquilo justo fuera del Salón, la tensión en el aire presionando contra mi pecho. Mi madre me miró, con los labios apretados en una fina línea.

Naomi fue la primera en hablar. —Raven, hay algo que debes saber. Algo que podría cambiarlo todo.

Sus palabras enviaron una ola de inquietud a través de mí, y mis palmas se humedecieron mientras mi lobo se paseaba dentro de mí.

—¿Qué es? —pregunté, mi voz firme a pesar de la tormenta que se gestaba en mi interior.

Los ojos plateados de Naomi se fijaron en los míos. —Tu naturaleza híbrida... podría ser la razón por la que el Orbe te eligió.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué? —respiré, con la voz apenas por encima de un susurro.

Mi madre se acercó, su mano apoyándose suavemente en mi brazo. —Raven, le conté a Naomi sobre tu identidad híbrida después de que tu amuleto fuera destruido en la última reunión del consejo.

Me tensé, mi lobo erizándose ante la revelación. —¿Se lo dijiste? ¿Por qué?

—Porque necesitaba saberlo —dijo mi madre suavemente, sus ojos verdes llenos tanto de tristeza como de determinación—. El Orbe no te eligió por casualidad. Tu conexión con la magia tanto de bruja como de hombre lobo es rara... es poderosa. Y podría ser lo único que pueda enfrentarse a Sliv.

Mi pecho se tensó, el peso de sus palabras presionándome. —¿Creen que se supone que debo luchar contra él? —pregunté, con la voz temblando ligeramente.

¿Como si fuera algún tipo de arma?

—Aún no —dijo Naomi con firmeza—. Pero tu naturaleza híbrida es única. Los hombres lobo están conectados con la tierra: fundamentados, estables. Las brujas, como tú, extraen su poder del aire: libres, fluidas. Tu vínculo con ambos te da el potencial para equilibrar esas fuerzas. Si puedes estabilizarte, Raven, podrías convertirte en una fuerza lo suficientemente fuerte como para contrarrestar la magia Nula de Sliv.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Negué con la cabeza, mi pulso acelerándose. —¿Estabilizarme? ¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

Naomi intercambió una mirada con mi madre antes de responder. —El vínculo.

Se me cortó la respiración.

—El vínculo con Julius —continuó Naomi—. Es más que un símbolo. Es una conexión, una fusión de magia y espíritu. Si eliges completarlo, extraerán fuerza el uno del otro, creando un equilibrio que podría mejorar tu poder. Pero...

Esperé, con el corazón palpitando mientras su voz se apagaba.

—Si no te vinculas con él, está bien —dijo mi madre suavemente, interviniendo—. Seguirás teniendo tu poder, pero no será tan

estable. Tu naturaleza híbrida es volátil, Raven. Siempre lo ha sido. El amuleto te ayudó a suprimirla, pero ahora que se ha ido...

Bajé la mirada hacia mis manos, recordando el caos de mi primera transformación. Las garras, los dientes, la ferocidad que casi le cuesta la vida a mi madre.

—Si quieres luchar contra Sliv, necesitarás control —dijo Naomi—. El vínculo con Julius no es tu única opción, pero es la más fuerte. Sin él, tu magia podría no ser suficiente para enfrentarte a la suya.

El aire se sentía pesado, cargado de magia y expectación. Miré entre ellas, sus rostros una mezcla de esperanza y preocupación, y sentí el peso de la decisión asentarse firmemente sobre mis hombros.

—Además —dijo Naomi—, hay un hechizo que quiero que aprendas. No es una solución, pero es un comienzo.

Levantó su mano, con magia chispeando en las puntas de sus dedos, y comenzó a tejer un patrón en el aire. Los símbolos brillaban tenuemente, su luz cálida y reconfortante, aunque impregnada de poder.

—Este hechizo te ayudará a concentrarte —explicó Naomi—. Se basará en ambos lados de tu naturaleza: tierra y aire. Practícalo. No te hará invencible, pero te dará ventaja.

Asentí lentamente, memorizando el intrincado patrón. Mi madre extendió la mano, su calidez contra la mía.

—Raven —dijo suavemente—, sé que es mucho. Pero siempre has sido más fuerte de lo que piensas. Sea lo que sea que decidas, creo en ti.

Sus palabras me provocaron un nudo en la garganta, pero lo tragué, asintiendo nuevamente.

Mientras me dejaban con mis pensamientos, el peso de su revelación se asentó sobre mí como una nube de tormenta. El Orbe

me había elegido por una razón, pero ¿podría realmente aceptar lo que eso significaba?

Mi lobo se agitó inquieto, y apreté los puños, mirando hacia la nada en particular.

Este enemigo —Sliv— se estaba fortaleciendo, y el tiempo se acababa.

CAPÍTULO 24



RAVEN

Cuando volví a entrar en la Sala del Consejo, todavía podía sentir la tensión persistente, todavía probar el miedo. No miré a nadie, con la mente puesta en largarme de aquí. Quería irme. Deseaba desesperadamente que mis poderes de bruja pudieran transformarme en un pájaro para volar lejos, muy lejos de aquí. Tal vez si ponía suficiente distancia entre yo y mis inminentes responsabilidades, no me sentiría tan abrumada por el peso de todo lo que cargaba sobre mis hombros.

No tenía razón para quedarme más tiempo de todas formas. Me palpitaba la cabeza, mis pensamientos eran un lío enredado de todo lo que acababa de aprender. Mi naturaleza híbrida. El vínculo. La razón por la que el Orbe me eligió.

Pero lo dejé a un lado.

Necesitaba respuestas, respuestas reales, sobre algo mucho más inmediato. Sobre esta Mira, esta bruja que me estaba poniendo de los nervios, presionando todos mis botones, mientras mantenía una sonrisa coqueta plasmada en su cara maliciosa.

Mientras agarraba mi bolso y me dirigía hacia la salida, vi a Lucien apoyado contra uno de los pilares masivos de piedra cerca de la parte trasera de la sala. Se había ido del lugar donde estábamos sentados juntos y yo ni me había molestado en buscarlo. Todo el mundo estaba abandonando lentamente la sala de reuniones, así

que no me habría sorprendido que también hubiera desaparecido como yo estaba a punto de hacer.

Su expresión era indescifrable, pero sus ojos afilados me miraron de reojo, y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

—¿Ya te vas? —inclinó la cabeza—. Y yo que pensaba que estábamos disfrutando del espectáculo.

Puse los ojos en blanco. —Eso difícilmente podría llamarse espectáculo, Lucien. Eso ha sido lo más aterrador que ha pasado en esta ciudad en mucho, mucho tiempo.

Él se rio. —Dado tu cambio de actitud desde que nos conocimos hoy, tengo la sensación de que estás a punto de hacer algo imprudente.

—¿Yo? Nunca —murmuré secamente.

Dejó escapar una suave risa, luego se apartó del pilar. —Bueno, entonces. Intenta no morir, Luna. Finn no estará contento con eso.

Ignoré el tono burlón en su voz y me alejé, dirigiéndome directamente a mi camioneta. Estaba tan consumida por mis propias emociones de ira, confusión y una especie de miedo que me mantenía a raya que ni siquiera pensé en comprobar si Julius seguía dentro de la sala de reuniones.

El viaje a casa fue rápido, mis manos agarrando el volante un poco más fuerte de lo necesario. Mi mente ya iba por delante, calculando mi próximo movimiento. Corriendo a mil por hora.

Cuando entré en el camino de entrada de la casa familiar, el sol comenzaba a ponerse. La fachada de la casa estaba iluminada, pero se sentía extrañamente silenciosa. Al entrar, casi esperando captar un rastro del débil aroma de hierbas asadas, no detecté nada más que magia persistente en el aire: una fuerte magia protectora. Tener un doble escudo alrededor de la casa podría parecer excesivo, pero nunca se era demasiado cuidadoso. Especialmente con lo que había estado sucediendo.

Finn estaba desparramado en el sofá, con un libro flotando a centímetros de su cara. Movió la muñeca, pasando las páginas sin tocarlas.

Apenas levantó la mirada. —Puedo sentir que estás estresada.

Vaya, qué perspicaz, Capitán Obvio.

Suspiré, arrojando mi abrigo sobre el respaldo de una silla. —Estoy estresada.

Finalmente me miró, luego se incorporó, con interés brillando en sus intensos ojos verdes. —Cuéntame. Y, tal vez también explica por qué esta casa está cubierta con algún hechizo mágico intenso. Mamá y papá entraron y salieron a toda prisa.

Efectivamente, aunque estaban ocupados, mamá y Valric habían venido a asegurarse de que la casa estuviera bien protegida. Para mi tranquilidad, eso era una preocupación menos.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué los mechones de pelo de Mira, sosteniéndolos frente a mí como si fueran serpientes rubias retorciéndose.

La mirada de Finn se dirigió hacia ellos y luego de vuelta a mí. Su expresión cambió instantáneamente, nublándose.

—¿De quién es ese pelo? —preguntó.

—La razón por la que estoy aquí.

—Oh, mierda.

—Oh mierda es correcto —murmuré.

Se incorporó, el libro cayendo sobre su regazo con un golpe dramático. —¿Por qué demonios tienes el *pelo* de esa bruja, Raven?

Oh, por supuesto que sabía que era el pelo de una bruja. Nada pasaba desapercibido para mi familia, especialmente cuando llegué a casa ayer hecha un desastre balbuceante.

Cerré el puño alrededor de los mechones. —¡Porque es una bandera roja andante y necesito saber qué demonios la motiva!

Finn se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas. —¿Vamos a hacer lo que creo que vamos a hacer? ¿Algún hechizo loco para ver recuerdos?

—Solo necesito saber la verdad.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Me encanta esto. ¿Es ella la razón por la que no estás cumpliendo con tus deberes de Luna ahora mismo?

Le lancé una mirada. —Sé serio. —Luego, añadí a regañadientes—: Tal vez.

—Estoy siendo serio —dijo, ya poniéndose de pie, rebotando ligeramente sobre la punta de sus pies—. Vamos, es bastante obvio. Si vamos a hacer esto, necesitamos hacerlo bien. Y, tío, estoy más que listo para esto.

Nos trasladamos a la mesa de la cocina, despejando espacio mientras Finn movía los dedos, haciendo que varias velas flotaran desde los estantes y se colocaran en un círculo perfecto. Agarró un pequeño cuenco plateado, colocándolo en el centro.

Se frotó las manos, con la emoción brillando en sus ojos. —Un Hechizo de Búsqueda Mental, ¿verdad?

—Sí.

Finn silbó. —Eso es magia profunda, hermana. Por suerte, tienes aquí a uno de los brujos masculinos más inteligentes y jóvenes.

Miré alrededor antes de encontrarme con su mirada. —¿Dónde?

—Aquí, duh. —Señaló su pecho.

Puse los ojos en blanco, pero una sonrisa se extendió por mi cara. —Entonces, ¿estás dentro?

Finn resopló. —Como si tuvieras que preguntar.

Entonces, comenzamos.

Rápidos. Trabajamos en perfecta sincronía, como cuando éramos más jóvenes, cuando cedía a sus travesuras, practicando hechizos divertidos en él. Hubo una vez en que Finn todavía estaba en un nivel de brujo junior e hizo que realizara un hechizo de Cambio de Voz en nosotros, solo para poder hacer llamadas de broma. Llamamos a todo tipo de personas (vecinos, amigos de la familia y demás), nuestras voces cambiando entre anciana y grave y áspera. Nos reíamos a carcajadas —al mejor estilo de brujas— cuando la gente al otro lado de la línea no podía darse cuenta de que estaban siendo objeto de una broma por parte de un par de jóvenes brujos.

Finn murmuró una suave invocación, y las llamas de las velas se elevaron con un violeta brillante y antinatural. Las sombras en la habitación se estiraron y oscilaron, respondiendo a la magia que crepitaba en el aire.

Dejé caer los mechones de pelo de Mira en el cuenco plateado.

Finn extendió su mano. —Una chispa, por favor.

Moví la muñeca, enviando una llama controlada hacia el cuenco. El pelo se rizó, se quemó, y entonces... el humo se volvió verde.

Finn sonrió. —Reacción perfecta.

Lo ignoré, concentrándome mientras el humo se espesaba, arremolinándose en patrones retorcidos sobre el cuenco. El aire olía fuerte y áspero, como hierbas quemadas. El olor invadió mis fosas nasales y se deslizó por mi garganta. Era incómodo, pero el resultado iba a valer la pena.

La voz de Finn adoptó una cadencia baja y melódica mientras pronunciaba la invocación.

—Desvela el pasado, el camino invisible, Guía al buscador a través del oscuro abrazo del tiempo. A través de humo y ceniza, muestra lo

oculto, Deja que la verdad se eleve, que los secretos sean revelados.

El humo verde se enroscó, formando figuras cambiantes y vivas. Mi pulso se aceleró.

Finn me miró. —Tienes que inhalarlo, ¿recuerdas?

Dudé.

Un Hechizo de Búsqueda Mental no era algo que debiera tomarse a la ligera. Si se hacía mal, podría atrapar a alguien dentro de los recuerdos de otra persona, dejándolos perdidos en el pasado.

Pero no tenía tiempo para ser cuidadosa.

"Tengo la sensación de que estás a punto de hacer algo imprudente".

Las palabras de Lucien regresaron a mí, como una advertencia.

Si pudieras verme ahora, Lucien.

Inhalé.

En el momento en que el humo entró en mis pulmones, el dolor explotó detrás de mis ojos. Una agonía aguda y punzante atravesó mi cráneo, y de repente, el mundo se inclinó. La cocina se volvió borrosa, la voz de Finn se volvió distante. Estaba cayendo, cayendo... Y luego estaba en otro lugar.

La oscuridad cambió.

Ya no estaba en mi casa. Ni siquiera estaba en Moonshade Hollow. Estaba dentro de la mente de Mira.

Jadeé mientras mi visión se ajustaba, mi cuerpo ingrávido, suspendido en una nebulosa onírica. Los bordes del recuerdo parpadeaban, moviéndose como humo atrapado en una tormenta. Y entonces...

Una mujer yacía sobre piedra fría, su pelo rubio apelmazado con sangre seca. Su respiración era entrecortada, superficial, su cuerpo apenas aferrándose a la vida.

Mira.

No estaba muerta. Todavía no.

Traté de moverme, de dar un paso adelante, pero no estaba realmente allí. Era una observadora, un fantasma silencioso atrapado dentro del pasado.

Una figura oscura se cernía sobre la forma rota de Mira, su presencia sofocante.

Sliv.

El pavor se acumuló en mi ser. Su presencia era inquietante, indecorosa. Sus ojos plateados brillaban, vacíos de calidez. —Escapaste por poco de la muerte —murmuró, casi pensativo.

Mira tosió, manchando sus labios de sangre. —Lo hice —respondió con voz áspera.

Sliv inclinó la cabeza, estudiándola. —Vives gracias a mí.

Se agachó junto a ella, sus dedos brillando con magia oscura. —Eres útil —dijo—. Y yo recompenso la utilidad. Pero hay algo que dejé fuera de nuestra cláusula.

Mira contuvo el aliento. —¿Qué quieres?

Sliv sonrió, lenta y maliciosamente. —Un trato. Estarás atada a mí por toda la eternidad. A mi lado. Para hacer mi voluntad. Para siempre. O, puedes arrastrarte al infierno y morir.

En el momento en que las palabras de Sliv salieron de sus labios, el aire en el recuerdo cambió, con oscuros zarcillos de energía deslizándose a través de la piedra fría bajo la forma temblorosa de Mira.

Estaba débil, demasiado débil, su respiración superficial, su cuerpo apenas aferrándose a la vida. Sin embargo, incluso a través del dolor, pude verlo. La duda. El agudo destello de cálculo en sus vidriosos ojos azules.

No era solo una mujer indefensa a las puertas de la muerte. Estaba considerando el trato.

Lo sentí, como una corriente en el recuerdo atrayéndome más profundamente: su desesperación. La necesidad cruda y roedora de sobrevivir, sin importar el costo. Y el costo iba a ser todo.

—Mira, no lo hagas —dije suavemente, aunque era inútil.

Nada de lo que hiciera o dijera aquí importaba. Y por primera vez desde que la había conocido, sentí lástima por ella. Estando tan cerca de la muerte, este trato con Sliv probablemente era su única oportunidad de vivir.

Tiempos desesperados. Medidas desesperadas.

—Un trato —susurró Mira, su voz apenas audible.

Los pálidos labios de Sliv se curvaron en una lenta sonrisa de complicidad. Se agachó junto a ella, sus largos dedos presionando ligeramente contra el suelo, donde un débil resplandor rojo pulsaba bajo la piedra.

—Vida por servicio —murmuró—. Un simple intercambio. Nada que no se haya hecho innumerables veces desde el principio de los tiempos.

Mira se estremeció, con la respiración entrecortada.

—Yo... —tragó saliva, su voz quebrada—. Solo quiero... ser libre.

Sliv rio suavemente. —Nadie es verdaderamente libre jamás.

Sus dedos trazaron el aire sobre su frente, dejando tras de sí símbolos resplandecientes: oscuras y onduladas líneas de poder.

—Pero puedo darte algo cercano a eso.

La respiración de Mira se entrecortó y, de repente, todo su cuerpo se arqueó fuera del suelo cuando una energía oscura penetró en ella.

Lo sentí.

Como mil agujas presionando mi piel, como si algo arrancara un pedazo de mi propia alma.

Mira gritó, no de agonía, sino de algo más. Algo más profundo.

Y entonces, la escena se fracturó.

Un dolor agudo atravesó mi cráneo, como si alguien hubiera aplicado una hoja dentada a mi mente.

Vacilé, luchando por permanecer dentro del recuerdo, pero el mundo giró violentamente, y de repente, estaba en otro lugar.

Mira estaba de pie ahora, su cuerpo entero, sanado, su pelo ya no enmarañado sino suave y dorado una vez más.

Estaba envuelta en una capa oscura, de pie ante Sliv en lo que parecía una cámara oculta tallada en la roca. El aire aquí era denso con magia, sofocante, arremolinándose a su alrededor como algo *vivo*.

Sliv se apoyó perezosamente contra un enorme altar de piedra, examinando sus uñas. —Tu tarea será simple.

Mira no dijo nada.

Su rostro estaba inexpresivo, ilegible, pero aún podía sentir el persistente dolor de su yo pasado: la chica que una vez amó a Julius, la madre que una vez llevó a su hijo.

¿Pero ahora? Era piedra. Insensible.

Sliv inclinó la cabeza. —Regresarás a ellos.

Los dedos de Mira se tensaron a sus costados. —¿Y luego?

Sus ojos plateados se alzaron, brillando como fragmentos de hielo. —Encontrarás a tu hijo.

El aire en el recuerdo se estremeció, la propia magia en la habitación doblándose bajo sus palabras.

Mira contuvo el aliento, pero se mantuvo perfectamente quieta. —Mi hijo está muerto.

Sliv rio. —Oh, Mira. ¿Crees que desperdiciaría mi tiempo resucitándote si eso fuera cierto?

Mi corazón golpeó contra mis costillas.

Sliv lo sabía.

Las manos de Mira se cerraron en puños. —Si sabes dónde está, dímelo.

Sliv se apartó del altar, acercándose. Su voz bajó a un susurro. —No, no, no. Ese es tu trabajo. Encuéntrala. Averigua quién se la llevó. Averigua quién te ha estado mintiendo todo este tiempo. Hay solo tanto que puedo hacer desde detrás del escudo.

La respiración de Mira tembló. —¿Y si lo hago?

La sonrisa de Sliv se curvó en los bordes, oscura y malvada.

—Entonces serás verdaderamente libre.

El recuerdo se precipitó hacia adelante.

Otra escena se colocó en su lugar, Mira de pie en un claro del bosque, mirando hacia la luna. Una figura encapuchada estaba a su lado.

Una voz profunda habló, familiar pero amortiguada, como si la estuviera escuchando a través de una gruesa capa de niebla.

—Ahora está casado —dijo la figura encapuchada—. Con alguna bruja.

El rostro de Mira permaneció impasible, pero pude sentir la tormenta agitándose dentro de ella.

—¿Y estás seguro? —preguntó.

La figura asintió.

La respiración de Mira llegó lenta, deliberadamente. Y entonces...

—Iré a recordarle lo que solíamos ser. Conozco a Julius. Él me llevará hasta mi hijo.

Jadeé.

El dolor en mi cabeza se hizo añicos, el recuerdo rompiéndose como vidrio roto.

Estaba cayendo hacia atrás, arrancándome del pasado...

Y luego, golpeé de vuelta en mi cuerpo.

Un aliento irregular salió de mi garganta cuando me incorporé bruscamente, jadeando por aire. El mundo giraba, mi visión borrosa, mi piel fría y húmeda. Apenas registré a Finn sacudiéndome.

—¡Raven! ¡Mierda, estuviste ahí demasiado tiempo!

No podía hablar.

Me agarré al borde de la mesa, obligándome a respirar, obligando a mi mente a procesar lo que acababa de ver.

Mira. Mira había mentido.

No era una víctima. No era solo alguien que había regresado de entre los muertos.

Estaba aquí en una misión. Para infiltrarse. Para encontrar a su hijo.

—Raven —la voz de Finn era urgente, sus manos agarrando mis hombros—. ¿Qué viste?

Tragué con dificultad.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba temblando.

—Julius —balbuceé—. Tengo que advertir a Julius.

CAPÍTULO 25



JULIUS

Estaba sentado rígidamente en la silla de mi oficina, con la mandíbula tan apretada que dolía. Mis manos se cerraron en puños sobre el escritorio mientras miraba a la nada, mi mente era una tormenta que no podía calmar. La reunión había sido un infierno. El ataque repentino de Sliv. El caos. El consejo dividiéndose en facciones, otra vez. Y luego Raven se fue. Simplemente desapareció sin decir una palabra. Sabía que estaba sufriendo. Sabía que el regreso de Mira había puesto todo patas arriba. Pero la rabia que hervía dentro de mí no era solo porque me estaba evitando, era porque no quería que lo hiciera. Ella pertenecía aquí. Conmigo. La realización envió una punzada aguda a través de mi pecho, y apreté los dientes contra ella.

Un suave tintineo de cristal contra madera me sacó de mis pensamientos. Mira estaba sentada frente a mí, demasiado cómoda en un espacio que ya no era suyo. Me había servido una copa sin preguntar, sin pensar que tal vez no quería una de ella. —Bebe — dijo con suavidad, empujando el whisky hacia mí—. Parece que lo necesitas.

No me digas.

Lo que ella no sabía era que *ella* era la razón por la que me bebería un barril entero de vino, solo para olvidarme completamente de ella. Era como una picazón en la espalda que no podía rascar. No me

moví. En cambio, la estudié, *realmente* la estudié. Su cabello dorado, todavía perfectamente rizado. Sus suaves ojos azules que una vez me habían debilitado. ¿Ahora? Ahora, me revolvían el estómago.

—Nunca pensé que vería el día en que perderías la compostura, Julius —reflexionó Mira, inclinando la cabeza.

Bufé. —Deberías haberte quedado muerta entonces.

Ella se rió, baja y dulce, como si no fuera el peor error que jamás hubiera cometido.

—Oh, Alfa —susurró—, extrañaba tu lengua afilada.

Apenas contuve una mueca. Eso solía funcionar conmigo. Las bromas, el encanto. Pero ya no era el mismo hombre. Raven me había mostrado eso.

Raven, quien no había necesitado manipular su camino en mi vida.

Raven, quien luchaba conmigo pero nunca contra mí.

Raven, quien me había dicho que le importaba y lo decía en serio.

Apreté más el agarre en el reposabrazos.

Y luego, como si sintiera el cambio en mi ánimo, la voz de Mira se suavizó. —¿Piensas en ella a menudo durante el día?

Me tensé. ¿Qué podría estar preguntándome? ¿Raven?

Mira se inclinó ligeramente hacia adelante, sus dedos recorriendo el borde de su propio vaso. —Nuestra hija —aclaró.

Forcé mi respiración a mantenerse uniforme, pero mi pecho se sentía apretado.

Mira me observaba cuidadosamente, esperando. Estudiando. Siempre había sido buena metiéndose bajo mi piel.

Exhalé bruscamente. —¿Por qué estás realmente aquí, Mira?

Ella no se inmutó. No parpadeó.

—Solo quiero verla —dijo suavemente—. Y, antes de la reunión, ibas a decirme dónde estaba.

Mi mandíbula se trabó. —Sabes que renunciaste a ese derecho en el segundo en que la dejaste en mi puerta.

Mira suspiró dramáticamente. —Julius, yo estaba...

—Ahórratelo. —Mi voz era fría. Plana.

Hubo un breve momento de silencio. Era un tipo de silencio tenso, y deseaba que simplemente me dejara en paz.

—¿Dónde está? —preguntó, presionando más fuerte ahora—. ¿Dónde está nuestra hija, Julius?

No debería habérselo dicho. Sabía que no debería haberlo hecho. Pero la insistencia implacable, el desamor fingido, la forma en que dijo "nuestra hija" como si alguna vez hubiera hecho algo por Elara... era como hurgar en una herida antigua, como una daga retorciéndose en un lugar que había cerrado con llave.

Mira la había abandonado. Yo la había criado. Yo la había protegido.

Pero de alguna manera, Mira todavía me hacía sentir como si estuviera acaparando a nuestra hija. Como si *yo* fuera quien mantenía a Elara alejada de su verdadera madre.

Antes de que pudiera detenerme, las palabras se me escaparon. —Está a salvo como dije antes.

Mira contuvo la respiración. Inmediatamente me arrepentí. Pero era demasiado tarde. Se sentó más erguida, con las manos aplanadas contra el escritorio.

—¿Dónde? —susurró.

Mis dedos se crisparon, el impulso de mentir gritaba dentro de mí. Pero mi mente todavía estaba enredada en la vieja culpa, en errores

que no quería revivir.

—Se queda con una pareja humana en quien confío. Pero, durante los fines de semana, se queda en una cabaña donde mi madre y yo la visitamos.

Mira exhaló bruscamente, algo destelló en sus ojos que no pude identificar. Luego, sus labios se curvaron en una pequeña y suave sonrisa.

—Gracias —murmuró.

Una sensación enfermiza se arrastró en mi estómago.

¿Qué había hecho?

No confiaba en ella. Ni siquiera me caía bien. Pero por alguna razón, todavía le había dado exactamente lo que quería. Era como si todavía tuviera un control sobre mí que no podía sacudirme por más que lo intentara.

Se inclinó más cerca, ladeando ligeramente la cabeza. —¿Me llevarás a verla?

Dudé. Cada instinto me gritaba que dijera que no. Pero alguna pequeña parte imprudente de mí —la parte que había pasado años cargando con el peso de un secreto único e insoportable— quería creer que si dejaba que Mira viera a Elara solo una vez, tal vez abandonaría cualquier idea retorcida que la hubiera traído de regreso.

—Mañana —dije tensamente.

Mira sonrió radiante. Y justo así, supe que había cometido un terrible error.

Mientras se levantaba para irse, me obligué a concentrarme en otra cosa. Raven.

Si no volvía a casa por la mañana, marcharía a su casa de la infancia, la cargaría sobre mi hombro y la traería de vuelta. Al diablo

con que me evitara. Al diablo con que pensara que podía simplemente irse después de todo.

Ella era mía. Y yo había terminado de fingir lo contrario.

* * *

No había dormido ni un guiño. Ni siquiera un segundo.

Todavía estaba en mi oficina, el vaso de whisky intacto en mi escritorio, mirando fijamente la pared. Era una locura lo que la mente podía hacer para mantener a uno despierto y tan desconectado cuando extrañaba a su amor.

Nunca había tenido fiebre de amor como esta, así que todo esto se sentía tan condenadamente nuevo.

Un camión retumbó en la entrada. Me incorporé de golpe, con el corazón latiendo con fuerza.

Raven. Tenía que ser Raven. El camión sonaba exactamente como el que le había dado para hacer recados.

Estuve en la puerta en segundos, saliendo justo cuando Raven saltaba del camión.

Su cabello plateado-rubio se agitaba en la brisa matutina, sus ojos salvajes y abiertos como si ella, como yo, no hubiera dormido.

La visión de ella —real, aquí, a salvo— envió un alivio agudo e inesperado a través de mi pecho.

No dudé. No pensé. La agarré. Mis brazos la rodearon, fuerte, como si al soltarla desapareciera.

Ella se puso rígida por un segundo, claramente sorprendida. Pero luego, lentamente, se derritió en mí.

Por un momento, solo un momento, todo se sintió bien.

Luego susurró: —Julius... tenemos un problema.

El calor se drenó de mi cuerpo. Me eché un poco hacia atrás, escudriñando su rostro. —¿Qué pasó?

Raven se lamió los labios, vacilando, y mi estómago se contrajo.

Estaba asustada.

—Vamos adentro —dijo en cambio.

Apreté mis dedos alrededor de su muñeca antes de soltarla.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de nosotros, Raven se volvió para enfrentarme, su pecho subiendo y bajando demasiado rápido.

Entonces, dijo las palabras que casi me derribaron.

—Mira está trabajando para Sliv.

Silencio.

Un largo y horrible silencio.

Solo la miré fijamente, mi cuerpo rígido.

Las palabras no tenían sentido.

¿Mira?

¿Sliv?

Los dos pensamientos no encajaban en la misma frase. No podían encajar. Sabía que había algo extraño en ella, pero ¿que estuviera trabajando para la oscura, oscura criatura que había interrumpido la reunión del consejo el día anterior? Simplemente no tenía sentido. Ella había parecido tan asustada como todos los demás durante el ataque. Pero, tal vez, había estado demasiado concentrado en Raven para notar realmente cómo había reaccionado.

—Repite eso —dije lentamente.

Raven tragó saliva con dificultad. —Hice un Hechizo de Búsqueda Mental —admitió, con la voz más baja ahora—. Vi sus recuerdos, Julius. La vi haciendo un trato con Sliv.

Mi pulso retumbaba. Raven no estaba mintiendo. Podía verlo en sus ojos.

De repente, mi mundo se inclinó. Tropecé un paso hacia atrás, pasándome una mano por la cara.

Mira no era solo una mentirosa. No solo había vuelto. Había venido aquí por Elara. Por mi hija. Mi estómago se revolvió violentamente cuando la realización me golpeó...

—Le dije.

La cabeza de Raven se levantó de golpe. —¿Qué?

Mi garganta se sentía apretada, constreñida. Mi voz apenas se elevó por encima de un susurro.

—Anoche —dije con voz ronca—. Le dije dónde está Elara.

Raven se quedó completamente inmóvil. El silencio que siguió fue peor que si hubiera gritado.

Luego, tan rápido, explotó en movimiento.

—Oh, dioses míos, Julius...

Pero antes de que pudiera terminar, ya me estaba moviendo.

Me dirigí a la puerta, abriéndola tan fuerte que golpeó contra la pared.

—¡Henri! —vociferé.

Henri ya estaba afuera, su cabeza levantándose de golpe.

En el segundo que vio mi cara, su expresión se oscureció.

—Encuentra a Mira —ladré—. Ahora mismo.

Henri vaciló solo medio segundo. Luego asintió y se fue.

Me volví hacia Raven. Sus manos temblaban, pero sus ojos ardían con furia. Exhalé bruscamente, mi pecho apretado con culpa.

—Mira me engañó —murmuré, más para mí mismo que para ella—. Hizo exactamente lo que vino a hacer aquí. Y yo la dejé.

La ira de Raven flaqueó por un momento. Luego levantó la barbilla, sus ojos endureciéndose.

—Lo arreglaremos —dijo con firmeza—. Pero primero, tenemos que encontrarla.

Minutos después, me paré al borde de los terrenos de la manada, mi pulso un martillo en mis oídos.

Mi lobo estaba inquieto, paseándose bajo mi piel, listo para cazar.

Henri y su equipo de búsqueda regresaron. Con las manos vacías. Mi mandíbula se trabó.

—Se ha ido —anunció Henri sombríamente.

Raven maldijo por lo bajo.

No me moví. No hablé. Porque ya sabía adónde iba. Mi madre. Elara.

No estaban a salvo.

* * *

Conduje como un loco.

El camión patinó en las curvas, los neumáticos levantando grava mientras presionaba más fuerte el acelerador. Apenas registré la brusca inhalación de Raven a mi lado o la forma en que sus dedos se clavaban en el borde de su asiento.

Mi mente estaba bloqueada en una cosa: llegar a la cabaña.

Mi madre y Elara estaban solas.

Y Mira no estaba en los terrenos de la manada.

Mis manos estrangulaban el volante, los nudillos blancos, los músculos gritando por lo fuerte que me aferraba, las garras casi saliendo.

Debería haber detenido esto.

Nunca debí haberle dicho.

Debería haberlas protegido.

El camino se extendía ante mí en una interminable mancha de árboles y tierra, pero algo dentro de mí gritaba: ya era demasiado tarde.

Detuve el camión de golpe en cuanto llegamos al claro. Ni siquiera esperé a que el motor muriera antes de abrir la puerta de un tirón y salir disparado. La cabaña estaba quieta y silenciosa, la puerta principal... completamente abierta.

Mi pulso rugía en mis oídos.

—¡Julius! —me llamó Raven, pero ya estaba dentro.

El olor me golpeó primero.

Sangre. Magia. Miedo.

Y luego... Una forma en el suelo. Un cuerpo.

Todo dentro de mí se congeló.

No. No, no, no...

Mi pecho se hundió sobre sí mismo.

Caí de rodillas, las manos temblando mientras me acercaba.

Madre.

Acostada en el suelo. Inmóvil.

Mi visión se difuminó en los bordes. Caí de rodillas tan rápido que mis piernas casi cedieron.

—Tala —dije con voz áspera, alcanzándola—. Mamá.

Sin respuesta.

Mi pecho se contrajo mientras presionaba dos dedos contra su garganta, desesperado por un pulso. Por un terrible segundo, pensé que no encontraría uno.

Entonces... un débil y lento latido bajo mis dedos. Exhalé temblorosamente. Estaba viva. Apenas.

Un fuerte jadeo detrás de mí. Raven.

Se quedó congelada en la puerta, sus ojos muy abiertos, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Julius...

Pero no estaba escuchando. No podía. Estaba consumido por un dolor agudo que no había sentido desde que perdí a mi padre en batalla. Desde que sostuve su cuerpo ensangrentado, gritándole a la diosa Luna que lo salvara. Y ella no lo hizo. Murió en mis brazos.

Presioné mi frente contra la de mi madre, agarrando su mano flácida y húmeda. Estaba así por mi culpa. Porque había sido demasiado estúpido para ver lo que venía.

—Mamá —mi voz se quebró—. Vamos, despierta.

Nada. Ni siquiera un parpadeo de sus pestañas. El pánico en mi pecho ardió más intensamente. Tragué con dificultad, forzando el nudo en mi garganta. Piensa. Me volví, escaneando la pequeña sala de estar.

¿La manta bajo la que Elara siempre se acurrucaba en el sofá? Desaparecida.

¿La silla donde mi madre normalmente se sentaba a tejer? Volcada.

¿El aroma de mi hija, por lo general tan reconfortante en esta casa? Débil. Casi borrado.

Me forcé a decir las palabras en voz alta.

—Se ha ido. Mi hija se ha ido.

Raven dio un paso más cerca. —Julius...

Me puse de pie tan rápido que mi visión se inclinó.

—Mira se la llevó —gruñí, mis manos cerrándose en puños.

La brusca inhalación de Raven me dijo que ya había unido las piezas.

Todo mi cuerpo se bloqueó. Le había dicho a Mira dónde estaba Elara. Le había dado la ubicación exacta.

Y ahora, mi sol había desaparecido.

Pasé como una tormenta junto a Raven, hacia la puerta principal, la rabia rodando a través de mí en oleadas.

Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué el primer número que vi. —¡Henri! —rugí, mi voz resquebrajándose a través de los árboles.

Raven me siguió, con pasos rápidos detrás de mí. —Julius, espera...

Tardó un rato, pero después de una breve explicación, Henri vino, solo, no con ninguno de nuestros hombres. Estacionó su camión junto al mío y se apresuró a encontrarse conmigo.

—Mi madre está herida, pero creo que está viva. Apenas. Y mi hija... —Hice una pausa. No se lo había dicho, pero ahora todos tendrían que descubrir la verdad. Qué manera tan cruel de anunciar que mi hija nunca había muerto. Que estaba viva. Y, irónicamente, que había sido su propia madre biológica, quien de alguna manera había vuelto de entre los muertos, quien la había robado.

Henri parecía confundido al principio.

Continué: —Mi hija nunca murió. La escondí.

Parecía tan sorprendido que casi me sentí culpable, pero ¿cómo podría? La había escondido para protegerla. Sí, conocía a Henri desde la infancia, pero si se lo había ocultado a mi propia hermana, Henri no era diferente.

—¿Tu *hija*?

—Sí. Mi hija con Mira antes de que desapareciera.

Sus ojos destellaron con algo que parecía mucho a traición, como si yo no lo hubiera encontrado lo suficientemente digno para confiar en él. Pero asintió para que continuara. Siempre leal sin importar qué. El beta perfecto y mejor amigo.

—Se ha ido —dije—. Mira se la llevó. Necesito que informes a nuestra gente. Necesito que todos la encuentren.

Saqué mi teléfono e inmediatamente le envié una foto de mi sol. —Es ella. Ahora date prisa.

Henri ni siquiera parpadeó. Simplemente asintió una vez y se dirigió hacia los camiones, sacando su radio para alertar a los demás.

Raven agarró mi muñeca.

—Julius —dijo, su agarre firme, reconfortante—. La encontraremos.

—Ni siquiera sabemos a dónde fue Mira.

La mandíbula de Raven se tensó. —Entonces la encontraremos.

Volví hacia la casa, hacia mi madre, todavía inconsciente en el suelo.

Me agaché junto a ella otra vez, presionando suavemente mi palma contra su frente.

—Necesitamos llevarla de vuelta a la manada para que pueda ser tratada —susurré—. Ella también estará bien, ¿verdad?

Raven me frotó los hombros. —Estará bien. Tala es fuerte. Sé que estará bien.

CAPÍTULO 26



RAVEN

Me senté cerca del extremo de la larga mesa de madera en la sala de reuniones de la manada de Julius, *mi* manada, con las manos entrelazadas sobre mi regazo, tratando de ignorar la extraña inquietud que recorría mi columna.

Algo andaba mal.

No era solo la desaparición de Mira. O el hecho de que Elara, la hija de Julius, estuviera desaparecida. Era algo más. Algo que no podía nombrar con exactitud.

El aire en la habitación se sentía demasiado denso. Demasiado pesado. Susurros ásperos flotaban alrededor, y solo empeoró cuando Naomi habló, con un toque de incredulidad en su tono.

—Entonces, me está diciendo que el Alfa Julius tiene una hija que le dijo a todos que estaba muerta, pero estaba viva, y ahora está desaparecida —su voz era firme, pero podía ver la tensión en su mandíbula. La forma en que sus dedos se curvaban contra los brazos de su silla.

—¡No me lo creo! —gritó alguien desde atrás—. Hay algo sospechoso en esto. ¿Por qué el Alfa Julius escondería a su única hija durante todos estos años llegando a afirmar que está *muerta*?

—¡Sí! —otro hombre lobo estuvo de acuerdo—. ¡Y ahora, esta *hija* ha vuelto repentinamente a la vida y está desaparecida! ¿Cree que somos un montón de tontos? ¿Qué tiene de especial esta niña para que tuviera que mantenerla alejada de su propia manada?

—Si es que *existe* una niña —escuché susurrar a una bruja detrás de mí.

Sabía que era extraño que confesara en este momento que Elara estaba realmente viva, y esperaba algunas dudas, pero no de su propia manada. ¿No se suponía que los lobos eran leales hasta la muerte?

—¡Has estado evadiendo tus deberes para sellar el Círculo de Protección! ¿Y si esta hija desaparecida/muerta es solo otra distracción? —dijo nuevamente el primer orador.

¿Por qué demonios bromearía con algo tan serio como esto? ¡Es su propia sangre!

—Fue llevada por Mira, su madre biológica —añadí, con voz apenas por encima de un susurro—. Y si Mira está involucrada y es lo suficientemente audaz para hacer este movimiento... entonces Sliv no está lejos. Lo vi. La vi hacer un pacto con él. Ella trabaja para Sliv.

El silencio se extendió por la habitación. Hubo un cambio en la atmósfera una vez que se mencionó el nombre de Sliv. Era como si su participación pusiera las cosas en perspectiva, revelando cuán grave era la situación.

Sentí el peso de su atención desplazarse hacia mí. No me gustaba necesariamente, pero esto era por el bien de todos. Si estaba relacionado con Sliv, teníamos que detener sus planes antes de que se desplegaran.

Naomi asintió una vez, como si ya supiera lo que iba a decir.

Se volvió hacia el líder alfa, que se sentaba rígido e ilegible en el extremo más alejado de la mesa. —No podemos esperar a que ataque de nuevo. Necesitamos un plan.

Valric, mi padrastro, fue el siguiente en hablar. —Más que eso —dijo, con voz baja—. Necesitamos golpear primero.

Sus palabras enviaron una ondulación por la habitación. Un cambio silencioso pero innegable.

El líder alfa exhaló bruscamente. —¿Y qué sugiere exactamente?

Valric se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas en la mesa. —Más lobos en patrulla. Más brujas reforzando las fronteras. Un bloqueo total en nuestras áreas más vulnerables.

Algunos murmullos de acuerdo, pero aún había vacilación.

Nadie quería decirlo en voz alta, pero nos estábamos preparando para la guerra.

Mientras la discusión continuaba, mi mirada se desplazó a través de la mesa, hacia mi madre. Ella aún no había hablado. Se sentaba tranquila y compuesta, observando cómo se desarrollaba la conversación.

Pero cuando encontró mis ojos, pude verlo. La misma inquietud que había estado retorciéndose en mi estómago toda la noche.

Ella también lo sentía. Algo se acercaba.

Mis dedos se tensaron contra mi regazo mientras pensaba en Julius. Él debería haber estado aquí. Pero en cambio, estaba en la habitación de su madre en la cabaña general de la manada mientras la sacerdotisa la atendía, esperando que su madre despertara.

Había hecho lo que pude: vertí mi magia en el cuerpo de Tala, intenté reparar lo que estaba roto. Pero no fue suficiente.

Aún no.

Todavía estaba inconsciente.

Solo esperaba que Julius se mantuviera entero. Porque si ella no despertaba pronto... no estaba segura de que él resistiría.

La voz de Naomi interrumpió mis pensamientos.

—Raven.

Volví a prestar atención.

Ahora me observaba, con expresión ilegible. Evaluándome.

—Necesitamos tu ayuda —dijo simplemente.

Tragué saliva con dificultad. Porque en el fondo, ya sabía que no me iba a gustar lo que me iba a pedir.

Todos los ojos estaban sobre mí ahora. Pero, antes de que Naomi pudiera continuar, las puertas se abrieron de golpe. Una joven bruja entró corriendo, jadeando, despeinada, con la ropa cubierta de polvo. Sus ojos salvajes recorrieron la habitación hasta posarse en Naomi.

—Mi Señora —jadeó, apenas capaz de recuperar el aliento—. Ya vienen.

El silencio se extendió por toda la habitación. Sus palabras resonaron.

Dos palabras.

Ya vienen.

Por una fracción de segundo, nadie se movió. Nadie respiró.

Entonces la voz de Naomi cortó el aire como una espada. —¿Quiénes?

La chica tragó con dificultad.

—Extraños. Docenas. Marchando hacia el borde del Bosque de la Hondonada Oscura.

Una pesada quietud cayó sobre la sala.

Luego, todos se movieron a la vez.

Las sillas rasparon contra el suelo de piedra mientras los hombres lobo saltaban a sus pies, ya ladrando órdenes entre ellos. Las brujas susurraban encantamientos bajo su aliento, sus manos brillando levemente con magia.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Esto era.

Sliv no esperaba más. Había hecho su movimiento. Lo que significa que Mira debería haberle entregado a Elara. Nos habían desestabilizado, nos habían pillado desprevenidos, y ahora venía a terminarlo.

—¿Cómo se ven? —exigió Naomi, dando un paso adelante.

Los dedos de la joven bruja temblaron mientras alcanzaba la silla más cercana para estabilizarse. —Algunos parecen humanos —dijo rápidamente—. Pero... no lo son. Sus ojos brillan de un rojo intenso. Su piel... está *mal*. Y algunos de ellos —dudó, bajando más la voz—, ya ni siquiera parecen personas.

Una nueva ola de inquietud se retorció en mi estómago.

—¿Y Sliv? —pregunté, dando un paso adelante—. ¿Viene con ellos?

Los labios de la chica se separaron, pero antes de que pudiera responder...

Un retumbo bajo rodó por el aire, vibrando a través de las paredes de piedra de la cámara.

La araña de luces sobre nosotros osciló ligeramente, como si el mismo suelo bajo nosotros se estuviera moviendo.

Exhalé bruscamente.

Se estaban acercando.

—Esta ya no es una batalla que podamos retrasar —dijo Valric sombríamente, su voz cortando la tensión.

El líder alfa asintió. —Tenemos que movernos pronto.

Naomi se volvió hacia las brujas, con tono agudo. —Dupliquen los hechizos de protección en la ciudad. No quiero que pongan un pie más allá de la frontera exterior, más allá del círculo de protección.

Los hombres lobo ya se dirigían hacia la puerta, moviéndose rápido, preparándose para lo que estaba por venir.

Me quedé clavada en mi sitio, con los dedos curvándose en puños.

Sliv tenía a Elara.

Y ahora, traía la guerra a Moonshade Hollow.

Y no estábamos listos.

Ni siquiera cerca.

* * *

La manada ya se estaba moviendo en formación.

El aire estaba cargado de urgencia silenciosa. Los lobos en sus formas humanas se movían, preparándose para la batalla. Se revisaban las armas imbuidas con magia. Había estrellas afiladas para lanzar que explotaban al contacto con la piel, espadas que no solo cortaban la carne, sino que separaban la esencia misma de los seres vivos, convirtiéndolos en polvo. Y las brujas tenían sus varitas, que solo se usaban en ocasiones especiales. Las varitas estaban talladas de los troncos de antiguos árboles secuoyas, que se usaban para amplificar la magia.

No podíamos enfrentarnos a Sliv con simples armas humanas; sería como llevar almohadas a un tiroteo.

Y en el centro de todo estaba Julius.

Estaba de pie cerca del campo de entrenamiento, dando órdenes con precisión afilada, su postura rígida, su voz de mando, observando mientras se calentaban.

Me detuve a unos metros de distancia, solo observándolo. Su rostro estaba tallado en piedra, la mandíbula apretada, los hombros tensos. Estaba conteniendo todo.

La rabia. El miedo. La culpa.

Y de alguna manera supe que yo era la única con quien lo dejaría salir.

No me acerqué hasta que el último soldado se dispersó. Incluso entonces, no me reconoció de inmediato. Simplemente se quedó allí, mirando a la distancia, donde estaba el camino hacia la cabaña.

Me acerqué, extendiendo la mano con cuidado. —Julius...

Su respiración se entrecortó, pero no se volvió.

Su voz era baja, áspera. —Le fallé a mi hija.

Las palabras me destrozaron.

Me puse delante de él, obligándolo a mirarme. Sus ojos grises estaban atormentados, tormentosos con emociones que no estaba segura de que alguna vez se hubiera permitido sentir o siquiera pensado que podría sentir.

No dudé. Puse una mano en su pecho.

—La recuperaremos —dije con firmeza.

Su garganta se movió. Sus manos se crisparon a sus costados, como si quisiera alcanzarme. Como si lo necesitara.

Pero no lo hizo.

Así que lo hice por él.

Tomé su mano en la mía y lentamente lo llevé hacia nuestra cabaña. Me siguió sin decir palabra. Sus soldados observaron pero no dijeron nada.

Sabían. Entendían. Incluso un alfa necesitaba un momento para respirar.

En el momento en que entramos en la cabaña, exhaló bruscamente. Todo su cuerpo se tensó y luego se desenredó de una vez. Sus manos agarraron mi cintura, su frente presionada contra la mía. Estaba temblando.

No importaba que hubiéramos tenido esta tonta discusión hace unos días. No importaba que lo hubiera dejado para respirar con facilidad. Ahora, mientras estábamos tan cerca uno del otro, frentes tocándose, se sentía como si nos necesitáramos mutuamente para respirar. No sé sobre él, pero yo definitivamente lo necesitaba.

—No puedo perderla, Raven. —Su voz se quebró.

Mi corazón se encogió. —No la perderás —susurré—. No mientras yo respire.

Eso fue todo lo que hizo falta.

Julius me atrajo hacia él, aplastó sus labios contra los míos, derramando desesperación en cada movimiento.

Esto no era suave. No era cuidadoso. Esto era crudo. Sin filtro. Una liberación de todo lo que había estado conteniendo.

Me aferré a él, igualando su intensidad, encontrándolo aliento por aliento, caricia por caricia.

Y cuando me levantó —sin esfuerzo, primario— y me llevó a la cama, supe. Esto era más que consuelo. Era una reivindicación.

La ropa desapareció en un instante.

—Oh, Dios, Raven, lo que me haces —murmuró contra mi piel, dejando besos por mi cara, sobre mi mandíbula, hasta mi cuello. Me besó y chupó el cuello como si fuera lo más dulce—. Estaba tan enfadado porque me dejaste, enfadado conmigo mismo.

Apenas podía escuchar sus palabras. Todo lo que registraba era él. Su atmósfera. Su presencia. Sus labios y lengua haciéndome cosas.

Calor. Dientes. Piel contra piel.

Lo necesitaba sobre mí, en mí, dentro de mí. No era mi loba en celo. Era toda yo. Raven. Deseando a Julius. Necesitando a Julius.

Sentí cada onza de su necesidad, su hambre, su devoción en cada movimiento mientras sus dientes se unían, formando un camino de roce en cada centímetro de mi piel expuesta.

Mi nombre salió de sus labios como una plegaria, susurrado entre besos rudos. —Julius, Julius, Julius. Quítame la ropa, te necesito.

No necesitó que se lo dijeran dos veces. Rasgó mi vestido, arrojándolo a un lado. Ayudé a quitarme el sujetador y las bragas mientras también lo observaba desvestirse. Se desnudó sin apartar nunca los ojos de mí.

—Oh, eres tan guapo, mi Alfa —dije con voz arrastrada mientras se paraba frente a mí, en todo su esplendor.

Su miembro se movió y me acerqué, arrodillándome ante él, sosteniéndolo.

—Joder —murmuró—, ¿Vas a hacerme perder el control antes de la batalla, eh?

Me reí y comencé a trabajar. —Eso es lo mejor que se puede hacer antes de una batalla. Que se joda Sliv.

Sus suaves suspiros me animaron. Trabajé con mi mano y boca, amando la sensación de él, el grosor y tamaño aumentando con

cada movimiento.

Agarró mi cabeza y me atrajo para besarme, su miembro tocando mi vientre justo cuando aumentó tanto que pensé que explotaría en mi mano.

—Joder —murmuró contra mis labios, y juro que me encantaba que usara palabrotas conmigo, mientras nos volvíamos íntimos. Me hacía sentir toda mojada y caliente—. Voy a ponerte de espaldas y montarte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral y me di la vuelta, arrodillándome al borde de la cama, anticipando.

Él se colocó detrás de mí. Temblé al imaginar cómo se vería observándome desde atrás. Y cuando incliné mi cabeza, exponiendo mi cuello, mostrándome completamente ante él... se congeló.

—Raven... —Su respiración era irregular.

Me volví y me levanté para enfrentarlo. Estaba congelado en su lugar. Extendí la mano y toqué su rostro, acunando su mandíbula. —¿Qué ocurre?

—Quiero marcarte.

Mi respiración se entrecortó. Mi loba se volvió loca. Esto era, entonces. Este era el día en que finalmente estaríamos entrelazados para siempre.

Me incliné y lo besé, lento y fuerte. Cuando salí a tomar aire, murmuré contra sus labios, —Márcame, tómame, reclámame. Quiero esto, Julius. Te quiero a ti.

Me sostuvo, su agarre se tensó en mis caderas, sus ojos oscureciéndose, cambiando. Su lobo estaba en la superficie.

—¿Estás segura? —Su voz era ronca.

Exhalé temblorosamente. —Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Gruñó bajo en su garganta, el sonido vibrando a través de mi pecho. Luego me volvió a colocar en posición y entró en mí tan fuerte, tan rápido, tan lleno. Dejé escapar un fuerte gemido mientras se movía, lentamente al principio, pero cuando moví mis caderas, alcanzándolo por detrás para decirle que continuara, aumentó el ritmo, empujándome tan cerca del borde del clímax.

Justo cuando llegué al horizonte, hundió sus dientes en mi cuello.

Una sensación aguda e intensa inundó mi cuerpo, parte dolor, parte placer, parte algo completamente distinto. Un vínculo se estableció en su lugar, como un hilo de magia uniéndonos permanentemente. El calor corrió por mis venas, ardiente y eléctrico.

Julius gimió contra mi piel, como si él también pudiera sentirlo. Como si acabara de reclamar algo sagrado. Porque lo había hecho.

Me había marcado.

Salió de mí y me llevó a recostarme a su lado en la cama. Sus labios rozaron contra la marca fresca. Sus manos temblaron ligeramente mientras acariciaban mi piel.

—Ahora eres mía, Luna Raven —susurró.

Encontré su mirada, sin aliento. —Y tú eres mío, Alfa Julius.

CAPÍTULO 27



RAVEN

El mundo se sentía diferente ahora.

Solo habían pasado uno o dos días desde que Julius me había marcado, pero podía sentir el cambio en cada fibra de mi ser. Antes, mi loba siempre había sido un susurro. Algo distante e inquieto, enjaulado dentro de mí, arañando los bordes de mi mente, contenido por mi amuleto y mi propia negativa a dejar que tomara el control.

Pero ahora... estaba despierta. Y no se iba a marchar.

—Esto es lo que estábamos destinadas a ser —ronroneó en mi mente, su voz un zumbido bajo y sedoso.

Un escalofrío recorrió mi columna.

Era extraño escucharla con tanta claridad. Sentirla tan presente. No solo como un instinto enterrado, no como una fuerza contra la que tenía que luchar, sino como una parte de mí. Una parte de mi alma.

Exhalé lentamente, probando el vínculo entre nosotras.

—No estás intentando tomar el control —observé con cautela.

Ella rio, profunda y rica. —¿Por qué lo haría? Por fin estás escuchando.

No tenía respuesta para eso. Porque tenía razón.

Por primera vez en mi vida, no estaba tratando de suprimirla. Por primera vez, no tenía miedo.

Me sentía más fuerte, más aguda, más equilibrada de lo que jamás había estado. Y mientras miraba alrededor a las fuerzas que se reunían —los hombres lobo entrenando, las brujas tejiendo sus hechizos protectores, los fae afilando sus cuchillas— me di cuenta de algo: ya no estaba simplemente al margen. Era parte de esto. Estaba lista para luchar.

Julius se mantenía al frente de la manada como siempre, sus anchos hombros tensos pero inquebrantables.

Su presencia era una fuerza constante, un ancla para todos los que le rodeaban. Pero ahora lo conocía mejor. Sabía lo que había bajo la superficie.

Preocupación. Ira. La ardiente necesidad de recuperar a su hija.

Me moví entre la multitud hasta llegar a su lado.

No se giró de inmediato, pero sentí cómo reaccionaba su cuerpo: su respiración entrecortándose ligeramente, su energía desplazándose hacia mí.

—¿Estás listo? —pregunté, manteniendo mi voz firme.

Finalmente me miró, y algo brilló en sus ojos grises. Algo nuevo. Algo inquebrantable.

—Debería preguntarte eso a ti —murmuró.

Sonreí levemente. —Nunca he estado más lista —y esta vez, lo decía en serio.

Las fuerzas de Moonshade Hollow se reunieron detrás de nosotros.

Los humanos habían sido enviados a zonas seguras con sus familias. Los vampiros habían jurado su lealtad. Las brujas y los fae estaban hombro con hombro con los lobos, una alianza que una vez había sido impensable.

Sliv nos había forzado la mano. Y ahora, marchábamos hacia la oscuridad.

Juntos.

* * *

El viento transportaba el aroma de tierra húmeda y hierbas quemándose mientras permanecía de pie en un pequeño claro detrás de la casa de la manada, rodeada por tres de las mujeres más poderosas que conocía.

Naomi, mi madre y Tala.

Tala, ahora completamente despierta, recuperando lentamente su fuerza. Naomi, con sus ojos agudos e indescifrables mientras me estudiaba. Y mi madre, Calista, su presencia una fuerza estabilizadora, como siempre había sido.

Lyra estaba a unos metros de distancia, con los brazos cruzados, observando todo lo que ocurría con silenciosa intensidad. Seguía siendo la chica despreocupada que conocí mi primera noche aquí, pero había un miedo que podía percibir en todos. Nadie sabía realmente cómo terminaría esta guerra con Sliv.

Exhalé profundamente.

Sabía lo que era esto. Una bendición final. Un momento para centrarme antes de pisar el campo de batalla.

Se lo agradecía.

Naomi extendió sus manos primero. —Ven, niña.

Extendí las manos con vacilación, colocándolas en las suyas. Mi madre puso su mano sobre las nuestras. Tala colocó su mano sobre todas las nuestras. Y Lyra se quedó a nuestro lado, observando.

En el momento en que nuestras manos se conectaron, la magia vibró en el aire. Un suave resplandor dorado pulsaba entre nuestros dedos entrelazados. Una calidez se extendió por mis venas, una sensación constante y familiar, solo que esta vez no se detuvo en mi mitad bruja. Llegó más profundo. Hasta la parte de mí que había ignorado durante tanto tiempo. Hasta la loba.

Mi respiración se entrecortó cuando mi loba se agitó completamente despierta, empujando contra mi piel.

—¿Lo sientes? —murmuró en mi mente, su voz vibrando con poder.

Sí, lo sentía.

No era solo magia. No era solo instinto. Eran ambos.

Equilibrados. Completos.

Y nunca me había sentido más viva.

La voz de Naomi resonó clara a través de la noche. —Te bendecimos en nombre de lo antiguo y lo nuevo. Te bendecimos en nombre de la tierra y el viento, la sangre y la luna.

El agarre de mi madre se tensó ligeramente alrededor del mío.

—Hija mía —susurró—. Eres lo suficientemente fuerte. Siempre lo has sido.

Tragué con dificultad.

Había pasado años tratando de ayudarme a suprimir la loba dentro de mí.

Y, sin embargo, ahora, estaba dando la bienvenida a todo mi ser. Era un tipo de aceptación ensordecedora y abrumadora. Una que golpeaba con fuerza mi corazón. Estaba aceptando la misma parte de mí de la que quizás también había tenido miedo.

Lyra, de pie junto a Tala, habló a continuación. —Más te vale no morir —murmuró, con voz ligera pero expresión seria.

Solté una suave risa, negando con la cabeza. —Haré todo lo posible.

Tala apoyó su otra mano en mi hombro.

—No estás sola en esto, Raven —dijo, con la voz más suave que le había oído nunca—. Nunca lo has estado.

Era liberador ahora que todos nuestros secretos estaban al descubierto.

Sabían que era una híbrida. Sabían que la hija de Julius estaba viva. Lo sabían y seguíamos estando completos. Juntos. Qué curioso cómo los secretos que a menudo guardábamos no eran tan aterradores después de todo.

El resplandor de nuestras manos se desvaneció cuando el hechizo terminó. Pero el poder dentro de mí permaneció. Lo sentía, pulsando bajo mi piel. Me habían dado su bendición. Y me sentía *verdaderamente* lista.

No más vacilaciones. No más dudas.

Yo era Raven Arkwright-Nightshade.

Bruja. Loba. Luna.

Y me iba a la guerra.

* * *

El campo de batalla ni siquiera se había establecido todavía, pero las tensiones ya estaban altas cuando regresé a donde estaba el resto de los guerreros.

Los guerreros se habían reunido, los preparativos finales estaban llevándose a cabo antes de marchar hacia el Bosque de Dark Hollow.

Julius y Henri estaban al frente, repasando estrategias de último minuto con los luchadores más fuertes de la manada.

Naomi estaba enfrascada en una conversación con mi madre, mientras Lucien se mantenía cerca de las brujas, un observador silencioso en medio del caos.

Exhalé lentamente, girando los hombros. Mi cuerpo zumbaba con energía. La magia de la bendición todavía pulsaba en mis venas, constante y fuerte.

Estaba lista. O al menos, eso creía, hasta que Julius pronunció mi nombre.

Se dirigía hacia mí a grandes zancadas, sus ojos grises oscuros e indescifrables.

En cuanto llegó hasta mí, dijo: —Lucien te protegerá.

Parpadeé. —¿Qué?

La mandíbula de Julius se tensó.

—Henri y yo estaremos en lo más intenso de la batalla —dijo, con tono áspero pero seguro—. Necesito saber que estás a salvo. No me gusta que esté contigo, pero Naomi dice que podemos confiar en él.

Lucien dio un paso adelante, su expresión tranquila, casi divertida. —Realmente no confías en mí, ¿verdad, Alfa?

Julius apenas le dedicó una mirada. —No confío en nadie con ella.

La declaración me provocó un escalofrío en la columna.

Me reí, tratando de aliviar la tensión. —¿Qué, preocupado de que me escape con un apuesto mago?

La mirada de Julius se agudizó sobre mí al instante, y apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que su boca estuviera sobre la mía.

Un beso duro y posesivo que me robó el aire de los pulmones.

Sus manos agarraron mi cintura, presionándome contra él. Posesivo. Exigente.

Mía, decía el beso. *Mía, mía, mía.*

Para cuando se apartó, yo estaba sin aliento, mis labios hormigueando.

Julius no se alejó mucho. Su mano se deslizó hacia arriba, sus dedos rozando la marca fresca en mi cuello. Lenta y deliberadamente, inclinó mi cabeza, exponiendo su mordisco ante todos los que nos rodeaban. Un mensaje claro e inequívoco.

Sonreí con picardía, siguiéndole el juego. Elevé mi barbilla, exhibiendo la marca, viendo cómo los soldados a nuestro alrededor vitoreaban y silbaban.

Lucien, claramente poco impresionado, simplemente negó con la cabeza. —Absolutamente ridículo —murmuró por lo bajo.

Los labios de Julius rozaron mi oreja, su voz baja. —Mantente con vida, Raven.

Agarré su camisa, sujetándolo un segundo más de lo que debería. —Tú también, Alfa.

Luego se fue, girándose ya para liderar la marcha.

Exhalé, con el corazón acelerado, el último sabor persistente de su beso aún ardiendo en mis labios. Entonces, con una última mirada hacia el oscuro horizonte, lo seguí. Marchando hacia la batalla.

En poco tiempo, el bosque se alzaba ante nosotros, una vasta y oscura masa engullendo el horizonte.

La luna había ascendido ya, bañando todo con luz plateada.

Pero no era *cualquier* luna. Era llena.

En el momento en que el primer hombre lobo gruñó, cambiando su postura, una onda de energía estremeció el aire.

Sus lobos estaban despiertos, inquietos, exigiendo ser liberados.

Y yo... yo también lo sentía.

Un pulso agudo de algo salvaje me recorrió la columna. No era solo la magia en el aire o la tensión de la batalla. Era la transformación que se acercaba.

Mi loba estaba lista. Pero por primera vez en mi vida, no la estaba enjaulando. Por primera vez, no me estaba conteniendo.

Los otros lobos comenzaron a transformarse primero. La carne se retorció, los huesos crujieron, los cuerpos se contorsionaron, el pelaje derramándose sobre la piel como tinta. Uno tras otro, cayeron a cuatro patas, sus formas estirándose y remodelándose bajo la atracción de la luna.

Julius estaba entre ellos, su amplia forma descomponiéndose en algo más grande, más fuerte, más feroz.

Y entonces fue mi turno.

Un dolor abrasador explotó a través de mi cuerpo.

Jadeé, doblándome, agarrándome el pecho mientras la transformación me atravesaba. Demasiado rápido. Demasiado. Demasiado salvaje. Esto no era nada como lo que había imaginado, no suave, no sin esfuerzo.

Eran años de naturaleza suprimida desenvolviéndose de golpe.

Julius estuvo a mi lado en un instante.

Su lobo, enorme y de pelaje oscuro, se acercó, firme, arraigándome.

"Respira a través del dolor", su voz resonó a través del vínculo. **"Deja que suceda"**.

Lo intenté.

Me solté.

Mis huesos se rompieron y se reformaron. Mis dedos se curvaron en garras, mi piel ardía como si se estuviera desprendiendo, dejando atrás lo humano y revelando la bestia que había debajo.

Entonces, en un último cambio agonizante, caí hacia adelante.

Y cuando golpeé el suelo, ya no estaba sobre dos piernas. Estaba sobre cuatro.

Jadeando, temblando, parpadeando a través de la desorientadora oleada de nuevos sentidos.

El mundo se veía diferente ahora.

Más brillante. Más nítido. Vivo.

Sentía cada pulso de magia en el aire, la energía de la manada zumbando como estática a mi alrededor.

El lobo de Julius se paró frente a mí, sus ojos plateados fijándose en los míos.

Reconocimiento. Aprobación. Orgullo. Y algo más profundo. Algo innegable.

Ya no era solo Raven Arkwright-Nightshade.

Ya no era solo bruja o loba. Era ambas.

Y nunca me había sentido más poderosa.

Pero entonces, el cielo cambió.

Una extraña y retorcida oscuridad se desplegó, arrastrándose por los bordes de la luz lunar. Un viento frío se apresuró a través de los árboles. Algo viejo, enfermizo y erróneo se deslizó por el aire, enroscándose a nuestro alrededor.

Luego el suelo tembló.

La última barrera del guardián se agrietó.

Y a través de los restos destrozados de magia, Sliv avanzó.

Y en su mano, sostenía un Sai negro, elevándolo hacia los cielos.

Su presencia era un vacío, una fuerza succionadora, robando el calor de la noche. Las sombras lo envolvían como zarcillos, mientras su Sai se alimentaba de la energía de los lobos que se transformaban. Uno por uno, los sentí estremecerse. Sentí cómo su fuerza disminuía por una fracción de segundo. Su poder se estaba alimentando de ellos. Alimentándose de todos nosotros.

Entonces sonrió, un destello de dientes pálidos.

Y la guerra comenzó.

CAPÍTULO 28



JULIUS

En el momento en que emergió la loba de Raven, algo dentro de mí cambió.

Era *magnífica*.

La plata de su pelaje brillaba como luz de luna líquida, veteada con destellos tenues de blanco. Su loba era alta, esbelta y poderosa, construida tanto para la velocidad como para la fuerza.

No más represión. No más lucha contra sí misma.

Finalmente era todo lo que estaba destinada a ser.

Dejé escapar un gruñido bajo de aprobación, mi lobo vibrando con satisfacción.

Sus ojos esmeralda se clavaron en los míos, agudos y conocedores.

Pero el momento duró poco.

El aire se estremeció. La magia tembló, espesa y sofocante.

Entonces, los últimos vestigios del sello se hicieron añicos. Todo el campo de batalla quedó inmóvil mientras una oscuridad antinatural se filtraba entre los árboles.

Una sombra lenta y reptante.

Y entonces, él atravesó el umbral.

Sliv.

Su forma estaba retorcida, demasiado delgada, como algo que una vez fue humano pero se había podrido desde el interior. Zarcillos sombríos se enroscaban alrededor de sus manos, aferrándose todavía a la energía de cada ser vivo cercano.

Por el rabillo del ojo, vi a Lucien dar un paso protector frente a Raven, con la varita en alto.

Incluso en nuestras formas de lobo, pude sentirlo cuando levantó su Sai negro: un drenaje lento y constante, absorbiendo nuestra fuerza.

Sliv inclinó la cabeza, sus labios ennegrecidos curvándose en una sonrisa.

Sus ojos vacíos escanearon el campo, pasando sobre los lobos, las brujas, los fae...

Entonces se posaron en Raven. Y su sonrisa se ensanchó.

—Ah —reflexionó, con voz goteando diversión.

—Ahí estás.

Raven se tensó a mi lado, erizando el pelo de su lomo.

Un gruñido bajo y mortal se formó en mi garganta.

Di un paso adelante, protegiéndola ligeramente, tenso, preparado.

La mirada de Sliv se desvió hacia mí y luego volvió a ella.

Su expresión era burlona, casi perezosa.

—Finalmente lo has aceptado, ¿verdad? —murmuró—. Aquello que intentaron ocultar con tanto empeño.

Raven gruñó bajo, pero él solo se rió.

—No será suficiente —dijo—. No contra mí.

Movió la muñeca, su Sai destellando bajo el brillo de la luz lunar mientras magia púrpura oscura explotaba desde su arma.

Y entonces cayó el primer golpe. Como un susurro. Rápido. Letal.

Una ola de pura oscuridad ondulaba desde sus manos y su arma, golpeando la primera línea de lobos con una fuerza que quebraba huesos.

Varios fueron lanzados hacia atrás, aullando mientras se estrellaban contra la tierra. Otros apenas tuvieron tiempo de reaccionar antes de que zarcillos sombríos se enredaran alrededor de sus extremidades, arrastrándolos como si estuvieran siendo jalados hacia el inframundo mismo.

Me lancé, mis garras desgarrando los zarcillos, haciéndolos pedazos antes de que pudieran aferrarse a mis compañeros de manada.

La magia siseó contra mi piel, quemando como la congelación.

El poder de Sliv no era solo magia oscura. Era decadencia. Consumo.

No solo nos estaba combatiendo. Se estaba *alimentando* de nosotros. Con ese estúpido Sai.

A mi lado, Raven se movía como un relámpago. Su loba se deslizaba entre los caídos, sus afiladas garras cortando los zarcillos negros con movimientos rápidos y precisos.

Las brujas detrás de nosotros comenzaron a cantar, sus hechizos entrelazándose en el aire, fluyendo a través de sus varitas, formando barreras para bloquear el siguiente ataque de Sliv.

Un pulso de luz azul salió disparado de las manos de Naomi, derribando a varios de los seguidores encapuchados de Sliv.

Un rugido estalló en el campo de batalla mientras más criaturas de Sliv avanzaban: bestias retorcidas por la magia oscura, sus formas grotescas y erróneas.

Los lobos los enfrentaron de frente.

Las estrellas arrojadizas explotaron, llenando el aire con humo acre y destellos de luz naranja.

Colmillos chocaban contra garras.

Magia colisionaba con oscuridad.

Y la noche estalló en caos.

Me lancé directamente contra Sliv.

Esquivó sin esfuerzo, retorciendo su cuerpo como si no tuviera huesos, moviéndose más rápido de lo que debería ser posible.

Apenas tuve tiempo de recuperarme antes de que contraatacara.

El dolor estalló en mis costillas cuando una fuerza me golpeó, enviándome a patinar por la tierra.

Rodé, gruñendo, cerrando mis mandíbulas justo cuando Raven saltaba.

Su loba colisionó con Sliv, haciéndole perder el equilibrio.

Por un momento, su expresión cambió: un destello de sorpresa.

Luego diversión.

—Eres más fuerte de lo que pensaba —reflexionó, esquivando su siguiente ataque con facilidad.

Raven gruñó.

Atacó rápido, sus dientes intentando alcanzar su garganta.

Apenas logró apartarse, pero yo ya estaba allí, embistiendo contra su costado.

Juntos, lo obligamos a retroceder.

Por primera vez, pareció molesto.

La batalla continuaba furiosa.

El ejército de Sliv era poderoso, impredecible, pero nosotros luchábamos con más fuerza.

Los lobos desgarraban a las criaturas oscuras, sus movimientos más fuertes, más rápidos, más precisos que nunca.

Y me di cuenta: era Raven.

Ella estaba en el centro de todo, su presencia amplificándonos. Fortaleciéndonos.

Su naturaleza híbrida, su poder, su vínculo conmigo estaba cambiando a la manada.

Por primera vez en la historia, no estábamos transformándonos solo por instinto.

Nos estábamos transformando con control.

Uno por uno, los hombres lobo comenzaron a volver a la forma humana en medio de la lucha, sin perder impulso.

Sin perder fuerza.

Yo también volví a mi forma humana, respirando con dificultad, mi pecho húmedo de sudor y sangre. Corrimos hacia el matorral más cercano y agarramos ropa al azar que había sido escondida antes. Un simple par de pantalones cortos para mí, mientras Raven se ponía un abrigo largo.

Raven estaba a mi lado, descalza, salvaje, su cabello plateado fluyendo por su espalda, sus ojos todavía brillando.

El campo de batalla era un torbellino de caos.

Magia y garras chocaban, cuerpos se desdibujaban en movimiento, y el olor a sangre y aire ardiente se espesaba a mi alrededor.

Pero nada de eso importaba.

No ahora.

Porque la había encontrado.

Mira.

Estaba cerca de las ruinas de un viejo árbol, su rostro pálido, su cuerpo temblando, sus ojos moviéndose de un lado a otro, su cuerpo tenso como si estuviera lista para saltar en busca de una escapatoria.

Se veía... diferente. Más débil.

Su magia no era tan fuerte.

Estaba huyendo.

Estaba asustada.

Y eso solo significaba una cosa.

Había fallado en su misión.

Y lo sabía.

Me lancé hacia ella, agarrando su brazo antes de que pudiera desaparecer.

—¿Dónde está? —gruñí.

Ella jadeó, sus ojos azules abiertos, casi salvajes.

—Julius... —susurró, con voz ronca.

La sacudí. —¿Dónde demonios está mi hija, Mira?

Ella se estremeció.

Por primera vez, vi culpa parpadear en su rostro.

—Yo... —Tragó con dificultad, el pánico brillando en su expresión.

—Iba a decírtelo —admitió finalmente, con la voz quebrada—. No quise que llegara tan lejos. Te lo juro, Julius. Yo...

Su respiración se entrecortó.

Sus dedos arañaron mi pecho, agarrándome como si se estuviera ahogando.

Y entonces...

Su cuerpo se sacudió violentamente.

Al principio, no entendí.

Entonces lo vi. La garra negra, dentada, que sobresalía de su pecho.

Su boca se abrió en un grito silencioso. Su cuerpo se puso rígido. La atrapé mientras caía hacia adelante, su sangre cálida contra mis manos.

Y detrás de ella, todavía empuñando la hoja de oscuridad que había empalado a través de su espalda, estaba un demonio.

¡No!

La rabia inundó mi cuerpo, tan consumidora que casi no podía ver. La respiración de Mira se estremeció.

Intentó hablar, intentó decir algo. Pero nunca tuvo la oportunidad. Su cuerpo se aflojó. Su mano, agarrando mi camisa, cayó.

Y así, sin más, se había ido.

No me di cuenta de que estaba gritando hasta que mi garganta ardió. Hasta que sentí mis rodillas golpear el suelo.

Si Mira se había ido, ¿cómo encontraría a Elara ahora?

—¡Julius!

Una voz cortó la bruma.

Henri.

Sus pasos retumbaron más cerca.

—¿Qué pasó? —Su respiración era irregular, pero cuando vio el cuerpo sin vida de Mira en mis brazos, su voz bajó.

—Mierda.

No levanté la vista. No podía. No hasta que sentí el aire cambiar detrás de mí. No hasta que escuché el gruñido bajo y húmedo.

Y para cuando me giré, ya era demasiado tarde. De nuevo.

Una criatura masiva y retorcida saltó desde las sombras. Era como nada que hubiera visto antes. Todo huesos ennegrecidos, extremidades alargadas, ojos que ardían rojos como brasas moribundas. Su boca se abrió, dientes dentados brillando. Y atacó.

El impacto envió a Henri volando. Golpeó el suelo con fuerza, la sangre salpicando sobre la tierra.

—¡Henri!

Me arrastré hacia adelante, pero él no se movía.

La criatura dejó escapar un gruñido gutural, sus garras dentadas flexionándose.

Apenas tuve tiempo de reaccionar. Uno de los hombres lobo atacó a la criatura por detrás.

Rugí pidiendo ayuda. —¡FAE! ¡NECESITO UN FAE, AHORA!

La batalla seguía rugiendo a nuestro alrededor, pero no me importaba.

Un borrón de movimiento: un soldado fae corriendo hacia nosotros.

El cuerpo de Henri fue levantado del suelo, desapareciendo en el caos.

Me giré de vuelta hacia el cuerpo de Mira, mi pecho agitándose.

Luego, a la bruja más cercana, mi voz afilada, desesperada:

—Revívela.

La bruja dudó. —Julius, no sé si...

—¡REVÍVELA!

No me importaba si estaba prohibido. Si era imprudente.

Mira tenía la respuesta que necesitaba.

Y maldeciría al mundo para obtenerla.

—¡Llévatela e inténtalo! ¡Haz algo!

Levanté el cuerpo de Mira en los brazos de la bruja. Otra bruja la cubrió con hechizos mientras ambas se retiraban hacia donde los fae habían llevado a Henri.

El campo de batalla seguía siendo un caos mientras me ponía de pie tambaleándome. Los hechizos chocaban en el cielo, los lobos desgarraban las sombras, el acero se encontraba con garras, y la muerte flotaba espesa en el aire.

Pero mi atención se redujo a una sola cosa ahora.

Ella.

Raven se movía como plata líquida, deslizándose través de las líneas enemigas, sus garras destellando, su magia pulsando con energía cruda e indómita.

Era imparable.

Entonces lo vi. Una sombra, arrastrándose detrás de ella, con hoja dispuesta a atacar.

¡MUÉVETE!

Mi lobo rugió, los instintos tomando el control mientras me lanzaba a través del campo de batalla.

El enemigo levantó su arma. Me estrellé contra él con toda mi fuerza, enviándonos a ambos a estrellarnos contra la tierra. Su hoja cortó el aire vacío, fallando a Raven por centímetros.

Ella giró, con los ojos abiertos por la sorpresa.

¡¿Dónde demonios está Lucien?!

El asesino gruñó, intentando atacar de nuevo, pero yo fui más rápido. Aplasté su garganta con mis garras, su cuerpo quedando inerte debajo de mí.

Cuando me volví hacia Raven, ella me estaba mirando...

Su expresión cambiando de sorpresa a algo feroz. Luego sonrió con malicia.

—Buen momento, Alfa.

Me limpié la sangre de la boca, resoplando.

—Parecía que lo tenías controlado.

Ella inclinó la cabeza, evaluándome. Luego, esa maldita sonrisa de nuevo. Como si pensara que era intocable en la batalla. —Veamos si puedes seguir mi ritmo.

Y entonces se lanzó de nuevo a la batalla.

Sin dudar, la seguí.

Luchamos juntos.

Por primera vez, no era solo yo luchando por ella, o ella luchando sola.

Éramos *nosotros* contra estas criaturas. Espalda con espalda, atravesamos el campo de batalla, una tormenta de plata y fuego.

Ella golpeaba alto, yo golpeaba bajo.

Ella giraba, las garras destellando... yo cubría sus puntos ciegos.

Ella enviaba una oleada de magia a través de una línea de enemigos, aturdiéndolos... yo los remataba.

Era impecable. Era natural.

Esta era una verdadera asociación.

Raven era mía.

Y yo era suyo.

CAPÍTULO 29



RAVEN

La noche rugía con caos.

El acero chocaba contra garras. Los hechizos crepitaban por el cielo. El olor a sangre, fuego y tierra húmeda llenaba el aire. Y yo lo sentía todo.

Una oleada de poder pulsaba a través de mis venas, crudo e indómito.

No solo el mío. El de la manada.

Su energía fluía a través de mí, dentro de mí, extrayendo fuerza de mi sangre híbrida.

Por primera vez, no solo estaban transformándose por instinto.

Se estaban transformando con propósito. Con control.

Y estábamos ganando.

Julius y yo luchábamos en tándem. Era como si él fuera una extensión de mí misma, y estoy segura de que viéndonos desde fuera, habría parecido una especie de danza entre nosotros mientras derribábamos a nuestros enemigos.

Vi a Lucien y Naomi trabajando mano a mano mientras formaban un anillo de fuego ardiente alrededor de algunos de los secuaces de Sliv, quemándolos hasta convertirlos en cenizas.

Pero el poder tenía un precio.

Cada vez que un lobo caía, yo lo sentía. Cada vez que la energía de un guerrero parpadeaba, tiraba de mi pecho, formando un dolor sordo detrás de mis costillas.

Mi cuerpo estaba físicamente debilitado, pero mi magia ardía más caliente que nunca. Podía sentirla en mis huesos, una fuerza cruda y sin explotar.

La batalla estaba cambiando. Las criaturas de Sliv, sus secuaces, estaban flaqueando.

Por cada lobo que derribaban, se levantaban dos más. Por cada hechizo lanzado contra nosotros, nuestra magia ardía con más fuerza.

Y Sliv lo sabía.

Lo divisé al otro lado del campo de batalla.

Su forma estaba menos compuesta ahora, sus sombras parpadeaban violentamente.

Sus secuaces estaban cayendo. Su ejército estaba perdiendo. Sus ojos vacíos y sin alma encontraron los míos, y por primera vez... vi algo parecido al miedo.

Levantó una mano, murmurando algo en un idioma que me quemaba los oídos.

El suelo retumbó. El cielo se oscureció.

Una nueva ola de oscuridad comenzó a levantarse.

Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que un ensordecedor *¡BOOM!* atravesara el campo de batalla, enviando cuerpos volando.

Y la verdadera pelea acababa de comenzar.

El campo de batalla se difuminó a mi alrededor.

Podía oír el choque del acero, los rugidos de los lobos, los gritos de los moribundos.

Pero todo se desvaneció en el fondo.

Porque la voz de Sliv estaba *dentro* de mi cabeza.

Un susurro, suave e insidioso, enroscándose alrededor de mi mente como enredaderas venenosas.

—Eres como yo, Raven.

Las palabras no fueron pronunciadas en voz alta, pero resonaban a través de mi cráneo, envolviéndose alrededor de mis pensamientos como una asfixia lenta.

—Lo sientes, ¿verdad? La atracción. El poder.

Un pulso de calor abrasó mi cuerpo.

No dolor. Pero algo extraño. Algo oscuro.

Mis extremidades se sentían pesadas. Mi visión vacilaba.

Sliv ya no estaba de pie al otro lado del campo de batalla.

Estaba dentro de mi mente.

—Nunca te aceptaron —su voz goteaba burla—. Una híbrida. Un error. Un secreto escondido como una maldición vergonzosa.

Mi respiración se estremeció.

—Pero yo te acepto, Raven. Puedo hacerte más fuerte. Completa.

La magia se enroscó con más fuerza alrededor de mi cráneo, empujando hacia las partes más profundas de mí.

Podía verlo.

Poder. Crudo. Indómito.

Si cedía, si me dejaba llevar, podría ser imparable.

Mi manada no solo extraería fuerza de mí, sino que se *inclinaría* ante mí.

Y Julius. Él no sería mi igual.

Él estaría por debajo de mí. Sliv me había mostrado una muestra de mi pleno potencial. Y era delicioso.

—Solo ríndete —la voz de Sliv era tranquilizadora, embriagadora—. Estabas destinada a algo más que esto.

Por un segundo horroroso, quise escuchar.

Quería dejar que el poder me consumiera.

Mis rodillas se doblaron.

Mi loba gimoteó dentro de mí.

El campo de batalla giraba.

Estaba resbalando, cayendo al vacío.

—¡NO!

Una nueva voz rasgó la oscuridad.

Una voz que conocía.

Una voz que amaba.

Julius.

Su rugido destrozó la ilusión, devolviéndome a la realidad.

Jadeé, tambaleándome, mi visión aclarándose. Justo a tiempo para ver una espada corriendo hacia mi corazón.

No podía moverme lo suficientemente rápido.

La magia de Sliv me había debilitado, ralentizado mi reacción.

La espada del enemigo estaba a escasos centímetros...

Entonces, un borrón de pelaje marrón.

Un gruñido, ensordecedor y salvaje.

Y entonces...

Julius estaba allí.

Se lanzó contra el atacante, derribándolo antes de que pudiera asestar el golpe fatal.

Tropecé hacia atrás, jadeando por aire, mi corazón latiendo con fuerza.

Julius se volvió hacia mí, su pecho agitado, sus ojos salvajes.

—¿Estás conmigo? —exigió, su voz ronca, desesperada.

Parpadeé, mientras los últimos susurros de Sliv se desvanecían.

Entendí lo fácil que era ceder ante Sliv. Demonios, así es probablemente como se había sentido Mira cuando estaba acostada, desangrándose en esa fría losa de piedra. La desesperación, la necesidad de ser algo *más*.

Entonces, con cada gramo de fuerza que me quedaba, encontré la mirada de Julius y asentí. —Siempre.

Y juntos, nos giramos para enfrentar al enemigo.

La voz de Naomi, sus lecciones, volvieron rápidamente a mí.

"Eres tanto loba como bruja. Debes aprender a equilibrar ambos lados".

"Conecta con tu núcleo interno, Raven. Extrae del vínculo que compartes con la manada".

"Únelos, y se levantarán contigo".

La manada.

Miré a mi alrededor.

Los hombres lobo, mi familia de manada *encontrada*, estaban de rodillas, jadeando, sus cuerpos cubiertos de heridas.

Las brujas parecían agotadas, su magia parpadeando. Incluso Lucien y Naomi parecían estar resistiendo por un pelo.

Los fae se mantenían firmes, pero estaban superados en número.

No solo estábamos perdiendo esta batalla.

Nos estaban destrozando.

Cerré los ojos y busqué en lo más profundo de mí misma, en el lugar donde mi loba y mi magia se entrelazaban.

Al principio, solo había oscuridad. Luego, profundicé más. Más allá del miedo. Más allá del agotamiento. Más allá de la parte de mí que siempre se había sentido desgarrada entre dos mundos.

Yo era ambas cosas.

No era solo una bruja. No era solo una loba. Era una maldita híbrida. Y no dejaría que mi gente cayera.

Mis ojos se abrieron de golpe. La magia fluyó a través de mí como el fuego, abrasadora y pura. La marca en mi cuello ardía, pero en lugar de dolor, era poder. Fuerza. Conexión.

Abrí la boca. Y grité. Una llamada cruda y gutural al cielo.

A mi manada. A todos ellos.

"**¡LEVANTAOS!**"

Un pulso de energía pura explotó desde mi pecho. Luz dorada y plateada se precipitó hacia afuera, barriendo el campo de batalla.

En el momento en que tocaba a los guerreros caídos, se estremecían y luego jadeaban.

Uno por uno, se levantaron. Sus heridas se cerraron. Su fuerza regresó.

Los hombres lobo se pusieron de pie, sus ojos ardiendo con energía renovada. Las brujas se erguían, sus manos chispeando con nueva magia. Incluso los fae, golpeados y cansados, se enderezaron, sus alas brillando.

Un segundo aire. Una nueva pelea.

Ya no estábamos perdiendo.

Estábamos listos para terminar con esto.

La cabeza de Sliv se giró hacia mí una vez más mientras apuntaba su Sai hacia mí.

Di un paso adelante, mi voz resonando a través de la noche...

—Esto termina ahora.

La luna colgaba alta, llena y luminosa, proyectando su resplandor radiante sobre los guerreros de Moonshade Hollow. La diosa observaba.

La sangre empapaba el suelo, acumulándose bajo los caídos. Algunos guerreros exhalaban sus últimos alientos, otros se levantaban más fuertes, renovados por mi llamada.

Y sin embargo... Sliv seguía en pie. Una sombra entre la luz de la luna.

Su forma vacilaba ahora, parpadeando entrando y saliendo de la oscuridad.

Estaba flaqueando. Lo sabía. Y yo también.

Exhalé bruscamente, mi corazón latiendo con fuerza, mi loba aullando dentro de mí.

La voz de Naomi resonaba en mi cabeza, palabras que me había inculcado una y otra vez.

"La única forma de acabar con él es cortar su vínculo con el poder robado".

"Se está alimentando del miedo, de la oscuridad, de la energía de su ejército".

"Córtale, y caerá".

Apreté los puños, sintiendo el pulso de mi magia correr por mis venas.

Esto no era solo una batalla. Este fue su error. Eligió atacarnos bajo luna llena. Eligió enfrentarse a un Alfa y una Luna, unidos tanto por la magia como por el destino.

Y la misma diosa Luna estaba observando.

Esta noche, acabaríamos con él.

Sliv soltó un rugido, transformando su frustración en ira pura y desesperada.

—¡SUFICIENTE! —bramó, su voz partiendo el aire como un trueno.

La oscuridad se enroscaba a su alrededor, retorciéndose como serpientes.

—¡Soy el hijo olvidado del Grande! ¡El abandonado! ¡El que apartasteis! —Sus ojos brillaban rojos, su cuerpo transformándose, las sombras intentando consumirlo.

—¡Nunca me detendréis!

Su poder aumentó.

Y entonces se abalanzó directamente sobre mí.

Me preparé. Pero no estaba sola.

Julius se movió primero. Interceptó el ataque de Sliv, golpeándolo en el aire.

El suelo tembló bajo la fuerza de su impacto.

Chocaron, colmillos al descubierto, garras cortando a través de sombras.

La magia y la fuerza bruta colisionaron.

Julius era implacable, cada movimiento preciso, cada golpe alimentado por la furia de un compañero protegiendo a los suyos.

Sliv gruñó, retorciéndose para alejarse, su magia aumentando. Pero yo ya me estaba moviendo. Cerré los ojos durante un latido del corazón. Luego extendí la mano. No para luchar. No para matar. Sino para cortar.

Para despojarlo del poder que había robado.

Me dejé caer de rodillas, presionando mis palmas contra la tierra empapada de sangre.

Invoqué a la diosa Luna. A los espíritus del Hollow. Al vínculo que ahora compartía con la manada.

Y entonces pronuncié las palabras que Naomi me había enseñado. El conjuro para cortar lazos oscuros.

El viento azotaba a mi alrededor, aullando como los espíritus de los caídos. La luna brillaba aún más, su resplandor atravesando la oscuridad de Sliv.

Las sombras a su alrededor se estremecieron. Él se congeló. Por primera vez, el verdadero pánico cruzó su rostro. Podía sentirlo. El poder abandonándolo. La oscuridad escapando de su agarre. Su fuerza robada.

Encontré sus ojos, mi voz firme, definitiva. —Nunca estuviste destinado a gobernar este pueblo.

Y entonces puse mis manos frente a mí mientras lentamente levitaba y canalizaba toda la magia cruda que tenía en un rayo de luz blanca cegadora, que colisionó con su Sai. Hubo un grito gutural

de su parte mientras su mano derecha era arrancada limpiamente de su encaje, seguido por una fuerte explosión y una onda expansiva cuando el Sai se hizo añicos en un millón de pequeños pedazos.

El campo de batalla estaba inquietantemente silencioso entonces. El único sonido era la respiración entrecortada de los guerreros y los susurros del viento a través de las tierras arruinadas.

Sliv se arrodilló ante mí, su forma parpadeando, los últimos vestigios de magia robada sangrando fuera de él como tinta disolviéndose en agua. Sus sombras ya no le obedecían.

Sus ojos, antes brillantes con poder malévolo, estaban apagados.

Por primera vez desde que comenzó esta batalla, Sliv parecía pequeño. Ahora era solo un *hombre*. Un hombre roto y amargado que había intentado tomar Moonshade Hollow como suyo. Y había fallado.

—Has perdido —dije, mi voz ronca pero firme mientras mis pies tocaban el suelo.

Sliv dejó escapar un suspiro tembloroso, sus hombros temblando. Sus ojos se elevaron hacia Naomi, su madre, que estaba a unos metros de distancia, su expresión indescifrable.

Una risa oscura escapó de sus labios. —¿Lo hice?

No se estaba riendo porque pensara que había ganado. Se estaba riendo porque finalmente había perdido. Y no podía creerlo.

Se acercaron pasos.

Lucien.

Se paró junto a mí, una cadena plateada brillando con oscuros sigilos envuelta alrededor de su brazo. Era un arma infundida con magia oscura, creada específicamente para atar a criaturas como Sliv.

No sabía dónde la había encontrado Lucien. Pero no me importaba.

Necesitábamos terminar con esto. Ahora.

Sliv dejó escapar un suspiro agudo cuando las cadenas se cerraron de golpe. En el momento en que tocaron su piel, un grito gutural salió de su garganta. Los sigilos quemaron, sellándolo en su lugar.

Naomi dio un paso adelante, levantando sus manos. Una oleada de magia pura fluyó de sus palmas, reforzando las cadenas, asegurándose de que nunca se liberaría.

El cuerpo de Sliv se estremeció violentamente, su cabeza levantándose bruscamente para mirar a Naomi. —Tú me hiciste esto —siseó, su voz débil pero cargada de veneno.

Naomi no se inmutó. Sostuvo su mirada, su rostro indescifrable. —Te lo hiciste a ti mismo.

Sliv enseñó los dientes, pero estaba demasiado débil para luchar. Su destino estaba sellado.

Exhalé, mis extremidades pesadas por el agotamiento.

Había terminado.

Habíamos ganado.

Pero no habíamos terminado. Teníamos que encontrar a Elara.

Julius se agachó ante él, su voz áspera, peligrosa. —¿Dónde está mi hija?

Sliv dejó escapar un suspiro tembloroso, sus labios curvándose en algo retorcido y amargo. —Llegas tarde —jadeó.

Mi estómago se desplomó.

Pero Julius no dudó. Agarró a Sliv por el cuello, sus garras presionando contra su garganta. —¿Dónde está? —rugió, su cuerpo temblando de furia contenida.

Por un momento, pensé que Sliv no respondería.

Entonces: —La cabaña. —Una débil sonrisa burlona—. En lo profundo del Bosque Oscuro. Pero date prisa... ha estado sola demasiado tiempo.

Corrimos.

Las ramas se rompían bajo nuestros pies, el bosque susurraba, observando, esperando. Mi corazón latía dolorosamente, el miedo arañando mi pecho mientras Julius y yo corríamos a través de los árboles.

Lucien y Henri nos seguían de cerca, pero Julius iba adelante, su forma un borrón de marrón y furia.

El olor a sangre era más fuerte ahora. El aire se sentía más espeso.

Entonces, justo más allá de la espesa cubierta de árboles, había una cabaña. Pequeña. Improvisada. Como algo destinado a ser olvidado.

Pero dentro había una niña pequeña.

Julius abrió la puerta de golpe.

En el momento en que entramos, mis pulmones se bloquearon.

Ella estaba allí. Acurrucada en un rincón, una forma pequeña y temblorosa, con los brazos envueltos alrededor de sí misma.

Su vestido estaba rasgado, sus pequeños dedos agarrando sus rodillas tan fuerte que sus nudillos se habían vuelto blancos. La sangre estaba manchada en su piel. No la suya. De alguien más.

Mi respiración tembló mientras me acercaba, mi corazón gritándome que corriera hacia ella.

Pero me detuve.

Tenía miedo.

Sus ojos gris tormenta se elevaron, parpadeando hacia nosotros, hacia Julius primero.

Y luego hacia mí.

Lo sentí al instante. Como si algo encajara en su lugar. Algo completo, algo que había estado faltando.

Una conexión instantánea.

Mi loba se quedó quieta, luego se suavizó.

Julius dio un paso lento hacia adelante. —Rayito de sol —respiró, su voz quebrándose—. Soy yo. Estoy aquí.

Ella parpadeó de nuevo, su pequeño labio temblando. Sus brazos se desenvolvieron de alrededor de sí misma, y por un segundo extendió la mano hacia él.

Pero entonces, dudó. Su mirada volvió a mí.

Y entonces supe que no solo tenía miedo. Estaba insegura. De mí.

Me dejé caer de rodillas, haciéndome más pequeña, más suave. —Elara. —Mi voz era gentil. Cálida.

Primero se estremeció ligeramente, pero luego me observó, estudiando.

—Aún no me conoces —dije suavemente—. Pero yo te conozco.

Sus pequeñas cejas se fruncieron.

—Sé lo fuerte que eres —continué, con voz firme—. Sé cuánto te ama tu papá. Y sé que has sido muy, muy valiente.

Sus pequeñas manos apretaron su vestido.

Exhalé, mi garganta gruesa. —Te prometo, Elara, con todo lo que soy, que te amaré.

Sus ojos se agrandaron.

—Te protegeré. Estaré aquí para ti. Siempre.

Extendí mi mano. Esperando. Esperanzada.

Un largo silencio. Una respiración profunda.

Luego sus pequeños dedos manchados de sangre se extendieron.

Y tomó mi mano.

Julius dejó escapar un suspiro tembloroso, cayendo de rodillas junto a nosotras. La atrajo a sus brazos, abrazándola con fuerza, respirándola. Envolví mis brazos alrededor de ambos, presionando mis labios contra el suave cabello de Elara, sellando mi promesa silenciosa.

Ahora era nuestra.

* * *

La batalla había terminado.

Sliv estaba derrotado. Su ejército se había ido. La oscuridad que había amenazado a Moonshade Hollow había sido destrozada bajo la luz de la luna llena.

Y ahora que teníamos a Elara al aire libre, con nosotros, Julius se negaba a soltarla. Sus brazos permanecían firmemente alrededor de su hija, sus labios rozando su cabello dorado, susurrando suaves palabras de consuelo. Estaba a salvo ahora. Estaba en casa.

Pero yo necesitaba estar segura.

—Necesitamos que la revise la curandera —murmuré, tocando el brazo de Julius.

Su agarre sobre ella se apretó por un momento.

Luego, con una respiración lenta y pesada, asintió.

La cabaña de la curandera de la manada estaba anidada al borde de los campos de entrenamiento, una estructura pequeña pero acogedora rodeada de lavanda y salvia.

Dentro, el aire estaba cargado con el aroma de hierbas y tónicos curativos.

La Anciana Myra, la curandera más vieja y hábil de la manada, estaba esperando, sus ojos agudos y sabios examinando a Elara en el momento en que entramos.

—No está herida —declaró finalmente Myra, después de un largo y tenso silencio—. Conmocionada. Un poco débil. Pero entera.

Julius se desplomó de alivio. Yo también lo sentí. La presión en mi pecho finalmente se aflojó.

—Gracias a la Diosa —susurré, mis dedos rozando la pequeña mano de Elara.

Ella no la soltó. Ahora ella también se aferraba a mí.

Para cuando salimos de la cabaña de la curandera, los sonidos de celebración ya habían comenzado. La manada estaba viva. Antorchas y linternas iluminaban los caminos. La música flotaba en el aire. Risas, vítores, el tintineo de copas, todo una sinfonía de triunfo.

Moonshade Hollow había sobrevivido. La gente había ganado. Y por primera vez en lo que parecía una eternidad, había unidad entre todos nosotros.

Mientras entrábamos en el corazón de la celebración, los lobos aullaban en la noche, sus voces llevando a través del pueblo un canto de victoria. Las brujas levantaban copas de vino encantado, brindando por la valentía de aquellos que lucharon. Los fae, hermosos y etéreos bajo la luz de la luna, bailaban en círculos resplandecientes, sus alas brillando. Los humanos también se habían reunido, riendo, abrazándose, bebiendo junto a los sobrenaturales.

Por una vez, no había facciones. No había divisiones. Solo un pueblo, unido.

Julius se volvió hacia mí, sus ojos gris tormenta suavizándose.

—Esto sucedió gracias a ti —murmuró.

Parpadeé.

—Gracias a nosotros —corregí.

Sostuvo mi mirada por un largo momento. Luego me atrajo hacia él y me besó. Un beso profundo, que unía el alma, lleno de gratitud, amor y algo no dicho.

Elara se rio.

Me aparté y eché la cabeza hacia atrás, la risa sacudiendo mi cuerpo.

Así es como quiero ser feliz para siempre.

CAPÍTULO 30



RAVEN

El calor del sol de la tarde presionaba contra mi piel, un fuerte contraste con la fría batalla que casi nos había destruido a todos.

Habían pasado dos días.

Dos días desde que el cuerpo de Sliv finalmente había cedido. Sin su poder robado, sin su ejército alimentándolo de fuerza, se había marchitado, su cuerpo colapsando en cenizas ante nuestros ojos. Mira también había sucumbido por completo. Esta vez ninguna magia oscura la había salvado. Y aunque lo hubiera intentado, la muerte de Sliv lo había deshecho todo.

Mientras tanto, Henri se había recuperado maravillosamente, y aunque sabía que siempre iba a ser leal a Julius, todavía tenían algunas cosas que resolver entre ellos, especialmente por qué Julius no le había contado sobre Elara.

Ahora, ya no había más enemigos acechando en las sombras. Pero todavía había heridas que necesitaban sanar.

Las facciones se mantuvieron unidas otra vez. Como había sido en los días de la fundación. Como debería ser. Hombres lobo. Brujas. Fae. Vampiros. Incluso los humanos que habían permanecido leales a los sobrenaturales.

Todos estábamos en el sitio de la batalla donde el escudo había cedido por completo para que Sliv y sus secuaces pudieran atravesarlo.

Un silencio cayó sobre la multitud cuando Naomi dio un paso adelante, sus túnicas doradas brillando bajo el sol. A su lado, mi madre se erguía, con su cabello veteado de plata suelto por primera vez en años, un símbolo del peso finalmente levantado de sus hombros.

El ritual había sido preparado. Un único altar de piedra, su superficie tallada con runas antiguas, se alzaba en el centro. Cuencos de hierbas trituradas y sales encantadas bordeaban sus bordes. Una daga ceremonial, su hoja grabada con hechizos de unidad, descansaba a su lado.

Este era el momento. El acto final para restaurar el escudo.

La bruja designada para realizar el ritual —una anciana de mi aquelarre— dio un paso adelante. Era pequeña pero poderosa, su voz firme mientras comenzaba a cantar. El viento se calmó. El aire se espesó con magia.

Uno por uno, los representantes de cada facción se acercaron al altar.

Primero, el líder Alfa, representando a los hombres lobo. Luego, Naomi, por las brujas. Un anciano fae, con sus alas brillando bajo el sol. Un vampiro, pálido y sereno. Y finalmente, una mujer humana, con expresión decidida.

Cada uno extendió una mano, y la bruja cortó sus palmas con la daga ceremonial. No demasiado profundo. Solo lo suficiente.

Su sangre goteaba junta en un solo cuenco. Roja. Plateada. Azul oscuro. Verde profundo. Una mezcla de cada facción. Un recordatorio de que a pesar de nuestras diferencias, sangramos igual.

La bruja levantó el cuenco en alto, susurrando la última invocación. Un repentino pulso de energía ondulaba a través de la tierra, viajando por las grietas en el escudo.

El resplandor comenzó tenue, luego se hizo más brillante, profundizándose en un azul brillante. Las fracturas se sellaron. El escudo se solidificó. Una nueva capa de protección tejida con la sangre de aquellos que juraban protegerla.

En el momento en que el ritual se completó, una calidez se instaló sobre el pueblo.

Una sensación de paz. De certeza.

Por primera vez en años, Moonshade Hollow estaba verdaderamente completo de nuevo.

Exhalé, mi corazón más ligero de lo que jamás había estado.

La mano de Julius encontró la mía, sus dedos cálidos, reconfortantes. Apretó una vez, y cuando me volví hacia él, sus ojos tenían algo que no había visto antes. Esperanza.

La guerra había terminado. La oscuridad había pasado.

Y ahora finalmente podíamos vivir. Por primera vez, estaba verdaderamente feliz de haber encontrado un compañero de vida para pasar la eternidad. Qué curioso cómo del caos, lo había conseguido a él, mi Julius.

Naomi habló, alta y clara: —Durante demasiado tiempo, hemos permitido que el miedo nos divida. —Su voz se proyectaba, firme pero suave, llena de la clase de sabiduría que solo el tiempo podía dar—. Durante demasiado tiempo, dejamos que la sospecha fermentara. Nos volvimos unos contra otros, olvidando que este pueblo fue construido sobre la unidad, no sobre la guerra.

Recorrió con la mirada a la multitud, deteniéndose en los guerreros heridos, las familias en duelo, los niños pequeños aferrados a sus padres. —Y ahora, hemos pagado el precio por esa división.

Un pesado silencio.

—Sliv era mi hijo. —Un murmullo de rumores, silenciosos pero innegables—. Y sin embargo, incluso mientras caía más profundamente en la oscuridad, sabía que el amor por sí solo no podía salvarlo. —Su garganta se movió ligeramente, pero no vaciló —. Algunas elecciones no se pueden deshacer. Algunas heridas nunca sanarán.

Una pausa. Un respiro.

—Pero no dejaremos que sus pecados nos definan. No dejaremos que el pasado nos ate.

Sus ojos ardían, feroces e inflexibles.

—Hoy, seguimos adelante. Juntos. Como un pueblo, un hogar, una familia.

La multitud estalló en vítores.

Naomi exhaló lentamente, como si liberara la última parte de una carga que había llevado durante demasiado tiempo.

Se dio la vuelta para marcharse. Cuando pasó junto a mí, extendí la mano y sostuve la suya.

—Naomi.

Ella se volvió, su expresión cuidadosamente controlada, pero lo vi. El dolor crudo, enterrado bajo la superficie.

No lo pensé. Solo me moví. La rodeé con mis brazos, abrazándola fuertemente.

Por un momento, se puso tensa. Luego, lentamente, se relajó en mi abrazo. Y cuando habló de nuevo, fue apenas por encima de un susurro. —Me recuerdas a la hija que una vez quise.

Tragué saliva, parpadeando rápidamente.

—Y tú me recuerdas que incluso las personas más fuertes necesitan a alguien en quien apoyarse. —Dejó escapar una suave y quebrada risa—. No se lo digas a los demás. Tengo una reputación que mantener.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Nos separamos, su mirada buscando la mía.

—Cuídalo —murmuró, sus ojos desviándose brevemente hacia Julius —. Y cuídate a ti misma.

Asentí. —Tú también.

Entonces, con un último apretón de mi mano, se fue.

Finn rápidamente la reemplazó, colocando una mano firme en mi hombro. —Lo lograste, hermana. Estoy muy orgulloso de llamarte mi familia.

Por primera vez en mucho tiempo, no había malicia en sus ojos ni sarcasmo en su tono. Había dicho cada palabra en serio.

Lo atraje hacia un abrazo. —Gracias, Finn —dije y luego lo solté con un beso en la mejilla.

—¡Qué asco! No tienes que ponerte tan cariñosa conmigo —dijo, limpiándose la mejilla con el dorso de la mano mientras se deslizaba entre la multitud.

El clásico Finn.

Las manos de Julius encontraron las mías un momento después.

—¿Todo bien? —preguntó suavemente.

Dejé escapar un profundo suspiro. —Creo que todos estaremos bien.

* * *

La camioneta retumbaba suavemente debajo de nosotros mientras Julius conducía por las calles familiares de Moonshade Hollow. El pueblo se veía diferente ahora, no en el sentido de edificios o caminos, sino en energía. El sol parecía más brillante, y era como si la música estuviera entrelazada en la brisa y el susurro de las hojas.

Donde había habido tensión, sospecha y miedo, ahora había calidez. Una sensación de esperanza.

Habíamos luchado por esta paz. Y ahora, finalmente podíamos vivir en ella.

Julius se detuvo frente a Heaven's Touch, el pequeño letrero de madera meciéndose suavemente en la brisa de la mañana. Se recostó contra el asiento, con los dedos aún descansando en el volante, y me lanzó una mirada de reojo.

—¿Segura que no quieres que entre contigo?

Sonreí con ironía, alcanzando la manija de la puerta. —Solo quieres que más gente te adore, ¿verdad?

Sonrió, una sonrisa completa, fácil y devastadora. —¿Está funcionando?

Puse los ojos en blanco, pero sentí el cálido aleteo en mi pecho. —Desafortunadamente.

La campana sobre la puerta sonó mientras entraba, el familiar aroma de lavanda y aceites cítricos envolviéndome.

—¡La jefa está de vuelta! —sonó la voz de Gloria, y antes de que pudiera dar otro paso, estaba frente a mí, sonriendo como si acabara de ganar una apuesta.

Ann y Betty la seguían, ambas con expresiones igualmente petulantes.

—Maldición —dijo Gloria, con las manos en las caderas—. Te ves ridículamente radiante. Quiero decir, pensé que el amor se suponía

que hacía que la gente se cansara, no que los convirtiera en rayos de sol ambulantes.

Ann asintió con entusiasmo, sus ojos muy abiertos mirando hacia la ventana. —Y la razón de ese resplandor está sentada en una camioneta afuera.

Sentí que mis mejillas se calentaban. —Yo no...

—Oh, sí que lo haces. —Gloria sonrió.

Betty —joven, parlanchina y completamente intrépida— cruzó los brazos y sonrió sugestivamente. —Entonces, ¿es tan bueno y fuerte como parece?

Ann se atragantó con el aire.

Gloria jadeó, escandalizada, antes de estallar en carcajadas.

—¡Betty! —balbuceé, con la cara ardiendo.

Se encogió de hombros, imperturbable. —Trabajo en un salón de masajes. Aprecio las manos hábiles.

Gemí, presionando mis dedos contra mis sienes. —Todas son insoportables.

—Y aun así, nos amas —bromeó Gloria, empujándome juguetonamente—. Entonces, dinos, ¿estamos planeando una fiesta de celebración de Luna o qué?

Desde la ventana, vi a Julius todavía sentado en la camioneta, observándome con esa sonrisa conocedora.

Me volví hacia mis chicas, sonriendo.

—Sí —dije, mi voz más ligera de lo que había sido en años—. Vamos a celebrar. A lo grande.

Cuando regresé a la camioneta, tenía una pequeña bolsa de tés y velas perfumadas. Julius arrancó el motor, y me relajé en el asiento,

feliz de ser una princesa pasajera. Me dijo que teníamos otros planes hoy, así que lo dejé guiar.

El viaje a la parte humana del pueblo fue lento, sin prisas, el sol proyectando un resplandor dorado en el horizonte mientras dejábamos atrás Moonshade Hollow.

La camioneta de Julius retumbaba por las calles tranquilas, el suave zumbido del motor mezclándose con los sonidos distantes de la vida urbana.

El aire olía a pan fresco, café y el más leve rastro de sal del pantano más allá.

Era pacífico.

Y por primera vez en semanas, no era Raven Arkwright, la Luna híbrida.

Era solo Raven.

Una mujer en una cita. Con su marido.

—Todavía no puedo creer que estés entrando voluntariamente en la civilización humana —bromeé, observándolo mientras estacionaba frente a un pequeño y acogedor restaurante.

Julius me lanzó una mirada de reojo, sonriendo. —¿Qué puedo decir? Me gustan los desafíos.

—¿Y cuál es el desafío aquí? —pregunté, levantando una ceja.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, luego se inclinó, su voz baja, provocadora.

—Descubrir cómo sentarme frente a ti en público y no querer arrastrarte al rincón oscuro más cercano.

El calor ardió en mi estómago.

Tragué con dificultad, empujando la puerta antes de derretirme en el asiento.

El restaurante era pintoresco, encantador, el tipo de lugar con luz de velas parpadeantes y suave jazz flotando en el aire.

Un camarero humano nos saludó cálidamente, llevándonos a un reservado privado cerca de la ventana.

Julius se sentó frente a mí, sus ojos grises centelleando en la tenue luz.

—Lo planeaste, ¿verdad? —reflexioné, pasando mis dedos por el borde del menú.

—Por supuesto. —Sonrió, completamente impenitente.

—¿Y cuál es la ocasión?

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, observándome de cerca.

—¿Necesito una?

Mi corazón tropezó.

Pedimos comida sencilla, nada elegante.

Yo pedí un plato de camarones con pasta, y él optó por bistec con patatas porque, por supuesto, lo haría.

La conversación fue fácil, sin esfuerzo. Hablamos sobre Elara, cómo se había adaptado tan rápidamente, cómo se aferraba a Julius pero lentamente se abría a mí. Hablamos sobre la manada, sobre cómo las cosas finalmente comenzaban a sentirse estables. Y luego, hablamos sobre nosotros.

—Nunca pensé que me sentiría así de nuevo —admitió, cortando su bistec.

Incliné la cabeza. —¿De qué manera?

Sus ojos gris tormentoso se levantaron, sosteniendo los míos. —Como si tuviera algo que perder.

Mi respiración se entrecortó. —Julius...

Extendió la mano a través de la mesa, tomando la mía en la suya. —Sé que este matrimonio no era lo que ninguno de los dos quería al principio —dijo en voz baja—. Pero ahora, no puedo imaginar mi vida sin ti.

Mi pecho dolía de la mejor manera posible. —Me tienes —susurré, apretando sus dedos—. Y no voy a ir a ninguna parte.

Después de la cena, paseamos por las calles tranquilas, el mundo a nuestro alrededor desvaneciéndose en el fondo. Julius caminaba cerca, sus dedos rozando los míos antes de finalmente entrelazarlos.

—Creo que esta es la primera vez que salimos en público como una pareja de verdad —reflexioné, mirándolo.

Se rio. —Creo que tienes razón. Siempre tienes razón, de hecho.

Sonreí, inclinando la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo nocturno, las luces de la ciudad parpadeando como luciérnagas en la distancia.

—¿Te gusta? —preguntó, mirándome tan intensamente, en lugar de mirar hacia el cielo.

—¿Estar contigo? —Encontré su mirada, sonriendo suavemente—. Sí. Realmente me gusta.

Julius se detuvo, volviéndose para encararme completamente.

La farola sobre nosotros proyectaba un suave resplandor dorado, iluminando los ángulos afilados de su rostro, la ternura en su expresión.

—Bien —murmuró—. Porque te amo, Raven.

El mundo se detuvo. El ruido, las luces, la gente... todo desapareció.

Y luego, estaba en sus brazos. Besándolo como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Cuando me separé para tomar aire, susurré contra sus labios: —Yo también te amo, Julius.

CAPÍTULO 31



JULIUS

El regreso a la cabaña fue lento, con el zumbido constante del motor de la camioneta bajo el silencio de la noche.

Raven estaba sentada a mi lado, acurrucada en el asiento del copiloto, sus dedos trazando distraídamente patrones en la palma de mi mano mientras la sostenía.

No podía dejar de mirarla. La forma en que el tenue resplandor de las luces del tablero acariciaba su piel, cómo su cabello plateado caía sobre su hombro, cómo se veía tan en paz.

Como si perteneciera a mi lado. Como si siempre hubiera sido así.

La carretera se extendía frente a nosotros, pero mi mente estaba en otro lugar.

En algún sitio entre los escombros de la batalla.

En algún lugar entre los inquietantes ecos del pasado.

Sliv se había ido.

La guerra había terminado.

Pero las cicatrices... seguían presentes.

Pensé en Elara, en cómo se había aferrado a mí cuando la encontramos, en cómo su pequeña voz había temblado al susurrar:

—¿Papi?

Pensé en Mira, en el extraño y fracturado amor que una vez sentí por ella, y en la fría finalidad de su muerte.

Pensé en Raven, en cómo había luchado a mi lado, permanecido junto a mí, amándome a pesar de todo.

Había pasado tanto tiempo construyendo muros.

¿Y ahora?

Ella los había derribado todos.

—Estás pensando demasiado —su voz era suave, juguetona, trayéndome de vuelta al presente.

Sonreí con picardía, manteniendo los ojos en la carretera. —¿Se nota?

—Siempre lo noto —sus dedos apretaron los míos, dándome estabilidad—. Ahora estamos bien, Julius.

Y justo así, el peso en mi pecho se alivió.

Porque tenía razón. Estábamos bien.

Para cuando llegamos a la cabaña, la noche era densa y silenciosa, con el bosque susurrando a nuestro alrededor. Apenas había puesto la camioneta en estacionamiento cuando Raven ya estaba sobre mí.

Sus labios eran cálidos, urgentes, sus manos hundiéndose en mi cabello.

Un gruñido bajo retumbó en mi pecho.

—Adentro —mi voz sonaba áspera, ya destrozada.

Ella sonrió contra mis labios. —¿Una carrera?

Demonios, sí. Me encanta esta parte combativa y sexy de ella.

Apenas logró abrir la puerta antes de que la cargara sobre mi hombro y la llevara dentro, su risa resonando entre los árboles.

Dentro, la cabaña estaba cálida, familiar. Pero solo podía concentrarme en ella. Mi madre y Lyra se habían llevado a Elara por la noche, pero solo para estar seguros, llegamos hasta nuestra habitación. En cierto modo, quería verla desnudarse allí mismo en la sala. Quería hacerla mía en cada centímetro, en cada rincón de nuestro hogar.

—Al cuarto —me indicó, sacudiendo la cabeza como si acabara de leer mi mente.

No tenía duda de que así había sido.

Llegó a la habitación antes que yo, y cuando entré y cerré la puerta, estaba de pie al pie de la cama, con sus ojos oscuros y conocedores, sus dedos moviéndose lentamente mientras deshacía el lazo de su vestido.

—Acuéstate.

Arqueé una ceja. —Estamos mandones, ¿eh?

Sonrió con picardía. —Ahora soy una Luna, después de todo. *Tu* Luna.

Me acosté. Era plastilina en sus manos, después de todo. Ella podría ordenarme hacer cualquier cosa y yo lo haría. Tal vez venía con el territorio híbrido.

—Ahora, relájate —dijo, ayudándome a desvestirme.

Robé besos entre cada movimiento.

—Voy a darte un masaje —dijo cuando estaba completamente desnudo y acostado boca abajo en la cama.

Mi cuerpo vibraba visiblemente ante la idea.

—Un masaje, ¿eh?

—Sí, mi amor. Necesito eliminar toda la tensión de tu cuerpo.

Sus manos encontraron primero mis hombros, presionando profundamente, trabajando a través de cada nudo de tensión que no me había dado cuenta que tenía. Su toque era mágico. Literalmente. El calor se extendía desde sus dedos, aliviando mis músculos, derritiendo cada gota de estrés que había llevado durante años.

—Necesitas relajarte más —murmuró, inclinándose, sus labios rozando mi oreja—. Siente, libérate, relájate.

—Necesitas dejar de hablar —la volteé en un movimiento fluido, transformando su jadeo en risa.

Entonces, la besé. Largo. Profundo. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Porque ahora... lo tenía.

Esta vez fue lento. No como nuestros primeros momentos frenéticos, no como la necesidad cargada de calor de nuestra primera noche. Ni siquiera como el día que la marqué.

Esto era diferente. Esto era adoración.

Le hice el amor dulcemente, tomando el aceite de masaje que había dejado sobre la cama y procedí a masajearla.

Ella soltó una risita cuando mis grandes e inexpertas manos se deslizaron sobre sus pechos demasiadas veces. Arriba y abajo, izquierda y derecha.

—Así no se hace —murmuró, pero sus ojos estaban nublados.

Me incliné y besé su ombligo. —Pero te encanta —mis dedos encontraron su camino hacia su clítoris y me moví sobre él, adorando la forma en que suspiraba y levantaba sus caderas para encontrarse con mi mano.

—Se suponía que yo te cuidaría esta noche —dejó escapar un suave gemido cuando deslicé un dedo dentro de ella, luego dos.

—Cuidar de ti es cuidar de mí.

Gimió de nuevo y extendió la mano para agarrarme. Ya estaba muy duro. —Parece que sí. Necesito darte un masaje pronto. Pero, primero, fóllame, Alfa.

Me encantaba cuando me llamaba Alfa mientras hacíamos el amor.

No dudé. No me detuve a pensar. Entré en ella y me dejé llevar. Nuestras caderas encontrándose. Una poderosa explosión de emociones. Y justo antes de que nos derrumbáramos en la cama, pensé: nunca podría tener suficiente de mi Luna Raven. Ella lo era *todo*.

* * *

El sol comenzaba a filtrarse en la habitación y estaba a punto de atraerla nuevamente bajo mi cuerpo cuando sonó un golpe en la puerta. Un golpecito insistente.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par. Gemí, dejando caer mi frente contra la suya. Ambos podíamos adivinar quién era.

—Nunca había llamado antes, ¿verdad? —susurró Raven.

—No.

Otro golpe. —¿Papi?

Raven se mordió el labio, tratando —sin éxito— de contener su risa. —Así es nuestra vida ahora, ¿eh?

Exhalé, besando su frente. —Sí. Y no cambiaría ni una maldita cosa.

—Yo tampoco.

EPÍLOGO



RAVEN

(Un año después)

El sol se derramaba por las ventanas de la cocina en rayos dorados, bañando toda la habitación en un cálido resplandor. El aroma de pasteles recién horneados y té especiado flotaba en el aire, mezclándose con el suave murmullo de risas que llegaba desde el patio trasero. Estaba de pie junto a la encimera, una mano sobre mi muy redonda barriga, la otra removiendo un glaseado de miel infusionado con pociones que Finn me había suplicado que preparara para la fiesta.

—No deberías estar haciendo eso —retumbó la voz de Julius detrás de mí, sus manos deslizándose sobre mis caderas, posándose en mi vientre.

Sonreí con picardía. —Estoy embarazada, no moribunda.

—No importa. —Presionó un beso lento y prolongado en el costado de mi cuello, enviando un delicioso escalofrío por mi columna—. Deberías estar sentada, con los pies en alto, dejando que yo te cuide.

Prácticamente me había rogado que dejara mis clases en la Academia Moonshade, donde enseñaba a tiempo parcial un curso de

Relajación y Sanación, apenas vio el primer indicio de mi barriga de embarazada. En su defensa, no quería que me esforzara demasiado.

—¿Ah, sí? —Me di la vuelta entre sus brazos, inclinando la cabeza—. ¿Como me "cuidaste" esta mañana antes de que siquiera me levantara de la cama?

Su sonrisa tenía algo de lobo. —Exactamente.

Me reí, dándole un golpecito en el pecho antes de ponerme de puntillas y presionar un beso en sus labios.

Un año.

Había pasado un año entero desde que estuvimos ante el Consejo, unidos por el destino y la guerra. Y, sin embargo, de alguna manera se sentía como toda una vida.

Una vida de aprendizaje, amor y crecimiento. Una vida en la que Julius me besaba en cada oportunidad. Una vida sabiendo que este hombre era mío.

—¡Mamá!

Una pequeña mancha borrosa entró corriendo por la puerta y, antes de que pudiera prepararme, Elara se lanzó a mis brazos.

Solté un jadeo, estabilizándonos a ambas, pero Julius ya estaba ahí, sus brazos envolviéndonos.

—Cuidado, Rayito de Sol —se rio, revolviendo sus salvajes rizos rubios—. Tu hermanito necesita espacio para respirar.

Los ojos gris tormentoso de Elara —tan parecidos a los de su padre — se abrieron de par en par. —¡Ups!

Me reí, besando su frente. —Está bien, bebé.

—No soy un bebé —resopló, cruzando los brazos.

—Siempre serás mi bebé —dijo Julius, levantándola sin esfuerzo en sus brazos.

Ella gritó, disolviéndose en risitas mientras él la hacía girar en el aire.

La visión de ellos —padre e hija, felices— hizo que mi corazón doliera de la mejor manera posible.

Afuera, la fiesta de aniversario estaba en pleno apogeo. El patio trasero bullía de charla y risas, con luces de hadas colgadas que titilaban mientras el sol comenzaba a ponerse. Gloria, Ann y Betty se habían apoderado de la mesa de aperitivos, probando más de lo que realmente servían. Finn estaba sentado cerca de la fogata, en profunda conversación con Lucien y su prometida, Tiana, una bruja menuda y de ingenio agudo que encajaba perfectamente en nuestro caótico grupo.

Julius seguía receloso de Lucien, por supuesto. Cada vez que Lucien esbozaba una sonrisa socarrona en mi dirección, el brazo de Julius se tensaba alrededor de mi cintura como una reivindicación instintiva. Era adorable.

—¿Eres feliz?

Me volví, encontrando a mi madre a mi lado, con ojos tiernos.

No tuve que pensarlo.

Miré a Elara, girando descalza sobre la hierba, despreocupada y segura. Absorbí las risas, el calor, el amor que nos rodeaba.

—Sí —susurré, mi pecho hinchándose de certeza—. Realmente, realmente lo soy.

Unas horas más tarde, la fiesta estaba terminando, el resplandor dorado de las linternas meciéndose en la cálida brisa vespertina. La risa ondulaba por el patio trasero, el aroma de carne asada y pasteles con miel aún espeso en el aire.

Me recosté en mi asiento, una mano descansando sobre mi vientre, la otra acunando una taza de té de hierbas. Mi cuerpo dolía, pero de la mejor manera posible.

Esto era hogar.

Esto era paz.

Naomi se deslizó a mi lado, su atuendo oscuro apenas moviéndose mientras se sentaba junto a mí. Sus ojos se fijaron en mi estómago. —Un niño.

Las palabras no eran una conjetura. Eran una verdad absoluta.

Parpadeé. —¿Estás segura?

Inclinó la cabeza, con una pequeña sonrisa conocedora tirando de sus labios. —Siempre lo estoy.

Antes de que pudiera procesar completamente las palabras, una diminuta ráfaga de energía chocó contra mi costado.

—¡¿Un hermano?!

Los rizos de Elara rebotaron mientras jadeaba, agarrando mi brazo. —¡¿Tendré un hermanito?!

Su entusiasmo era contagioso, sus pequeños ojos gris tormenta rebosantes de alegría.

Me reí, asintiendo. —Parece que sí.

Ella giró en círculo, chillando, antes de correr hacia su padre. —¡Papá! ¡Vamos a tener un niño!

Al otro lado del patio, Finn, que estaba a medio sorbo de su bebida, se quedó inmóvil. Luego su rostro se dividió en una amplia sonrisa. —¡Oh, diablos, sí! ¡Por fin un niño con quien puedo jugar rudo!

Puse los ojos en blanco, pero una calidez se extendió por mi pecho.

Julius se acercó caminando, sonriéndome con picardía. —¿Dejaste que Naomi hiciera su magia contigo? —bromeó, dejándose caer en el asiento a mi lado.

—Solo confirmó lo que ya sospechábamos.

—Mmm. —Su gran mano se deslizó sobre mi estómago, frotando círculos lentos y perezosos—. Un hijo, ¿eh?

—¿Crees que podrás manejar a dos pequeños bribones ahora? —bromeé, señalando con la cabeza hacia Elara, que ahora estaba interrogando a Finn sobre qué nombres para bebés tenía en mente. Escuché a Finn enumerar nombres, notando algunos que tenían potencial. Quizás le sorprendería eligiendo realmente uno de los nombres que le gustaban.

Julius se rio, atrayéndome más cerca. —Si es como su madre, estoy perdido.

—¿Y si es como su padre?

—Entonces ambos estamos perdidos.

Me reí, inclinando la cabeza para un beso lento y prolongado.

Todo volvía a estar bien en el mundo.